DIRTY WORKS

MUJERES Y OTROS ANIMALES

Bonnie Jo Campbell



Traducción
Tomás Cobos

Table of Contents

BONNIE JO CAMPBELL (1962) creció en una pequeña granja de Michigan con su madre y sus cuatro hermanos y puede que sea una de las únicas beneficiarias de una beca Guggenheim que sabe cómo se castra un cerdo. Cuando se marchó a Chicago a estudiar filosofía, su madre alquiló su habitación. Después se recorrió EE.UU. y Canadá haciendo autoestop. Un día vio en una farola de Phoenix un cartel del célebre circo Ringling Bros. and Barnum & Bailey y se unió a la caravana vendiendo granizados. Los demás vendedores eran tipos rudos, desdentados, tatuados y llenos de cicatrices. La gente prefería el puesto de Bonnie Jo porque parecía la vecina inocente de la puerta de al lado. Se sacó mucha pasta. Más tarde ascendió los Alpes en bicicleta y organizó viajes de aventura por Rusia, los países bálticos y Europa del Este. En 1992, tras obtener un máster en matemáticas, comenzó a escribir sobre la vida en las pequeñas localidades rurales de Michigan. Es autora de dos novelas y tres colecciones de relatos y ha sido nominada al National Book Award en dos ocasiones. Actualmente reside con su marido y otros animales en las afueras de Kalamazoo. Estudia Kobudō, «el camino antiguo del guerrero», el arte marcial ancestral de Okinawa, y le gusta pasar el rato con sus dos burros: Jack y Don Quijote. En su refugio subterráneo ideal para el fin del mundo habrá arroz, frijoles, frutos secos, hortalizas deshidratadas, agua, una buena reserva de guantes y calcetines (porque es de pies fríos), material para escribir y todo Dickens. Su bar favorito es el Tap Room, donde suele haber peleas. Le gusta estar donde está la vida. La gente de ese bar son los personajes que pueblan sus relatos, su tribu. Aunque conviene señalar que ya no bebe ni se pelea tanto como antes, porque necesita estar despejada por las mañanas para poder escribir.

MUJERES

Y OTROS ANIMALES

Bonnie Jo Campbell

Traducción Tomás Cobos

Título original:

Women and Other Animals

Simon & Schuster, Inc., Scribner Paperback Fiction, 1999

Primera edición Dirty Works: Febrero 2023

Asturias, 33 - 08012 Barcelona

www.dirtyworkseditorial.com

Traducción: Tomás González Cobos.

Contribuyeron a dar color a este circo: M. Bilbao, BJC, P. González, I. Harris, J. Lucini, T. Rucinski y A. Sánchez.

Diseño de cubierta: Nacho Reig

Ilustración: © Antonio Jesús Moreno «El Ciento»

Maquetación: Marga Suárez

Correcciones: Fernando Peña Merino

ISBN: 978-84-19288-34-9

eISBN: 978-84-19288-35-6

Depósito legal: B 1877-2023

Impreso en España:

Imprenta Kadmos. P.I. El Tormes.

Río Ubierna, 12 – 37003 Salamanca

ÍNDICE

Matiné de circo

Aunque Big Joanie intuye que algo va mal, no se gira para mirar al tigre. Opta por concentrarse en depositar granizados en las manos extendidas de tres niñas de pelo negro y se asegura de que todas agarren bien los vasos de plástico antes de soltarlos. Big Joanie recibe los billetes limpios de un dólar que le entrega el padre de las niñas, que lleva una camisa vaquera, probablemente lavada por una esposa que entierra la cara en las camisas del marido para acordarse de él cuando no está. En menos de dos minutos, Big Joanie tendrá que salir de la estrecha primera fila porque las luces se apagarán y, cuando vuelvan a encenderse, Helmut, el mejor domador de animales del mundo, aparecerá en la pista central con los tigres asiáticos. Big Joanie no puede enderezar su cuerpo del todo contra la barrera, que le llega a las caderas y separa la pista de la primera fila del público, pero eleva el brazo y sostiene los granizados como si fueran una ofrenda.

Detrás de la niña mayor de pelo negro, que tiene unos once años y lleva una cruz de plata en la que está crucificado Jesús, hay un hombre que levanta un dedo para pedir un granizado. Lleva gafas de sol de espejo con diseño de aviador. En más de una ocasión, Big Joanie ha llevado a un hombre tan grande como este desde la camioneta del tipo hasta su dormitorio para, a continuación, quitarle las botas y desabrocharle la camisa. Se ha desnudado y ha doblado los pantalones, la blusa y el sujetador en un montón bien colocado sobre una silla y se ha metido en la cama con él.

A Big Joanie no le hace falta mirar hacia atrás para saber que Conroy ha colocado la jaula del primer tigre en su sitio, para saber que Conroy, que la invitó a su habitación catorce veces el verano pasado, se ha metido detrás de la cortina de terciopelo para sacar al segundo tigre. Todo es igual que en cualquier otro espectáculo, se dice a sí misma, pero percibe un desequilibrio, el tipo de aprensión que debe de sentir antes de un terremoto un ave que no vuela.

Se oye el estruendo de la banda y los payasos, y los espectadores

mordisquean los granizados. Big Joanie baja la bandeja a la altura del hombro. Le pican las fosas nasales y huele el sudor del público bajo capas de loción posafeitado, perfume y el aroma a naranjas de su propio desodorante. Hace caso omiso del vello que se le eriza en la nuca, aparta los pensamientos sobre hombres con los que solo ha pasado una noche y se inclina sobre la mayor de las niñas con cuidado de no derramarle zumo de cereza sobre la blusa o los vaqueros. Big Joanie ofrece al hombre de las gafas de sol el granizado y la mano de él se cierra en torno al vaso, pero, cuando Big Joanie lo suelta, el recipiente resbala y choca con el suelo. La cara del tipo se transforma, se estira como si estuviera hecha del látex de una careta de payaso. Big Joanie nunca ha visto a un hombre con semejante cara de pasmo. Algunos la han mirado con asco por la mañana, como si hubieran olvidado la forma en que le susurraban la noche anterior, pero con este hombre no se ha acostado. Solo le ha dado un granizado, como a miles de hombres.

En ese mismo instante, la expresión de las personas sentadas cerca del hombre de las gafas de sol se congela de idéntica manera. ¿Acaso acaban de percatarse de la voluminosa cabeza de Big Joanie y de sus caderas, tan anchas como la longitud del mango de un hacha? ¿Están estupefactos por su cara marcada por el acné? ¿Por su requemado rubio de bote? Entonces ve la respuesta reflejada en las gafas de espejo del hombre, convertidas en un retrovisor doble que muestra un mundo circense compacto y convexo en el que un tigre en miniatura está delante —en lugar de dentro— de su jaula.

La música de la banda no ahoga del todo el murmullo de pasos apresurados y gritos ahogados. El público de la parte superior de esta sección y de los asientos del pasillo se agolpa al intentar escapar hacia las salidas. Sin embargo, en el centro de la parte baja, los que están sentados en un semicírculo alrededor de Big Joanie se encuentran atrapados en sus asientos.

—¡No se muevan! —grita desde la pista una voz, la de Conroy.

Big Joanie la ha oído en noventa y siete escenarios, en el vagón restaurante y —entre susurros— en la litera inferior que él ocupa en el vagón ochenta y cinco, pero nunca ha percibido esta urgencia en su tono. Conroy es el ayudante de Bela, que a su vez es el ayudante de Helmut; Conroy es la persona que comprueba que el pasador de acero de quince centímetros caiga por la ranura para bloquear las puertas de las jaulas al entrar en la pista.

—No se muevan. La vamos a meter otra vez —grita Conroy.

Cada vez que el verano pasado Big Joanie iba al cuarto de Conroy, en el vagón ochenta y cinco, el compañero de habitación de Conroy acababa entrando borracho y encendía la luz. Conroy le tapaba la cabeza a Big Joanie con la manta y le dejaba al descubierto los pies, que asomaban por el extremo de la litera.

—Por favor, no se muevan. Nadie saldrá herido si no se mueven. —Conroy pone voz zalamera con el fin de calmar a la tigresa—. Queenie, tranquila —dice tres veces, como si tratara de convencer a una mujer pequeña y bonita de que vaya con él a su habitación—. Si se mueven —les dice a Big Joanie y al público—, esta chica puede ponerse nerviosa.

Big Joanie se imagina perfectamente a Conroy —manos pequeñas y una calva del tamaño de un estropajo de acero—, pero ahora eso no le sirve de nada. Intenta sentir a Conroy en los nervios, en los huesos, como lo sintió el verano pasado, pero lo único que nota son los pasos de la tigresa. Cada zancada es más larga que la anterior, más relajada, como si en las plantas de las pezuñas el felino hubiera almacenado una memoria genética de la vida en los bosques asiáticos donde cazaban sus antepasados.

Big Joanie no se mueve. Sus zapatillas de tela, talla cuarenta y cinco, se pegan al líquido de los granizados y al algodón de azúcar aplastado, mientras las pezuñas de la tigresa entran en contacto con la moqueta limpia de la pista, barrida y cepillada después de cada espectáculo. Durante seis años, a veces en tres espectáculos al día, Big Joanie ha visto a esa tigresa entrar enjaulada en la pista central, pero nunca se planteó la posibilidad de que pudiera moverse en libertad. Ahora imagina las patas felinas recorriendo su espina dorsal, caminando por las vértebras que ascienden por la espalda como islas óseas.

Las tres niñas de pelo negro están llorando, pero son unos sollozos tan silenciosos que Big Joanie tiene que esforzarse para oírlos. Nunca ha observado de frente los rostros de niñas asustadas, nunca ha visto sus bonitas mejillas seccionadas por las lágrimas. Hace un momento, las niñas han visto a una mujer del mismo tamaño que la de once años, ataviada únicamente con un bikini de lentejuelas, soltarse de una cuerda y girar colgada por la trenza; han visto a los acróbatas polacos encaramarse los unos sobre los otros, bien erguidos, hasta formar una torre de Babel humana, arriesgándolo todo para comunicarse con las gradas superiores del recinto mediante el lenguaje corporal. También salió un saltimbanqui montado cabeza abajo en una moto, pero nada había preparado a las chicas para esto.

En dos de los asientos más baratos, en lo más alto de la sección P, se sienta el jefe de ventas de una oficina regional con una amiga, que se parece a su esposa tanto como un solomillo de ternera a un filete de pollo. Durante la primera mitad de la matiné, gran parte de los asientos estaban llenos, pero después la gente ha ido emigrando en grupos de dos y de tres a las secciones inferiores, a localidades mejores de las que habían pagado. El altavoz situado detrás de la pareja reproduce una versión acelerada de «The Entertainer» y la distancia silencia el revuelo de la pista. El jefe de ventas observa a los payasos que se golpean entre sí con bolsos y martillos de plástico. Una payasa que oculta su figura con un vestido de lunares cuelga camisas

en un tendedero. Cuando se da la vuelta, un perrito salta y las tira al suelo.

Mientras aquella mujer diminuta giraba en lo alto colgada por la cabellera, a la luz de los focos, en la oscuridad de la pista central apareció milagrosamente un recinto cerrado con una malla metálica y ahora han traído una tigresa en una jaula. La tigresa es el juguete más colorido de este circo de juguete, como la llama naranja de un soplete, como una piedra brillante de ámbar tallado que el jefe de ventas podría colgarse de una cadenita. Alguna vez ha oído que en China los hombres comen penes pulverizados de tigres para aumentar su virilidad.

Dios, le encantó esa mujercita centelleante que giraba por el pelo. Parecía tan pequeña que podía caber en su mano, tan perfecta como un deseo, como el genio de una botella en bikini, tan diminuta que el comercial podría guardarla en el portalápices de su escritorio. A su amiga le han encantado los números con animales: los camellos, las acrobacias sobre caballos, incluso los ridículos caniches con moño y falda.

Su amiga no ha reparado en la tigresa. Ha ido subiendo los dedos desde la rodilla del hombre y ahora le desabrocha la bragueta. Él se remueve en el asiento para ayudarla. No hay nadie más alrededor y ni siquiera los vendedores más insistentes se molestan en acercarse, al ver que solo hay dos personas. Eso es precisamente lo que él buscaba, por ese motivo no compró asientos mejores. La amiga es jefa de ventas de un distrito; tiene la cabellera abundante y oscura y un apartamento no muy lejos de la oficina. Ella le mete la mano bajo el pliegue de los calzoncillos. En otras ocasiones, han comido en mesas esquineras de restaurantes y ella nunca ha hecho más que tocarle la pierna en público. Ahora baja la cabeza hasta el regazo del hombre y él le acaricia los hombros. Dos hombres salen de detrás de la cortina morada con una segunda jaula, pero se detienen a mitad de camino. El jefe de ventas ve lo mismo que ellos. El primer tigre asoma por la

puerta abierta de su jaula, primero la poderosa cabeza, luego las patas delanteras, las traseras y la larga y musculosa cola. ¿O se lo está imaginando? Su amiga ni siquiera se da cuenta cuando bajan el volumen de la música.

Big Joanie se pregunta por qué no paran la música del todo. Los rostros que tiene delante están pálidos, despavoridos. Detrás, el felino se estira más con cada zancada. El recuerdo de los paseos merodeando por las selvas asiáticas se transmite desde las pezuñas hasta los músculos de las patas. La tigresa puntea el aire con gruñidos, tantea el espacio alrededor, saborea la libertad.

Un día, cuando Joanie tenía doce años, un año más que la mayor de las niñas de pelo negro, estaba trabajando sola en el huerto de su madre, en la parte más alejada del corral, junto a la carretera. Estaba escardando una hilera de judías verdes, apoyando las plantas sobre las rodillas, cuando oyó ruidos que venían de detrás. En lugar de investigar su procedencia, siguió escardando. Sintió el peligro recorrerle la espalda, notó la columna vertebral, quizá por primera vez, como si fuera una hilera de judías o de maíz que le brotara de la espalda. Los hombres llegaron por detrás, franquearon la cancela del huerto y le pusieron un saco de arpillera por encima de la cabeza sin ni siquiera tirar antes los restos de pienso del interior.

Nunca había respirado con tal profundidad el fino polvo del pienso para gallinas, ni había sentido cómo se le pegaba a los ojos, ni cómo se le metía por el pelo y se apelmazaba en el cuero cabelludo. Los hombres la apretaron contra la arena y el estiércol del huerto, de modo que se le metió gravilla en las axilas.

Como Joanie era tan grande como un adulto, seguramente aquellos hombres la habían confundido con una mujer adulta, dijo su madre más tarde, mientras restregaba el estiércol de gallina de unos huevos marrones con tanta fuerza que al rato rompería uno. Varias mañanas

después, cuando Joanie estaba de pie en la entrada de la casa con los brazos cruzados sobre el pecho, su padre, un hombre grueso pero no feo, dijo que aquellos hombres seguramente eran de otra ciudad. Dio la impresión de que quería decir algo más, pero se puso nervioso al ver que su única hija —ya tan alta como él— se abrazaba a sí misma y se mecía hacia delante y hacia atrás, así que cerró de golpe la puerta de la camioneta y se fue a trabajar.

El primer hombre le pellizcó los pechos y la llamó fea. «Te va a gustar esto, puta fea.» Viniendo de un hombre adulto, la palabra «fea» le dolió. El segundo hombre le habló con amabilidad. «Ah, chica, qué rico.» Cuando dijo: «Quiero besarte», el primer hombre les echó tierra encima y dijo: «Nos va a ver, gilipollas». Con el primer hombre, Joanie se limitó a rezar para que todo terminara, para que el día terminara y así poder ir a la cama, para que esta vida terminara y así poder empezar de nuevo y echar a correr nada más escuchar los ruidos. Cuando el segundo hombre le susurró palabras amables, Joanie sintió simpatía por él, una especie de camaradería repulsiva que ralentizó el tiempo.

«No te quites el saco», dijo el primer hombre, «o volveremos». Joanie estaba tumbada sobre las matas de judías, con el cuerpo pegajoso, pringado de arena y estiércol, con la camiseta levantada bajo el saco de pienso, con la garganta obstruida por aquel amasijo. Los hombres atravesaron el huerto y pisotearon las plantas de tomate y calabaza de su madre mientras Joanie seguía tumbada, escuchando las burlas de los cuervos en lo alto. Sintió que se dividía, de la misma manera que un huerto se divide en hileras de judías verdes, maíz y tomates. Su columna vertebral había cobrado vida minutos antes, pero ahora estaba pensando en la forma en que las vértebras se separan al cocerlas en un guiso de rabo de buey. Su mente se partió en dos, y se volvió a partir en dos otra vez, y otra, en un sinfín de mitades. Se quedó tirada, sumergida en una calma espantosa, y sintió el movimiento rítmico del cuerpo de los hombres mucho después de que se hubieran marchado.

—No se muevan —dice Bela, jefe de Conroy y ayudante de Helmut —. Mantengan la calma, todo el mundo. No se muevan.

A Big Joanie le gustaría sumergirse detrás de la barrera, pero no hay espacio y quiere mantenerse erguida, pero el saliente de la barrera le aprieta contra el cuerpo, así que sigue inclinada ligeramente hacia delante, rozando las piernas de la niña de once años con sus enormes rodillas. Al ver que una gota de jugo de cereza está a punto de gotear desde la bandeja de granizados, Big Joanie se mueve para que no caiga en los vaqueros blancos de la niña, y finalmente le cae, helada, en su propio pecho, por dentro de la camisa del uniforme. La niña más pequeña entierra su cara en la manga de su padre, mientras las mayores se encogen contra sus propios asientos. Big Joanie siente que su cuerpo se extiende a lo largo del campo de visión de la tigresa. Se pregunta si la va a despedazar y devorar como a una vaca lechera, como a un búfalo de agua asiático.

—Quietos —llega la voz de Helmut, el mejor domador de animales del mundo—. Que nadie se mueva.

En menos de un minuto, Helmut debería estar actuando, por lo que lleva pantalones de seda y un chaleco sin camisa. Su pelo rubio está peinado a la perfección, mientras que a Big Joanie se le han escapado algunos mechones de la coleta. La tigresa que Helmut ha adiestrado sigue dando pasos, con rayas naranjas, negras, naranjas, que se despliegan sobre los poderosos músculos felinos.

—Que nadie se mueva —ordena Helmut.

Aunque siempre ha recordado aquella tarde en el huerto y la ha utilizado como referencia, como punto cero en su propia línea del tiempo, nunca la ha asimilado por completo. Conoció a aquellos

hombres —con voz, pero sin rostro— tan bien como conocía a Dios. Big Joanie obedece al mejor adiestrador de animales del mundo, pero detesta el hecho de que todas las personas del circo, salvo ella, puedan ver a la tigresa. Solo ha pasado un minuto desde que el hombre de las gafas de sol dejó caer el granizado; el color cereza ni siquiera ha empezado a borrarse del hielo. Pero el aire ha cambiado, se ha vuelto tan vacío como antes de un tornado. Si le diera por atreverse a mirar hacia arriba, el techo del circo desaparecería, como succionado, y el cielo abierto se burlaría de ella. Ha sostenido los granizados en alto, como una ofrenda, a lo largo y ancho del país, pero hoy Dios ha dejado claro que no va a hacerle ninguna concesión a Big Joanie.

La amiga del jefe de ventas comienza a lamerle. Él parpadea para aclararse la vista y se afloja la corbata. La amiga lo degusta, lo saborea. La gente del circo, pequeña e insignificante, se dispersa alejándose de la tigresa. Una docena de hombres con monos azules se acercan a la tigresa y luego retroceden, como una marea que sube y baja. Sin embargo, la música sigue atronando. El jefe de ventas presiona el puño blanqueado de la manga de la camisa contra la frente. La tigresa se mueve de un lado a otro, entre la jaula y la primera fila de asientos. La boca de su amiga se cierra en torno a él.

Más abajo, la chica de los granizados, de cabeza y culo grandes, está encajada contra una barrera baja entre la pista y los asientos, de espaldas a la tigresa. Es la chica que subió y bajó las escaleras de esta sección al principio del espectáculo. Era fea —como para taparle la cara—, pero extrañamente voluptuosa, con unos pechos y unas caderas de proporciones pornográficas. Tumbado con esa giganta, con los ojos cerrados, un hombre puede experimentar la misma felicidad que al volver a casa tras un largo viaje. Sin embargo, ni siquiera un hombre al que le gusten las mujeres grandes podría ignorar esa cara. Un hombre que se llevara eso a la cama es un hombre sin ambición. Estos fueron los pensamientos del jefe de ventas cuando ella le miró a la cara, con unos ojos tan juntos como los cañones de una escopeta. Ella pareció darse cuenta de lo que él había estado pensando y de que el hombre había mentido a cuatro acreedores por teléfono esa misma mañana. En ese momento, la chica apartó la mirada con la misma

brusquedad con que lo había observado.

Su amiga ronronea, con la respiración entrecortada. Él agarra un mechón de esa cabellera gloriosa, le empuja la cabeza hacia abajo con más fuerza y marca un ritmo más placentero. Bendito sea el cielo, piensa, aunque su placer está condicionado por el miedo a que ella se detenga. Sabe que a la chica le encantaría levantar la cabeza y ver a esa tigresa suelta en la pista, pero opta por no decir nada.

La tigresa flexiona los músculos detrás de Big Joanie, tan cerca que a ella le invade el penetrante olor a orina de felino. Helmut, Bela y Conroy se acercan, arrimando a la tigresa hacia la barrera, hacia Big Joanie. Helmut le habla a la tigresa en alemán, con palabras que parecen emanar de algún vagón de tren privado donde los tres hombres estén sentados, fumando puros y bebiendo licor en cómodos sillones. La tigresa se queda quieta. A Big Joanie no se le ha pasado por la cabeza que el mundo pueda permanecer inmóvil, pero la tigresa deja de pasearse y el mundo es como un momento detenido en el tiempo, como en un retrato: mujer fea y tigresa.

—Que nadie se mueva —susurra Helmut en inglés—. Todo va a salir bien.

Habla en voz tan baja que Big Joanie se pregunta si está leyendo la mente del domador en lugar de oírlo. La voz la hipnotiza, la conecta con él. Helmut la salvará del peligro ante un público de miles de personas.

Pero la tigresa gruñe y rompe la conexión de Big Joanie con el domador. De las dos criaturas, Helmut es la más débil. Los ojos de la tigresa se clavan en Big Joanie y le transmiten corrientes sinuosas de electricidad. La tigresa es consciente de la sangre que corre por el

cuerpo de Big Joanie y de los músculos que hay bajo su grasa.

—No te muevas.

La voz de Helmut viaja con facilidad hacia Joanie, y si Helmut —o cualquier otro hombre, para el caso— le hubiera manifestado lealtad, ella se plantearía obedecer y quedarse quieta.

—No te muevas, chica —dice Bela.

Pero tampoco Bela se ha preocupado nunca por ella. De nada sirve tratar de recordar a otros hombres a los que ha conocido, aunque no puede evitarlo. Las imágenes de esos hombres traquetean por su mente como una sucesión de vagones de tren.

—¡Big Joanie, quieta! —ordena Conroy.

Si él la hubiera invitado a su habitación la noche anterior, ella podría obedecer. Si Conroy le hubiera tapado la cabeza para protegerla y no para ocultarla, si alguna vez se hubiera sentado a su lado en el vagón restaurante o la hubiera cogido de la mano, ahora se convertiría en carne obediente para él.

Sin embargo, como nada de eso ha sucedido, Big Joanie se decide a girar y, al hacerlo, las vértebras perdidas se alinean y vuelven a conectarse. Big Joanie siente que las piezas del rompecabezas encajan. Gira los amplios hombros para encarar a la tigresa, de frente, de cuerpo entero. La criatura es tan extraña como Asia, tan familiar como su propia imagen cuando se mira en el espejo.

Apoya la bandeja de granizados en la barrera. Ve a la tigresa con más claridad de la que tiene la mujer que gira colgada por la trenza si quisiera mirar a su marido, quien controla la cuerda que la mantiene en alto; con más claridad de la que nunca tuvo la madre de Big Joanie a la hora de mirar a su padre; con más claridad de la que nunca tendrá cualquier mujer bonita al mirar a un hombre corriente. La tigresa es más dorada que naranja, con unas rayas negras tan delicadas como las estelas de humo de un cigarrillo, tan dolorosas para Joanie como las marcas de un látigo. Una pata delantera blancuzca, sin rayas, revela una asimetría. Las zarpas peludas, con garras como oscuras lunas crecientes, se agarran a la moqueta de goma con recelo, como si estuvieran tanteando un suelo extraño. Big Joanie ha visto a esa tigresa saltar a través de un aro de fuego, pero jamás ha visto bien sus ojos amarillos de diosa ni ha leído la caligrafía de su cara pintada de guerra. La tigresa le devuelve la mirada. Big Joanie calcula cuánto pesará. Si la tigresa se abalanza sobre ella, la derribará, pero antes la tigresa tiene que mirarla y reconocer su existencia, y de esta forma Big Joanie conocerá el rostro del animal que la devora.

Los músculos del felino se tensan y contraen como hacen siempre antes de saltar a las órdenes de Helmut. Pero la tigresa vacila. Desplaza el peso, mira en dirección contraria a Big Joanie, retrae las garras. Mira hacia la jaula vacía y vuelve a desplazar el peso. En la mente de Joanie centellean los segundos como destellos de sol entre vagones de tren. La tigresa gira el cuerpo, eleva la cabeza y ruge hacia los focos.

Juego de rimas

Tinny Marie y su madre avanzaban traqueteando en la camioneta por Halfmoon Road, en dirección al este, hacia el sol recién nacido. De las latas y barriles de la parte trasera salían disparados trozos de basura: una bolsa de plástico de fideos de huevo Spartan, el envoltorio de un polo, recibos de la tienda de alimentación. La madre de Tinny Marie había cancelado el servicio semanal de recogida de basura, porque podía ahorrar dinero almacenando los desperdicios hasta cargar una camioneta y tirarlos ella misma. Cuanto más tiempo aguardaba, más partido sacaba de los ocho dólares que pagaba a la compactadora de residuos. Entre las visitas a la compactadora, los contenedores de basura se alineaban frente a la puerta trasera, a la espera.

La madre de Tinny Marie conducía con una mano y sostenía una taza de café con la otra. El café chapoteaba a cada bache, se derramaba y empapaba la gomaespuma que asomaba por las zonas rajadas del asiento blanco. A Tinny el olor a café quemado le daba arcadas. Se arrodilló de lado en el asiento y se asomó a la ventanilla para ver pasar el pantano. Las puntas de las briznas de hierba del pantano estaban blancas por la escarcha. Cuando la camioneta cruzó el arroyo que fluía bajo la carretera y luego atravesaba su finca, Tinny escupió por la ventanilla, hacia el agua. Giró el espejo retrovisor en todas las direcciones para ver cómo se balanceaba la carretera por detrás.

—Ese café huele a orinal —dijo.

—A mí me sabe genial —dijo su madre.

—¿El café te pone fatal? ¿O fenomenal?

La madre de Tinny tocó el claxon y saludó a un hombre que venía por el carril contrario, en un volquete de la empresa Martin's Excavating. Para saludar, soltó un momento el volante, con lo que la camioneta se desvió ligeramente hacia la derecha. Tinny cerró los ojos y se aferró al resquebrajado asiento y al tirador de la puerta. Sus hermanos habían prometido llevarla con ellos al desguace de piezas de automóviles, pero, a juzgar por la forma de conducir de su madre, no había garantías de que siguiera viva para entonces. El suelo escupió gravilla mientras la madre de Tinny enderezaba la camioneta.

—Pues parece que hemos llegado —dijo su madre, mientras frenaba para adentrarse por el camino de acceso a la compactadora.

—Podríamos comer un helado —dijo Tinny Marie.

—¿Se te pasó el enfado?

—Soy un reno colorado.

Dieron marcha atrás, hasta la zona de descarga, y Tinny ayudó a su madre a vaciar los bidones de plástico azul y las latas de metal galvanizado. Cuanto menos se parecía un objeto a basura, más le gustaba a Tinny tirarlo a la fosa. Sus favoritos eran los muebles deteriorados, los electrodomésticos y los libros. Un cartel escrito a mano en el lateral de la caseta del operario decía: «¡Televisores no!». A Tinny Marie nada le hubiera gustado más que ver reventar un televisor.

Después de vaciar las latas y los bidones y de barrer la oxidada caja de la camioneta, Tinny subió encima de la cabina. Bajo su peso, el

techo se combó y soltó un sonido similar al de un trueno. Desde el interior de la caseta, más abajo, el hombre de la compactadora encendió el sistema hidráulico y un trozo del mundo comenzó a comprimirse. Grandes trozos de madera se astillaron y quebraron como huesos. Se aplastaron latas y estallaron botellas. Tinny imaginó que un gato callejero se metía en el hoyo. Cerró los ojos y encogió los hombros para contrarrestar un escalofrío.

—Tinny Marie, ¿qué ves ahí? —preguntó su madre desde el suelo.

Tinny abrió los ojos.

—Veo un árbol y el árbol me ve a mí, a una milla.

—¿Y si yo fuera tú? —preguntó su madre—. ¿Y tú fueras yo, no sería una maravilla?

—¿Y si la abeja fuera una ardilla? ¿Y si con la ardilla viviera una polilla? ¿Encima de su rodilla?

La madre de Tinny llevó la taza vacía a la caseta, donde estaba el hombre de la compactadora, y cerró la puerta. Con las manos en las caderas, Tinny observó los campos, más allá de los terrenos segados. Desde su atalaya podía ver hasta Indian Road, casi todo el camino hasta su casa, más allá de la franja amarilla del otoño. El rojo de los zumaques es como la costra de una herida, pensó, en unos cerros que parecen rodillas.

—Esos árboles son las rodillas de las polillas que viven con las

ardillas —dijo en voz alta.

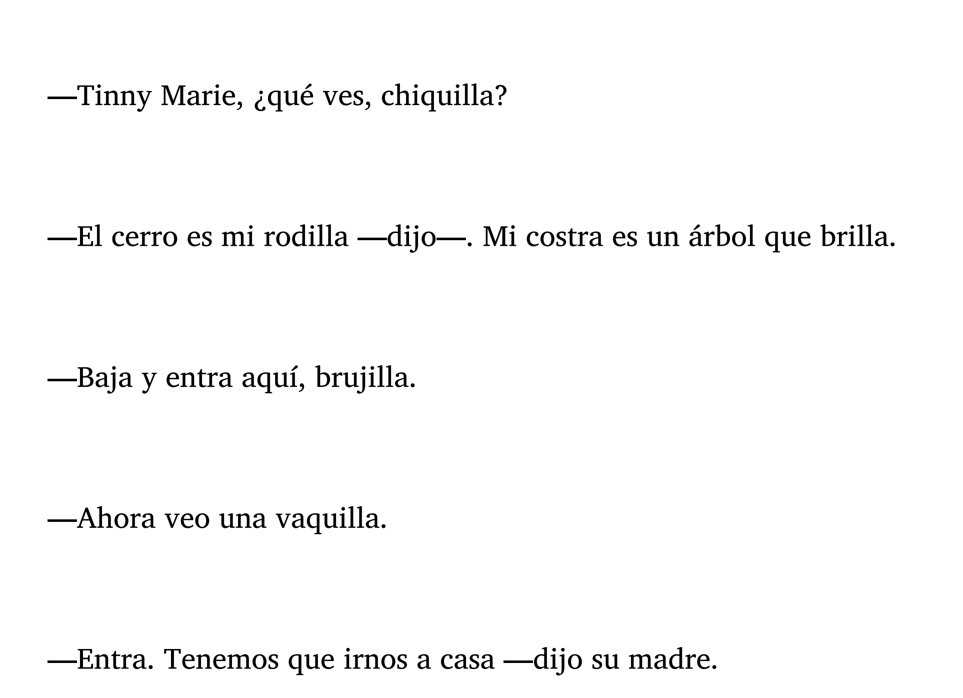
Desde la parte superior de la camioneta, alcanzaba a ver las vacas rojas y blancas de Jimmy Poke, que descansaban al sol, junto al estanque de la granja ribeteado por la escarcha. A las vacas no parecía importarles la llegada del invierno. Estaban tumbadas, masticando, como si las estaciones no mutaran. Jimmy Poke era amigo de su madre. Arrastraba una pierna al caminar y llamaba a todas las mujeres «Guapa». Siempre besaba a su madre en la boca. Tinny Marie dijo «Guapa» dos veces en voz alta, pero no se le ocurrió ninguna rima buena.

A finales del invierno pasado, Jimmy Poke había llamado a su casa para decir que una de sus vacas se había hundido en el hielo. Si llegaba el deshielo, el cadáver envenenaría el agua. Jimmy le dijo a su madre que podía quedarse con la carne si conseguía sacar a la vaca. Tinny también fue, pero se quedó en la orilla mientras su madre y sus dos hermanos salían con un bote de remos. Llevaron cuerdas y una motosierra, además de un mazo para romper el hielo.

Como la vaca estaba congelada en el agua, tuvieron que cortarle las patas. Mientras la motosierra zumbaba, Tinny enterró la cara en el costado de una novilla de raza Guernsey. Sus hermanos lanzaron las patas, de una en una, hacia la orilla. Los miembros seccionados repiquetearon al rebotar en el hielo. Si esas extremidades blancas y frías estuvieran allí ahora, pensó Tinny, las patearía hacia la compactadora y no le daría miedo mirar cómo se quebraban. Habían llevado la vaca congelada a casa en la parte trasera de la camioneta, y sus hermanos la desollaron y colgaron el cuerpo en el garaje. Los días siguientes, al mejorar el tiempo, los chicos separaron la carne de los huesos. La madre terminó el trabajo en la mesa de la cocina, empaquetando feos trozos de dos kilos en papel para congelar y cinta adhesiva gris.

La carga de basura que habían traído quedó aplastada en un paquete compacto y, a través de la ventana de la caseta, Tinny Marie vio cómo su madre se reía con el hombre de la compactadora. Sus bocas se movían en un diálogo que ella no oía. Finalmente, cuando entró otra furgoneta y tocó el claxon, salieron los dos, su madre con la taza de café llena.

Desde el techo de la cabina de la camioneta, Tinny observó cómo su madre colocaba la taza en el salpicadero, debajo de ella. Justo encima, en el parabrisas, se formó un fantasma de vapor. Su madre giró la llave y la camioneta soltó unos sonidos ascendentes hasta que el motor arrancó. Entonces gritó:



—Tinny Marie, ¿qué ves, chiquilla?

—El cerro es mi rodilla —dijo—. Mi costra es un árbol que brilla.

—Baja y entra aquí, brujilla.

—Ahora veo una vaquilla.

—Entra. Tenemos que irnos a casa —dijo su madre.

—¿Y una corneja coja y sin grasa?

Tinny se rio de la imagen que había conjurado: una corneja con una sola pata que echaba a volar sin problemas. Se deslizó hasta el

asiento del copiloto por la ventanilla. Hacía años que la puerta no se abría. Dieron marcha atrás, hacia Halfmoon Road, y la madre se despidió del hombre de la compactadora. Mientras avanzaban por la carretera, Tinny observó por el retrovisor a las vacas de Jimmy Poke, que masticaban el bolo, hasta que se transformaron en plácidas manchitas peludas. El estanque brillaba como un espejo de hielo, pero desapareció al momento detrás de un cerro.

—Hay una corneja con dos patas, mira —dijo su madre.

—Mentira.

Tinny se asomó por la ventanilla. Su madre empezó a cantar:

—Había un viejo que vivía junto al mar del Norte, inclínate...

Tinny observó el pantano. El sol calentaba el aire y las puntas heladas de las briznas de hierba se derretían. Cuando volvieron a cruzar el arroyo, Tinny lanzó uno de sus pasadores de plástico amarillos a la corriente y vio cómo flotaba, giraba y descendía detrás de ellas. Al llegar a casa, correría hasta el arroyo para comprobar cuánto tiempo tardaba en recorrer aquella distancia. Muy despacio, como en una ensoñación, un gigantesco pájaro negro levantó el vuelo desplegando unas alas huesudas.

—¡Mira! La corneja más grande del mundo —dijo Tinny.

Al girarse para mirar, la madre metió la camioneta en un bache y el café caliente le salpicó en la parte delantera de la camisa. Soltó una

palabrota y separó la tela de la camisa del cuerpo. Tinny vio que se acercaba otra camioneta y que su madre no prestaba atención. Apretó los ojos y los dientes hasta que oyó a su madre reanudar la canción:

—Le di a mi amor un hermoso anillo de oro, las ramas se comban ante mí...

Tinny Marie abrió los ojos muy despacio. La otra camioneta no las había arrollado. El vehículo en el que viajaban no había quedado reducido a cristales rotos y acero retorcido, y ni ella ni su madre se habían convertido en músculos ensangrentados y añicos de huesos. No les habían cortado las extremidades ni las habían arrojado trozo a trozo a la compactadora para triturarlas. Al parecer, su madre no se había dado cuenta de lo cerca que habían estado de morir, pues se limitó a sonreír a Tinny y a tomar otro trago del café que quedaba en la taza. La camioneta pegó un bote y siguió traqueteando. Tinny contempló a la enorme corneja que se elevó sobre el pantano y se posó torpemente en la copa de un roble, sobre una pequeña rama que se curvó bajo su peso. Tinny Marie se giró hacia atrás en el asiento para ver cómo batía las alas el pájaro a fin de mantener el equilibrio. Le hubiera encantado poder ver el mundo desde esa altura.

—Voy a volar hasta la copa de ese árbol, donde está esa corneja gigante —dijo Tinny Marie.

—Con tal de que yo pueda verte y tú a mí, adelante —dijo su madre.

Chica gorila

En el proceso de fermentación de la cerveza, o en la elaboración del pan, a veces se cuelan levaduras naturales; esos cuerpos extraños salen de las corrientes de aire o afloran desde las entrañas del planeta, son una especie de partículas que se presentan sin invitación y dan al producto final un sabor punzante. Sospecho que esto es lo que le ocurrió a mi madre cuando estaba embarazada de mí. En algún momento del primer trimestre debió de bajar la guardia, quizá en el baño público del mercadillo de Paw Paw; en un momento de descuido, un elemento aéreo y óseo se coló en su interior para emponzoñar el mejunje, como una especie de maldición.

Si me diera por describir los detalles de mi nacimiento y el éxtasis que supuso la liberación del asfixiante apretón materno, quizá os preguntaríais cómo es posible que recuerde un acontecimiento ocurrido a tan temprana edad. De hecho, por desgracia, recuerdo con todo detalle esta y todas las demás sensaciones que se han sucedido en la enrevesada y retorcida senda vital que conecta a aquella aullante recién nacida conmigo, diecisiete años después. Recuerdo que, a pesar del calor húmedo típico de los veranos del sur de Michigan, mis padres me mantenían a una temperatura óptima gracias al aire acondicionado, y en el crudo invierno me proporcionaban calor con una caldera de gas de combustión limpia, cuyo filtro cambiaban con regularidad. A pesar de esas condiciones ideales, fui una bebé infeliz, que berreaba durante el día y también durante la mayor parte de la noche, ya fuera bocarriba o bocabajo, tanto si soplaba una brisa suave como si la noche estaba en la más absoluta calma. Tiraba los juguetes fuera de la cuna, o incluso las mantas, sin querer someterme a los míseros consuelos que me ofrecían. En las estanterías de mis padres están las guías que compraron durante esa época: El cuidado del bebé y del niño, del doctor Spock, La crianza y Cómo sobrevivir a un bebé.

Sería de necios sugerir que mi concepción fortuita tuvo alguna trascendencia en este sentido. Y, sin lugar a dudas, mi madre se equivocaba al afirmar que mi problema pudo ser un cólico, ya que, en ese caso, me habría sentido mejor desde el momento en que utilicé

frases completas para exigir carne poco hecha y un vaso tras otro de agua fresca. Durante años, mis padres intentaron mantener la ilusión de que yo era una niña normal, pero mis hermanos aprendieron de manera empírica que no convenía andar cerca de mí. Mi hermano se rompió la muñeca la vez que lo empujé desde el tejado; antes de ordenarme que bajara, debería haber reflexionado sobre su precaria cercanía al borde. En cuanto a mi hermana, en preescolar le mordí la pierna con tanta saña que necesitó seis puntos de sutura. Durante esos primeros años, pedía comida a gritos a la primera punzada de hambre, solo me bañaba esporádicamente y tiraba todo, por lo que el suelo de mi habitación era un revoltijo de platos rotos, libros destrozados y polvo de yeso. Mi padre, un abnegado actuario de seguros, puso plexiglás en las ventanas rotas de mi cuarto. En las fotografías de esa época, salgo roja e hinchada.

En el colegio, intentaba esperar mi turno para usar el columpio del patio o pintar con una cera de color que me gustara, pero, al cabo de un minuto, me rendía al monstruo que habitaba en mí y me apoderaba del objeto de mi deseo. Incluso los actos más mundanos —como que mi maestra de cuarto grado, la señora Mitschlager, colocara y recolocara el montón de papeles que tenía en su escritorio— podían sacarme de quicio. El psicólogo de la escuela era reacio a recetar Ritalin u otros fármacos a niños «inteligentes» como yo, y mi sentido de la autoconservación me indicaba que, en presencia de aquel hombre, debía comportarme lo mejor posible. Regañó a mis padres y profesores. ¿Acaso no eran magníficas mis habilidades verbales?, les dijo. Cuando me aplicaba a las matemáticas, ¿no lo hacía con un nivel superior al de mis compañeros? Lo que me hacía falta era que me quisieran y que me plantearan retos, según él, y así disminuirían mis arrebatos. Y si la señora Mitschlager se quejaba de que yo gruñía en respuesta a sus preguntas, quizá era mejor que no se dirigiera a mí.

Durante el día, mis brotes reducían la tensión y el calor corporal, pero las noches a solas en mi habitación eran casi insoportables. Para conciliar el sueño, practicaba insultos y a veces podía enunciar cadenas verbales como «putamadrequeteparióhijodeputacapullochupapollas» sin degenerar en

un sonido animal. Si con esto no conciliaba el sueño, me golpeaba la cabeza contra el cabecero o apretaba las manos hasta que me dolían los huesos. Sin embargo, aparte de esas sesiones de dolor autoinfligido, no me tocaba. Si una de mis manos reposaba sobre el vientre mientras dormía, pronto me despertaba con una sensación de ardor en la piel. A veces, incluso el roce de las mantas y el pijama era excesivo, de modo que me deshacía de todo ello, como en la cuna, y dormía desnuda, con las piernas separadas y los brazos a los lados.

Tommy Pederson era el más malote de la clase de cuarto, además de ser el más grande, y todos los días, durante el almuerzo, él y sus compinches colgaban a los niños bocabajo de las barras de los columpios para vaciarles los bolsillos. La vez que me agarraron a mí, me voltearon de forma que las bragas quedaron a la vista de todos. Por si fuera poco, Tommy metió su dedo mugriento bajo el elástico de las bragas y tocó los pliegues de piel entre mis piernas. Mientras la gravedad me enviaba la sangre a la cara, me propuse convertirme en un monstruo superpoderoso —una mezcla de Frankenstein y el Hombre de Goma— y retorcí mi nueva morfología para morder el antebrazo de Tommy Pederson a través de su chaqueta vaquera. Cayó al suelo soltando un chillido y nos peleamos en la arena. En un momento dado, se sentó a horcajadas sobre mí, inmovilizándome los brazos, pero me soltó cuando le di un cabezazo en la frente. Ya encima de él, agarré una fiambrera de plástico y le aporreé con ella hasta que dejó caer la cabeza en la arena, con la cara llena de babas y mocos ensangrentados. Recuerdo tanto la satisfacción de ganar como la decepción al comprobar que Tommy no iba a seguir peleando.

En enfrentamientos anteriores, había pateado a niños, les había abofeteado o arrancado de los columpios, pero nunca había participado en un combate a tumba abierta, desplegando toda mi fuerza. Con el subidón de la pelea, la cabeza me quedó despejada y el cuerpo tan sereno como la calma en el ojo de mi huracán, liberada momentáneamente tanto de la presión volcánica de mi interior como del peso oceánico que me oprimía desde el exterior. Mis extremidades se aflojaron y floté libre, como si la gravedad hubiera desaparecido. Cuando llegué a casa esa tarde, mi madre estaba sentada junto al

teléfono, sollozando con los brazos cruzados.

Después de clase, pasaba el tiempo al aire libre en nuestro tranquilo vecindario de casas de rancho con garajes adosados para dos coches, y disfrutaba capturando insectos. Al meterme un saltamontes entre la lengua y el paladar duro, sentía una tensa vibración de alas contra los dientes, como preludio de la emoción que sentía al morder piel ajena y extinguir vida. Los grillos crujían contra la parte superior de la boca hasta que los trituraba con las muelas. Las mantis religiosas, de color verde cielo, rastrillaban con los brazos contra mis encías, suplicando el indulto aun después de que les hubiera separado el tórax del abdomen.

—¿Qué narices estás haciendo? —gritó mi madre la vez que me vio meterme un escarabajo en la boca.

—Nada —Cerré los dientes, trituré el caparazón y tragué.

—¿Qué tienes en la boca? —Se acercó más, colocándose delante de mi cara.

—Nada.

Saqué la lengua en dirección a mi madre. Las comisuras de su boca se retrajeron, alejándose de mí, y soltó un pequeño chillido. Tanteé con el dedo y di con una pata de escarabajo con crestas que terminaba en un pequeño pie negro. Me limpié la mano en los vaqueros. Mi madre se fue, en lugar de reñirme, con los brazos regordetes caídos en señal de derrota.

Los Sanderson, a cuatro casas de distancia, tenían un pitbull. Se paseaba por la jaula como una bestia de zoológico, con las mandíbulas abiertas y babeantes, con rayas oscuras en el torso que se estiraban y contraían. Yo me acercaba a menudo para ver cómo se abalanzaba contra la malla metálica. Con aquella armadura de músculos que pujaban por abrirse paso a través de la piel, parecía encarnar mi turbulenta corporeidad. Me dormía con sus ladridos enloquecidos con la misma facilidad que un niño con una canción de cuna. Si me arrodillaba ante la jaula y me concentraba un rato, mi cuerpo empezaba a cambiar. Mis dientes se afilaban y alargaban; podía sentirlos con la lengua. Mis extremidades adelgazaban, mi pecho se llenaba de músculos y me estremecía un dolor agudo al brotarme una cola del trasero. Conforme me convertía en bestia, disminuía la presión bajo mi piel y cesaba esa sensación de demasiado calor, de demasiada sangre circulando por diminutas cavernas venosas. Sin embargo, un día me olvidé de esconderme tras los arbustos de moras de los Sanderson e inicié mi transformación a la vista de su salón. Padre y madre, hermano y hermana, todos los miembros de aquella familia perfecta de dibujos animados se abrazaron espantados. Debería haberme detenido al verlos, pero me negué a abandonar el sublime estado en que me encontraba. Al levantar la cabeza y gruñirles, llamaron a mi madre, que me devolvió a la vida humana con un tirón de la pata delantera, devolviéndome bruscamente a mi carne rosada y defectuosa, echando a perder mi mutación.

Gruñí y le tiré de los pantalones con los dientes. El escaso afecto que sentía por mi madre se reducía aún más al intensificarse mi rabia y, sin embargo, siempre había algo que me impedía dañarla físicamente. No hacía falta ser un genio para llegar a la conclusión de que yo era la culpable de su sufrimiento, e incluso yo misma sentía en ocasiones la punzada de algo parecido a la culpa, pero esos sentimientos eran guijarros en el fondo de mi estómago, mientras otras pasiones más furibundas fluían por todo mi cuerpo como aguas bravas. Después de que me llevara a casa a rastras, subí las escaleras, hice un nuevo agujero en el yeso de la pared, debajo de la ventana, y empecé a masticarme la mano con la misma dedicación que el pitbull con sus tiras de cuero; mordí para sentir la fuerza de los dientes en ambos lados y solo me detuve cuando estuve a punto de perforar la piel.

Tal vez, si mis padres me hubieran pegado, o incluso azotado, habría sentido cierto alivio. Tal vez, como resultado de una transferencia energética, la liberación de su rabia habría menguado la mía. Pero la rabia de toda la familia —por no decir de toda la península inferior de Michigan— se concentraba en mí. Los demás miembros de mi familia se dejaban llevar por emociones débiles como la angustia, el asombro y cierto grado de felicidad. Mis padres, a fin de cuentas, eran personas pacíficas que solo lamentaban una cosa en silencio: el olvido de una píldora, la rotura de un condón o la mala colocación de un diafragma, cualquiera que fuera la causa de que un espermatozoide pasado de revoluciones penetrara las defensas y perforara la cáscara del óvulo de mi madre. O tal vez lo que había ocurrido es que el propio óvulo había pateado el diafragma, había desgarrado el condón, había atrapado al atolondrado espermatozoide por la cola y lo había devorado.

Una noche, mientras ellos cenaban en la cocina, me senté en el salón con una bandeja para ver la televisión. Solía ver las noticias con la esperanza de que salieran incendios o atrocidades en el extranjero, pero en aquella ocasión me topé con el doctor Jekyll y míster Hyde. Cuando el bondadoso doctor Jekyll se convirtió en el malvado Hyde, se me erizaron los pelos del dorso de las manos en señal de empatía.

—¡Soy libre! —gritó Hyde—. ¡Soy libre!

Ahora Hyde podía azotar a aquella chica irlandesa como a un caballo, al igual que yo podía golpear a Tommy Pederson con una fiambrera mientras lloraba y babeaba. Se oyeron unas risas desenfadadas en la cocina. Mi hermana estaba en el equipo de baloncesto del instituto y mi familia celebraba alguna victoria suya sin saber el destino que podía aguardarlos. Torcí la boca y me imaginé entrando en la cocina, tirando al suelo la comida de microondas y estrangulando sus tiernos cuellos, uno detrás de otro. Terminé la cena, fingiendo que se trataba de bichos vivos y anfibios en lugar de pastel

de carne y judías verdes, y acto seguido me mordí el pulgar hasta hacerlo sangrar.

Cuando mis padres se dieron cuenta de mi nueva forma de automutilación, me sobornaron con la promesa de un libro del doctor Jekyll y míster Hyde con más de cien fotogramas de la película, y me enviaron a un psicólogo de verdad, el doctor Radcliff. Durante varias sesiones, gruñí en su despacho y mostré sin gran entusiasmo mi transformación en pitbull por el módico precio de sesenta dólares la hora. Él me observaba, divertido, con los brazos cruzados sobre el pecho. Era un hombre pulcro y aseado de treinta y tantos años, ancho de hombros y no muy alto, al parecer casado con una rubia con cara de conejo que apretaba los dientes en la foto del escritorio. Al cabo de un par de semanas, cuando por fin me digné a sentarme en la silla de los pacientes, soltó una retorcida teoría conductista. Todo lo que yo sintiera, dijo, estaba bien, pero no debía decírselo a nadie. El autocontrol era la clave de la supervivencia.

—Cuando seas mayor, a los dieciocho años más o menos —dijo Radcliff—, podrás dormir en una caseta de perro, pero, por ahora, limítate a fingir que eres una chica civilizada para que no te encierren o te apliquen una terapia de choque. Síguele la corriente a tu madre. Y come cereales en lugar de bichos, por el amor de Dios.

Dejé los bichos, pero no por Dios ni por mi madre. Había algo en el pecho y los antebrazos de bulldog de Radcliff, en su olor a colonia sudada y sus ojos verdes de Drácula. Mientras que el psicólogo del colegio no dejaba de parlotear y de complacerme, Radcliff podía guardar silencio durante cincuenta minutos largos, esperando a que yo respondiera a una sola pregunta. Llegué a verlo como un mentor, un hombre que no se dejaba escandalizar ni seducir, un muro sólido contra el que podía embestir sin temor a derribarlo.

Las cosas fueron más llevaderas durante los siguientes años, hasta

que, tal y como prometían los aburridos vídeos educativos del colegio, empecé a menstruar. Cuando descubrí por primera vez que salía sangre de mis partes íntimas, me quedé pasmada. Pero al tercer mes, me di cuenta de que nunca habría más que un hililllo. ¿Por qué?, le grité a mi madre. ¿Por qué tanto alboroto por esto? Para expresarme mejor, salí al patio trasero y arranqué los rosales del suelo con las manos desnudas, pinchándome las palmas, los dedos y los antebrazos con cientos de espinas. Arrojé los arbustos arrancados a mi madre y me sacudí los restos que se me pegaron.

Mientras golpeaba con los puños ensangrentados el ventanal y la insultaba, mi madre hablaba por teléfono con Radcliff para solicitar una cita de urgencia. Me limpió antes de llevarme, pero encontré un clip en la moqueta de la consulta y me puse a jugar con él mientras Radcliff hablaba.

—Estás disgustando mucho a tu madre —dijo.

Introduje el extremo del clip en cada uno de los agujeros de las espinas, de modo que todos empezaron a gotear sangre. Cuando Radcliff se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se abalanzó como un murciélago y me arreó un bofetón.

—¡Maldita sea! —dijo, agarrándome por los hombros—. ¿Quieres que te encierren? Porque eso es lo que va a pasar si no dejas estas mierdas. ¿Estoy hablando claro?

Me estrujó los hombros y me zarandeó, clavándome los pulgares en el pecho.

—Piensa: tranquilizantes. Piensa: electrodos.

El escozor de la bofetada irradió hacia fuera, hasta que todo mi cuerpo zumbó con una sensación de calma.

—Pídele perdón a tu madre —dijo, soltándome un poco.

Asentí. Me soltó del todo, pero yo aún notaba sus dedos y deseaba que hubiera moretones.

La clase de educación física siempre había sido mi favorita, y en mi segundo año la profesora de gimnasia y entrenadora de atletismo, la señora Heart, me propuso con cierta suspicacia entrar en el equipo. Yo ya me había percatado de que durante meses Heart había estado evaluando el muro de músculos que había bajo mi piel, tan fuertes como una cota de malla y tan prietos como una camisa de fuerza. Tras el primer día de entrenamiento, anunció que yo era una corredora de media distancia. Para el final de la temporada, ya tenía el récord del instituto en la carrera de la milla, y en mi tercer año batí el récord estatal por más de un segundo. Cada día, la señora Heart me daba una rutina escrita en una ficha que tardaba unas tres horas en completar. A veces, antes de terminar, vomitaba detrás de las gradas. Las otras chicas remoloneaban, hacían posturitas para el equipo masculino de atletismo y luego mentían a Heart sobre lo que habían hecho o se inventaban dolencias. Heart no se mostraba comprensiva; correr, decía, era la cura para los calambres, los dolores de cabeza y las alergias. En ella, al igual que en Radcliff, tenía una aliada, una persona que no se ablandaba, una fuerza constante que me obligaba a ser más fuerte. Cuando yo salía a correr por las tardes en nuestro barrio, tenía la sensación de que había dos versiones de mí: la persona que veía en el espejo y esa segunda criatura con dientes de pitbull, encadenada, que arrastraba un bloque de hormigón.

En un día de primavera particularmente caluroso, después de esprintar cuatrocientos metros en la pista, me detuve jadeando, con las manos en las rodillas, cerca de la pista de salto de altura. Había un chico pelirrojo tumbado al sol en la colchoneta, con un brazo flexionado detrás de la cabeza y el otro acariciando el pecho desnudo de manera distraída. Me miró, tan voluptuoso como un gato que bostezara, y dejó que un pulgar se desviara y se posara sobre uno de sus pezones. Tomé nota del bulto que tenía entre las piernas. De pronto, comencé a sentir un enorme sofoco e imaginé que la piel del chico estaba fresca. Solo entonces comprendí que correr y levantar pesas me había cambiado. Mis músculos ya no eran una sola lámina bajo la piel, un exoesqueleto de goma que me mantuviera cohesionada. Cada músculo de los brazos y las piernas parecía ahora una criatura independiente, lista para atravesar la piel y escapar. Cuando fui capaz de moverme, esprinté alrededor del instituto hasta llegar al sendero de las carreras de campo a través, donde corrí diez kilómetros sin parar.

Era innegable, me había vuelto atractiva. Aunque mi padre parecía una vaca marina, mi madre y mis hermanos eran más bien guapos. Si la monstruosa Medusa había sido la criatura más bella del océano en su día, ¿por qué no iba a serlo yo? El pelo negro me caía en forma de cuerdas hasta los hombros; no tenía paciencia para cepillarlo, como me imploraba mi madre, y me lo cortaba yo misma con unas tijeras romas, dejando que las puntas cayeran al suelo de mi cuarto. A menudo, después de una carrera, o incluso mientras rebuscaba en la taquilla del instituto, se formaba un círculo de curiosos a mi alrededor, a una distancia prudencial, no tan cerca como para poder tocarme. De hecho, nunca nadie se atrevió a tocarme hasta una noche en la que estaba empujando con las piernas el peso máximo en la máquina multifuncional, apretando rítmicamente los pedales con los pies descalzos, para luego volver a soltarlos con un ruido metálico. Al mismo tiempo, estaba planeando un trabajo para la clase de sociología, dando forma a frases largas y convincentes que nunca podría redactar estando inmóvil.

Como un rayo de luz, el aroma a sudor, caucho y manteca de cacao

de Heart inundó el ambiente. Unas manos fuertes y pequeñas me alcanzaron por detrás y empezaron a masajearme los hombros y la nuca, acelerándome el flujo sanguíneo. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza a un lado, gimiendo con cada exhalación. Pero cuando me pasó las manos —con un relieve de venas oscuras en el dorso— por los bíceps hasta llegar a los pechos, toda la sala empezó a palpitar. Se me nubló la vista. Estiré las piernas para levantar las pesas de hierro, eché la cabeza hacia atrás y rugí como una bestia de la selva ensartada por una flecha. Heart tomó una bocanada de aire, apartó las manos y salió corriendo. Yo seguí aullando, desquiciada por el calor y la confusión, ansiosa por acariciar los miembros fibrosos y musculados de Heart y por apretar aquel cuello de piel gruesa mientras boqueaba.

En el vestíbulo de la consulta de Radcliff, en nuestra siguiente cita, me dediqué a hojear ejemplares de National Geographic, mientras zapateaba sin parar y me clavaba de manera inconsciente la llave de casa, imprimiendo pequeñas heridas en forma de V a lo largo de piernas y brazos. En un artículo de la revista decían que los grandes felinos se desplazaban a velocidades de hasta noventa y seis kilómetros por hora. Cómo debe de picar el viento a esa velocidad. En otro artículo sobre los grandes simios aparecían investigadoras con gorilas. King Kong era una de mis películas favoritas, pero los gorilas me decepcionaron. No eran sanguinarios, sino amables y estrictamente vegetarianos. Yo había supuesto que, como mínimo, comerían larvas e insectos. Joder, si King Kong casi se comía a la gente.

Radcliff parecía distraído, así que le pregunté qué sabía de los grandes simios, y empezó a hablar de lo inteligentes que eran. King Kong había sido muy listo, comenté, y Radcliff se rio. Él quería creer que ya no deseaba ser un animal, pero en ese mismo momento yo me estaba concentrando en convertirme en un gorila de película. Cuando sentí los primeros hormigueos de vello salvaje que brotaba de mis poros, comenzaron a temblarme las entrañas. Una ola gigante fue cobrando fuerza. Las compuertas amenazaban con reventar. La gran roca que taponaba el volcán se agitó en el cráter.

Nunca había vivido la transformación de esa forma. A fin de frenar el proceso, le conté a Radcliff el incidente con Heart. ¿Cómo me había sentido?, preguntó.

—Me puse a arder como un horno —dije—. Rugí como una leona.

Radcliff arrojó los papeles al suelo. Se arrodilló y apoyó la cabeza en mi regazo.

—Te quiero —dijo, sin aviso ni preámbulo—. Te quiero desde que tenías once años y querías ser un perro. Que Dios me perdone.

Su cabeza me pesaba sobre las piernas. Le puse una mano abierta en un lado de la cara, que era más grande y espectral de cerca. Le pasé un mechón de pelo, canoso y suave, por detrás de la oreja y deslicé las puntas de mis dedos de uñas mordidas entre la garganta carnosa y el cuello de la camisa. Me incliné para frotar la mejilla contra su cara de papel de lija. Cuando el almizcle de su sudor y su loción de afeitado se filtró en mi piel, mis entrañas comenzaron a expandirse e hincharse como si fueran olas de carne que emanaran de un núcleo líquido y caliente. El aliento húmedo de Radcliff se derramó sobre mi muslo y me encendió la piel. Aunque deseaba acariciarlo, yo misma echaba espuma y borboteaba como una caldera embravecida.

Un ojo nervioso y apocado me clavó la mirada desde el regazo. ¿Era esta patética criatura del pantano el hombre por el que renuncié a los manjares de la familia de los saltamontes? ¿Era este mi maestro del autocontrol? ¿Era este el pecho de Frankenstein en el que encontraba cobijo? Mis afectos se redujeron al tamaño de un guisante y cayeron al fondo de mi estómago. Radcliff levantó una mano en dirección a mi brazo, pero sus pálidos dedos me repugnaron y lo aparté de mi regazo. «Gilipollaspayaso», intenté decir, pero me salió

un gruñido.

—Hijodearrrggg —gruñí, cerrando la puerta tras de mí.

La recepcionista levantó la vista con unos diminutos ojos alarmados y le di una patada a su escritorio de acero, con un ruido que reverberó por todo el vestíbulo. Recorrí el camino a casa soltando espumarajos y salivazos, incapaz de pronunciar insultos.

Aquella noche, tumbada sin sábana en la oscuridad, atormentada por el recuerdo de Radcliff, Heart y el chico pelirrojo, me dio por acariciarme el pecho desnudo. Me subió la sangre a la superficie de la piel, pero continué. Mis manos se movieron por el vientre, entre las piernas, como en un tablero de güija y, una vez que me entregué a esa exploración, no pude parar. Ahora me abrumaba la sensación que había sentido en el despacho de Radcliff, como si mi núcleo intenso se desplegara: una flor densa cuyos pétalos pesados como el plomo crecían desde el interior, a tal velocidad que me era imposible arrancarlos. Me froté hasta que me dolieron los músculos de las manos, provocando al menos una docena de explosiones de la carne, cada vez más desgarradoras. Los ojos se me pusieron en blanco hasta tal punto que temí que los músculos oculares se quebraran. Una vez grité tan fuerte que mi hermano y mi padre vinieron corriendo. Me di la vuelta y fingí dormir, tapándome la entrepierna hasta que, cual lamentables monigotes, se fueron.

En lugar de relajarme o sentir alivio, cada clímax suponía un martirio mayor. La piel rezumaba sudor y tenía la carne entre las piernas hinchada y entumecida. Sollocé con desesperación sobre la almohada y la mordí hasta que salieron plumas. Finalmente, arranqué la mosquitera de la ventana, salté los tres metros que me separaban de la hierba y me llené los pulmones de aire nocturno. Saboreando el escozor del asfalto en los pies descalzos, corrí desnuda por las calles vacías de la urbanización hasta caer rendida en una parcela de césped

impecable, a varios kilómetros de mi casa. Agarré unos rosales y apreté hasta que las espinas se me clavaron en las manos. Mi sangre se había alterado, se había impregnado de sexo. Con el ejercicio ya no bastaba. Necesitaba que me sangraran como a un caballo gitano.

Me eché en brazos de unos cien hombres, con la esperanza de encontrar uno que me satisficiera, que me diera un tipo de placer que no me provocara ganas de saltar de un edificio alto. Cada uno presentaba una gran promesa, pero todos me acabaron decepcionando. De vez en cuando, en el tórrido y extraño arranque de la pasión, sentía la presencia de mi parte masculina, que coexistía con mis órganos femeninos. Sin embargo, en esos momentos, el pene de mi pareja parecía encogerse hacia dentro y desaparecer. El hombre se convertía en un receptáculo, pasivo, pequeño en comparación conmigo, a pesar de los hechos físicos que indicaban lo contrario. Por muy fuertes que parecieran los hombres, en el fondo anhelaban ser conquistados. Padres del vecindario, profesores, dependientes de la tienda de alimentación, incluso el doctor Radcliff.

De hecho, Radcliff fue la mayor decepción. Debido a los años que llevábamos juntos, pensé que podríamos encajar, pero, después de un primer estallido, se diluyó y acabó hundiéndose bajo la superficie como el resto, y al igual que el resto, trató de arrastrarme con él. Mientras él dormía, yo bullía de energía y comencé a pasear la mirada por su dormitorio revestido de madera, sobrecogida por la sensación de que acababa de darlo a luz. ¿No era esta la imagen misma de mi cólera? ¿Mi cuerpo poderoso envolviendo con furia a un hombre flácido y decaído? Su pene, pálido y consumido, descansaba sobre el delicado y extraño cojín de su escroto, rozando una pierna. Diminuto, en carne viva, desprotegido: allí estaba la forma de la cosa que tanto me enfurecía. Él tenía la piel fresca, mientras yo ardía. Sentí que podía machacar sus partes, llevándomelas con delicadeza a la boca para masticarlas después.

Radcliff fue mi penúltimo experimento. Al día siguiente, mordí al

repartidor de UPS con tanta pasión que tuvo que ir a urgencias. Las noches siguientes, sola en la cama, rechiné los dientes y traté de mantener las manos lejos de mi entrepierna, pero al final siempre me entregaba a aquel espantoso éxtasis.

En la última semana de agosto, llegó una feria a la ciudad. La noche inaugural me abrí paso a codazos entre el gentío a la deriva. Vi a una chica del equipo de atletismo y escupí al suelo. Compré patatas fritas con vinagre y me las comí tan calientes que me abrasaron la boca. En varios puestos, los hombres me invitaron a participar en juegos de monedas, de lanzar cosas y disparar, pero, cuando les dedicaba la mirada de Medusa, renunciaban a seducirme. Sus voces se convertían en susurros, sus partes masculinas se arrugaban.

Al fondo de la feria, pagué dos dólares para ver un espectáculo anunciado con un cartel que decía: «Samba de la selva: observe cómo cambia ante sus ojos». Le entregué a un gordo el dinero y seguí a un chico de aspecto anémico al interior de la carpa. Había una rubia vestida con un chaleco deshilachado de leopardo detrás de los barrotes de una jaula, sobre una plataforma apenas iluminada. Los ojos le temblaban, como si estuvieran en trance, pero por lo demás permanecía quieta mientras los clientes entraban. Cuando las lámparas del techo se apagaron, se oyó una grabación gastada con una voz de circo:

—Contemplen a Samba, una mujer encontrada en la selva de África. Un científico la estudió hasta que apareció muerto en su laboratorio, despedazado por esta bestia.

La piel de la bestia era mortecina; me pregunté en qué lugar de la selva habría encontrado agua oxigenada para teñirse el pelo de una manera tan cutre. Debajo del vestido raído se veían venas varicosas. Lo que al principio parecía un trance ahora daba la impresión de ser una borrachera. A medida que las luces se fueron atenuando, el rostro

comenzó a brillar y a cambiar: se le oscureció el cabello, se le ensancharon las facciones y, a continuación, la carpa quedó sumida en la oscuridad. Entonces se encendió y salió un gorila de la jaula que saltó hacia el público. Todos los espectadores gritaron y corrieron hacia la salida. El simio saltó del escenario y me rugió en la cara, a través de unos dientes de goma. Caí al suelo de hierba y me golpeé contra la tierra mientras me caían lágrimas de pura alegría. Cuando se encendieron las luces, el disfraz de gorila sacudió la cabeza y volvió a subir al escenario y a situarse detrás del telón. Volví a pagar y esta vez observé con atención. Cuando el rostro de la mujer se iluminó, vi un punto de luz que se proyectaba desde un lugar situado por detrás del público, arriba; proyectaban una película de la transformación en su rostro. Con todo, no me molestó el engaño del número: la pobre mujer aún no había aprendido a transformarse. En la oscuridad, en la parte de atrás de la carpa, me brotaron pelos en los brazos y las piernas como muestra de empatía.

Antes de entrar al espectáculo de Samba la mañana siguiente, vi a la rubia-gorila dirigirse a los baños públicos, construidos con bloques de cemento. Corrí para alcanzarla. Allí tenía una camarada, una compañera en la furia, una mujer que anhelaba ser una bestia salvaje.

—Eh, he visto tu número.

—Déjame en paz —balbuceó, y aceleró el paso.

—Pero somos hermanas, ¿no lo ves? —insistí, con una voz excepcionalmente clara—. Las dos necesitamos transformarnos.

—Que te largues de una vez. —Su garganta azulada tembló.

La agarré del pelo encrespado y le di la vuelta para que me mirara. Se puso a parpadear con ojos etílicos. Le salía alcohol por todas las glándulas y aquel olor rancio me indignó. La abofeteé dos veces. Me arañó la cara con las uñas, pero le agarré las manos y apreté los huesos de los dedos hasta que cayó de rodillas. Cuando la solté, sacudió las manos y empezó a alejarse, diciendo que llamaría a la policía, así que le hice un placaje sobre el sucio césped —repleto de vasos aplastados de granizado y colillas— y la arrastré hasta los baños de mujeres, que estaban vacíos. Con los dientes, desgarré la parte inferior de mi camisa hasta convertirla en jirones de tela y la até al asiento del váter. Le tapé la boca con una mano mientras con la otra le arranqué las medias de compresión, y luego la amordacé con ellas. Ahora King Kong era yo, solo que en este caso la novia tenía la mirada turbia y no quería venir conmigo. Cerré la puerta de la caseta y salí. Samba de la selva..., ¡y una mierda! Aquella mujer no merecía semejante título.

Mi plan fue cristalizando a medida que caminaba y el público de la feria se apartaba a mi paso. Compré patatas fritas, pero estaban tibias y las tiré al suelo delante de un policía apoyado en una valla. Me miró a los ojos y finalmente decidió no abrir la boca. Recorrí los tenderetes de ropa y opté por una camiseta extragrande con rayas de tigre, que me puse a modo de vestido detrás de un puesto de algodón de azúcar. Volví a la carpa de Samba, donde encontré al hombre gordo al que le había pagado la entrada. Estaba sentado detrás de un cartel que decía: «Estamos comiendo». Informé al señor Boone, pues ese era su nombre, de que su chica de la selva estaba indispuesta y que yo ocuparía su lugar.

—¿De qué coño hablas?

Tenía los pies cruzados sobre la valla de la puerta. Su cuello colorado e hirsuto salía de una camiseta con bolsillo muy ceñida. Hizo una pausa para atizarse un trago de una botella de licor de mora.

—Un momento —dijo, señalándome con un dedo grueso—. Te he visto antes merodeando por aquí.

—Despídela y dame su trabajo.

—¿Y qué gano yo con eso?

Me había estado mirando las piernas, pero, cuando se inclinó para mirar por encima de mi vestido camisero, empujé su silla hacia un lado con el pie, como si tirara de la cadena de un baño público. Por poco no se cayó. Abrí mucho los labios para mostrar toda la dentadura y gruñí.

Boone se apretó la botella contra el estómago.

—¿Me estás amenazando, preciosa?

Nos miramos a los ojos hasta que él apartó la vista. Después de echar otro trago, se ajustó los tirantes y me estudió como si yo fuera una vaquilla en un concurso.

—Siempre he tenido rubias —dijo, encendiendo un cigarrillo—. Pero veo que estás bien musculada. Si te ponemos en bikini, los hombres igual pagan por verte dos veces.

Los carteles que anuncian mi número son absurdos. Dicen que me rescataron en «Nairobi, en Sudáfrica». El pelo rubio de los carteles

antiguos se ha oscurecido. Una imagen titulada «El experimento» me muestra atada a una cama con los brazos y piernas en cruz, con un montón de electrodos, y al lado hay un científico blanco con pinta de zumbado que se inclina sobre mí. En la siguiente imagen, el gorila está de pie y las correas, rotas, le cuelgan de las muñecas. Se ve el cuerpo desplomado del científico y dice: «Ha ocurrido algo terrible».

El trabajo me deja las mañanas libres, así que hago ejercicio, levantando pesas con los chicos encargados de los juegos de azar. Boone tiene mis vídeos favoritos, que veo en su caravana. Por la noche deambulo por las casetas de los clubes de la 4-H[1], admirando colecciones de insectos y asustando a los ponis, y si veo un saltamontes gordo me lo meto en la boca. Últimamente, pago a una de las mujeres de los puestos para que me haga treinta trenzas en forma de serpiente. Boone se ocupa del dinero y organiza el espectáculo, y George, que lleva el traje de gorila, se encarga de la producción. Y cada media hora, desde el mediodía hasta la medianoche, en el momento justo, empaqueto mi rabia en una bola cada vez más prieta detrás de mi ombligo. Cuando la presión se vuelve demasiado grande, la bola explota. Las compuertas del continente amurallado se abren de golpe y emerge la bestia.

Si el proyector se apagara y las luces se encendieran, el público vería una metamorfosis más impactante de lo que imagina. A mi cara con forma de corazón le sale pelo, mi piel se oscurece como si estuviera carbonizada, brotan órganos sexuales masculinos de mi ingle para complementar los femeninos y se me endurecen los pechos hasta convertirse en una placa coriácea de músculo. El aire se vuelve fresco y todas las personas de la carpa se sienten conectadas a mi gorila del Medio Oeste, a mi ardiente triturador de hogares, a mi destructor de rosales inmaculados. De vez en cuando, una mujer ríe a carcajadas o llora en la oscuridad: ha reconocido, en mi forma, al monstruo de su propia fuerza desaprovechada.

A diferencia de mi beoda y rubia predecesora, actúo con los ojos

abiertos. Busco entre el público una mirada que no rehúya la mía. Anhelo un olor a fermento animal, un ser salvaje fuera de mí, quizá un compañero. Puedo mantener la forma de gorila solo unos segundos y luego me derrumbo. George entra en la jaula por el lateral, derriba la puerta de barrotes e irrumpe entre el público. El hechizo se rompe y el público es libre de fingir que el espectáculo es un fraude. Mientras los espectadores gritan y salen en estampida de la carpa, yo me tumbo jadeante, agotada y liberada de ira, sola por ahora, en el apacible núcleo de la feria.

1 La 4-H es una red de organizaciones juveniles de Estados Unidos que tiene entre sus objetivos conectar la enseñanza pública con el ámbito rural. (N. del T.)

Perros viejos

Una luna llena de octubre vigila los campos de apio, en barbecho desde hace veinte años. El viento, procedente del otro lado de los campos, arranca las últimas hojas de un arce del jardín delantero y arremete contra la casa, cubierta por un tejado de amianto y levantada sobre una losa de hormigón. En el interior, hay tres mujeres de pelo largo con canas de diversas tonalidades. Están tumbadas frente a una estufa de leña, en unos sofás desvencijados. Como exige la estación, las mujeres van enfundadas en jerséis y sudaderas, sin preocuparse ya de llevar los más limpios encima. Al lado de cada mujer reposan ceniceros rebosantes, y por toda la habitación hay desparramadas botellas vacías de vodka de un litro y tres cuartos. Mañana llevarán las tres botellas retornables de refresco de cola a la ciudad para recuperar el depósito. Dos perros están acurrucados en el sofá pegado a la pared, entre dos de las mujeres, hay un tercero tumbado con Margrite en el sofá más pequeño y el cuarto está echado sobre una sudadera en el suelo. Margrite aún no ha pedido el gasóleo para calefacción, así que el calor lo proporciona la leña del menguante montón que hay junto a la puerta trasera. Solo funciona una de las dos bombillas de la lámpara del techo; lleva veinte años emitiendo una luz tenue, mientras que la otra brilla con gran intensidad cuando la cambian y se funde a los pocos meses.

Bajo las mantas, los jerséis y los pantalones de chándal, las mujeres están flacas, lo cual es sorprendente si se tiene en cuenta que todas ellas sufrieron de sobrepeso durante décadas después de tener hijos. Los perros, a pesar de los gusanos del corazón y las pulgas, están gordos. Como los dos dormitorios son fríos, las mujeres se han acostumbrado a dormir en los sofás, guardando silencio un rato después de que se ponga el sol; se despiertan a la luz de un amanecer difuminado por el plástico que Margrite ha grapado en el exterior de las ventanas.

Las otras dos mujeres ya están dormidas cuando Margrite tira de la cuerda que apaga la luz.

Al extremo del sofá de Margrite se encuentra Rey Lear, un collie, el más grande y viejo de los perros, aquejado de una sarna que empieza a despedir mal olor. Margrite tenía a Rey antes de que ninguna de las otras mujeres se mudara con ella. A Rey le cuesta mucho encaramarse al sofá, pero hasta ahora ha cumplido su parte del pacto doméstico: a pesar de la artritis, se las arregla para salir a hacer sus necesidades. Cuando ya no pueda, tendrá que vivir fuera y es probable que el invierno lo mate.

Lady Macbeth, una mezcla de retriever de un negro lustroso, duerme de espaldas en el otro sofá, con las patas en el aire. Es la más inteligente de los perros y una experta ladrona. Cada mañana espera junto a la puerta para salir a hacer su ronda y cada mediodía regresa con un botín. Además de las frecuentes cajas de pizza y los huesos que dejan los cazadores furtivos, ha traído a casa sartenes de hierro fundido, camioncitos de juguete y, en una ocasión, un gigantesco traje de baño rosa, tan grande que le hubiera valido a una gorda de circo. Lo que más le gusta son los zapatos y de vez en cuando ha conseguido un par completo, como ocurrió con los mocasines de cuentas que lleva ahora Margrite. Los antepasados de Lady cobraban patos para los aristócratas ingleses, así que ha heredado la disposición a no perforar sus hallazgos. Una vez arrastró a casa una bolsa de dos kilos de comida para perros y esperó pacientemente a que Margrite la abriera por ella. Hace años, una vieja amiga se la llevó a Margrite y le pidió que cuidara de ella durante unos días. Margrite no ha vuelto a ver a la vieja amiga.

Es posible que Julieta, tumbada junto a Lady con el hocico enterrado en las mantas, sea la perra más fea del vecindario. Alguien la abandonó cuando era un cachorro al final de la calle y una niña se la llevó a casa. A la niña ni le importó el labio leporino ni las patas desproporcionadamente cortas de Julieta. Durante las siguientes semanas, el labio leporino y la inmensa cabeza crecieron, pero las patas siguieron siendo cortas. El pelo hirsuto de la perra atascaba la aspiradora de la madre de la niña y la mujer no soportaba la forma en

que la perra le devolvía la mirada, esa expresión culpable, tanto entonces como ahora, como una disculpa constante por sus deformidades. La niña, que nunca había hablado con Margrite, se presentó llorando en su puerta y le rogó que adoptara a la perra porque su madre la iba a llevar a las autoridades de control de animales. La niña prometió visitar a la perra y ayudar en sus cuidados, pero solo vino una vez. Después, esa familia compró un cocker spaniel que mordió a la niña.

Margrite se despierta de su letargo con tos. Al principio apenas hace ruido, pero el pecho y el estómago le estallan enseguida en convulsiones. Repliega el cuerpo alrededor de sus agitados pulmones y de su garganta doliente y descarnada. Las otras mujeres despiertan y se remueven, pero reprimen toses y respiran en silencio mientras Margrite aguanta las arcadas con la cabeza entre las rodillas. Con la mano izquierda se aferra al brazo del sofá y cierra los párpados con fuerza. Los ojos de las otras mujeres se iluminan a la luz del fuego. Los perros levantan las orejas y observan con mirada vidriosa, alerta. Margrite busca su vaso en el suelo y traga lo que le queda, y, aunque le caen lágrimas por la cara y le tiemblan las manos, se queda muy quieta y espera a que se le pase la tos.

Hamlet, el mejor perro guardián, solo tiene tres patas. La cuarta quedó atrapada a la altura de la rodilla en una trampa para zorros, hace dos veranos. Cuando el trampero, un trabajador de una fábrica de papel que hacía turno de noche, revisó las trampas un par de días después, consideró la posibilidad de matar al perro, ya que las mandíbulas de la trampa le habían destrozado la tibia y el peroné. Le habría pegado un tiro al animal, un labrador cruzado de pelaje azul merlé, si este le hubiera mirado y lloriqueado. Pero al verse libre, el perro se alejó cojeando sin mirar atrás y el hombre decidió dejar que la criatura muriera en paz. Hamlet perdió sangre durante varios días en el bosque, cerca del río, mientras se lamía y arrastraba la pata semidesprendida de un lugar a otro. Al final se la enganchó en un alambre de espino y se la arrancó del todo. Volvió a casa a través del campo de apio, delgado y febril, ante la disyuntiva de curarse o morir. Lamió el muñón noche y día, lamió el hueso roto y la herida a un

ritmo constante, sin dormir, como si la infección produjera un licor adictivo.

Aunque el muñón se ha curado, Hamlet nunca ha cesado su vigilia. Toda la noche, mientras el resto de la casa duerme, se lame la pata y todo el cuerpo en un incesante ejercicio de autosanación. Hace tiempo que puede ponerse de pie y caminar, pero es incapaz de subirse a los elevados sofás, por lo que debe aceptar la falsa humildad de dormir en el suelo. Protegido del frío del hormigón por un recorte de moqueta y cualquier manta o prenda que caiga al suelo, Hamlet permanece alerta mucho después de que las mujeres y los demás perros hayan conciliado el sueño.

Hamlet deja de lamerse para observar cómo Margrite enciende un cigarrillo y aspira una calada larga. Hamlet la observa mientras ella se fuma el cigarrillo hasta el final y luego arroja la colilla al fuego. La ve alimentar las llamas con otro tronco del montón que se seca al lado de la estufa. Observa la cabeza canosa de la mujer apoyada en el brazo del sofá con la boca abierta.

Hamlet huele el sudor de las mujeres y la medicina penetrante del fondo de los vasos y las botellas. Huele el alquitrán de los cigarrillos en el aliento de las mujeres y también algo de carne podrida. Inhala el olor a muerte de la piel mancillada de Rey y reanuda el lameteo de su pelaje moteado.

Hamlet oye la respiración de Lady, cuya cabeza se inclina hacia atrás mientras sueña, embelesada, con lo que va a robar mañana. Sus miembros se agitan y gruñe a intervalos. Hamlet escucha los ronquidos silenciosos de las mujeres, el crepitar de un fuego moribundo que él no puede avivar y el susurro de las hojas sin rastrillar más allá de las paredes de la casa. Debajo de su cuerpo, el hormigón se enfría a medida que el fuego se extingue y el viento aporrea y agita el plástico de la ventana exterior, hasta que una



esquina blanquecina se desprende y aletea, sin nada a que agarrarse.

Comiendo a la tía Victoria

Bess bajó la ventanilla del lado del pasajero del Dodge Omni de su hermano para sentir el aire nocturno en la cara. Necesitaba reactivarse tras el embotamiento de su primera noche como guarda de seguridad en el centro comercial Westland.

—Entonces, Bess —dijo su hermano Hal—, ¿has conocido a algún delincuente?

—Flipa —dijo—. Me dan un walkie-talkie para llevar en el cinturón, pero lo he probado y no hay nadie al otro lado. Si alguien la monta, tengo que llamar al 911 por el teléfono público.

El letrero del reloj del banco marcaba alternativamente las 11:20 y 20 grados. Atravesaron Kalamazoo, luego un tramo de seis kilómetros de fábricas y almacenes donde el aire apestaba a procesado de papel, antes de entrar en el municipio de Bangor. Bess sacó un cigarrillo del paquete de tabaco barato que había en el salpicadero. Se preguntó qué sentiría si Hal y ella se dirigieran por la autopista hacia Detroit o Chicago.

—Hay una oficina de reclutamiento de la Marina en el centro comercial —dijo.

—Y también hay un puente sobre el río Yangtsé —dijo Hal—. Pero no significa que tengas que ir allí a tirarte.

Encendió el intermitente izquierdo y miró en ambas direcciones antes de cruzar las vías. El paso a nivel carecía de protección, al igual que muchos de los pasos privados que se encontraban a la salida de la

ciudad: sin barreras, sin luces, sin señales de advertencia. Dos veranos antes, un hombre de la cantera estaba cruzando las vías con una retroexcavadora en un tráiler cuando fue atropellado por un tren de la Twilight Limited en dirección oeste. La locomotora había embestido al tráiler, escupiendo trozos de metal amarillo y arrojando la mitad del brazo hidráulico de la retroexcavadora a la plantación de marihuana de Hal. Bess lo ayudó a sacar las plantas de metro y medio de entre el metal retorcido y a llevarlas al sótano antes de que llegara la policía ferroviaria.

El Omni tembló al pasar por las vías y Hal apagó el motor en el camino que llevaba a la casa, un edificio de dos pisos revestido con fieltro asfáltico. Fue Hal quien había insistido en que Bess terminara secundaria. Ahora ella estaba agradecida porque eso había retrasado la monotonía que sentía esta noche, la persistente sensación de que el resto de su vida se extendía como un enorme vacío ante ella, tan desoladora como el centro comercial Westland después del cierre. Hal se había graduado hacía un año y ahora trabajaba en la gasolinera Stop-n-Gas y asistía a clases en un centro de estudios superiores[2].

Subieron los seis escalones que conducían al porche, donde las tablas húmedas y machihembradas gimieron bajo su peso.

—No hace falta que te alistes —dijo Hal—. Ya pareces una militar.

A Bess le gustaba el uniforme de guarda, con el cinturón apretado alrededor de la cintura y el sombrero bien encajado en la cabeza. Hal nunca la escuchaba cuando ella mencionaba la posibilidad de alistarse en la Marina. A él no le apetecía ver el océano ni países extranjeros, ni nada más allá de su playa favorita del lago Michigan, que estaba a sesenta y cuatro kilómetros al oeste.

Pasaron por la cocina, donde, además de las agrietadas paredes de yeso y el deteriorado fregadero de hierro fundido, había un armario metálico con candado en el que la tía Victoria guardaba su comida. El salón estaba a oscuras, salvo por el resplandor azul del televisor, que iluminaba los muebles de vinilo rajado y la alfombra de pelo largo apelmazado. Hal pasó por delante de la tía Victoria, sentada en su sillón reclinable de cuero artificial Naugahyde, sin mostrar ningún interés en hablar con ella.

—¿Dónde están mis cartas? —dijo Victoria con voz de ultratumba.

Su forma de hablar se había vuelto casi indescifrable en los últimos tiempos. A esa hora de la noche, sonaba como si saliera de un estómago parlante, sin necesidad de garganta ni cuerdas vocales.

—Todavía las estoy usando. —Hal siguió caminando.

—No te las he dado de por vida.

La mirada de Bess se cruzó durante un instante con la de la mujer, al pasar entre su enorme figura y el televisor. Los ojos oleaginosos de Victoria retornaron a la pantalla. Bess y Hal bajaron por las escaleras del sótano, hasta la habitación de Hal, donde se sentaron en el sofá sin patas y posaron los pies sobre el barniz descascarillado de la mesa de centro, junto a la caja de baquelita antigua de las cartas de Victoria. Bess la levantó por la anilla metálica del centro y la hizo girar. Contenía una baraja de cartas rojas y otra de azules, ambas con esquinas gastadas y sucias. Cuando la madre de los chicos vivía, Victoria y ella solían jugar al póquer tres o cuatro noches a la semana.

—La muy zorra —dijo Hal—. Hoy me ha vuelto a decir que tendría que pagar el alquiler. Le he dicho que la mitad de esta casa es mía. Bueno, una cuarta parte es mía y otra tuya. Dice que tengo que aprender a ser responsable, aunque sabe que estoy estudiando y que no tengo dinero. Cuando tengas un salario a tiempo completo, se te echará encima.

—¿Por qué le pediste las cartas?

—Solo para molestarla.

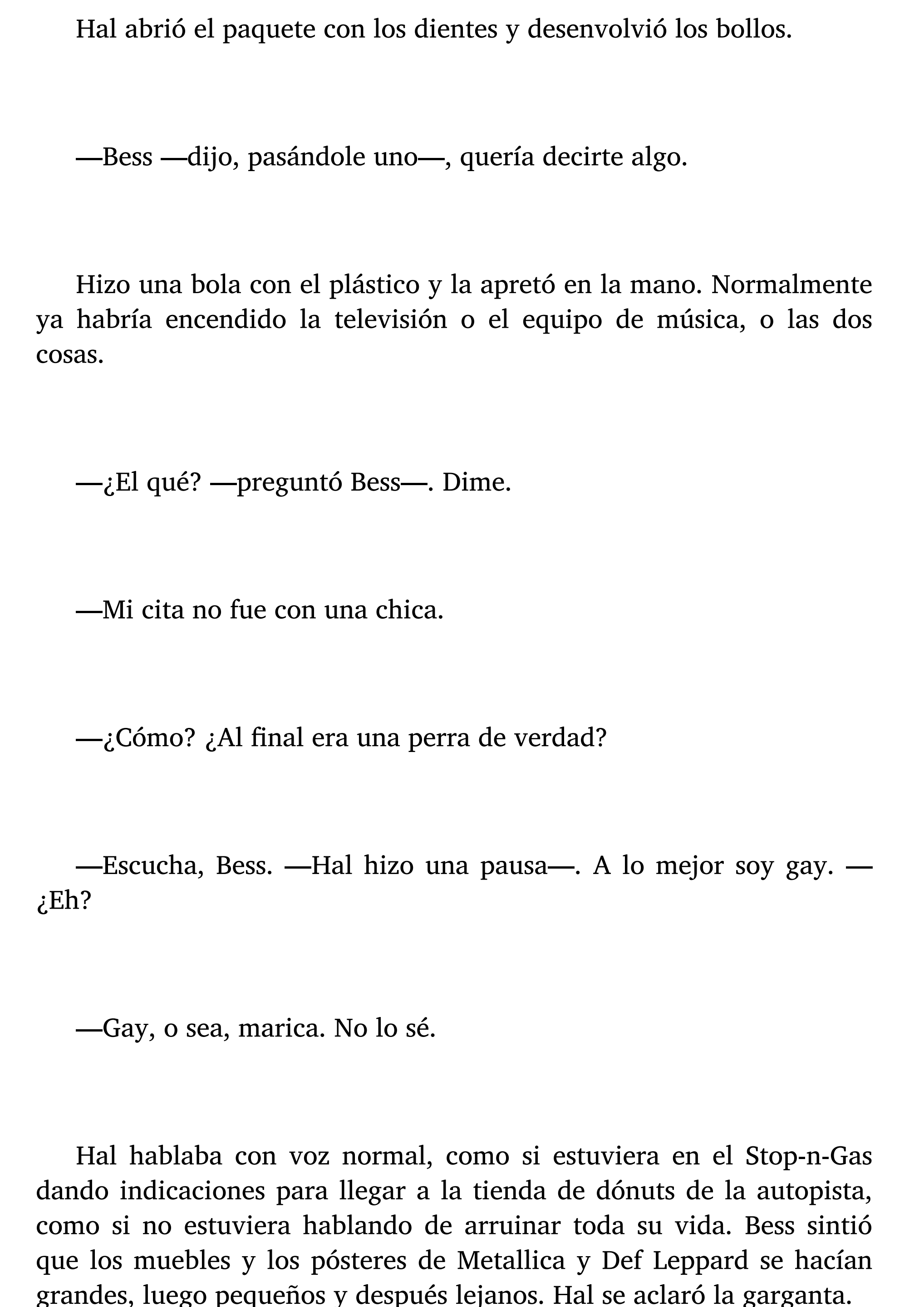
—¿Tienes algo de comer? —preguntó Bess.

—Tengo dos bollos Suzy-Q. Deberías haberme dicho que parara en la gasolinera.

—No me pagan hasta dentro de dos semanas. Quería preguntarte si me puedes prestar algo.

—Tuve que pagar la matrícula esta semana, así que veintidós dólares me tienen que durar cinco días, y tengo que comprar gasolina y tabaco.

—Bueno, dame uno de esos Suzy-Q y un cigarrillo, hermano. Te prometo que te lo compensaré. De todas maneras, ¿qué tal fue tu cita sexy?



Hal abrió el paquete con los dientes y desenvolvió los bollos.

—Bess —dijo, pasándole uno—, quería decirte algo.

Hizo una bola con el plástico y la apretó en la mano. Normalmente ya habría encendido la televisión o el equipo de música, o las dos cosas.

—¿El qué? —preguntó Bess—. Dime.

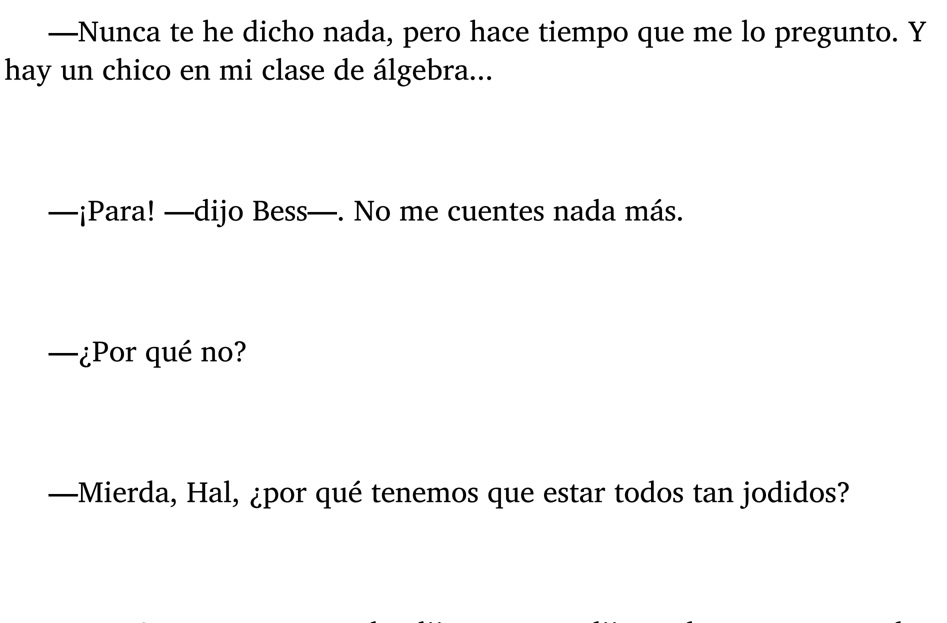
—Mi cita no fue con una chica.

—¿Cómo? ¿Al final era una perra de verdad?

—Escucha, Bess. —Hal hizo una pausa—. A lo mejor soy gay. —¿Eh?

—Gay, o sea, marica. No lo sé.

Hal hablaba con voz normal, como si estuviera en el Stop-n-Gas dando indicaciones para llegar a la tienda de dónuts de la autopista, como si no estuviera hablando de arruinar toda su vida. Bess sintió que los muebles y los pósteres de Metallica y Def Leppard se hacían grandes, luego pequeños y después lejanos. Hal se aclaró la garganta.



—Nunca te he dicho nada, pero hace tiempo que me lo pregunto. Y hay un chico en mi clase de álgebra...

—¡Para! —dijo Bess—. No me cuentes nada más.

—¿Por qué no?

—Mierda, Hal, ¿por qué tenemos que estar todos tan jodidos?

—¿Ves? Por eso no te lo dije antes —dijo Hal—. Lo que te he contado no quiere decir que esté jodido, Bess.

—No, claro, eres perfectamente normal. Y también lo era mamá. Y la tía Victoria. Venga, no me jodas.

Sin darse cuenta, Bess se había comido todo el bollo relleno de crema. Se miró la mano vacía.

Durante su turno de ocho horas de la noche siguiente, Bess trató de ignorar el olor a palomitas y mantequilla derretida del cine Westland 4, pero le rugió el estómago todo el tiempo. Bess había sentido hambre desde que tenía uso de razón, una sensación de vacío interminable y apremiante que se propagaba en todas las direcciones. Se apoyó en la puerta de cristal, con cuidado de no empujar el pomo. Había un letrero que rezaba: «Use otras salidas después de las 18:00». Ante ella se extendía el aparcamiento norte, con plazas para trescientos coches y ni un alma. ¿Y la sucesión de chicas del centro de estudios superiores con las que Hal había salido, una tras otra? ¿No significaban nada para él? Bess se dio la vuelta y volvió a caminar

hacia el cine. Antes era un centro comercial popular, pero ahora estaba en plena decadencia y la mitad de las tiendas tenían carteles de alquiler en los escaparates. Los nuevos centros comerciales de la zona sur de la ciudad le habían arrebatado la clientela. Iluminó con la linterna la ventana de la oficina de reclutamiento de la Marina. De camino al trabajo, se había presentado al oficial a cargo del centro, un hombre pequeño y robusto vestido de uniforme. En uno de los anuncios que había en la pared se veía un enorme acorazado gris que surcaba el océano, abriéndose paso entre las olas. En otro, un grupo de hombres y mujeres uniformados y con guantes blancos formaban filas simétricas en la cubierta de un portaviones. Cada vez que Bess pasaba por delante de la oficina de reclutamiento, enderezaba los hombros.

Cuando su madre murió de cáncer linfático, hacía casi siete años, Bess había llegado a imaginar que aparecería un hombre bien vestido y con una casa preciosa para decir que era su padre y llevárselos, pero allí solo había una mujer gruesa y reservada que había vivido con ellos y se había acostado con su madre. Todas las mañanas de aquel primer año sin su madre, la tía Victoria había observado con tristeza cómo Bess cruzaba las vías y atravesaba la M-98 para llegar a la marquesina. Después, Victoria se quedaba en el porche con los brazos cruzados hasta que llegaba el autobús. La expresión solemne de Victoria asustaba a Bess, así que evitaba devolverle la mirada. Hasta ese año, Hal había sido una presencia cercana y constante, casi un gemelo, pero había pasado a educación secundaria antes que Bess.

La última película en el Westland 4 terminó a las diez y cuarenta y siete, y los espectadores abandonaron el edificio por las salidas correspondientes, sin mayor problema. Hal estaba esperando a Bess fuera, pero no hablaron hasta que casi habían llegado a casa.

—¿Lo has hecho con un chico? —preguntó Bess, mientras subían el pequeño cerro.

—No, todavía no. —El Omni traqueteó sobre las vías.

—Entonces, ¿cómo sabes que eres gay?

—Porque es lo que siento.

—¿Por qué, Hal? —suplicó ella—. ¿Por qué tienes que hacer esto?

—No sé, Bess. Vas a tener que hacerte a la idea.

Hal cerró de golpe la puerta del Omni, subió los escalones del porche de dos en dos y no le sujetó la puerta mosquitera. Bess se detuvo en el exterior para mirar hacia las vías y escuchar un silbido de tren, un sonido sin incertidumbre, pero solo oyó el crujido de las tablas del porche. Bess siempre había querido que sus vidas fueran más sencillas, y ahora Hal se movía exactamente en la dirección contraria. ¿No se daba cuenta de que estaba renunciando a la oportunidad de ser normal? ¿Y no se daba cuenta de que podía acabar siendo tan horrible y desgraciado como Victoria?

Al atravesar el salón iluminado con luz azul, oyó la vibración ronroneante del sillón Naugahyde, en el que estaba durmiendo la tía Victoria. A veces se pasaba toda la noche allí. Bess permaneció en silencio, apaciguada por el zumbido del sillón, y se preguntó por qué había muerto su madre en lugar de Victoria. Su madre había disfrutado de la vida, siempre reía y mostraba aquellos dientes enormes, como los de Hal. Victoria nunca reía, ni siquiera en aquella época; se limitaba a observar a la madre de Bess y a esperar su próxima señal, como si lo único que importara fuera complacerla. Bess añoraba la voz fuerte y clara de su madre, ir en el asiento del copiloto

mientras su madre conducía, sentarse con ella en el sofá bajo aquel cuadro bordado de Jesucristo, haciendo un puzle de mil piezas con un cielo lleno de mariposas naranjas. El sofá de vinilo tenía rajas y los pelos de la alfombra estaban enmarañados y pegajosos. La tía Victoria era un monstruo obeso que se convertía en líquido en su sillón reclinable y vibratorio, y Hal era marica. ¿Cómo pudiste dejar que esto sucediera?, le preguntó en silencio al Jesucristo del bordado, que ahora estaba tan polvoriento que era imposible saber de quién se trataba. «¿Por qué?»

—Yo también la echo de menos —dijo Victoria con una voz baja y retumbante que parecía venir del estómago.

Bess no se había dado cuenta de que había pronunciado las últimas palabras en voz alta. Se quedó helada.

—Le dije a tu madre que quería morir con ella. —Los ojos acuosos de Victoria reflejaban el azul del televisor—. Pero no me dejó.

—Oh. —El corazón de Bess palpitó con fuerza, lleno de miedo.

—¿Quieres algo de comer? —preguntó Victoria, con un tono extraño y apacible.

Hacía años que Victoria no le ofrecía nada de comer. Victoria dejaba comida en la cocina, sin más, y Bess decidía si quería comérsela.

—No.

Bess quería correr escaleras arriba y esconder la cara entre las almohadas, pero optó por subir despacio.

La tercera noche después de la jornada de trabajo, Hal no apareció. Bess podía haber probado a llamarle a casa, pero decidió ir a pie en lugar de correr el riesgo de que contestara Victoria. No quería que Victoria se ofreciera a ir a recogerla, porque le llevaba mucho tiempo vestirse y llegar al coche, y además, ¿de qué iban a hablar Bess y ella durante los veinte minutos de camino a casa? Durante el último año, desde que Victoria y Hal se habían peleado, Bess había llegado a sentir que cualquier comunicación innecesaria con Victoria era una traición a Hal. Victoria y Hal siempre habían discutido, pero desde hacía un año eran prácticamente enemigos, después de que Hal tratara de forzar con un destornillador el armario de las provisiones de Victoria. Él había estado fumando marihuana y el metal del armario era grueso, así que no había hecho mucho estropicio cuando apareció Victoria. Ella le había gritado que era un cabrón desagradecido, que no tenía respeto. Hal había dicho con toda la calma del mundo: «¿Qué vas a hacer, sentarte encima de mí?», y Victoria se había puesto hecha una furia y había tirado todas las cucharas y tenedores del cajón de los cubiertos, por lo que Hal salió corriendo hacia el camino. Al día siguiente, Hal había utilizado el puré de patatas de las sobras de la cena para dar forma a las letras de la palabra «bollera» en la encimera, junto al fregadero.

Victoria era copropietaria y jefa de cocina de la Michigan Waffle House, en la autopista Red Arrow, y Bess solía comer lo que Victoria traía a casa: rebanadas de pastel de carne y filetes de pollo frito dispuestos en platos con puré de patatas y verduras recocidas. Desde que Hal tenía unos quince años, se había alimentado principalmente de comida basura, y le gustaba, pero a Bess siempre se le antojaban platos cocinados. Sin embargo, al ver cómo engordaba Victoria, Bess se sentía cada vez peor al comer esos platos especiales de la Waffle House. Durante un tiempo, Bess devoró los táperes de Victoria en la encimera de la cocina, de pie y tan rápido como podía, pero después

del episodio del puré de patatas ya no fue capaz. Finalmente, como dejaba tantos platos sin tocar y la comida empezaba a enmohecerse en los recipientes de plástico, Victoria dejó de traerlos, y ahora solo llevaba hogazas de pan blanco, fiambre para sándwiches y, a veces, quesos americanos.

Como no había acera, Bess caminó por los bordes de los cuidados jardines del lado oeste, salpicados de farolas cada cien metros. Antes de que Hal tuviera coche, solían escaparse en las noches cálidas de junio como aquella a dar vueltas por el municipio. Se sentaban en el banco más cercano al estanque, y fumaban y tiraban piedras al agua. Comentaban lo mucho que echaban de menos a su madre y lo mala que era Victoria en comparación. Bess siempre había sentido más miedo que odio con relación a Victoria, y se preguntó si Hal sentía de verdad todo el odio que expresaba. Se preguntó, también, si de verdad conocía a Hal. ¿Habían estado alguna vez tan unidos como ella pensaba?

Después de caminar unos tres kilómetros, un Camaro rojo se detuvo a su lado.

—Hola, preciosa, ¿quieres que te lleve? —gritó el joven conductor por la ventanilla.

Bess se puso el sombrero y se acercó al vehículo.

—Eh…, esto… —balbuceó el chico—. Disculpe, agente.

—¿Jimmy Jukes? ¿Eres tú? —preguntó—. Soy Bess, de la clase de bricolaje. Te ayudé a construir una estantería para tu madre. ¿Qué

haces aquí?

—¿Ahora eres policía? —preguntó él.

—Guarda de seguridad. La persona que me tenía que recoger no ha venido. ¿Me llevas?

—Claro. —Tenía pinta de estar bien alimentado, brazos regordetes y una lustrosa mata de pelo muy rubio.

Bess se metió en el coche, el asiento del copiloto estaba tan inclinado hacia atrás que apenas podía ver por encima del salpicadero. La parte delantera del coche parecía salir de sus caderas. Conducir el vehículo y cambiar las emisoras de radio absorbió toda la atención de Jimmy mientras cruzaban el centro de la ciudad, el polígono industrial y después el municipio en el que vivía ella. El coche subió sin esfuerzo la cuesta hasta la casa de Bess. El Omni de Hal no estaba.

—¿Cómo podéis vivir justo en las vías? —preguntó Jimmy—. ¿No os despiertan los trenes?

—Me gustan los silbidos de los trenes.

—El verano pasado fui en tren a Chicago —dijo Jimmy—. Estuve en los museos con mi madre y mi hermana pequeña.

—¿Qué museos? —Bess se volvió hacia él.

—El de ciencias, el de historia natural, el acuario y el planetario —dijo Jimmy—. Dormimos en un hotel del centro, el Palmer House.

Bess se imaginó caminando con Jimmy por un bulevar flanqueado por museos, rascacielos y hoteles. Compartirían la acera con gente que marcharía a paso ligero del trabajo a casa, bien vestidos, con la certeza de que sus vidas tenían sentido. Aquellas personas viajarían en metro, leerían los periódicos durante el trayecto y acondicionarían sus apartamentos con solo unas pocas piezas de mobiliario sencillo, atractivo y duradero. Ella nunca había estado en Chicago, pero sabía que el lago Michigan debía resplandecer desde cualquier ángulo, embellecido por los veleros y los barcos militares. Se inclinó hacia Jimmy y apretó los labios contra su boca. Jimmy la rodeó con ambos brazos y la inclinó contra la puerta del lado del pasajero, hasta quedar de rodillas. La besó con lengua rígida y labios torpes. Bess y Hal habían practicado besándose cuando tenían once y doce años. Al recordarlo ahora, se sintió avergonzada. Se apartó y murmuró la primera parte de la frase «Gracias por traerme», pero, antes de que terminara, Jimmy dijo: «Oh, sí», y se abalanzó de nuevo sobre ella. Bess había estirado la mano hacia el tirador de la puerta, que se abrió de golpe. La parte superior de su cuerpo cayó fuera, mientras Jimmy estaba encima de ella, tratando de besarle el cuello.

—¡Eh! —gritó ella—. Para. Deja que me coloque bien.

—Perdona.

Cuando ella se incorporó, Jimmy le pasó un brazo por los hombros, conformándose al parecer con estar sentado con ella. Bess cerró la puerta. ¿Dónde estaba Hal? La casa parecía más vacía y sucia que de costumbre. La pared de ladrillo falso y fieltro asfáltico tenía grietas justo encima de la ventana de la tía Victoria, y al lado de la puerta del

porche. A la madre de Bess le gustaba hacer mejoras en la casa y Victoria le acercaba las herramientas y sujetaba las molduras de las ventanas mientras la madre las fijaba con clavos. También solía plantar flores en torno a los cimientos en verano. Hacía años que nadie empuñaba un martillo o una herramienta de jardín.

Jimmy no era feo y tenía un buen coche. Bess se inclinó hacia él y lo besó, y de nuevo él le metió la lengua hasta el fondo de la garganta. Quizá no le iba a gustar besar a hombres. Bess había besado a algunos chicos en el colegio y, en concreto, le había gustado apretarse contra Derek Hill en el hueco de la escalera del instituto el año pasado, pero Hal dijo que no estaba a la altura de ella, y, en todo caso, aquel recuerdo parecía ahora distante e incierto. Tal vez acabaría como su madre, compartiendo la cama con otra mujer. Bess no quería sufrir los inconvenientes de ser diferente, de ser lesbiana. Sintió la suavidad claustrofóbica de esa palabra, presionándola como los pechos de otra mujer.


—Jimmy, ¿has follado alguna vez en este coche? —preguntó ella.

—¿Eh?

—Lo digo porque, ¿cómo lo haces con estos asientos enanos?

Bess confiaba en que él creyera que ella ya tenía experiencia en estas lides. Lo cierto es que las pocas veces que había estado cerca de hacerlo, o bien había aparecido Hal, o bien se había detenido al pensar en qué diría Hal. ¿Cómo era posible que hasta hacía apenas unos días su hermano estuviera siempre cerca de ella?

—¿Qui-quizá en el asiento de atrás? —sugirió Jimmy.

—Es demasiado pequeño. —Bess señaló el reducido asiento trasero.

Había descartado la casa porque tendrían que pasar por delante de Victoria, sentada en el sillón. Y, de todos modos, a Bess le gustaba que su dormitorio fuera solo suyo, y no quería a nadie más por allí, ni siquiera a Hal, que se burlaba de la cama hecha con esmero y del tocador ordenado y desempolvado a conciencia.

—A lo mejor en el capó —dijo Bess. Sorteó la ancha puerta del coche y se sentó en el capó, de cara a la casa y de espaldas a las vías —. Aquí está bien.

Jimmy salió y caminó hasta donde ella estaba sentada.

—¿Encima del coche? —preguntó—. ¿Quieres hacerlo aquí? ¿Conmigo?

—Claro. ¿Por qué no?

—Genial.

Jimmy era más o menos de su altura. Le metió la mano a Bess por debajo de la camiseta y le acarició los pechos a través del sujetador como si fueran un par de cachorros. A Bess le pareció una sensación

molesta y, después de desabrocharse la camisa del uniforme y el sujetador, seguía sin sentirse a gusto. Le colocó las manos a Jimmy detrás de ella, cerró los ojos e imaginó que estaba con Derek en el hueco de la escalera. La luz del dormitorio de Victoria se encendió un momento y se apagó. Bess rodeó a Jimmy con las piernas y lo atrajo hacia ella. Tenía la esperanza de que llegara Hal en su coche, pese a que sabía que su futuro como chica normal dependía de llegar hasta el final con Jimmy.

—¿Tienes condón? —preguntó ella.

—Sí. Quizá.

Jimmy abrió la puerta del copiloto y tanteó en la guantera, mientras Bess se aflojaba el cinturón y se quitaba los zapatos, los pantalones y las bragas, para luego volver a encaramarse al capó. Sintió el calor residual del motor en el trasero desnudo. Jimmy encontró un preservativo, que sostuvo entre dos dedos, lejos del cuerpo. Se quedó mirando el vello púbico de Bess con la boca abierta. Bess agarró el preservativo y rompió la funda de plástico con los dientes.

—Venga. Rápido —dijo Bess, estirando la mano para bajarle la cremallera.

—Tengo que irme —dijo él.

—¿Cómo que tienes que irte?

—Es que… el coche es de mi hermano —dijo—. Lo cogí sin permiso.

Jimmy se dirigió al lado del conductor y entró al coche como un robot.

—¿Te vas a ir? —preguntó Bess—. ¿Te vas a ir justo ahora?

Se bajó del capó, extrajo su ropa interior del montón de ropa y se la puso. Recogió los pantalones y los zapatos con una mano, en la otra aún sostenía el condón. Antes de que él cerrara la puerta, Bess lo contempló a la luz del salpicadero. Tenía la cara redonda y tan suave que probablemente nunca se había afeitado.

—Vamos a por algo de comer —sugirió ella a través de la ventanilla.

Él arrancó el motor del Camaro.

—Tengo que irme. Ya nos veremos.

Mientras él salía del camino, Bess lanzó el condón hacia el vehículo como si fuera un pequeño frisbi; rebotó en el parachoques y fue a parar a la tierra. Jimmy se alejó emitiendo un chirrido al pasar por las vías.

Bess se vistió y subió con pies de plomo las escaleras del porche

hasta llegar a la cocina, donde untó margarina en dos rebanadas de pan correoso del restaurante. Envolvió con el pan la última rodaja de un bloque de mortadela y se apoyó en el fregadero para comer, mirando el armario metálico de Victoria. La extraña y triste forma en que Victoria había hablado la noche anterior hizo pensar a Bess que lo único que tenía que hacer para que la mujer abriera el armarito y le diera la comida era pedirlo. Bess se sintió aliviada de que Jimmy se hubiera marchado, pero sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo con algún chico. Hal siempre decía que lo suyo era esperar, para que la primera vez fuera especial. Él lo había hecho con tres chicas, que Bess supiera, pero por lo visto ninguna había sido muy especial.

Bess se despertó a las diez de la mañana siguiente y descubrió que Hal aún no había vuelto. Los sábados, la tía Victoria estaba en el Waffle House hasta el mediodía. Bess salió, se subió a las vías y miró en ambas direcciones, a lo largo del corredor de acero, piedras y traviesas. Chicago estaba a doscientos cincuenta kilómetros al oeste y Detroit a la misma distancia, pero al este. Eran lugares donde ocurrían cosas, lugares a los que la gente iba en tren. Hal siempre decía que Chicago no tenía nada interesante. Está la torre Sears, había dicho Bess, pero Hal respondió que la torre Sears no era más que otro edificio alto. En dirección a Detroit, Bess vio una bolsa marrón que seguramente habían tirado desde un coche al pasar por allí. La abrió y encontró seis latas retornables de Natural Lite. Caminó haciendo equilibrios sobre una vía recta y brillante, dejando atrás la franja de maleza compuesta por zumaques y arbustos espinosos —más allá de la cual se escondía el huerto de marihuana de Hal—, la empresa de vaciado de fosas sépticas y la cantera de grava. Después había dos desguaces y la trituradora donde la gente llevaba cargamentos de chatarra. Para entonces ya había encontrado otras ocho latas retornables.

Volvió haciendo equilibrios sobre las vías del tren, en dirección al centro de su municipio, dejando a un lado la casa, hasta llegar a la tienda de las cervezas, donde cambió las latas por un cartón de leche individual y un paquete de palitos de pan con queso. Un coche tocó el

claxon; Bess no reconoció al conductor, pero por si acaso devolvió el saludo para que quedara claro que a ella le gustaban los chicos. Al otro lado de las vías, se detuvo en el pequeño estanque donde Hal y ella solían sentarse cuando se escabullían por la noche. Pensó en arrojar al agua sus tres centavos de cambio, pero, al escuchar el silbido de un tren de mercancías que se acercaba, cambió de plan. Colocó juntos los centavos en un raíl y corrió hacia un lugar seguro. Mientras esperaba a un lado, vio, solo por un instante, a un maquinista con gorra de John Deere y gafas de montura metálica que agitaba un dedo hacia ella, regañándola.

Bess contó cuarenta y siete vagones, sin furgón de cola, y después buscó en las vías y encontró uno de los centavos, todavía caliente. Cerró la mano en torno a la moneda y se dio cuenta de que tenía las uñas cortas y desgarradas: seguramente se las había vuelto a morder en sueños la noche anterior. No encontró las otras monedas. A veces salían despedidas o se pulverizaban. Al llegar a casa, subió las escaleras y vació una caja de lata llena de monedas aplastadas en el tocador. Hacía años que no añadía piezas a la colección. Su madre la había enseñado a colocarlas en las vías cuando solo tenía cinco o seis años y después la ayudaba a encontrarlas. ¿Dónde había estado Victoria?, se preguntó Bess. ¿Las había estado observando a escondidas? Todas aquellas viejas monedas de un centavo eran muy delgadas: en una cara se veía una imagen espectral de la cabeza de Lincoln y en la otra, el monumento a Lincoln. En apenas unas décimas de segundo, cada una había sufrido un desgaste equivalente a un siglo entero. Cada moneda representaba el paso a toda velocidad de un tren de cien toneladas que imprimía parte de su energía y dejaba atrás a Bess.

Bess se sentó en el porche a comer los palitos de pan. Por encima de las vías podía ver el techo de los coches que pasaban por la M-98 y, en la cabina de un camión articulado, distinguió la barriga gorda de un hombre con una camiseta ceñida de color rojo chillón. En un instante desapareció. Probablemente transportaba el tráiler desde alguna otra parte del país, tal vez desde el Sur o desde Nueva Inglaterra. Varios años antes, Bess y Hal solían bajarse los pantalones

en el porche para hacer un calvo a los trenes Amtrak y luego casi se caían de la risa al ver las caras de asombro de los pasajeros. Durante toda su vida, Bess había tenido la sensación de que iba a reventar y salir disparada: lejos de su ropa, del pupitre del colegio, de esa ciudad, de su propia piel. Quizá Victoria también se había sentido así alguna vez, pero lo único que hacía era hincharse y ensancharse.

Entonces oyó por fin el petardeo del Omni, que subía y atravesaba las vías, amenazando con calarse, para luego recuperar la potencia en la cima. Hal aparcó en su lugar habitual, cerca de la casa. Hizo tintinear las llaves al acercarse y se paró frente a ella, sonriendo, con los ojos muy vivos.

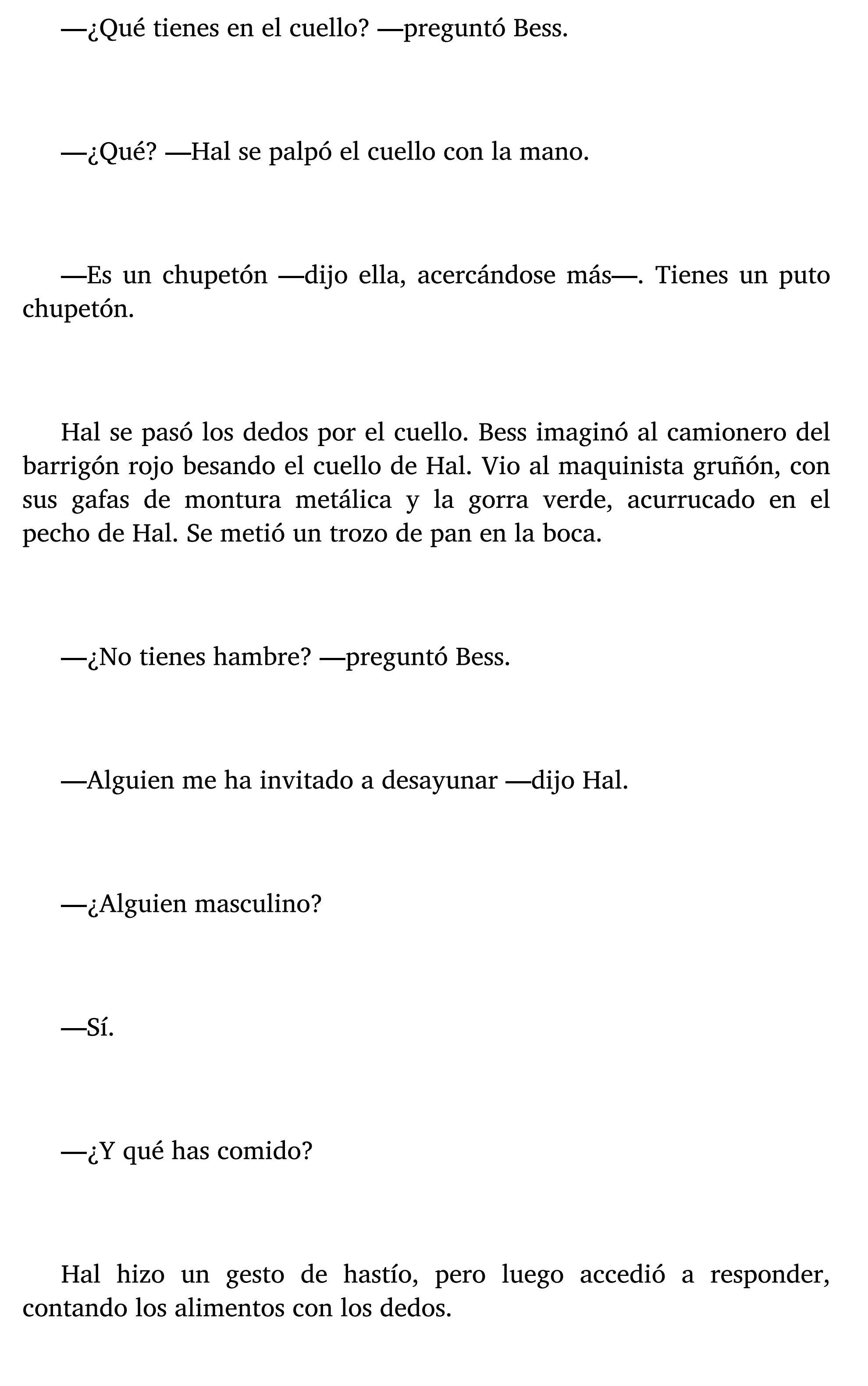
—Hola, Bess.

—Muchas gracias por recogerme del trabajo anoche.

—Oh, no, Bess. Perdona. Se me olvidó por completo.

—No me jodas.

Se levantó y entró en la cocina, dejando que la puerta se cerrara tras ella. Hal la siguió, cerrando la puerta con cuidado, y ella sintió la mirada de su hermano en la espalda mientras untaba margarina en un trozo de pan. Inclinó la cabeza hacia atrás para contener las lágrimas y Hal se acercó y le pasó un cigarrillo encendido. Ella dio una calada larga y lo soltó. Cuando se volvió, Hal seguía sonriendo como si fuera el tonto del pueblo.



—¿Qué tienes en el cuello? —preguntó Bess.

—¿Qué? —Hal se palpó el cuello con la mano.

—Es un chupetón —dijo ella, acercándose más—. Tienes un puto chupetón.

Hal se pasó los dedos por el cuello. Bess imaginó al camionero del barrigón rojo besando el cuello de Hal. Vio al maquinista gruñón, con sus gafas de montura metálica y la gorra verde, acurrucado en el pecho de Hal. Se metió un trozo de pan en la boca.

—¿No tienes hambre? —preguntó Bess.

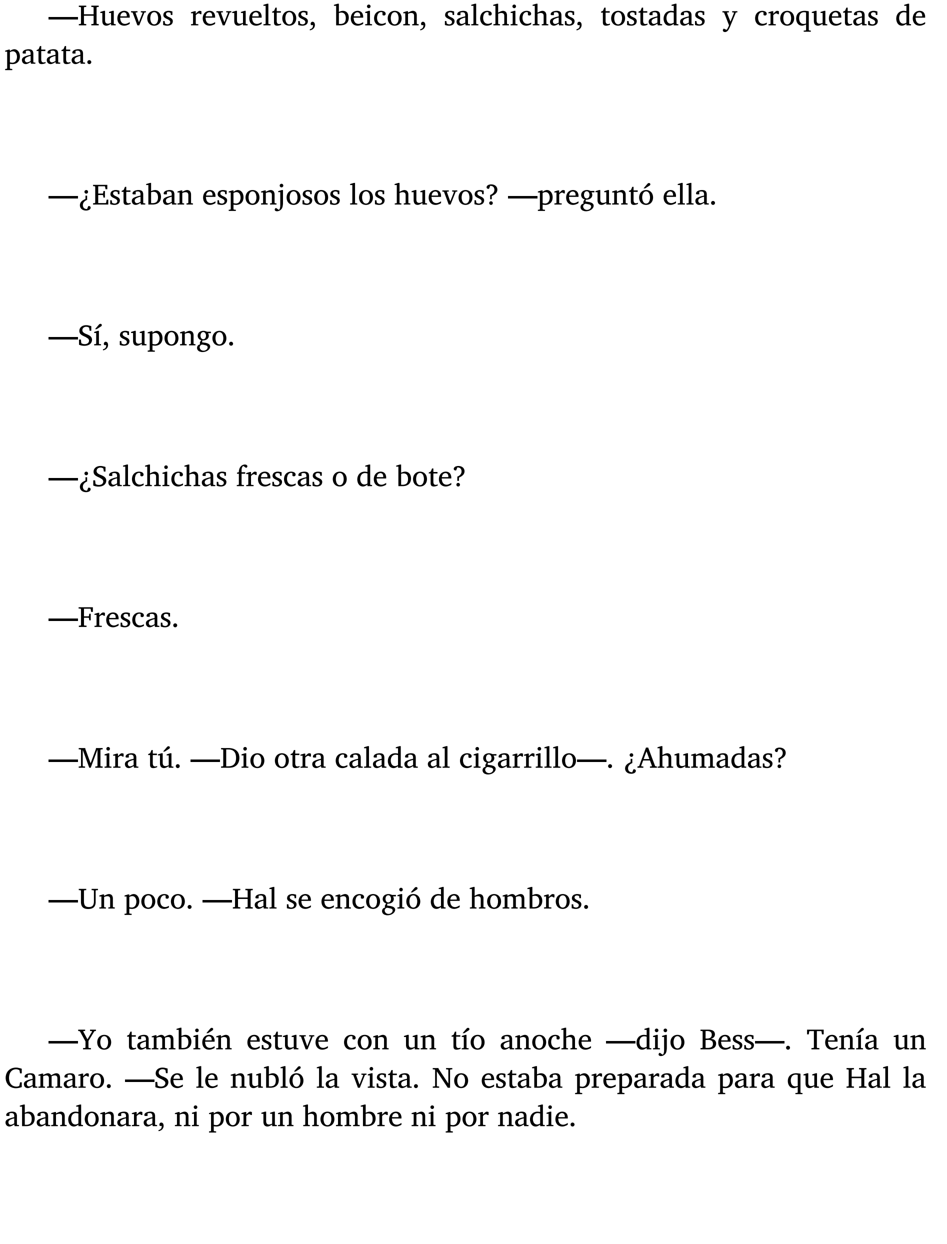
—Alguien me ha invitado a desayunar —dijo Hal.

—¿Alguien masculino?

—Sí.

—¿Y qué has comido?

Hal hizo un gesto de hastío, pero luego accedió a responder, contando los alimentos con los dedos.



—Huevos revueltos, beicon, salchichas, tostadas y croquetas de patata.

—¿Estaban esponjosos los huevos? —preguntó ella.

—Sí, supongo.

—¿Salchichas frescas o de bote?

—Frescas.

—Mira tú. —Dio otra calada al cigarrillo—. ¿Ahumadas?

—Un poco. —Hal se encogió de hombros.

—Yo también estuve con un tío anoche —dijo Bess—. Tenía un Camaro. —Se le nubló la vista. No estaba preparada para que Hal la abandonara, ni por un hombre ni por nadie.

El reloj marcaba las 12:10, hora del tren del mediodía en dirección al oeste, y ninguno de los dos habló mientras se oía el silbido. Sintieron el habitual estruendo en el suelo. Bess pensó que Hal se procuraría una vida por su cuenta y, en vista de sus ojos radiantes y risueños, era evidente que no sería una vida triste como la de Victoria. Tal vez sería complicada, pero sería como la vida de su madre, llena de amor y diversión. Sin saber por qué, ese pensamiento le dio ganas de llorar. Aflojó la mano izquierda y dejó caer la rebanada de pan.

Justo en el momento en que tocó el suelo de linóleo, un estruendo como el de un acorazado de color gris apagado sacudió la casa; se oyó un chirrido de metal que se desgarraba y se rompía en la distancia. Hal se miró el reloj y luego volvió a mirar a Bess. Los dos se quedaron mudos, con la misma idea: la tía Victoria estaba a punto de llegar del trabajo. Bess imaginó el coche de Victoria partido en dos, su cuerpo gelatinoso despedazado sobre las vías, la papada y las nalgas ensangrentadas y desparramadas por todo el municipio. Salieron y vieron a la tía Victoria que llegaba sana y salva en su Ford blanco modificado. El coche se inclinaba hacia el lado del conductor y casi se despegaba del suelo por el otro. El asiento del conductor había sido desplazado hacia atrás, con el fin de adaptarlo al tamaño de la mujer. Bess y Hal observaron cómo Victoria sacaba el cuerpo de detrás del volante, con la cabeza aún pegada al torso. El coche dio un respingo milagroso hasta quedar nivelado.

—Será que ha puesto nuevos amortiguadores —susurró Hal.

—¿Qué narices estáis mirando? —gruñó Victoria.

—¿Tú qué crees? —dijo Hal.

A la luz del sol, la piel de Victoria parecía pálida y frágil, como si le costara contener la masa flácida del rostro. Casi no tenía cejas ni cuello visible. Llevaba el pelo corto, rojizo, del mismo modo en que Bess cortaba el pelo a sus muñecas, desigual y encrespado. Bess se pasó la mano por el cuello y por la abundante melena, que le llegaba a los hombros, pero no pudo apartar la mirada. Victoria avanzaba con pasos pequeños, balanceándose. Los brazos le sobresalían del cuerpo y los muslos se frotaban entre sí como si se tratara de enormes amantes sin extremidades que se restregaran a través de aquella tela de poliéster azul turquesa. Con una bolsa de papel agarrada con firmeza en una mano y un bolso del tamaño de un asado de ternera en la otra, subió las escaleras del porche pasito a pasito, descansando en cada

escalón, con la respiración entrecortada.

De fondo, desde el este, llegaba el sonido de sirenas a medida que los camiones de bomberos y la policía acudían al lugar del accidente. Bess ansiaba correr por las vías, para contemplar los cristales rotos y el metal retorcido esparcidos por las piedras del ferrocarril, pero tenía la mirada posada en Victoria y en sus portentosas maniobras de locomoción hacia el escalón superior.

—Venga, Bess —dijo Hal—. Vamos a ver qué ha pasado.

—Hay un accidente —dijo Bess, que sintió la necesidad de disculparse ante Victoria por primera vez, que recordara.

La mujer avanzó hacia el centro del porche. Bess comprendió que probablemente Victoria nunca había deseado tener hijos, nunca había querido convertirse en el núcleo de semejante círculo y, sin embargo, allí estaba, sola con dos hijos ajenos. Las sirenas se impusieron al sonido del crujir de los tablones y, sin previo aviso, Victoria se hundió en el suelo del porche. Los hermanos se quedaron mirando el agujero y la cabeza que sobresalía.

—¡Dejad de mirar como bobos y sacadme de aquí!

Victoria tenía la manga desgarrada y unos rasponazos del hombro empezaron a teñirse de sangre. Bess agarró de forma vacilante a Victoria por una axila y Hal por la otra. Tiraron, pero no lograron moverla. Bess sintió que unos pliegues de carne húmeda le envolvían la mano. Había evitado tocar a Victoria durante años, por miedo a que le contagiara algo.

—¡Ayudadme! —rugió Victoria.

—¿No puedes ir a gatas por debajo? —sugirió Bess, pero tras echar un vistazo comprobó que el perímetro estaba formado por bloques de hormigón encajados, incluso detrás de las escaleras—. ¿Puedes mover algo?

—¡No puedo moverme! —chilló Victoria—. ¿Quién construyó este maldito porche? Aquí abajo hay ladrillos. Tengo el pie torcido.

—Igual deberías sentarte —propuso Bess.

—Pero ¿no me has oído? No puedo moverme.

Bess miró a Hal, que ahora estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados, sonriendo.

—Vaya situación más interesante —dijo Hal. Cogió la bolsa de la compra de Victoria, sacó un paquete de frutos secos recubiertos de chocolate y lo agitó de un lado a otro—. ¿Todavía tienes hambre, Bess? —Sacó un tarro de helado Ben & Jerry’s y pasó una mano por delante como si fuera la azafata de un concurso—. Brownie con chocolate y caramelo.

—¡Esa comida es mía! —dijo Victoria.

—Vamos a necesitar energía para sacarte de ahí.

Hal abrió el paquete de frutos secos con los dientes y trajo una cuchara de la cocina. Sentado en los escalones, a solo un metro y medio de Victoria, Hal lanzó al aire los frutos secos recubiertos de chocolate, de uno en uno, y los atrapó en la boca. Bess se maravilló de que ni uno solo cayera al suelo. Cuando Hal abrió el helado y se lo pasó a Bess, ella no pudo evitar comer una cucharada tras otra.

—¡Ratas asquerosas! —gritó Victoria, con una voz cada vez más distorsionada por la rabia—. ¡Sacme daquí! ¡Mi comeeda!

Un flamante Camaro rojo se detuvo en la entrada y de él salió Jimmy, con un objeto azul en una mano.

—¡Mi sombrero! —gritó Bess, arrebatándoselo de la mano.

—Te lo dejaste en el coche.

—Hola, Jimmy. Este es Hal, mi hermano. —Bess se puso el sombrero de guarda de seguridad.

—Bienvenido a la feria, chico. Ahí detrás está la gorda —dijo Hal, arrugando la bolsa de plástico vacía. Bess le dio un codazo. Ya no podía seguir enfadada con él.

—¿Quién quiere el último? —preguntó Hal, ofreciendo un fruto

seco a Bess y luego a Jimmy.

Jimmy negó con la cabeza. Tenía un aspecto manso e insignificante con sus pulcros pantalones caqui, sonrosado como el nieto mimado de alguna abuelita. Bess trató de descifrar qué es lo que había visto antes en él, pero le falló la concentración. Miró los brazos regordetes de Jimmy y se preguntó cómo sería morderlo.

—Jimmy —dijo Hal—. Te presento a la tía Victoria.

—Hola, señora —dijo Jimmy, titubeante.

—¡Que os den a todos! —farfulló la cabeza de la tía Victoria. Estaba retorciéndose contra la madera para sacar un brazo—. Te vi anoche.

—Perdón, señora. —Jimmy bajó la mirada—. Yo no… O sea…

—¡Q’me saquís daquí! —Se le estaba poniendo la cara roja.

—¿No deberíamos sacarla? —preguntó Jimmy.

—Esto es parte de su plan de ejercicios —dijo Hal.

—Pero está pidiendo ayuda a gritos.

—Lo hemos intentado —dijo Bess—. Pero no podemos moverla.

—Te-tengo que irme —dijo Jimmy, mientras metía y sacaba las manos de los bolsillos—. Nos vemos, Bess.

Entró en el coche y arrancó a toda prisa.

—Bess, ¿cuántos años tiene, doce? —preguntó Hal.

—No sé qué vi en él. —Bess meneó la cabeza—. Hasta iba a dejarle que me la metiera.

—A lo mejor me la puede meter a mí —dijo Hal, arqueando las cejas.

—Joder, Hal —dijo ella—. Solo hace tres días que eres marica y ya estás hecho un zorrón.

Hal se dio una palmada en una pierna y se rio, y Bess sintió que los últimos restos de su enfado se disolvían con el ruido de fondo de las sirenas.

Los gritos de Victoria habían derivado poco a poco en gimoteos. Bess deseaba que Victoria siguiera enfadada porque su tristeza era como si la aleta del último monstruo marino de una especie en

extinción asomara a la superficie del agua, terrorífica pero conmovedora. La madre de Bess nunca hubiera podido imaginar el rumbo que iban a tomar las cosas. Seguro que el deseo de su madre, dondequiera que se encontrara, sería que Bess y Hal estuvieran jugando al póquer con Victoria, los tres juntos, disfrutando de la compañía mutua, contando historias divertidas.

—Voy a llamar a emergencias —dijo Bess, entrando en la casa. Nadie se opuso.

Cuando salió, Bess se sintió aliviada al ver que Hal y Victoria discutían de la manera habitual sobre la necesidad de que él asumiera más responsabilidad.

—No voy a pagar alquiler en mi propia casa —dijo Hal.

—¿Y cuando yo no esté? ¿Cómo vas a pagar las facturas entonces? —preguntó, mascullando las palabras. Probablemente nadie, salvo Hal y Bess, habría entendido aquella voz retumbante.

—Ya, pero he visto las cartas de tu banco. Tienes más de treinta mil dólares. Yo trabajo a tiempo parcial y me pagan el salario mínimo.

—No husmees en mis papeles.

—¿Los vas a guardar bajo llave también?

—Van a mandar a alguien —dijo Bess—. Llegarán en un par de minutos.

—Eh, Bess —dijo Hal—. Todavía tengo hambre. ¿Crees que podríamos abrir ese armario?

—Deja en paz mi comida —dijo Victoria. El sudor le había humedecido y aplastado el pelo alrededor de la cara—. Es mi comida.

—No creo que debamos —dijo Bess.

—¡Y mira! —dijo Hal. Levantó el bolso de Victoria—. Me da que la llave está aquí.

—¡Dame el bolso, cabrón!

—¡Oh, no, Bess! La bollera me está llamando cabrón.

Rebuscó en el bolso, haciendo una pausa para darle a Bess unos caramelos de azúcar moreno y mantequilla, que ella se metió en el bolsillo delantero.

—¡Las llaves! —gritó, mientras las hacía tintinear.

Bess rodeó a Hal con los dos brazos en un intento de retenerlo,

pero él se zafó, tras lo cual Bess se rindió y lo siguió. Todavía le costaba asumir que se estaba separando del Hal de su infancia, de su gemelo dominante.

Las puertas del armario se abrieron y revelaron todo un arsenal de alimentos, en bolsas, latas y paquetes. Un tarro de cristal con lengua de vaca en escabeche los observaba a la altura de los ojos, con unas repulsivas papilas gustativas; Bess lo empujó detrás de una caja de saladitos de beicon y queso. En el estante inferior había fruta y carne en conserva, y en el del medio había cereales para el desayuno y seis variedades de bollos. En la parte superior tenía patatas fritas, ganchitos de queso y frutos secos salados.

—¡El tren! —gritó Bess—. Me había olvidado del tren.

—En unos minutos vamos a verlo.

Hal estaba mordisqueando una barrita de cecina. Por un extremo rezumaba grasa. Victoria reanudó los lamentos, compitiendo con los camiones de bomberos y los coches de policía que se dirigían a toda prisa al siniestro. Bess observó a través de la puerta mosquitera que Victoria sacaba un brazo. Al principio, lo agitó como si pretendiera llamar la atención de un automovilista que pasara por allí, pero luego lo apoyó en los tablones del porche. Antes de que pudiera sacar el segundo brazo, llegó una ambulancia con un chirrido de neumáticos y subieron al porche dos técnicos en emergencias sanitarias, un hombre y una mujer.

—Señora, mantenga la calma. Vamos a sacarla de ahí. —La amabilidad del tono que empleó el hombre con Victoria hizo que Bess se sintiera avergonzada.

Bess y Hal salieron al porche. La cara de Victoria había adquirido un color morado, como una remolacha. Balbuceó unos insultos: «Hijosssde…», «caaabrrro…».

—¿Podemos hablar con vosotros? —preguntó la mujer, llevando a los hermanos hacia la ambulancia—. ¿Es vuestra madre?

—No —dijo Bess, mirando a Hal—. Es nuestra tía.

—¿Cuánto pesa?

—Doscientos veinte kilos, quizá doscientos cincuenta —sugirió Hal —, no más que una vaca normal.

Bess le dio un codazo en las costillas.

—Es una situación complicada —dijo la mujer. Era más alta que Hal y llevaba una camisa blanca de uniforme.

—Hemos intentado sacarla —dijo Bess—. No sabíamos qué hacer.

—Vamos a esperar a los bomberos. Podemos conseguir una especie de arnés. Supongo que podrán meterlo… Van a serrar parte de la madera que la rodea y después la sacamos.

La mujer se miró el reloj.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Hal.

—No puede moverse —dijo la mujer—. Para una persona de ese tamaño es un gran esfuerzo estar de pie en un sitio así. Seguramente se le están hinchando los tobillos. Mi compañero está tomándole las constantes vitales. ¿Contamos con vosotros?

—Claro —dijo Hal—. Denle a la grúa.

—¿Qué medicamentos toma?

Hal nombró tres medicamentos y Bess se preguntó cómo diablos sabía él qué medicamentos tomaba Victoria. De vuelta en la cocina, Bess cogió una caja del armario y se quedó de pie junto al fregadero devorando puñados de palomitas recubiertas de caramelo con cacahuetes. Hasta ahora, Bess había procurado no saber nada de Victoria, de los medicamentos que tomaba, de lo que comía o de lo que pensaba; pero ahora deseaba saberlo todo, incluso por qué su madre había amado a aquella mujer. Hal apareció con unos cigarrillos mentolados que seguramente había sustraído del bolso de Victoria. Se fumaron uno cada uno, tirando las cenizas al desagüe. Se oyó el aullido de otra sirena.

—Vamos —dijo Hal.

—¿Y dejamos a Victoria? —preguntó Bess.

—Enseguida volvemos.

Bess apartó la mirada de Victoria, que ahora hablaba con voz ronca al técnico en emergencias sanitarias, quien le estaba tomando la tensión en el brazo libre. Bess recordó que su madre solía plantar alegrías a los lados de las escaleras del porche, pues era lo único colorido que crecía con tanta sombra, según decía. Hal ya había echado a correr, así que Bess saltó desde un lado del porche para alcanzarlo, sujetándose el sombrero. Imaginó que estaba saltando desde un avión de la Marina y ahora corría por detrás de las líneas enemigas. En la Marina podían enseñarle a luchar y a nadar, y también a manejar el radar.

No fue necesario que se alejaran mucho para ver y oler el accidente. El Amtrak de cuatro vagones se había detenido y la parte delantera estaba cubierta de barro, o una sustancia semejante al barro. Al otro lado de las vías había un camión Stalwart de vaciado de fosas sépticas volcado. Tenía la carrocería chafada por un lado, como una lata de refresco aplastada, y los residuos sépticos seguían saliendo a borbotones. Aquel fluido ya lo había cubierto todo: las piedras, los raíles, el motor y parte del vagón restaurante. Había hojas translúcidas de papel higiénico pegadas al tren y al suelo, y una nube de moscas zumbaba alrededor de todo aquel amasijo viscoso. Los viajeros del tren interurbano miraban como fantasmas irredentos a través de las ventanas del vagón restaurante, manchadas de marrón. Bess y Hal se acercaron a un hombre de ojos oscuros que estaba apoyado en una ambulancia. Llevaba una etiqueta que decía «Robert» y «Emergencias de Kalamazoo».

—¿Ha habido heridos? —preguntó Bess.

—El camión se caló en las vías —dijo con un inesperado acento sureño—. El conductor pudo salir corriendo. Está bien. Los pasajeros también. El maquinista se niega a ir al hospital. Es ese que está con el jefe de bomberos, el de la venda en la cabeza.

El conductor de la ambulancia había mirado un momento a Bess, pero después había dirigido sus comentarios a Hal, que lo miró arqueando las cejas. Bess dio unos pisotones de impaciencia con la punta del pie.

—Hal, será mejor que volvamos a ver cómo está Victoria.

—Ve tú primero, Bess, yo iré en un momento.

Bess echó a andar y pasó por encima de un charco en el que flotaba un preservativo caducado; había otro preservativo de una translucidez fantasmagórica sobre una traviesa. Más adelante, Bess dio un traspié y hundió la zapatilla de tela en un charco de fango. Se quitó la zapatilla contra la vía y la dejó allí. Hal seguía hablando con el conductor de la ambulancia. Bess se quitó la otra zapatilla de una patada y siguió caminando descalza. Hal la alcanzó justo cuando estaba llegando a casa, donde se encontraron con una grúa de los bomberos, una segunda ambulancia —en este caso de tipo furgón— y un coche de policía. Habían ampliado el agujero del porche y la tía Victoria estaba sujeta por un entramado de cuerdas y lonas. La técnico de emergencias sanitarias se puso en cuclillas en el agujero, junto a Victoria, para intentar liberarla desde abajo, y a continuación la alzaron despacio, como si se tratara de un antiguo pecio que ascendiera desde las profundidades hacia el aire viciado. El cuerpo se bamboleaba levemente mientras el camión grúa la alejaba del porche, con las correas del arnés ciñéndole la carne. El lateral de la camisa se había rasgado de tal manera que un pecho monstruoso amenazaba con desbordarse por encima de una de las correas, y Victoria tenía cara de estar esforzándose por mantener la compostura a fuerza de voluntad.

Bess estiró la mano y agarró la camisa y la carne de Victoria con ambas manos, manteniendo unida la costura para que no reventara, mientras caminaba junto a ella sobre las afiladas piedras del camino. Aunque el pecho y el cuello de Victoria temblaban de agitación, los ojos permanecían cerrados con fuerza y el rostro blanquecino estaba vuelto hacia el cielo. El arnés mantenía los brazos y las piernas abiertos, por lo que ahora parecía una criatura marina flotante que se extendiera en todas las direcciones a la vez.

Bess observó a la tía Victoria del mismo modo que Victoria la había observado a ella mientras esperaba el autobús escolar durante todo aquel primer año. Victoria debió de sentir un miedo atroz por Bess en aquella época, aterrorizada al tener que enviarla huérfana y desamparada al mundo cada mañana, a un mundo que podía machacarte, pulverizarte o, en el mejor de los casos, tirarte como un Kleenex usado. Victoria había acompañado a su madre en el hospital durante su agonía. Bess imaginó el cuerpo esquelético de su madre sumergido en las abundantes carnes de Victoria. Todas aquellas noches, Victoria había vigilado en silencio ante el acecho de la muerte, se había asomado a aquel túnel con una intensidad que para Bess, quien entonces tenía doce años, era tan remota como la luna. Si había alguien capaz de enfrentarse a la muerte, sin duda era Victoria, pero al final la muerte había ganado.

Victoria fue recogida por las manos de los operarios, liberada del arnés y colocada en una camilla gigantesca. Las manos de los sanitarios manipularon su cuerpo, entregadas a una serie de tareas con apariencia de caricias. Victoria negó con la cabeza y dijo que no quería ir al hospital.

—Será solo un rato, para examinarla —dijo la técnico.

—¿Lego vangacasa? —preguntó Victoria. La técnico parecía confundida.

—Ha preguntado si va a volver a casa esta noche —dijo Bess.

Hal se acercó y puso el bolso de Victoria junto a una de sus manos.

—Claro, siempre que todo marche bien.

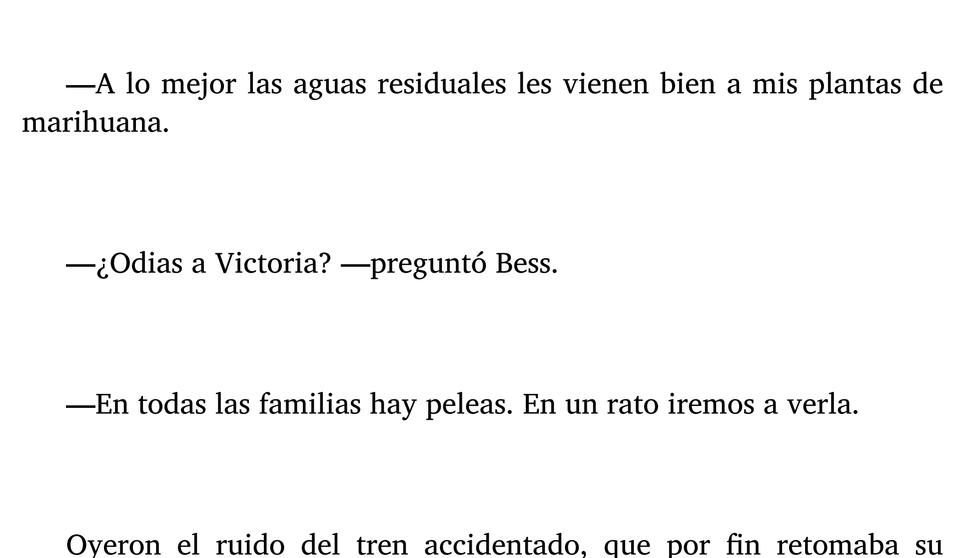
—Seguramente va a tener que descansar unos días —dijo la mujer —. Vosotros dos deberíais decirle al médico si vais a poder cuidar de ella.

Victoria miró con hambre las caras de Bess y Hal, como si quisiera devorar cualquier parecido con su madre que pudiera encontrar. Bess asintió: podían ocuparse de ella. Los dos técnicos, los dos bomberos y un policía introdujeron la camilla en el furgón y se llevaron a Victoria. Uno a uno, los restantes vehículos de emergencia se fueron marchando, pasando primero por encima del condón del pequeño Jimmy y luego sobre las vías. Bess y su hermano se sentaron juntos en el porche.

—Hal —dijo ella—. Todo parece muy distinto ahora.

Ella sintió que la distancia entre ellos se hacía cada vez más pronunciada, que su alejamiento era tan inevitable como la separación de unos siameses.

Hal se encogió de hombros.



—A lo mejor las aguas residuales les vienen bien a mis plantas de marihuana.

—¿Odias a Victoria? —preguntó Bess.

—En todas las familias hay peleas. En un rato iremos a verla.

Oyeron el ruido del tren accidentado, que por fin retomaba su camino hacia el oeste. En medio del caos, una nueva locomotora había retrocedido hasta el lugar del accidente, y ahora el tren se acercaba lentamente hacia ellos con dos locomotoras, ganando velocidad de forma gradual. El olor a cloaca llegó hasta la casa. Bess le dio un codazo a Hal, se puso de pie, se bajó los pantalones cortos y orientó el trasero hacia el tren. Hal se colocó a su lado y ejecutó el mismo saludo. Mientras el silbido se alejaba, el viento de la tarde se fue llevando el aroma a alcantarilla.

—Me voy a alistar en la Marina. —Bess volvió a sentarse—. El oficial de reclutamiento dice que mis notas valen.

Pensó que Hal protestaría, pero él se limitó a asentir con la cabeza. Hal la estaba soltando y ahora ella se enfrentaría sola al universo. Bess sacó un cigarrillo de la cajetilla, pero le faltó la confianza para encenderlo, pues se sentía a la deriva, flotando hacia un nuevo planeta.

—¿Crees que me vas a echar de menos? —preguntó Hal, mirando hacia Chicago.

—¿No te has dado cuenta? —Bess meneó la cabeza despacio—. Ya te echo de menos.

2 Los community colleges, sin equivalente en el ámbito hispano, son centros de estudios superiores con mayor flexibilidad en el acceso y los contenidos que las universidades ordinarias. Sus titulaciones equivalen, de manera aproximada, a los dos primeros años de una licenciatura al uso y tienen como objetivo preparar para el mercado laboral a los estudiantes de una comunidad en particular. (N. del T.)

El beso de la escopeta

Salta a la vista que este novio está más acostumbrado a cargar fardos de heno y terneros, pero a pesar de ello se las arregla para levantar con sus manazas el velo de mi hermana y colocárselo con elegancia sobre el pelo, dejando al descubierto el rostro y los hombros. Siento cierta vergüenza ajena por este ritual de destape, aunque yo misma me he desnudado en todo tipo de lugares con hombres con los que no tenía intención de casarme. Ahora, mientras el novio se inclina hacia el rostro de mi hermana, las flores compradas vibran en los jarrones y me tiemblan las manos. Mi hermana, que tiene una cintura minúscula y que es una virgen de libro, absorbe el momento previo al beso y acapara toda la energía de la sala, por lo que nos deja a los demás apagados.

La suavidad del beso me genera una sensación mareante, ya que siento como si estuviera con mi hermana y el novio en su lecho de luna de miel. Al fin y al cabo, compartí habitación con ella hasta que fui a la universidad. Desvío la mirada hacia el párroco, que preside la ceremonia con la gravedad de un verdugo, y luego hacia el candelabro eléctrico del techo, que resplandece inmóvil. Ya no me da miedo que se me baje la cremallera del vestido o que el candelabro de latón caiga y le rompa la crisma a mi hermana, lo que temo ahora es que el beso no termine, que el tiempo se congele y me deje tirada en esta órbita. Los ojos de mi hermana están cerrados, con las pestañas desplegadas sobre las mejillas. Aun después de abrirse, sus ojos permanecen en el sueño de ese beso como si estuvieran bañados por un efluvio lechoso, por un néctar elaborado en la boca de unas hadas que después lo vertieran sobre unos elegidos.

Los ojos de mis padres, sentados en el banco tapizado de la primera fila, también parecen estar cubiertos de esa sustancia lechosa. Mi madre se pasa un pañuelo de papel por la cara; cuando está en el huerto, se enjuga el sudor de la frente con la parte inferior de la camiseta. Mi padre, que el año pasado ni siquiera llevó traje al funeral de mi tía, va vestido como Fred Astaire y tiene las piernas cruzadas. El cambio en mis padres me asusta más que caminar sobre una alfombra

con tacones de casi ocho centímetros, y comienzo a pensar que me habría gustado traer un ramo de flores silvestres o no haberme depilado las piernas; o quizá debería haberme puesto un collar de abalorios, cualquier cosa que me hiciera sentir más como yo misma. Estoy defraudando a mi hermana al dejarme atrapar por su cuento de hadas. Alguien debería permanecer siempre alerta.

Ahora mi cometido es seguir a la novia y al novio por el pasillo. El vestido de mi hermana está sacado de una película de los años cuarenta, sin mangas y cubierto de bordados, por delante y por detrás. Los guantes le llegan más arriba de los codos, hasta unos bíceps diminutos impropios de una chica de granja. Aunque no somos muy de tocarnos, mi padre estira un brazo desde el banco y me aprieta la mano libre con su palma callosa. Mi padre me enseñó a disparar presionando su dedo índice sobre el mío cuando apreté el gatillo por primera vez. Mientras arrastro los pies detrás de los novios, suelto la mano de mi padre y miro hacia otro lado para que no vea que me he puesto a llorar.

Yo tenía diez años cuando mi padre me enseñó a disparar. Primero practiqué con una diana colocada contra un lado del cerro, en el pastizal, y luego disparé a los mapaches que intentaban entrar en el gallinero. Mi hermana ni siquiera quiso tocar la escopeta; no le apetecía ser Annie Oakley, la tiradora que formó parte del espectáculo de Buffalo Bill, ni Laura, la de La casa de la pradera. Quería ser Cenicienta o Blancanieves, sumisa y de corazón puro. Como la princesa que no soportaba el guisante bajo el colchón, cuando mi hermana empezó a tener la regla, se pasó tres días en la cama sin hablar; había visto los vídeos divulgativos en el instituto, pero en el fondo no concebía que su cuerpo fuera a traicionarla de esa manera. A mi padre siempre le preocupó que mi hermana no aprendiera a disparar; le decía a mi madre que era importante que una chica, sobre todo una como ella, supiera defenderse.

A partir de ahora tiene a su marido para defenderla, supongo. ¿Y

quién sabe? Quizá tengan una de esas vidas de dicha duradera de las que se habla en la radio. Me mantengo dos metros por detrás de mi hermana, para no pisarle la cola, y cojo la mano de la dama de honor, hija de mi primo, que ha vaciado la cesta de pétalos de rosa y ahora está inquieta por tener que caminar tan despacio. De pronto, en el primer movimiento no coreografiado de la ceremonia, justo antes de atravesar las puertas dobles bajo el cartel de SALIDA, mi hermana se vuelve y mira hacia el altar. Si hubiera previsto que me iba a mirar entonces, habría recompuesto la cara y sonreído, pero me sorprende con los ojos llenos de lágrimas y la boca desencajada por el recuerdo de haber matado a mi primer mapache en el exterior del gallinero, de haber levantado su cuerpo del suelo y haberlo estampado contra la pared del granero.

Mi hermana lleva una gran cantidad de rímel y sombra de ojos resistente al agua, por lo que sus ojos lucen especialmente blancos y despiertos; pero la leche de las hadas se evapora en el instante en que sus ojos se encuentran con los míos y solo queda la mirada desnuda de una chica en el agua que no sabe nadar. Me mira fijamente durante uno, dos segundos. ¿Por qué el novio no repara en la angustia de mi hermana? Debería girarla y darle un beso apasionado, aunque se le aplasten las flores que lleva en el bolsillo superior de la chaqueta. Me entran ganas de gritar «Bésala». Sin embargo, me recompongo con una media sonrisa que no engaña a mi hermana. No puedo hacer otra cosa que agacharme y enderezarle la cola bordada, que he estado a punto de pisar. La dama de honor se inclina y ayuda, agradecida por tener algo que hacer. Percibo mentalmente que mis padres me están observando.

Cuando yo tenía trece años, mi hermana tenía nueve. Aquel fue uno de los inviernos en los que tanto mi padre como mi madre trabajaron en la planta de Halko. Fabricaban reposabrazos y guanteras para automóviles en el turno de noche y salían de casa a las diez y media. Aunque la zona empezaba a urbanizarse, nuestra casa estaba entonces a casi un kilómetro del vecino más cercano; la policía podía tardar media hora en llegar hasta nuestra casa, así que mi padre me decía que durmiera con la escopeta contra la pared, al lado de la

cama. La colocaba allí antes de irse a trabajar cada noche.

—Si oyes a alguien fuera, coge la escopeta —me indicó—. Si alguien entra en casa sin tu permiso, le revientas la cabeza, cariño.

Mi hermana siempre dormía a pierna suelta —mi madre la llamaba la Bella Durmiente porque desaparecía de nuestro mundo durante diez o doce horas cada noche—. Yo nunca he necesitado dormir tanto, pero podía leer sin molestarla, pese a que dormíamos en el mismo cuarto, o dedicarme a clasificar las conchas y las piedras pulidas de mi tocador según su forma, color o tamaño. A veces, después de que mis padres se fueran a trabajar, me levantaba y recorría todas las habitaciones, incluida la que habría sido la de mi hermana, si es que ella hubiera estado dispuesta a instalarse allí. La habíamos limpiado y pintado para ella; podría haber puesto cortinas de tela vaporosa en lugar de las de arpillera que mamá me ayudó a hacer. Mamá empezó a guardar cajas con la ropa que se nos había quedado pequeña en la habitación que no ocupaba mi hermana y finalmente volvió a poner allí la máquina de coser y la tabla de planchar.

Una noche, justo después de que nuestros padres se fueran a trabajar, cuando el quemador de aceite se apagó y la casa quedó en silencio, oí el crujido de la grava del camino y unos pasos con cadencia de hombre, por lo que pensé que debía de ser mi padre que regresaba. Me asomé a la ventana del rellano y no vi su camioneta, sino a un desconocido alto que caminaba hacia nuestro porche y miraba a todos lados, con las manos en los bolsillos. Llevaba una camisa de franela acolchada a cuadros rojos y no vestía chaqueta, aunque hacía mucho frío. Bajé las escaleras y me dirigí hacia la puerta principal mientras el hombre subía al porche, de modo que nos acercamos el uno al otro en un estado de agitación; él, con unas botas de trabajo con los cordones atados, y yo, descalza y con la escopeta cargada y apuntando hacia delante, con el seguro quitado. No llamó a la puerta, pero el pomo giró hasta la mitad. Lo toqué para asegurarme de que mis padres habían cerrado la puerta al salir. El latón transmitía

el frío del exterior. Di un paso atrás y apunté con el arma al pestillo.

—Espera a que el intruso esté en casa —había dicho mi padre— o, si no, tendrás que arrastrarlo dentro y decirle a la policía que es ahí donde le disparaste.

Lo había dicho medio en broma, pero en aquel momento me imaginé a mí misma arrastrando el cuerpo del hombre por el umbral de la casa, tirando de un brazo o un cinturón. Mi padre me había dicho que disparara a la zona del abdomen porque así era imposible fallar a corta distancia y el calibre doce de cerca destroza a cualquiera. Cuando disparé al primer mapache junto al gallinero, el disparo dio la vuelta al cuerpo como si fuera un guante.

El hombre estaba parado al otro lado de la puerta, quizá para decidir qué ventana romper o cómo forzar los mecanismos de la puerta principal. Nunca se me ocurrió que el hombre quizá viniera en busca de calor o simplemente a robar dinero o la televisión. Mi hermana, que dormía en el piso de arriba, ya no parecía una chica normal de carne y hueso, sino que se había convertido en un preciado tesoro, como un unicornio o un cisne viviente hecho de oro blanco, y tenía toda la lógica del mundo que atacaran nuestra casa.

El arma empezó a pesarme en el hombro, pero era un peso natural, y el metal del cañón y el gatillo se fue adaptando a la temperatura de mi cuerpo. Cuando apretaba el gatillo, siempre me magullaba por el retroceso; en aquel momento estaba deseando volver a sentir esa descarga de dolor, como si fuera el precio a pagar por reventar el estómago o el corazón de aquel hombre. Con un solo disparo debería bastar, pero si él seguía en pie, yo estaba dispuesta a cargar y disparar otra vez. Después del primero, había cuatro cartuchos en el cargador, suficientes para matar a un toro, o incluso a un vampiro. Después de disparar al mapache, mi padre cavó un agujero y lo enterró allí mismo; dijo que los demás mapaches lo olerían y guardarían la

distancia.

El hombre se hizo a un lado y miró a través de la delgada ventana, de un solo cristal, que había junto a la puerta. Lo más probable es que primero viera la redondez inidentificable de la boca de la escopeta, del tamaño de una moneda de cinco centavos, con la que le estaba apuntando. Luego ahuecó las manos contra el cristal y esperó a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad, en la que poco a poco distinguió mi rostro, mi pelo rubio de toques rojizos —con el tiempo se ha ido oscureciendo—, mis pecas, mis ojos grises. Mi rostro no delataba nada, y es posible que, en los pocos segundos en los que el hombre me miró detenidamente a los ojos, viera su propio reflejo.

Me sorprendió la delicadeza de su cara, salvo por la barba de un día; tenía piel pálida y ojos oscuros, tranquilos y dilatados. No había imaginado que un intruso pudiera ser guapo. Dejé que la escopeta se deslizara ligeramente hacia delante, de modo que la punta del cañón besó la ventana y tintineó contra el cristal como al girar una llave. Aquella mirada bonita se disolvió. Se le aflojó la mandíbula. Mientras el gesto del hombre se desintegraba, yo mantuve una quietud sobrenatural, sin pestañear siquiera, lista para disparar. No sentí miedo, de pie con un camisón de franela que me quedaba al mismo tiempo demasiado grande y demasiado corto, con un dibujo ya desvaído de caballos al galope, y con unos volantes deshilachados que oscilaban en torno a las pantorrillas y me rozaban la piel desnuda. No sentí miedo, a pesar de mis piernas delgadas —apenas más gruesas que el cañón de la escopeta—, a pesar de la tensión de los brazos. No sentí miedo ante la perspectiva de disparar a aquel hombre, de ver cómo se desmoronaba su cuerpo y de arrastrar después el cadáver al interior, a toda prisa, para que el calor no se escapara de la casa.

Mantuve la escopeta en alto mucho después de que el hombre se diera la vuelta, bajara los escalones del porche y atravesara corriendo nuestro césped helado, rumbo a la carretera. Todavía tenía las manos en los bolsillos, pero ahora llevaba los brazos pegados a los costados.

Cuando echó la mirada atrás, hacia la casa, tropezó con el tocón de un manzano que mi padre tenía previsto desenterrar con la retroexcavadora. Quedó tumbado unos instantes, antes de sacar las manos de los bolsillos para incorporarse y dirigirse hacia la carretera al trote. La electricidad del aire se disipó, pero aun así mantuve la escopeta en alto, aunque me temblaban los brazos: seguí apuntando a la puerta principal, donde ahora solo quedaba el fantasma del hombre. La atmósfera de la casa parecía polvorienta, sofocante. Un autillo profirió un alarido desgarrador desde el bosque, al otro lado de la carretera. La caldera se encendió y se apagó dos veces antes de que yo me decidiera a bajar la escopeta del hombro y relajar los brazos. Esa noche no dormí, sino que recorrí las habitaciones de la casa hasta el amanecer. Los tablones del suelo crujían por mil sitios bajo mi peso. Volví una y otra vez a la habitación donde dormía mi hermana. Durante horas interminables, mientras yo vigilaba, su pelo de princesa dibujaba rizos en la almohada y sus pestañas largas y oscuras reposaban sobre las mejillas, bajo unos ojos profundamente sumergidos en sueños.

El perro pescador

En un principio Gwen pensó que quien venía río abajo en la lancha era Jake, pero resultó que era su hermano Dan. Al oír el ruido del motor de la embarcación, el perro labrador amarillo que vivía al otro lado del río echó a correr por el césped, hacia su casa, y una gran garza azul que debía de estar pescando junto a la cabaña emprendió el vuelo. Gwen observó cómo ascendía el ave y lamentó no haber sabido que estaba tan cerca, pues le hubiera gustado contemplarla un rato. Había otro tipo con Dan, pero no podía ser Jake porque era la mitad de grande. Quizá habían traído comida. Le apetecía comer algo que no fuera pescado en lata. Recogió el sedal y se aferró a la proa de Dan mientras la lancha se acercaba al muelle.

—¿Qué te parece? —gritó Dan en medio del estrépito del motor.

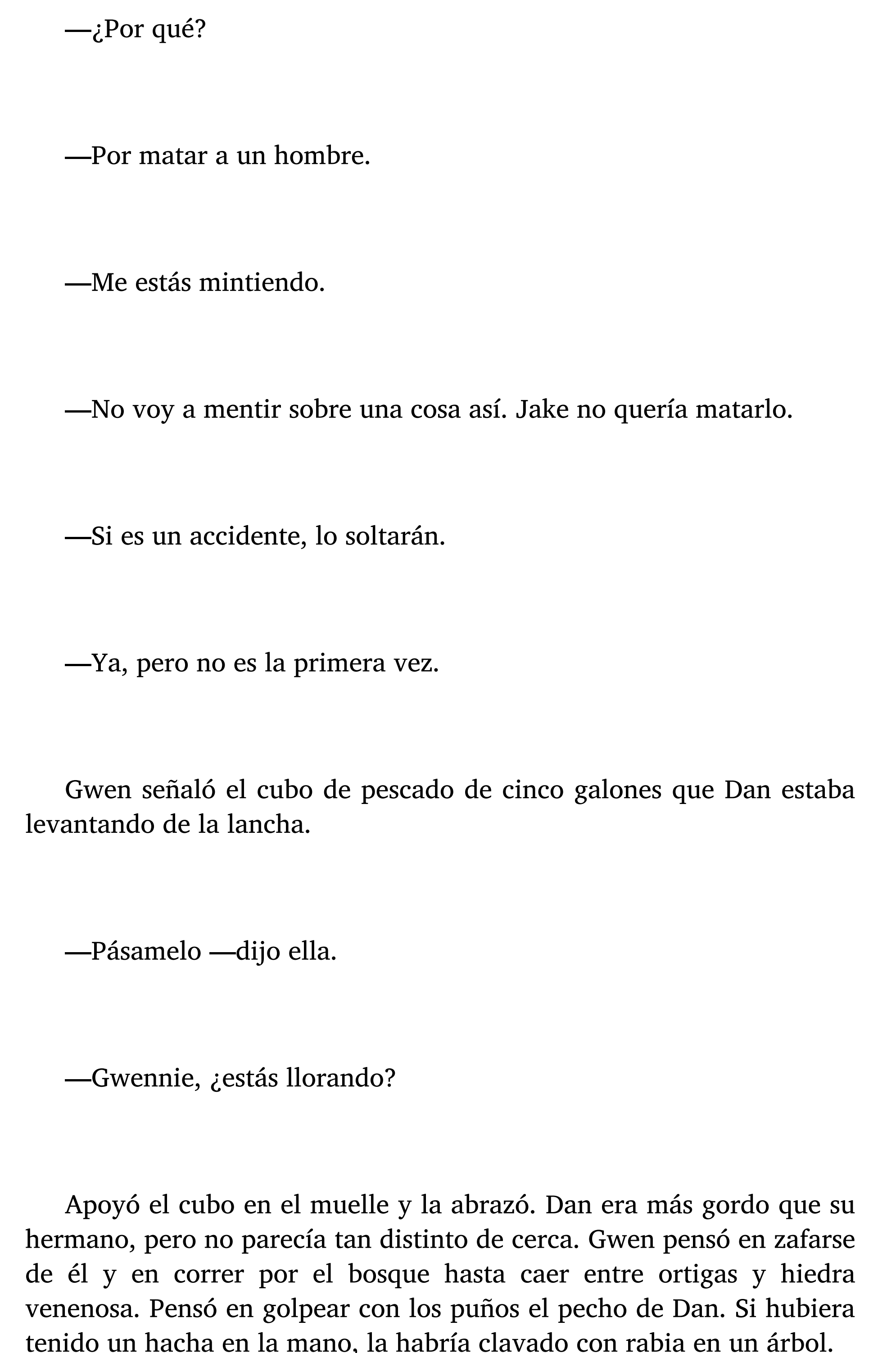
—Tienes lancha nueva, Dan.

Apagó el motor.

—Es bonita, ¿no? Ha sido una ganga, se la compré a un tipo que se está divorciando.

—¿Dónde está Jake? —Gwen no solía hablar con Dan. Normalmente, ella se quedaba al margen mientras Jake y Dan hablaban.

—Eso es lo que venía a decirte, encanto. Jake está en la cárcel.



—¿Por qué?

—Por matar a un hombre.

—Me estás mintiendo.

—No voy a mentir sobre una cosa así. Jake no quería matarlo.

—Si es un accidente, lo soltarán.

—Ya, pero no es la primera vez.

Gwen señaló el cubo de pescado de cinco galones que Dan estaba levantando de la lancha.

—Pásamelo —dijo ella.

—Gwennie, ¿estás llorando?

Apoyó el cubo en el muelle y la abrazó. Dan era más gordo que su hermano, pero no parecía tan distinto de cerca. Gwen pensó en zafarse de él y en correr por el bosque hasta caer entre ortigas y hiedra venenosa. Pensó en golpear con los puños el pecho de Dan. Si hubiera tenido un hacha en la mano, la habría clavado con rabia en un árbol.

Al agarrar el cubo, se salpicó a sí misma y a Dan. Dos de los tres siluros que había dentro eran más largos que los antebrazos de Gwen. Los bigotes de los peces, semejantes a algas, cepillaban las paredes del cubo al moverse.

—Tenía ganas de siluro —dijo ella, elevando el mentón para contener las lágrimas en los ojos.

—Estos vienen de Willow Island —dijo Dan.

De pronto pareció aún más gordo, inseguro de sí mismo, a la espera de una indicación de Gwen, que no estaba acostumbrada a dar indicaciones, y menos a hombres con el doble de años que ella.

—¿Quién va contigo? —preguntó ella. El otro hombre no mostraba intención de desembarcar.

—Ah, es Charley. Trabaja en la fábrica conmigo.

Charley era flaco y le faltaban dientes, por lo que tenía los labios hundidos. Dan sacó los peces del cubo, uno a uno, y los sujetó con cuidado mientras les clavaba la cabeza en el roble más cercano; las tres colas se tensaron, curvadas, contra la corteza. Después, los hombres se quedaron quietos mientras Gwen aturdía a uno con el martillo y empezaba a arrancarle la piel con unas pinzas.

—Cuéntame todo lo que pasó.

Aunque sabía que no era buena idea, Gwen pasó la mano por la aleta dorsal de un pez y le ardieron los dedos.

—Pues salimos del Pub y nos fuimos al Tap, en Roseville, a tomar unas cervezas. Jake y un tío con el que estaba jugando al billar se pusieron a pelear y Jake lo estampó contra una pared. Pero se ve que Jake no se dio cuenta de que el tipo estaba inconsciente, así que lo levantó y siguió dándole.

Gwen se imaginó perfectamente a Jake, desquiciado y borracho perdido, como una apisonadora descontrolada. Cuando estaba en ese estado, era capaz de pegarse con Dan. O con Gwen, si no se quitaba de en medio. Los dedos de Gwen volvieron a pasar por el bigote de un siluro. El dolor fue tan agudo que se sorprendió de no ver sangre en el nudillo.

—Y al poco rato, el hijoputa va y se muere. Hemorragia cerebral o una mierda de esas. Así que apareció la policía y enseguida averiguaron lo del otro delito.

—¿Qué otro delito? —preguntó Gwen.

—Homicidio involuntario.

—¿Cómo que homicidio involuntario?

—Bueno, como lo llamen. En la península superior, el invierno pasado. Te lo habrá contado Jake. ¿Por qué crees que ha estado escondido en el bosque desde febrero?

Los árboles se volvieron más gruesos y altos alrededor de Gwen. Tiró de la segunda piel de siluro, procurando que no se desgarrara, pero se pinchó la muñeca con la aleta dorsal y estropeó el trabajo.

—Eh, Charley, pásame una cerveza —dijo Dan. Al levantar la vista, Gwen observó que la lata volaba por el aire. Cuando Dan la abrió, la espuma se le derramó por toda la mano—. ¿Qué tal va eso, Gwen?

Ella estaba trabajando lentamente con las pinzas en el último pez, el más pequeño, tirando de los lados con cuidado, arrancando la piel entera hasta la cola. Si lo que había hecho Jake en la península superior era un accidente, ¿por qué no le había dicho nada a ella?

—La única pista que la policía tenía de lo que pasó en el norte era una descripción que mencionaba las cicatrices con forma de espaguetis en la mano de Jake. Fue lo mismo que ahora, estaba borracho y no supo parar a tiempo.

—¿Puedo ir a verlo?

—Casi mejor que no, encanto.

¿Qué otras cosas le había ocultado Jake en los últimos cinco meses? ¿Que tenía una esposa, quizá?

Dentro de la cabaña, Gwen frio el pescado como le hubiera gustado a Jake, con harina de maíz y lo que quedaba de manteca de tocino.

Cuando terminaron de comer, Dan encendió una lámpara fluorescente a pilas. Gwen se sorprendió al advertir las paredes recubiertas de insectos, el andrajoso aspecto de la alfombra bajo aquella luz fría y lo mugrientos que tenía los brazos y las piernas. Le pidió a Dan que le contara más.

—No hay nada más que contar.

—¿La cabaña es de Jake? —preguntó ella.

—Es de los dos. Puedes quedarte el tiempo que quieras, Gwennie. No le des vueltas a tu cabecita por eso.

Dan y Charley bebieron cerveza mientras Gwen lavaba los platos con agua que había traído en cubos y calentado en la estufa de propano. Gwen no solía beber, pero le dio por tomarse tres cervezas, hasta quedarse medio dormida. Se despertó con la frente apoyada en la mesa, mientras Dan le acariciaba el pelo. Dan le dijo a Charley que podía dormir en la mecedora del porche y le lanzó un saco de dormir de la lancha. Luego llevó a Gwen al pequeño dormitorio. Ella se sintió obligada, como si negarse a ir a la cama con él hubiera sido poco hospitalario.

Por la mañana temprano, salió a rastras de la cama y calentó agua para el café instantáneo. No quedaba mucho propano. Cuando se agotara, tendría que llevar la barca a Confluence para llenar el depósito, lo que le costaría veinte dólares que no tenía. Pasó junto a Charley, deslomado en la mecedora del porche; cuando se despertara, tendría una terrible tortícolis. Desde el muelle, vio cómo se alejaba el todoterreno verde de la casa que había al otro lado del río. Pensó que esa noche, cuando el hombre regresara y soltara al perro amarillo, observaría al animal inspeccionando el río desde la orilla. Desde que

Jake se había ido, Gwen había visto a aquel perro atrapar peces entre sus fauces cinco veces.

Tras más de dos semanas sin Jake, Gwen había olvidado el calor que generaba un hombre grande a su lado; el dormitorio la había sofocado la noche anterior. No había deseado acostarse con Dan, simplemente había dado permiso a su mente para olvidar de quién era el cuerpo que se subió encima de ella. El sentimiento de culpa le provocó una punzada, tan aguda como la aleta dorsal del siluro. Si Jake se enteraba, le daría un puñetazo como si fuera un hombre. Y tal vez se lo merecía. Trató de enterrar esos pensamientos bajo la superficie. El vapor del café se elevaba como la bruma del río.

Gwen encontró el sifón y sacó gasolina del depósito de Dan, suficiente para un viaje hasta Confluence, tal vez dos si hacía el viaje de vuelta remando. O quizá para ir a pescar a Willow Island, donde la última vez había visto a una garza que llevaba una serpiente pequeña a un nido en un árbol. Se quitó el sabor a combustible de la boca con café y lo escupió en el río. De vuelta a la cabaña, sacó tres cervezas de la nevera de Dan y las escondió en el armario de la cocina. Dan la llamó y Gwen entró en el diminuto dormitorio. No se parecía tanto a Jake como ayer; parecía más bien una zarigüeya hinchada que el río hubiera arrastrado a la orilla.

—Ven aquí, guapa —dijo él.

Ella dudó, pero la habitación era tan pequeña que Dan pudo agarrarla del brazo y arrastrarla hasta la cama. Le quitó los vaqueros holgados sin bajar la cremallera y le subió la camiseta por los hombros. Ella dobló las rodillas e intentó sentarse, pero él la inmovilizó con una mano y le pasó la otra por los pechos y el estómago. Empujó la rodilla de Gwen hacia un lado y se abalanzó sobre ella; después pasó una mano por debajo de su nalga para inclinarla y penetrarla más profundamente. Suspiró el nombre de

Gwen con un aliento cálido. Ella giró la cabeza para mirar por la ventana, pero solo vio el cielo vacío. Se preguntó cómo había permitido que esto sucediera.

—Oh, Gwennie —gimió él de nuevo, y ella sintió el calor repulsivo del hombre en la cara, en el pelo, en toda la habitación.

Sintió el anhelo de ver una garza que cruzara el cielo, con el cuello en forma de S comprimida, a través de aquel pedazo de firmamento enmarcado en la ventana. Necesitaba observar la zambullida prehistórica de la garza o escuchar el chillido monstruoso de un macho enfadado. Con un destello de ala gris azulada le bastaría para sobrevivir a ese momento.

Dan se quedó dormido en cuanto se echó a un lado. Gwen se apartó de él y recogió la ropa del suelo con manos temblorosas. En la cocina, cribó la poca harina que quedaba para quitar los gorgojos y hacer tortitas; tenía que hacer algún trabajo manual para calmarse. Cada vez que daba rienda suelta a su mente y pensaba en Dan acostado en aquella cama, tenía que sentarse y agarrarse la cabeza entre las manos. Pensó en coger el cuchillo de carnicero con el mango quemado y volver al cuarto. Buscaría un lugar entre dos costillas y hundiría la hoja. Entonces apareció Charley en la cocina, con su sonrisa de encías desnudas, tocándose el cuello, y ella lo invitó a sentarse a la mesa. Gwen abrió una cerveza, echó la mitad en la masa de la harina y le pasó la lata abierta a Charley. La compañía de aquel hombre le calmó el malestar en el estómago.

—¿Tienes hambre, Charley? —le preguntó—. ¿Has dormido bien?

—¿Hay baño aquí? —preguntó Charley. Gwen le indicó cómo llegar a la letrina.

Al principio, cuando Dan y Charley se alejaron, Gwen se sintió aliviada. Pero en cuanto la embarcación dobló la curva, se sintió sola y con náuseas. Dan le había dado la comida de su nevera —queso, salchichón y un paquete de galletas— antes de largarse para volver con su mujer. Más tarde, Gwen descubrió dos billetes de veinte dólares sobre la almohada. Habría preferido que Dan hubiera dicho algo como: «Jake quería que te diera esto».

Horas más tarde, tras el regreso del todoterreno, apareció el perro pescador en su lugar habitual, al otro lado del río. Para aligerar la barca y remar, Gwen quitó el fueraborda con manos trémulas, lo colocó cuidadosamente sobre unos bloques, para no doblar la hélice, y cruzó remando. Nunca había tocado al perro ni lo había visto de cerca, pero, cuando lo llamó, el animal se subió a la barca. Gwen le acarició la cabeza, que parecía repeler las gotas de agua.

—Te voy a llamar King —susurró, pensando en un martín pescador de cabeza voluminosa que vivía cerca de la caravana de su padre en Snow Pigeon, en la orilla contraria.[3]

Ni se le pasó por la cabeza la idea de que aquello —llevarse al perro a su lado del cauce y dejar que bajara para olfatear la orilla— fuera robar. Si el perro quería quedarse y perseguir mapaches, era cosa suya. Con un perro así para acompañarla, a Gwen no le importaría quedarse a vivir en el bosque. Pero no tardó en oír la voz de un hombre que gritaba: «¡Renegade!». El perro se zambulló en el agua y nadó los cerca de cincuenta metros hasta la otra orilla.

Tras una semana de lluvias intensas, Gwen se sintió prisionera en la cabaña. Cuando Jake estaba, no le había importado no tener teléfono o radio, pero ahora anhelaba la voz humana. En Snow Pigeon, después de años de suplicar, su hermana Paula y ella

consiguieron convencer a su padre de que se conectara a la red telefónica. Después lo presionaron para que comprara un televisor. Pero ahora, hasta una simple discusión con Paula habría sido un entretenimiento bienvenido. La lluvia repiqueteaba en el tejado de chapa ondulada, con el mismo sonido que cuando caía sobre la caravana de Snow Pigeon.

Años atrás, el padre de Gwen solía llevarla a pescar; Paula era demasiado inquieta, demasiado escandalosa, según su padre. Gwen solía practicar cómo quedarse inmóvil como una piedra, con el objetivo de aprender a portarse bien en la barca. Sin embargo, durante los dos últimos años, cuando el padre volvía del trabajo por las tardes, no tenía más ocupación que amargarse y beber. Durante los meses anteriores a la partida de Gwen, su padre, que ya era reservado de por sí, no le había dirigido la palabra, salvo para gritarle, y Paula se enfadaba con ella a menudo porque Gwen disgustaba a su padre al no obedecer la orden de alejarse de los chicos. Cuando Jake empezó a pescar en el río, delante de la casa familiar, Gwen vio en él una especie de caballero al rescate, con aquella forma de hablar tan seductora. Un día, Jake la invitó a bajar por el río con él y ella apenas dudó. Y desde entonces, en abril, no se había atrevido a llamar a su padre ni a Paula, ni siquiera para comunicarles que estaba viva. Gwen aún podía sentir la ira que bajaba por el cauce del río procedente de Snow Pigeon.

El primer día que amainó, Gwen cruzó el río. Llamó al perro para que se acercara a la barca y el animal se subió. Pero antes de que pudiera empujarla, por detrás del cobertizo apareció el hombre del todoterreno, que se metió en el agua hasta las rodillas para agarrar la proa de la barca. Era flaco y probablemente solo unos centímetros más alto que Gwen.

—Buenas tardes —dijo, con voz serena—. ¿Dónde te llevas a mi perro?

—A… la otra orilla. Es que… vivo allí.

—Sé dónde vives, pero ¿por qué te llevas a Renegade? —Tenía los bíceps tensionados en torno a los huesos. Le sobresalían los tendones del cuello por el esfuerzo de sujetar la barca, ya que Gwen seguía remando—. Está claro que no me vas a contestar.

Empezaron a posarse mosquitos en las piernas y brazos de Gwen, y pudo sentir cómo le aterrizaban en la cara y hundían los aguijones. Vio que dos, luego tres y después cinco mosquitos se instalaron en la frente del hombre. Tenía el pelo liso, de un rubio muy oscuro, con la raya al medio. Cuando soltó la barca para espantar a los insectos, Gwen pudo zafarse. El hombre cruzó los brazos y se quedó de pie en el agua observándola, más perplejo que enfadado al ver que ella seguía remando. Tenía los vaqueros empapados hasta por encima de las rodillas, y su figura se fue empequeñeciendo a medida que Gwen se acercaba a la otra orilla. Atracó en el muelle, y King saltó y nadó hacia aguas menos profundas para olisquear entre agujeros de ratas almizcleras y raíces retorcidas. En el lado contrario, el hombre desapareció un momento, regresó con unos prismáticos y se situó en el tablón de su muelle flotante. Veinte minutos después, gritó: «¡Renegade!».

El día que Gwen fue a Confluence a comprar papel higiénico y propano, no se acercó al Pub por miedo a encontrarse con Dan. De camino a casa, justo antes de Willow Island, apagó el motor y dejó que la corriente impulsara la embarcación, remando solo para determinar el rumbo. Aquellos kilómetros de río oscuro y vacío fueron propiedad exclusiva de ella, pero lo habría cambiado todo por una fiesta con música y gente bailando bajo farolillos colgados de los árboles. Imaginó que pasaba cerca de la orilla o de una gran isla y la gente la invitaba a unirse a la celebración. En lugar de eso, dobló el último recodo por encima de su cabaña y vio allí una lancha. En el interior de la vivienda había una luz brillante y fría: la lámpara fluorescente de Dan. Se dirigió a la orilla opuesta, maniobrando en silencio hacia la

zona del remanso de pesca, justo debajo de la casa de King. Observó la cabaña hasta que se apagó la luz y entonces apoyó la cabeza en un descolorido chaleco salvavidas naranja. En varias ocasiones tuvo que apartar de su mente el recuerdo del vientre peludo de Dan y su peso abrumador.

Se despertó tiritando, al oír unos ladridos y sentir la pálida luz del sol. King le lamía la cara. Hundió los dedos en el pelaje del perro, pero, cuando vio a un hombre parado junto a ella, se incorporó de golpe y metió un pie en la barca. El conductor del todoterreno la miró a la cara.

—Perdón —dijo Gwen, que tenía manchas de barro apelmazado en la ropa.

—¿Perdón por qué?

—Por llevarme a tu perro.

—No pasa nada —dijo—. Los perros son leales. Les das de comer y vuelven. —Señaló con la cabeza hacia la cabaña de Gwen—. Si te estás escondiendo de ese hombre, puedes venir a mi casa. Te va a ver si te quedas aquí.

Comprobó el nudo que aseguraba la barca a un arce caído y, ante la incertidumbre sobre qué otra cosa hacer, siguió al hombre por el sendero que discurría junto al río. El rocío que cubría la maleza y la hierba tardaría en evaporarse. En los puntos en los que la hiedra venenosa había escalado hasta las copas de los árboles, las hojas trilobuladas habían adquirido un tinte de rojo otoñal.

La puerta lateral daba a una cocina con paredes pintadas de blanco, encimeras amarillas y un suelo lustroso de tarima. Pero faltaba el zócalo, lo que dejaba al descubierto un hueco irregular en la parte inferior de las paredes por toda la sala, y la mesa estaba repleta de periódicos y libros.

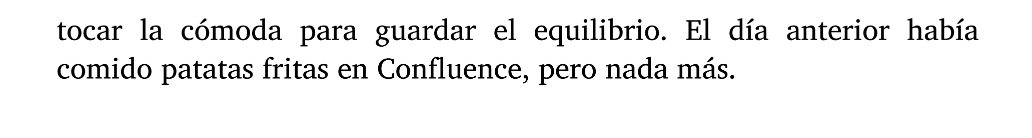
—¿Quieres café? —preguntó el hombre—. El baño está ahí si te hace falta.

Gwen se adentró en un suelo de madera sin tratar, en un cuarto que seguramente había sido un salón, pero que contenía una cama de matrimonio sin hacer. A través de la puerta corredera de cristal, vio su destartalada cabaña sobre pilotes, de color verde helecho con manchas, y la embarcación de Dan aún amarrada en el muelle. El cajón superior de una cómoda estaba abierto unos centímetros y mostraba un amplio surtido de sujetadores y ropa interior de un blanco impoluto. En todo el tiempo que Gwen había estado mirando, desde la desaparición de Jake, no había visto a ninguna mujer en esta casa. Pasó los dedos por un sujetador con los bordes festoneados de encaje. Al ver al hombre en la puerta, se apresuró a cerrar el cajón.

—Nada, no te preocupes. Se fue hace mucho tiempo. Supongo que las dejó para mi siguiente novia.

—Lo siento. —Una mujer que usaba esas prendas debió de ser una gran pérdida.

El hombre le tendió a Gwen una taza de café casi blanco por la nata. Jake había insistido en que se acostumbrase a tomar café instantáneo y solo. Inhaló el aroma con tal intensidad que tuvo que


tocar la cómoda para guardar el equilibrio. El día anterior había comido patatas fritas en Confluence, pero nada más.

—¿Quieres ducharte? —preguntó el hombre.

—No.

—No deberías ir con la ropa mojada. Ponte algo de Danielle.

Gwen miró la cómoda y luego a él.

—Venga, ¿por qué no? —dijo él, riéndose—. De todos modos, iba a tirar toda su ropa al río, para que se la lleve la corriente. Adelante, coge todo lo que quieras.

Dio un sorbo largo de café, de un sabor tan agradable que le entraron ganas de no tragarlo. A Gwen no le extrañó que aquel hombre quisiera cuidarla; después de su padre, Jake había cuidado de ella y ahora se encargaría Dan si ella se lo permitía. Buscó un lugar en el que apoyar la taza, pero la superficie de la cómoda parecía demasiado limpia, y no quería dejar un círculo. De hecho, no quería dejar ningún rastro de haber estado allí. En el cajón inferior de la cómoda encontró y descartó unas blusas cuidadosamente dobladas de color rosa, blanco y verde menta. En otro cajón había una maraña de prendas de hombre de la que seleccionó unos vaqueros, una camiseta y una sudadera. Ni siquiera los vaqueros le quedaban mal cuando se los ciñó con un cinturón de cuero, el más gastado de los tres que vio. Colocó la ropa embarrada en el borde de la bañera y se preguntó si aquel tipo estaba acostumbrado a mujeres que cada mañana se vestían como si fuera el día de su boda y que nunca se manchaban de creosota

o tripas de pescado.

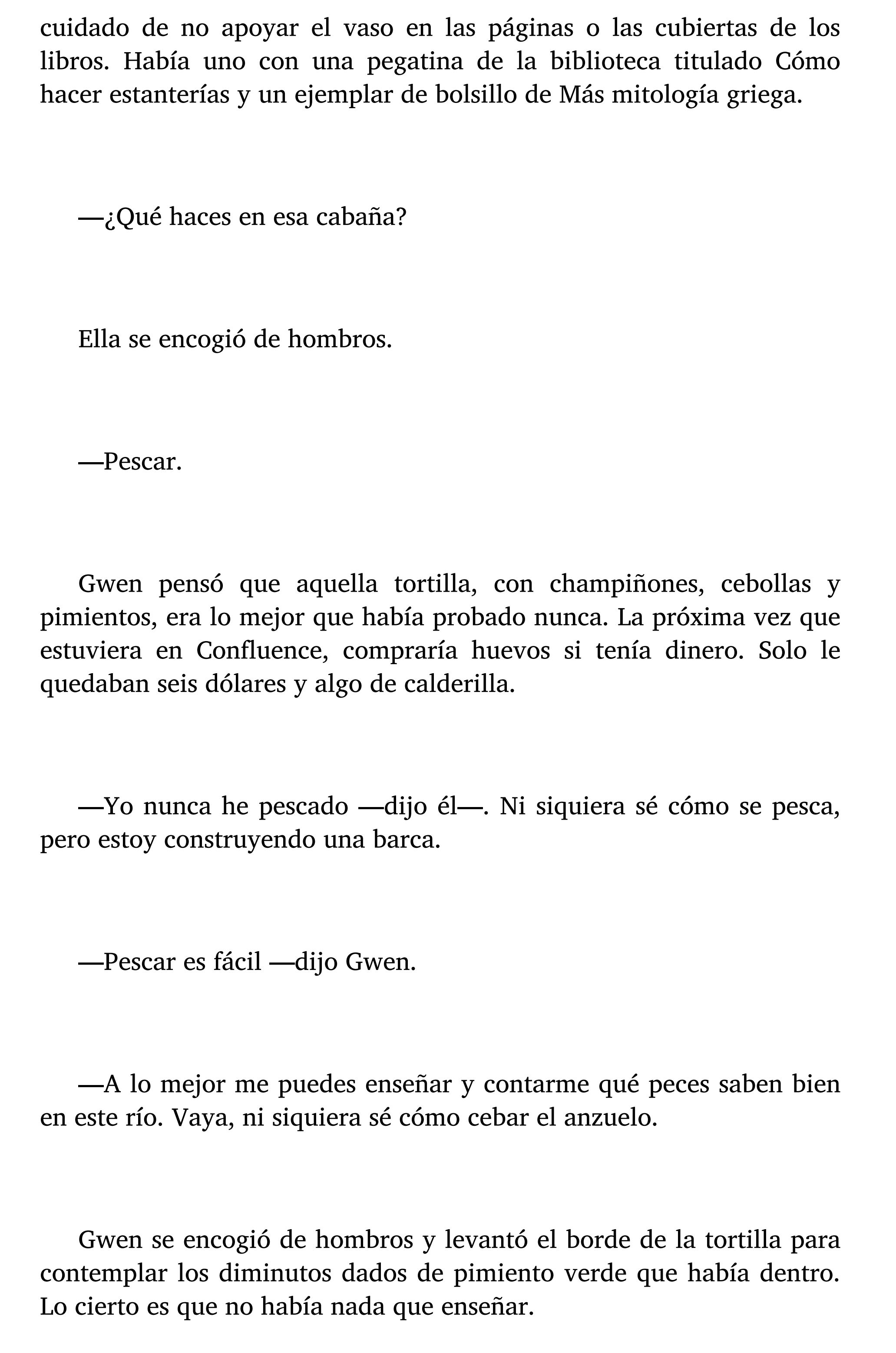
Logró recuperar el café del suelo de contrachapado sin derramar nada. Había otro cuarto anexo a la sala de estar, que debía ser el dormitorio original, antes de que demolieran los muros y dejaran a la vista el entramado de madera. En el centro de ese cuarto, sobre caballetes, estaba el esqueleto curvado de una barca de madera. De vuelta a la cocina, el hombre estaba preparando algo de comer. Fue colocando objetos, uno a uno, en la mesa de los periódicos y todos ellos resplandecieron a la luz del sol: platos, tenedores, dos frascos brillantes de gelatina y una barra de mantequilla amarillenta en un platillo de color crema.

—Supongo que tendrás hambre. —Le estrechó la mano—. Me llamo Michael. Mike Appel. Llevo un año viviendo aquí y, aparte de un vecino, eres la primera persona de esta zona que ha estado en la casa. Yo pensaba que en los ríos había más vida social. —Hizo un gesto con la espumadera—. Pero mira lo que te ha pasado a ti: llegan invitados y sales corriendo.

—Me llamo Gwen. Gwendolyn.

—Qué bonito nombre. —Lo repitió paladeando las sílabas—. Gwen-do-lyn.

Al advertir el tono risueño de Michael, a Gwen le entraron ganas de decir algo más. Por ejemplo, que ese era también el nombre de su madre, pero entonces se vería obligada a explicar a un desconocido que su madre abandonó a su marido y a sus hijas, con seis y ocho años, y que ni siquiera les escribió una carta. Michael apartó varios libros que tenía abiertos y apilados sobre la mesa y puso un vaso de zumo de naranja y media tortilla francesa delante de ella. Gwen tuvo



cuidado de no apoyar el vaso en las páginas o las cubiertas de los libros. Había uno con una pegatina de la biblioteca titulado Cómo hacer estanterías y un ejemplar de bolsillo de Más mitología griega.

—¿Qué haces en esa cabaña?

Ella se encogió de hombros.

—Pescar.

Gwen pensó que aquella tortilla, con champiñones, cebollas y pimientos, era lo mejor que había probado nunca. La próxima vez que estuviera en Confluence, compraría huevos si tenía dinero. Solo le quedaban seis dólares y algo de calderilla.

—Yo nunca he pescado —dijo él—. Ni siquiera sé cómo se pesca, pero estoy construyendo una barca.

—Pescar es fácil —dijo Gwen.

—A lo mejor me puedes enseñar y contarme qué peces saben bien en este río. Vaya, ni siquiera sé cómo cebar el anzuelo.

Gwen se encogió de hombros y levantó el borde de la tortilla para contemplar los diminutos dados de pimiento verde que había dentro. Lo cierto es que no había nada que enseñar.

—Tendría que haber echado tomates —dijo—, pero me olvidé de comprarlos. Trabajo para la compañía eléctrica, así que sé que no tienes electricidad en la cabaña. ¿Tienes generador? ¿Teléfono?

Ella negó con la cabeza. El perro pescador reposaba bajo la mesa, así que Gwen pasó los pies descalzos por debajo del animal. Se había dejado las zapatillas en la barca.

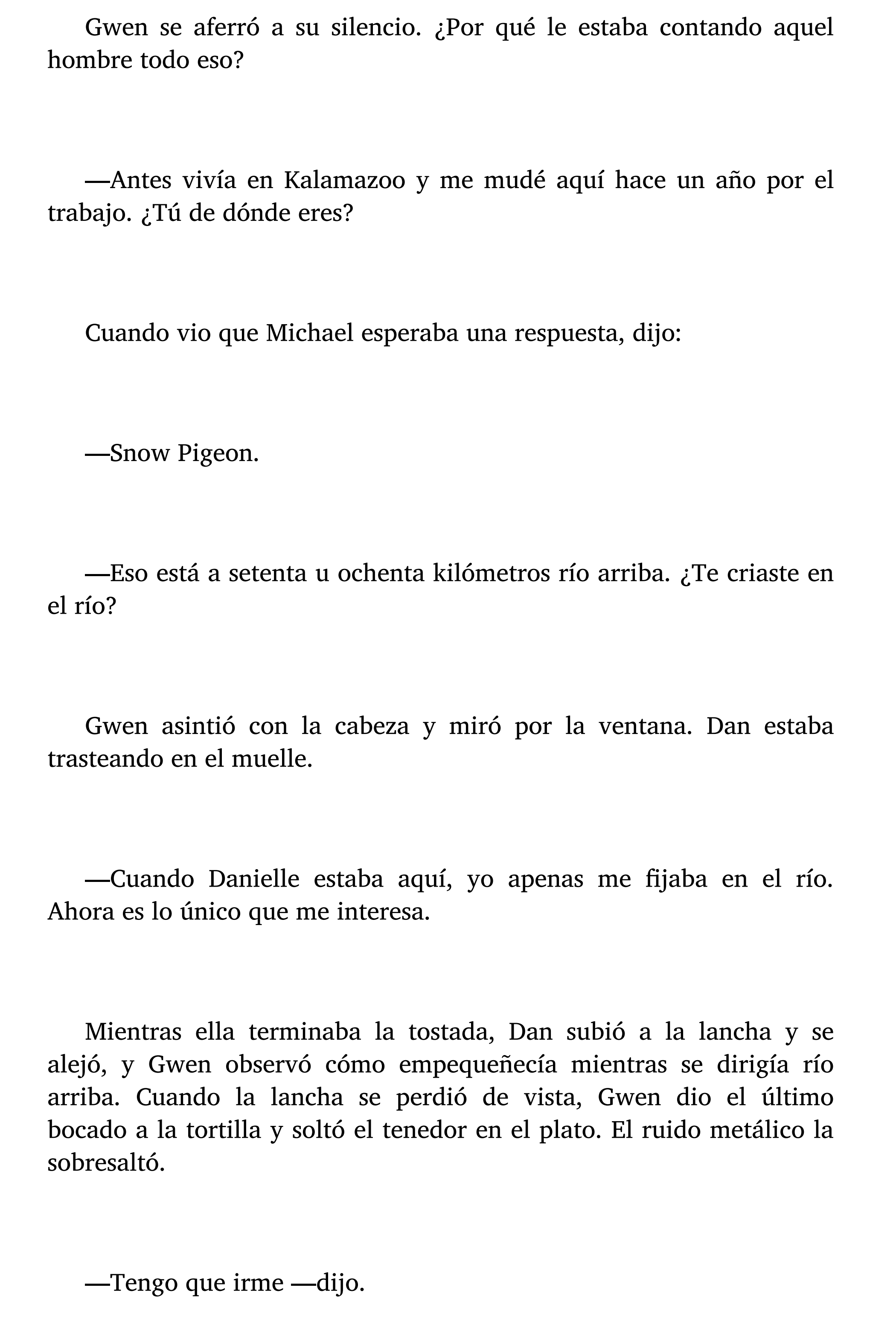
—Es increíble que vivas así. —Michael masticó y tragó—. ¿Y no tienes trabajo?

Gwen negó con la cabeza. Sobre la mesa había una nota de papel que decía: «Aviso de libro vencido».

—Tu casa parece una guarida, ya sabes, como esos sitios de las películas donde se esconden los delincuentes. ¿No serás la novia del jefe de una banda? —Levantó las cejas—. ¿O su hija, quizá? Aunque, quién sabe, puede que seas del todo inocente.

¿Acaso sabía algo? A Gwen comenzó a formársele un nudo en el estómago.

—No hablas mucho. Danielle sí que hablaba. —Señaló con un tenedor a Gwen—. Y, sin embargo, nunca se le ocurrió mencionar que estaba acostándose con mi mejor amigo. Qué curioso. Como es lógico, él tampoco lo mencionó. Pero ahora están enamorados, así que todo es maravilloso.



Gwen se aferró a su silencio. ¿Por qué le estaba contando aquel hombre todo eso?

—Antes vivía en Kalamazoo y me mudé aquí hace un año por el trabajo. ¿Tú de dónde eres?

Cuando vio que Michael esperaba una respuesta, dijo:

—Snow Pigeon.

—Eso está a setenta u ochenta kilómetros río arriba. ¿Te criaste en el río?

Gwen asintió con la cabeza y miró por la ventana. Dan estaba trasteando en el muelle.

—Cuando Danielle estaba aquí, yo apenas me fijaba en el río. Ahora es lo único que me interesa.

Mientras ella terminaba la tostada, Dan subió a la lancha y se alejó, y Gwen observó cómo empequeñecía mientras se dirigía río arriba. Cuando la lancha se perdió de vista, Gwen dio el último bocado a la tortilla y soltó el tenedor en el plato. El ruido metálico la sobresaltó.

—Tengo que irme —dijo.

—¿No puedes quedarte unos minutos? Prometo dejar de quejarme de las mujeres. Venga, te hago otra tostada.

Gwen volvió a sentarse, pero mantuvo el peso en las puntas de los pies, lista para salir corriendo. Sentía como si todo su ser se estirara por encima del río, como una cuerda elástica, a punto de romperse.

—Pareces una chica criada por lobos —dijo él, con una sonrisa—. No les gustan los espacios cerrados.

—Gracias por la comida.

Gwen se puso en pie y salió a toda prisa por la puerta de la cocina, pese a que las tostadas saltaron justo entonces. Echó a correr por el jardín y cuando llegó a la barca estaba jadeando. En medio del río, sintió una momentánea sensación de libertad, pero al llegar a su muelle reparó en las cabezas podridas de los siluros aún clavadas en el gran roble. Entonces recordó que tenía que haber comprado cerillas. Con la penúltima cerilla encendió la estufa de leña, pero se quedó dormida en el suelo antes de que prendiera. Cuando se despertó, el cielo estaba iluminado por completo, así que salió al muelle en busca del calor del sol. Miró hacia abajo y se sorprendió al verse con la ropa de Michael. Al ver que el todoterreno se alejaba en la otra orilla, apretó la cara contra la sudadera limpia.

Cuando reinó la oscuridad de nuevo, Gwen utilizó la última cerilla para encender la lámpara de queroseno, pero solo sirvió para intensificar la oscuridad del exterior. Oyó la lluvia y se le ocurrió, como si fuera la primera vez, que Jake no iba a volver. Pensó en la caravana de Snow Pigeon y en los montones de leña que su padre

debía de haber cortado y partido y que Paula seguramente había apilado para pasar el invierno. La reserva invernal de Gwen era de dos montoncitos de ramas rotas, y, una vez que el río se helara, no tendría medio de transporte. Tenía que cruzar ahora que podía, caminar hasta la carretera y hacer autostop para llegar a un lugar donde hiciera calor, quizá Florida. Durante toda la noche, observó las luces de la casa de Michael: la cocina, el recibidor, la sala de estar convertida en dormitorio. Se veía la silueta de Michael encorvada sobre la mesa donde habían comido. Se preguntó si era verdad que había chicas criadas por lobos.

Aunque era tarde, sintió la necesidad de salir un rato de la cabaña. Se puso uno de los jerséis de lana de Jake por encima de la sudadera de Michael y llevó el edredón a la barca por si hacía mucho frío. Tras dejar atrás Willow Island, casi ya en Confluence, el motor se quedó sin gasolina y se apagó. No protestó, sino que se dejó arrastrar río abajo. Si conciliaba el sueño y dormía un buen rato, se despertaría en el lago Michigan. El cauce estaba tranquilo y oscuro. Las garzas dormían en los árboles. Nadie bailaba en los prados, no brillaban las estrellas y comenzaba a caer una lluvia fría sobre el río. Cuando el edredón ya estaba empapado, cayó en la cuenta de que debería haber seguido remando hasta llegar a Confluence, para comprar cerillas y gasolina de cara al próximo viaje. Y también algo de comida, una hamburguesa y patatas fritas, por ejemplo. Sin embargo, iba a tener que conformarse con una cabaña oscura con latas de judías y sardinas aceitosas. Metió la mano en el bolsillo del pantalón para palpar el dinero y no encontró nada: se lo había dejado en los vaqueros, en la bañera de Michael. Se quedó a la deriva, con una sensación de aturdimiento por lo estúpida que había sido. El agua de la lluvia se acumulaba en la barca y formó un charco alrededor de los pies. Tras pasar el último recodo, en lugar de dirigirse a su lado del río se acercó al muelle flotante de Michael. Seguro que él le prestaría cerillas y tal vez incluso tuviera gasolina en el cobertizo. Amarró el bote y dejó los remos dentro, pero encontró el cobertizo cerrado. Abrigándose con el edredón, se acercó a la casa y miró por el cristal de la puerta corredera. Al principio, solo pudo ver los números luminosos de un reloj digital. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, vio que King, a los pies de la cama, levantaba la cabeza del suelo.

En cuanto King empezó a ladrar, apareció Michael en calzoncillos al otro lado del cristal. Tenía el pecho tan lampiño como el de los colegiales con los que ella había estado antes de Jake. Había tonteado con algunos chicos cuando vivía con su padre y siempre había tenido miedo de que él se enterara.

Michael encendió una luz cegadora y deslizó la puerta para abrirla.

—¿Gwendolyn? ¿Nunca duermes en una cama?

—Lo siento.

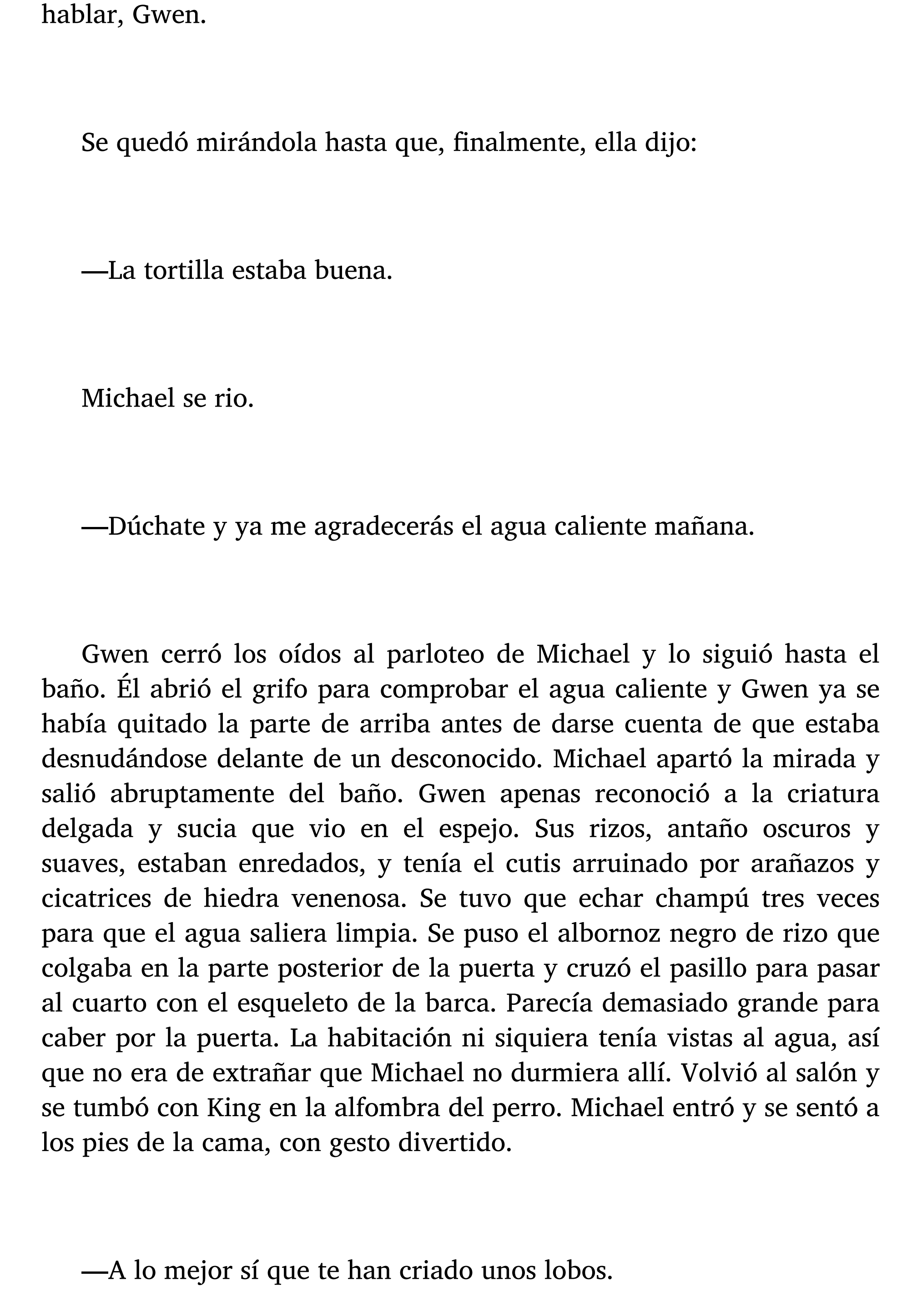
—Venga, entra. Mejor que lo sientas dentro de casa.

Cuando Gwen puso los pies en el interior, se formaron charcos en el contrachapado.

—Mierda, tengo que rematar el suelo. Quiero poner roble como en la cocina.

Gwen no se había dado cuenta del frío que tenía hasta que se adentró en el calor de la casa.

—Este edredón está empapado, voy a ponerlo en la secadora. Y voy a poner también tu ropa de esta mañana, que está limpia. Puedes


hablar, Gwen.

Se quedó mirándola hasta que, finalmente, ella dijo:

—La tortilla estaba buena.

Michael se rio.

—Dúchate y ya me agradecerás el agua caliente mañana.

Gwen cerró los oídos al parloteo de Michael y lo siguió hasta el baño. Él abrió el grifo para comprobar el agua caliente y Gwen ya se había quitado la parte de arriba antes de darse cuenta de que estaba desnudándose delante de un desconocido. Michael apartó la mirada y salió abruptamente del baño. Gwen apenas reconoció a la criatura delgada y sucia que vio en el espejo. Sus rizos, antaño oscuros y suaves, estaban enredados, y tenía el cutis arruinado por arañazos y cicatrices de hiedra venenosa. Se tuvo que echar champú tres veces para que el agua saliera limpia. Se puso el albornoz negro de rizo que colgaba en la parte posterior de la puerta y cruzó el pasillo para pasar al cuarto con el esqueleto de la barca. Parecía demasiado grande para caber por la puerta. La habitación ni siquiera tenía vistas al agua, así que no era de extrañar que Michael no durmiera allí. Volvió al salón y se tumbó con King en la alfombra del perro. Michael entró y se sentó a los pies de la cama, con gesto divertido.

—A lo mejor sí que te han criado unos lobos.

—Veo a King pescar desde mi casa.

—¿Por qué la llamas King?

—¿Es chica?

—Nunca he tenido un perro antes de Renegade. —Acarició la cabeza del animal—. Fue una locura. Cuando compré esta casa, el anterior propietario me preguntó si me la quería quedar, porque a la perra le encanta el río. —Mike tiró de la oreja de King y la boca se le abrió como si fuera una sonrisa—. Tú duermes en la cama y yo en el suelo. No tengo sofá.

—Podemos dormir los dos en la cama —dijo Gwen—. Es grande.

Con el albornoz todavía puesto, se metió en la cama por el lado que daba al río. Michael se tumbó en el otro lado.

—¿Qué es esa luz misteriosa en tu casa? —preguntó él.

—Una lámpara de queroseno. He gastado la última cerilla, así que he tenido que dejarla encendida.

—¿Has venido a enseñarme a pescar?

—Necesito que me prestes cerillas. Y me he quedado sin gasolina de camino a Confluence.

—¿Has visto mi barca? —Michael esperó a que ella asintiera—. Cuando Danielle se fue, decidí hacer reforma en ese cuarto, pero luego pensé que prefería tener una barca. Así podría ir a esa isla de los sauces negros. Me gustaría vivir en esa isla.

—¿Por qué no compras una barca?

—Quiero construir mi barca, como hice con esta cama. Dormí en colchones en el suelo durante un mes y medio hasta que la terminé.

Gwen miró el cabecero, que estaba hecho de láminas robustas, nada sofisticado.

—¿Y el motor? ¿También vas a construirlo? —Su padre la habría llamado «listilla».

—El vecino tiene uno de dos caballos y medio que me va a vender. El diseño de la barca lo saqué de un libro de segunda mano de 1905. Hay que moldear la madera y usar tornillos de latón. Seguramente sabes todo esto porque vives en el río. Quizá puedas llevarme a dar un paseo en tu barca mañana.

Michael estaba recostado sobre un codo y la miraba. Gwen nunca había dirigido una embarcación con un hombre dentro, pero le pareció una buena idea llevarlo a Willow Island. Sin embargo, en lugar de ofrecerse, se inclinó y besó a Michael, y el beso que recibió a cambio fue tan leve que llegó a dudar de que hubiera ocurrido. Cuando Jake la besaba, no había duda ninguna.

—Habla conmigo —dijo él—. No suelo besar a la primera chica que pasa por aquí. ¿Quién era el hombre que estaba en tu casa el otro día? —Al ver que ella no respondía, dijo—: Dime por qué estabas fuera, en la lluvia. ¿Qué le da miedo a una chica como tú ahí fuera?

No sabía si Michael se estaba burlando de ella y no estaba segura de que le importara si era así. Le hubiera gustado contarle algo —quizá que había visto a una garza volando con una serpiente pequeña—, pero entonces él querría que hablara más. Michael tenía un brazo por encima de las mantas, muy pequeño comparado con los de Jake, Dan o su padre. Ese brazo no podría sujetarla ni obligarla a quedarse en contra de su voluntad. Ante un brazo así, una chica podría incluso levantarse y pelear, en lugar de huir. La luz se atenuó al otro lado del río, luego parpadeó y se apagó. Michael empezó a hablar varias veces, pero se detuvo. Gwen sintió pena por él, por su incapacidad para doblegar a una mujer. Se giró para mirarlo y lo atrajo hacia sí con una fuerza que la sorprendió a ella misma, como si fuera la de otra persona.

—No me da miedo nada —susurró ella.

Aunque era mentira, le gustó decirlo. Pasó una mano por la nuca de Michael y le besó con vehemencia. Le pasó los dedos por el pelo y luego le acarició los músculos y huesos de un hombro, con el deseo repentino de tocar la mayor extensión posible de la piel del hombre. Se inclinó sobre él y le palpó la curva de la espalda y las nalgas, y luego siguió bajando por una pierna hasta que lo sintió estremecerse y arrimarse a ella. Por una ventana entornada entró una corriente de aire fresco. King suspiró en el suelo. Gwen oyó, al final del pasillo, el ruido de la ropa y el edredón dando vueltas en la secadora, entrelazándose en un abrazo suave.

Se despertó, sola, bañada por la luz que entraba por la puerta corredera de cristal, dejando un resplandor suntuoso sobre su piel limpia. Su cabaña no estaba orientada al sur y normalmente dormía con la ropa puesta. Se incorporó y comprobó que el edredón, los vaqueros y la camiseta roja estaban plegados en el extremo de la cama. Había dinero doblado encima. El corazón se le aceleró, hasta que se dio cuenta de que eran los billetes y monedas que se había dejado en el bolsillo del pantalón. En la cocina encontró a Michael, que llevaba una corbata y una placa identificativa con su nombre.

—¿Quieres quedarte aquí mientras estoy en el trabajo? —dijo Michael, apoyado en la encimera del fregadero.

Gwen intentó recordar su cálido pecho desnudo, pero bajo aquella camisa blanca su cuerpo parecía rígido y pequeño, y no fue capaz de imaginarlo sin ropa.

—Me voy a casa —dijo ella de manera automática.

Michael le pasó una taza de café.

—¿Cuántos años tienes, Gwendolyn? Yo, treinta y uno.

—Dieciocho.

Apartó tres libros con encuadernación de tela y un número antiguo de la revista Mother Earth News y apoyó el café en unos periódicos. King se sentó en el suelo, a su lado.

—No mentirías, ¿no? —dijo—. Si tienes dieciséis, me pueden detener por violación de menores. Dios, no era mi intención que pasara lo de anoche. Ni siquiera te conozco.

La miró fijamente, de una manera que a ella le pareció incómoda. Que él la violara…, menuda broma. Gwen dio un sorbo al café y acarició la cabeza de King. La perra tenía unos ojos radiantes, tan cálidos como el fuego. A medida que el silencio se prolongaba, Gwen se acomodó en él. El silencio era un juego con el que se sentía cómoda, el único juego que sabía que podía ganar. Ni siquiera se planteó confesar que cambiaría todo el río por un café tan bueno cada mañana. Optó por imaginar que estaba en la barca con su padre o con Jake, apartando pensamientos de la cabeza para no tener la tentación de expresarlos.

—Lo siento —dijo Michael en última instancia, mientras se sentaba frente a ella, cediendo de forma tan repentina como la noche anterior —. Es que no sé nada de ti. Igual eres una heredera rica que se ha escapado o una chica que acaba de asesinar a toda su familia y de enterrarla en el jardín.

A través de la ventana, Gwen observó a un anciano renqueante ataviado con un gorro de pescador que caminaba río abajo.

—O igual te estoy soñando. —Ahora su voz sonaba más serena—. Porque, te lo digo en serio, si soñara con una chica, sería como tú. Tendría unos hombros preciosos como los tuyos. Sería lista e incluso olería como tú.

«¿A qué oleré?», se preguntó Gwen. Acababa de ducharse.

—Aunque la chica ideal hablaría más. Discutiría conmigo. Y, con un poco de suerte, sería una heredera de verdad con una isla en el río.

Gwen seguía analizando las palabras de Michael de manera literal. Ella no era una chica criada por lobos, ni una asesina, ni una heredera. Ni un sueño. Ella era Gwen, una mujer que trataba de averiguar los próximos pasos a seguir. Con una caja de cerillas y un poco de combustible podría ir tirando durante un tiempo. King presionó la mano de Gwen con la cabeza, hasta que ella reanudó las caricias.

—Pero igual ese tipo con el que vives vuelve y me utiliza de carnaza para los peces.

Gwen pensó que era la primera cosa sensata que decía Michael.

—No te preocupes por él.

—Entonces, ¿se ha ido para siempre?

Gwen se encogió de hombros y trató de no pensar en si Jake volvería. Podían declararlo inocente. Quizá el juez lo dejaba en libertad.

—¿Vas a vivir en esa cabaña todo el año? ¿Te calentarás con leña?

—Estoy pensando en ir al sur este invierno. A Florida, quizá.

—Las garzas van a Florida. Vas a volar al sur como las aves, ¿no?

Como si estuviera mirando a través de agua cristalina, Gwen se imaginó a Jake y a Dan bajando la corriente en la lancha y se le hizo un nudo en el estómago. Pensar en el cuerpo de Jake cerca del suyo le dificultaba la respiración. De repente, no pudo soportar la charla risueña de Michael.

—Tengo que irme.

—¿Vas a volver esta noche? —Michael tenía los ojos tan marrones y llenos de esperanza como King. Los ojos de Jake eran de un azul intenso—. Podemos ir a cenar o hacer algo. Puedo ir a buscarte en el todoterreno.

—No hay carretera.

—Y yo aún no tengo la barca, así que supongo que depende de ti, Gwendolyn.

Michael se cruzó de brazos y la observó mientras ella se levantaba, apuraba el café y caminaba hasta la puerta, de igual forma que había observado cómo se alejaba remando con su perra el día en que se conocieron.

Gwen se sentó con las piernas cruzadas en su muelle y vio a Michael alejarse en el coche. Sintió la atracción que sobre ella ejercían King, Michael y la casa, sólida pese a la ausencia de suelos, paredes y zócalos. Hasta la carretera por la que Michael estaba girando en ese preciso instante tiraba de ella: llevaba a Confluence, a Roseville, a Snow Pigeon y a todas las poblaciones de otros ríos. Tal vez podía ir a casa de Michael durante el día para estar con King o traer a la perra hasta su lado del río. O tal vez, pensó Gwen, lo único que tenía que hacer era alejarse de allí en autostop y buscar un nuevo lugar, donde la gente te dejara empezar de nuevo sin hacer muchas preguntas. Una garza bajó en picado desde el cielo y se posó en algún punto fuera de su ángulo de visión, río abajo. Dos hembras de ánade real vagaban sin dirección clara cerca de la orilla, una de ellas aún joven. Gwen se preguntó si sería la única superviviente de la docena de polluelos que la madre había alumbrado en junio. Quizá esa hembra era la única que había sobrevivido a los mapaches gordos que cazaban a la orilla del agua. Gwen se recostó en el muelle, con las manos detrás de la cabeza y las rodillas levantadas, y se quedó dormida.

A última hora de esa tarde, llegó un coche de color claro por el camino de acceso a la casa de Michael, y Gwen supo inmediatamente que la mujer que salió de él era la dueña de la ropa interior blanca. La mujer desapareció detrás de la casa y, poco después, apareció King brincando hacia el agua. ¿Acaso pretendía llevarse a la perra pescadora? En cuanto vislumbró esa posibilidad, Gwen recogió el sedal, quitó el motor fueraborda de la embarcación sin tomar precauciones para proteger la hélice y remó hacia la corriente, remó con tanta fuerza que desembarcó río arriba. King corrió hacia ella, pero se inclinó de manera juguetona y meneó la cabeza en lugar de subir a la barca.

—¡King! ¡Ven! —ladró Gwen—. ¡King! ¡Ven!

Cuando la perra se decidió a subir, la mujer salió del interior de la casa. Llevaba una camiseta de cuello alto sin mangas. Gwen podía

imaginársela con una copa de champán en la mano y mirándola con aire de superioridad, sin invitarla a una fiesta.

—¿Qué estás haciendo con Renegade? —gritó la mujer. Su pelo tenía el color y el brillo del caramelo fundido sobre manzanas. Sus brazos desnudos eran largos y pulcros.

—¡La perra no es tuya! —gritó Gwen—. ¡La abandonaste!

—Voy a llamar a la policía. Maldita tarada.

King empezó a gimotear y, mientras remaba hacia el centro del río, Gwen vio a Michael salir del todoterreno. La mujer se dirigió hacia él, gritando y señalando a Gwen, y Michael se cruzó de brazos. Gwen apartó la mirada, pero pronto oyó a Michael gritar: «¡Renegade!». Al oír su nombre, King saltó de la barca —casi la volcó— y volvió hacia la casa nadando. Gwen dejó de remar y dejó descansar la cabeza entre las manos. Al llegar a tierra, King siguió la barca de Gwen por la orilla hasta que Michael la llamó de nuevo. Entonces Michael gritó: «¡Gwendolyn!». Sabía que debía remar, si no hacia Michael, al menos hacia la cabaña, pero le faltó la voluntad para luchar contra la corriente. Dejó que el río arrastrara la barca, más allá de la casa de Michael y de las orillas conocidas.

Pasó por delante de pescadores negros solitarios, que portaban botellas retorcidas en bolsas de papel, y de las cabezas verdes de sauces llorones a su lado. Al verla acercarse, se arrojaron al agua tortugas pintadas y culebras corredoras que tomaban el sol en árboles caídos. Una garza pescaba en silencio en una pequeña ensenada, con un ojo protuberante y enmascarado que la observó al pasar, recelosa, pero sin llegar a alarmarse, mientras Gwen se desplazaba con la corriente. Le tentó la idea de remar hacia el ave, pero optó por dejarla

en paz. El río se ensanchó. Pasaron hombres en lanchas a su lado, zarandeando la barca de Gwen en su estela. Tenía las manos apoyadas en los mangos de los remos, pero solo los sumergía para enderezar el rumbo río abajo. A veces dejaba que la corriente agitase la barca como si fuera una ramita. Vio un árbol que primero le recordó a Jake y luego, a una distancia más corta, a su padre, con el mismo rostro enfurruñado y los grandes brazos en alto.

Tras varias horas flotando a la deriva, empezaron a aparecer casas con más frecuencia a ambos lados del río, señal de que se estaba acercando a Lanakee y al puerto, pero no se sintió preparada para ver a todos esos desconocidos y sus casas y patios. Le entraron ganas de ver a su hermana Paula, y tal vez a Michael, pero ambos habían quedado atrás. Finalmente, agarró los remos para detener la barca y la amarró en el muelle semiderruido de una casa abandonada de pescadores. Subió a las tablas y se tumbó con cuidado para absorber los últimos rayos de sol antes de continuar. Río abajo, después de que el río pasara bajo algunos puentes de tráfico y por delante de embarcaderos, estaba el puerto de Lanakee y, más allá, el lago Michigan, el lugar más frío y oscuro en el que había estado. Sabía lo que ocurría cuando el cauce se topaba con el lago: el río se vaciaba a la altura de un faro emplazado en la punta de una larga lengua de hormigón. El faro emitió un parpadeo rojo, luego blanco y después rojo. Gwen se encontró a la deriva, más allá del faro, y el agua oscura empezó a sacudirla desde todas las direcciones. Pero de pronto, desde las implacables profundidades, surgió la perra pescadora, que ahora nadaba hacia la barca con ojos tan vivaces como el fuego. Al oír un chapoteo debajo de ella, Gwen se despertó.

Como si fuera parte del sueño, una garza ceniza echó a volar delante de ella. Gwen contuvo la respiración cuando la garza desplegó las alas a cámara lenta y las plumas casi le rozaron la pierna; despegó desde debajo del muelle y voló sobre el río, en dirección contraria a la corriente. Cuando el ave estuvo lejos, Gwen sintió que se desgarraba por dentro. Deseó haber estado despierta para ver a la garza de cerca, para escrutar aquel ojo claro y salvaje, para contemplar las gotas de agua en su cresta y ser testigo de cómo las plumas del cuello se

encrespaban y después se alisaban. El movimiento de aquellas alas le recordó la noche en la cama de Michael: el edredón de plumas, la brisa nocturna que entraba por la ventana, la calidez de la piel del hombre. Se reclinó e imaginó de nuevo el movimiento de las alas y el soplo del aire al despegar, tan suave como los giros de sus prendas en la secadora, entrelazándose con suavidad. Ansió oír la respiración constante de la perra pescadora.

El sol declinaba sobre hogares donde la gente estaba cenando. Es muy probable que Paula estuviera preparando macarrones con queso para su padre. Paula había cumplido dieciséis años ese verano sin ella y quizá había aprendido por fin a cocinar pescado. Si Gwen llenaba los dos depósitos de gasolina y le quedaba dinero para repostar en Confluence, podría llegar hasta Snow Pigeon. Entraría a escondidas y le recordaría a Paula que no se sintiera mal, le recordaría que no había manera de complacer a su padre. Seguramente, Jake estaría sentado en una celda de la cárcel, o comiendo con un grupo de tipos que se estarían quejando de la comida. Tal vez Michael le había preparado una cena a aquella mujer, o tal vez estaba comiendo solo, o curvando madera. A Gwen le dolía el estómago del hambre. No había traído equipo de pesca y, una vez que llegara al lago Michigan, el agua estaría vacía y la marea la arrastraría hacia el interior. No quería acabar allí. No quería morir de hambre en un lugar frío y sin fondo. Tenía que remar río arriba como fuera.

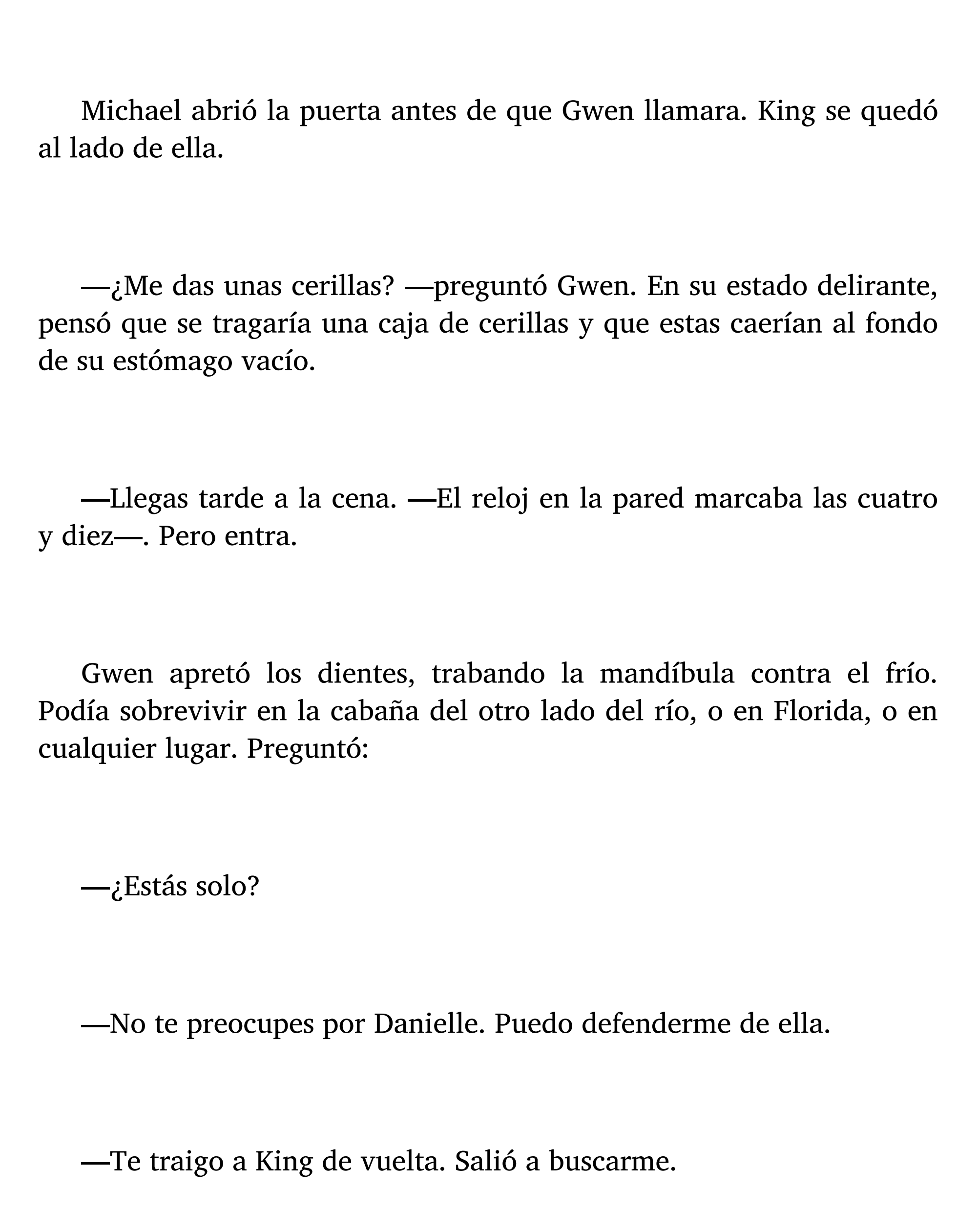
Para contrarrestar en lo posible la corriente, se acercó a la orilla todo lo que pudo sin rozar el fondo, sumergiendo el remo izquierdo a poca profundidad. Se giró hacia atrás, hacia el fuego naranja de la puesta de sol y, mientras el color se difuminaba, sus ojos se fueron adaptando a la oscuridad. Remó a un ritmo constante, de forma que solo distinguía las oscuras casas de campo y los árboles centenarios una vez rebasados. El chillido de un chotacabras le erizó el pelo de los brazos. Más arriba, un añapero revoloteaba con frenesí, asaeteando el aire en busca de insectos. Se deslizaban hacia el agua ratas almizcleras y otros depredadores nocturnos, que después asomaban junto a la barca. Cuando apareció un cuarto de luna, Gwen dirigió la barca a un recodo. Le ardían los músculos de los brazos y tenía las manos en

carne viva por los mangos de los remos. Sintió que la noche tiraba de la barca, que la tentaba hacia la corriente oscura y fácil. Si se rendía esta vez, acabaría junto a la luz intermitente de la entrada del lago Michigan, donde no había garzas, ni perros, ni nada para ella. Se durmió, apoyada en la barca, y se despertó rígida y fría, sin luna en el cielo. La idea de volver a castigarse los músculos le arrancó lágrimas, pero el descanso no la aliviaba, así que se puso en marcha de nuevo. El río se fue curvando y estrechando, y al rato pudo distinguir bombas de riego y casetas para embarcaciones en la orilla opuesta. Se concentró en una línea de tres estrellas brillantes hasta que desaparecieron detrás de los árboles. Se le formaban y reventaban ampollas en las manos, pero no soltó los remos por miedo a no poder volver a agarrarlos. Para entrar en calor, imaginó la cocina blanca y amarilla de Michael, repleta de libros y frascos de gelatina.

Necesitaba dejar de remar, descansar bajo sus mantas, aunque hubiera arena en la cama. Sin embargo, cuando por fin vislumbró la oscura guarida sobre pilotes, recordó que no tenía cerillas y que habría resquicios de frío atrapados entre las mantas mucho después de que intentara acurrucarse y dormir sin fuego. Y había dejado su cobertor más cálido, el edredón, doblado sobre la cama de Michael. Decidió dirigirse al otro lado del río, al muelle flotante de Michael. Al bajar, calculó mal la distancia a la orilla y se metió en el agua hasta los muslos. Los dedos no le respondieron de manera eficaz cuando quiso hacer un nudo, así que enrolló la cuerda tantas veces como pudo alrededor de un soporte transversal. Mientras daba vueltas a la cuerda, la proa de aluminio repiqueteaba contra los barriles de metal del muelle. El ruido debió de despertar a King, porque se encendió una luz en el dormitorio y la perra salió corriendo al patio para situarse en la plataforma y mirar a Gwen a la altura de los ojos. Gwen la acarició, cara a cara.

De golpe, cuando se encendió la luz de la cocina, Gwen notó que tenía las piernas entumecidas por el agua, como si se hubiera quedado dormida de pie. Se tambaleó hasta la orilla. Si la mujer de la ropa interior blanca se había marchado, Michael y ella podrían vaciar la cómoda con su ropa en el río. Le haría ilusión sacar todos los

gigantescos pantalones y camisas de franela de Jake y arrojarlos junto con aquellos sujetadores impecables. Michael y ella se quedarían mirando los giros y danzas de las prendas en su camino hacia el lago Michigan, hundiéndose, resurgiendo, enganchándose unas con otras antes de desaparecer para siempre.



Michael abrió la puerta antes de que Gwen llamara. King se quedó al lado de ella.

—¿Me das unas cerillas? —preguntó Gwen. En su estado delirante, pensó que se tragaría una caja de cerillas y que estas caerían al fondo de su estómago vacío.

—Llegas tarde a la cena. —El reloj en la pared marcaba las cuatro y diez—. Pero entra.

Gwen apretó los dientes, trabando la mandíbula contra el frío. Podía sobrevivir en la cabaña del otro lado del río, o en Florida, o en cualquier lugar. Preguntó:

—¿Estás solo?

—No te preocupes por Danielle. Puedo defenderme de ella.

—Te traigo a King de vuelta. Salió a buscarme.

—Entra, Renegade —dijo Michael, haciéndose a un lado, pero la

perra no se movió. Michael miró la cara de Gwen—. ¿Alguien te ha hecho algo? ¿El tipo de la lancha?

Gwen se encogió de hombros para combatir los escalofríos. Dentro había café, mantequilla y sábanas limpias. También le esperaban comida y agua caliente, pero ahora cayó en la cuenta de que debería haberle traído algo a Michael. Podía haber pasado por la cabaña para coger las tres cervezas que le había quitado a Dan. O sardinas. Por fin tenía suficiente hambre para comer sardinas enlatadas.

—Esa isla grande río arriba —dijo ella— se llama Willow Island. Puedo llevarte si quieres.

Michael se apoyó en el marco de la puerta. Cruzó y descruzó los brazos, sonrió y no dijo nada.

Gwen se sentía ebria, pero abrió los ojos.

—¿Cuál es tu ave favorita? —preguntó.

—¿Mi ave favorita? —respondió Michael—. A ver... ¿Qué tal la garza ceniza?

—Hay garzas en Willow Island. —Gwen se sentía mareada de estar de pie—. Una colonia de garzas que viven en las copas de los árboles. —Apoyó una mano en el marco de la puerta para guardar el equilibrio —. Cientos de garzas. Una se acercó tanto que me rozó con un ala.

—Supongo que no conoces la historia de Leda y el cisne.

Gwen se preguntó si se acostumbraría a Michael.

—Tienes los dedos blancos como la nieve. —Michael le cogió la mano libre y la levantó a la luz de la cocina—. Están muy fríos. Y tienes ampollas abiertas. Tenemos que limpiarte las manos con agua oxigenada y vendarlas. —Le tiró de la muñeca, pero se detuvo al ver que ella se resistía—. Se me olvidaba. Prefieres quedarte aquí en la puerta. Bueno, te he comprado una lata de gasolina. Las cerillas están ahí, en la estufa. Te traeré todo para que no tengas que entrar.

—¿Y si tu barca no cabe por la puerta? —Los dientes le castañetearon, interrumpiendo la frase.

—Entonces cortaré el marco de la puerta con una sierra —dijo él.

Michael le retiró la otra mano del marco de la puerta y las sujetó juntas. En la visión borrosa de Gwen, parecía que los brazos de Michael se fusionaban de extremo a extremo con los suyos, erizados y magullados, prolongándose hasta alcanzar una longitud imposible.

—Entra, Gwen. Renegade va a pasar frío ahí fuera esperándote. Te haré una tortilla. Esta vez tengo tomates.

Antes de franquear el umbral, Gwen miró atrás, al otro lado del río, hacia la cabaña envuelta en oscuridad. Al día siguiente se acercaría remando, cuando no le dolieran las manos, y la cerraría bien para que no entraran mapaches. Aparte de eso, ya vería qué hacía.

King la siguió al interior.

3 En inglés, el término para este pájaro es kingfisher, literalmente «rey pescador». (N. del T.)

El césped perfecto

Desde su escondite en el patio trasero, Kevin alcanzaba a ver el dormitorio de Madeline y un salón con puertas correderas de cristal en el sótano. Al otro lado de las cortinas con volantes, estaba tumbada la bella Madeline con un libro de texto de ciencias apoyado en las rodillas. Como de costumbre, la señora Martin pasaba la tarde en el sofá con una novela de bolsillo pegada a la cara y la televisión encendida. Fumaba sin parar, acercando un cigarrillo a la boca y apartándolo con la misma regularidad que los latidos del corazón. En varias ocasiones, durante el curso escolar, Kevin había visto a Madeline irrumpir en el salón y plantarse ante su madre, con los brazos en jarra, como si exigiera una explicación o impartiera disciplina, como si Madeline fuera la madre y la señora Martin la hija.

Madeline se levantó y se quitó la sudadera de los Red Devils, dejando al descubierto un abultado sujetador blanco. Kevin inhaló y contuvo la respiración, pero Madeline no se desnudó más. La chica salió al pasillo y la luz del baño se encendió; Kevin no pudo distinguir ninguna forma a través del cristal esmerilado. Soltó el aire contenido, avanzó por el césped para acercarse a la casa, cerca del barril de la hoguera, y se quedó tumbado bocabajo, sobre las hojas secas.

El patio trasero de las Martin no estaba descuidado sin más: era un auténtico desastre. Debajo de las hojas recién caídas había acumulaciones de musgo, parches desnudos y hojas y ramas del año pasado en descomposición. Kevin trabajaba con su padre en labores de mantenimiento de césped cuando no estaba en el instituto y sabía que, con un cuidado regular, aquel jardín podía ser tan bonito como cualquier otro del municipio. La propiedad lindaba con el bosque del vecino en toda su extensión hasta el río, lo que ofrecía muchas opciones de paisajismo para esa franja abandonada en la que él se ocultaba en aquel instante. Kevin tenía pensado sugerir que arrancaran los arbustos espinosos y plantaran otros de tamaño mediano, algo que floreciera en primavera —quizá una forsitia— y un par de boneteros para obtener color en otoño. Las otras animadoras vivían cerca del instituto, en casas de columnas blancas con parterres

cuidados, o en casas de estilo rancho con la mitad inferior de la fachada en ladrillo, en el lago Tiger, con patios en pendiente que descendían hasta las casetas para las lanchas y los muelles. Pese a que Madeline tenía todo el derecho a vivir en el lago Tiger y a disfrutar del mejor césped posible, su madre y ella vivían en esa casita de madera junto al río, no muy lejos de Kevin.

La noche era extraordinariamente cálida para el mes de noviembre, de modo que cuando la señora Martin se levantó del sofá y salió con una bolsa de basura, no se molestó en cerrar la puerta corredera tras de sí. Iba flotando por el césped, entrecerrando los ojos por el humo del cigarrillo que tenía en la boca, y a su paso dejó caer cenizas y trozos de papel. Kevin aplastó el cuerpo contra el suelo y se maldijo por el nuevo escondite que había elegido. La señora Martin vació los papeles en el barril de la hoguera y luego introdujo un encendedor desechable hasta que algo prendió. El fuego iluminó de forma gradual la cara, el cuello y el pecho de la mujer. La bata le quedaba holgada y Kevin se preguntó si se le abriría sin querer. Le salía humo por la nariz y la boca.

El padre de Kevin también fumaba, pero consumía los cigarrillos hasta la colilla y luego los aplastaba en grandes ceniceros de cristal, doblando y retorciendo los filtros. Exhalaba el humo en largos chorros rectos, mientras que la señora Martin dejaba que el humo escapara tal cual. De cerca, Kevin comprobó que la señora Martin se parecía a Madeline, o al menos tenía la misma melena rojiza. Quizá, cuando Kevin y Madeline llevaran juntos un tiempo, la madre de Madeline y el padre de Kevin empezarían a salir. Kevin experimentó un instante de sosiego al imaginarse a los cuatro jugando a las cartas o comiendo pavo de Acción de Gracias, pero la señora Martin se quedó mirando el barril como si conjurara una imagen o estuviera leyendo un mensaje enviado desde el lado oscuro por mediación de las llamas. A través de los agujeros de ventilación perforados en el bidón, Kevin observó que el fuego ganaba en intensidad. Era evidente que la mujer no llevaba nada bajo la delgada bata, ni siquiera sujetador. Estaba demasiado cerca del fuego y a Kevin le preocupó que el cuello de la bata o el pelo que le caía por la cara se prendieran. Casi podía ver cómo se

chamuscaban y encogían algunos mechones junto al rostro de la mujer.

La señora Martin dio un paso atrás y se cruzó de brazos, sosteniendo el cigarrillo justo delante de la cara para poder dar una calada sin esfuerzo. Kevin no podía ver qué era lo que ardía, pero por los olores imaginó suplementos de periódicos, una caja de cereales con una bolsa de papel encerado y una caja de conchas de pasta con la ventanilla de plástico. Kevin no sabía qué comía Madeline aparte de las porciones de pizza que se llevaba del comedor del instituto. Tal vez fuera la imagen de Madeline comiendo con las manos, o tal vez Kevin había estado empujando de forma distraída contra el suelo; sea cual fuere la razón, Kevin sintió una erección contra la hierba y las hojas. Miró hacia la ventana de Madeline, pero la señora Martin le tapaba la visión.

Contempló la posibilidad de echar a correr o de meterse la mano ahí abajo para recolocarse las partes pudendas, pese al riesgo de que la señora Martin se percatara de su presencia. No se atrevió a hacer ninguna de las dos cosas y todo el cuerpo se le puso rígido por la indecisión. Entonces se oyó un pequeño crujido y salió del barril un fragmento de un objeto en llamas, a través de uno de los orificios de ventilación, que aterrizó a medio metro de distancia. Al cabo de unos minutos, Kevin percibió el olor de la combustión de las hojas. La señora Martin seguía mirando al interior del barril, sin advertir el otro fuego. Uno de los pezones se marcaba en el tejido de la bata.

Más hojas y algunos de los palos húmedos comenzaron a echar humo. El rostro de la señora Martin, iluminado por una oscilante luz naranja, se volvió demoníaco. Sus ojos claros despedían un brillo húmedo y las largas sombras de las pestañas se proyectaban en su frente. Era una especie de bruja irreflexiva, indiferente a los hechizos que lanzaba. Sus dedos serpenteantes se enredaban entre sí y alrededor del cigarrillo, como una impía maraña de miembros. Kevin intentó recordar los dedos de Madeline. Sin duda eran más respetables

que estos. El círculo humeante creció hasta alcanzar el tamaño de un huevo frito.

Sabía que cuanto más lo demorara, peor sería el momento de revelar su condición de mirón. La mancha anaranjada y humeante creció hasta alcanzar el tamaño de un pequeño tapacubos, pero Kevin prefería morir calcinado en silencio a que la señora Martin le dijera a su padre que lo había encontrado merodeando entre los arbustos. Apretó la entrepierna contra el césped de manera rítmica.

Cuando la señora Martin terminó el cigarrillo, encendió otro y dejó caer la colilla en el barril. Tras darse la vuelta, se encaminó hacia la casa y arrastró la bata por la hierba crecida, atrapando un palo y un par de hojas en el dobladillo. En cuanto cerró la puerta tras de sí, Kevin se puso en pie y pisoteó los restos humeantes, removiendo el montón para asegurarse de que no quedaban llamas. Luego se desplomó en el suelo y se dijo a sí mismo que si el fuego se hubiera propagado, podría haber incendiado el bosque de al lado. Si Kevin no hubiera estado allí vigilando, aquel árbol grande junto a la casa podía haberse precipitado en llamas y haber atravesado el techo de Madeline, aplastándola en la cama. Kevin imaginó a la hermosa Madeline, acurrucada y a salvo en la oscuridad, bajo las mantas, vestida con sujetador y unas bragas rojas de animadora.

Una tarde de enero, Madeline se acercó a Kevin en el instituto y se paró delante de él, con los brazos cruzados sobre aquellos pechos exuberantes, grandes y tersos como un par de montículos levantados para las plantaciones decorativas anuales. Como había partido de fútbol americano esa noche, llevaba el uniforme de animadora.

—Estoy harta de que me sigas —dijo.

—¿Eh? —Madeline estaba tan cerca que Kevin percibió el olor a limpio de su perfume.

—Salí a propósito al aparcamiento y luego volví al gimnasio para asegurarme, y está claro que me seguiste.

Madeline volvió la cara hacia arriba y sacudió el cabello contra el telón de fondo de los bloques de hormigón pintados de color crema del pasillo. Se pasó la mano por el pelo, de delante hacia atrás, apartando los mechones de la cara, como si portar semejante melena fuera una carga noble. Kevin no se cansaba de ese espectáculo y no podía evitar que una cabellera frondosa y larga como la de Madeline le sugiriera el deseo de tener esa cabeza en su regazo. Sin embargo, la vigilancia que Kevin ejercía sobre Madeline Martin no tenía nada que ver con un plan para iniciarla en los actos íntimos que había conocido en las revistas a las que estaba suscrito su padre. El incidente del fuego junto al barril había concienciado a Kevin de que el peligro estaba siempre presente y de que debía seguir protegiendo a Madeline. Se propuso confesárselo en ese momento, pero no supo por dónde empezar. Se limitó a mirarle el pecho.

—Y deja de mirarme las tetas —dijo Madeline—. Eres un cerdo.

—Perdón. —Bajó la mirada hasta la falda plisada de la chica, roja y amarilla, de escasa longitud. Esa noche, durante los movimientos coreografiados, se le verían las bragas.

Muchos de sus compañeros sentían predilección por la figura menuda de Breanna Harding, jefa de las animadoras y reina del baile de bienvenida, pero Kevin había realizado un análisis comparativo y la cara hipermaquillada y el pelo rubio de Breanna le parecían tan insulsos como los de un maniquí de plástico al lado del lustre natural

de Madeline. Es posible que la pequeña Breanna posase con soltura en la cima de la pirámide humana, pero solo porque, en la base y en el mismo centro de la estructura, con pies firmes sobre la pista de atletismo o el suelo del gimnasio, había una figura con la solidez de Madeline.

—Como te pille siguiéndome otra vez, se lo voy a decir al subdirector. —Tenía las manos en las caderas y lo miraba a la cara. Madeline era una chica directa, sin duda, pero tenía unos ojos de un verde tan apacible como el césped perfecto.

—No te seguiré más —murmuró Kevin, desviando aún más la mirada hacia las piernas musculosas y los pies bien torneados de Madeline.

—Pues eso.

Dio media vuelta y se alejó, y los músculos de las pantorrillas se tensaron a cada paso, los muslos se rozaron entre sí, las caderas se balancearon, agitando los pliegues de la falda, de modo que se fueron alternando los colores: rojo, amarillo, rojo..., como uno de esos molinetes de plástico para jardines.

Kevin era un hombre de palabra y, en el fondo, le vendría bien no seguir a Madeline, ya que así dejaría de llegar tarde a clase. Además, podría graduarse a tiempo en mayo si seguía entregando los deberes —aunque hechos a medias— y no acumulaba más retrasos. Su punto fuerte siempre había sido la asistencia, más que el rendimiento en sí.

En todo caso, no había hecho ninguna promesa respecto a no

vigilar la casa de Madeline, y, para protegerse de las inclemencias del tiempo, en las frías tardes de invierno, cuando su padre estaba en el bar o durmiendo, Kevin vestía el mono Carhartt de su progenitor, con la capucha desmontable. También utilizaba un trozo de plástico de jardinería para no mojarse. Una vez metió una de las tarjetas de visita de su padre por la puerta principal de la casa, pero la señora Martin nunca los llamó. Una mañana, al seguirla en la camioneta de su padre, Kevin descubrió que la mujer trabajaba en la fábrica de moldeado de plástico, lo que significaba que seguramente no se podía permitir un servicio de jardinería. La siguiente vez que se derritió la nieve, Kevin acarreó un saco de cal de veinte kilos por el bosque y, a la luz mortecina de un cuarto de luna, esparció la arenilla sobre el césped medio congelado de la señora Martin. La lenta disolución de la cal contribuiría a equilibrar la acidez para mediados de verano.

El segundo fuego comenzó en el salón. A pesar del frío, Kevin se había quedado dormido cerca de los arbustos espinosos y, al despertarse, las luces de los dos dormitorios estaban apagadas y la única iluminación en el piso de abajo era la luz tenue del reloj sobre la televisión. Notó algo extraño en el interior, un parpadeo intermitente. Se acercó a la puerta corredera de cristal, a través de la cual vio finos chorros de humo. Una lengua de fuego brotó del sofá y desapareció al instante. Otra se elevó desde el lado contrario del mismo cojín.

Kevin abrió de un tirón la puerta de cristal, subió los escalones enmoquetados de dos en dos y entró en el primer dormitorio, donde sabía que encontraría a Madeline. Corrió hacia la cama y pasó los brazos por debajo del cuerpo de la chica, con la intención de levantarla y llevarla a un lugar seguro. A Kevin nunca se le había ocurrido que la bella Madeline sería pesada, más que él, y que gritaría y soltaría bofetadas y puñetazos.

—¡Eh! ¡Para! ¡Tú! ¡Para!

Continuó golpeando a Kevin mientras él intentaba sacar los brazos de debajo de ella. Cuando Kevin logró zafarse, Madeline cayó al suelo junto a él. La chica agarró el despertador y le golpeó en la cabeza, aturdiéndolo por un momento.

Kevin levantó las manos para protegerse de un segundo golpe.

—Hay un incendio, Madeline. Creía que corrías riesgo de inhalar el humo.

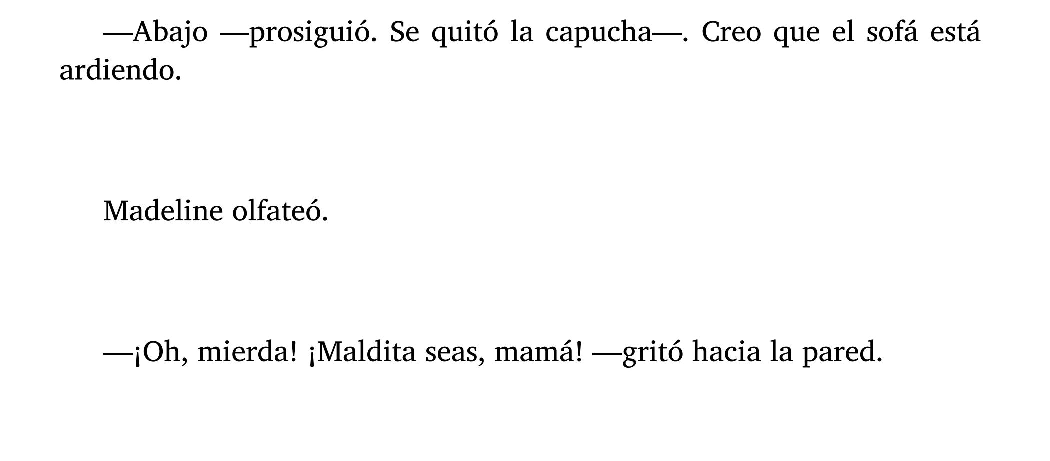
No obstante, Kevin tenía que admitir que solo había una pizca de humo en el aire.

—¿Quién eres? —preguntó Madeline—. Conozco esa voz. —Tanteó y encendió la lámpara con volantes de la mesilla de noche—. Oh, madre mía, pero si eres tú, Kevin, ¡serás asqueroso! ¡Fuera! ¡Fuera de mi habitación, ya!

Se levantó y se sacudió el polvo de la camiseta y unos calzones tipo bóxer rosas y blancos, mientras Kevin retrocedía hacia el pasillo, deslumbrado por la luz. Kevin no volvería a ver ese tipo de calzones de la misma manera.

—Pero hay un incendio —dijo desde la puerta.

Había conseguido que ella le prestara atención.



—Abajo —prosiguió. Se quitó la capucha—. Creo que el sofá está ardiendo.

Madeline olfateó.

—¡Oh, mierda! ¡Maldita seas, mamá! —gritó hacia la pared.

Pasó por delante de Kevin y este la siguió por las escaleras, hasta el salón. Las llamas salían intermitentemente de los cojines y el aire apestaba a gomaespuma quemada.

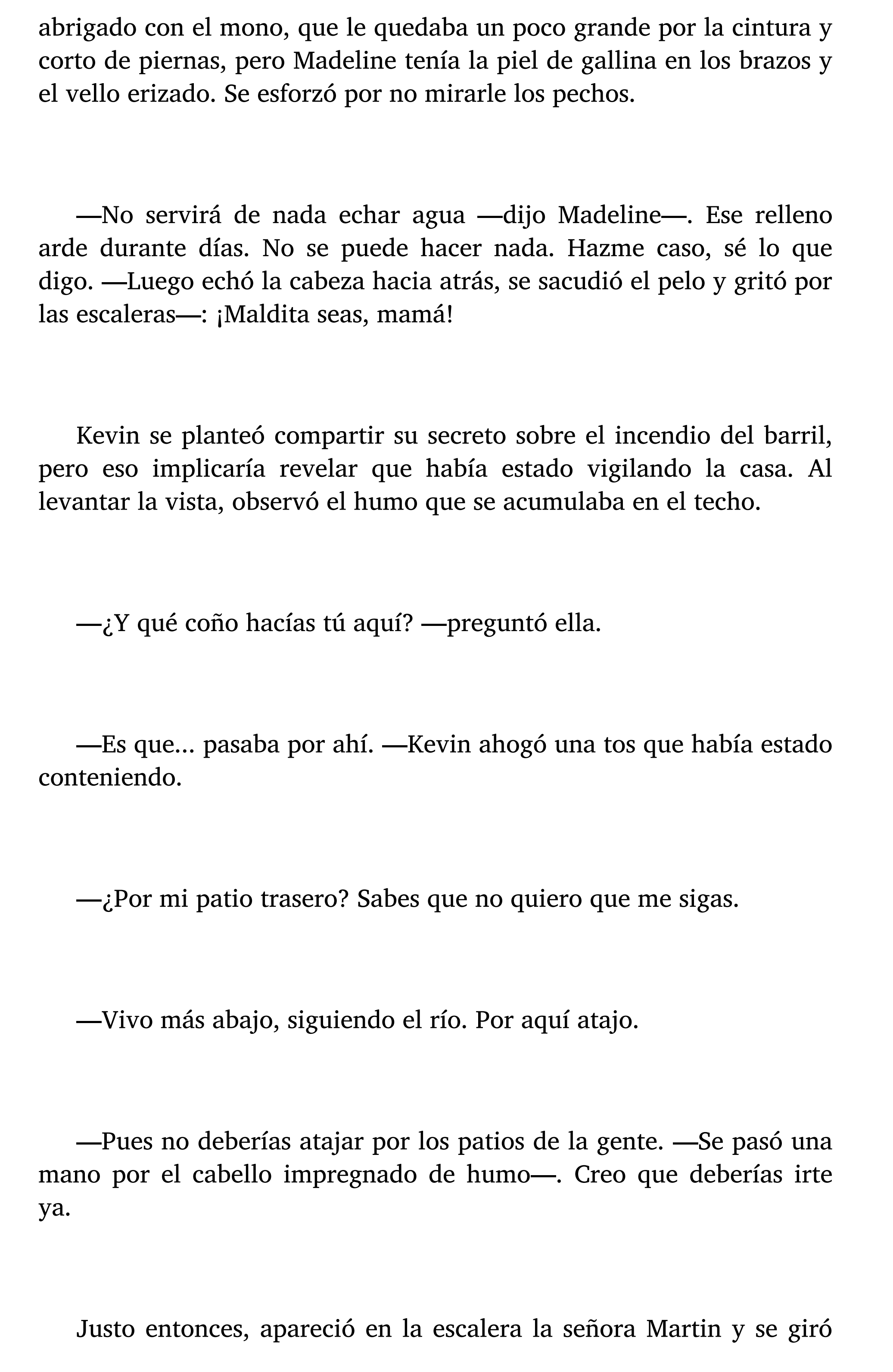
—Tenemos que sacarlo —dijo ella.

Madeline levantó un extremo del sofá sin apenas esfuerzo; Kevin alzó el otro extremo y fingió que a él también le resultaba fácil. Había quemaduras de cigarrillo por todo el brazo del sofá. A Kevin le lloraron los ojos por el humo que había empezado a salir de los cojines.

Una vez en el exterior, Madeline arrojó los cojines a la nieve. Kevin distinguió, a través de las zonas donde el hielo clareaba, que crecían malas hierbas en las grietas del cemento.

—¿No deberíamos echarle agua?

Le pareció raro dejar que el sofá se chamuscara lentamente en la oscuridad, pero acompañó a Madeline de vuelta al interior. Kevin iba



abrigado con el mono, que le quedaba un poco grande por la cintura y corto de piernas, pero Madeline tenía la piel de gallina en los brazos y el vello erizado. Se esforzó por no mirarle los pechos.

—No servirá de nada echar agua —dijo Madeline—. Ese relleno arde durante días. No se puede hacer nada. Hazme caso, sé lo que digo. —Luego echó la cabeza hacia atrás, se sacudió el pelo y gritó por las escaleras—: ¡Maldita seas, mamá!

Kevin se planteó compartir su secreto sobre el incendio del barril, pero eso implicaría revelar que había estado vigilando la casa. Al levantar la vista, observó el humo que se acumulaba en el techo.

—¿Y qué coño hacías tú aquí? —preguntó ella.

—Es que... pasaba por ahí. —Kevin ahogó una tos que había estado conteniendo.

—¿Por mi patio trasero? Sabes que no quiero que me sigas.

—Vivo más abajo, siguiendo el río. Por aquí atajo.

—Pues no deberías atajar por los patios de la gente. —Se pasó una mano por el cabello impregnado de humo—. Creo que deberías irte ya.

Justo entonces, apareció en la escalera la señora Martin y se giró

para mirar a Kevin con un solo ojo abierto. Se había puesto la bata de tal manera que se le veía la mitad del pecho izquierdo. A Kevin le llamó la atención el aspecto blando de su busto, en comparación con la turgencia de los pechos de Madeline.

—¿Qué pasa, Madeline? —preguntó con amabilidad, sin reparar en el humo.

—Que casi vuelves a quemar la casa, mamá. Nada más.

—¿Y nuestro sofá? —La señora Martin se metió la mano en el bolsillo izquierdo y extrajo un cigarrillo de un paquete con gran delicadeza.

—Mamá, no me estás escuchando. El sofá estaba ardiendo por uno de tus cigarrillos de mierda.

El otro ojo de la señora Martin se abrió por fin, inyectado en sangre. Tenía el pelo aplastado a un lado de la cabeza. Se apoyó en la barandilla de la escalera.

—¿Cuánto bebiste anoche, mamá?

—¿Es uno de tus novios, corazón?

—Pero ¿qué dices? —Madeline puso un gesto de indignación—. Míralo bien, mamá. No es uno de mis novios. Es Kevin Oligofrénico.

—¿Cómo dices que se llama? —El ojo de la señora Martin amenazaba con cerrarse de nuevo.

—Kevin, señora —dijo él.

—Ah, hola, Kevin.

—Encantado, señora. —Kevin estrechó la mano de la mujer del mismo modo que su padre saludaba a los clientes. Ella soltó momentáneamente la barandilla, pero se volvió a agarrar enseguida.

—¿Habéis salido esta noche?

—Mamá, métetelo en la cabeza. No salgo con Kevin.

Madeline se cruzó de brazos y miró al techo, con un gesto atractivo, pensó Kevin, como el de ciertas flores que se vuelven hacia el sol.

La señora Martin encendió el cigarrillo y dejó caer la cerilla a la alfombra.

—¡Ves, mamá, lo estás haciendo otra vez! —Madeline dio un pisotón como si estuviera a punto de perder los nervios—. ¿Qué acabas de hacer con esa cerilla?

—No te preocupes, corazón. Mañana paso la aspiradora. —Luego se dirigió a Kevin, con la lengua de trapo—: Le da vergüenza que veas la casa tan desordenada.

—No, mamá. No me da vergüenza que Kevin el Friqui vea nuestra casa desordenada. Solo quiero que no la quemes. Nada más.

—¿Quieres una cerveza, Kevin? —preguntó la señora Martin. Kevin no estaba seguro de haberla oído bien.

—No tiene edad de beber. Está en el instituto, mamá.

—Qué conservadores sois los jóvenes ahora.

Soltó una risa más ligera que el aire. Kevin no se explicaba por qué había concluido que era una bruja malvada cuando estaba junto al barril de la hoguera. Mientras Madeline y su madre discutían, Kevin vio cómo la ceniza del cigarrillo de la mujer crecía y desafiaba a la gravedad. La señora Martin parecía tan liviana que era probable que, si volvía a soltar la barandilla, se elevara flotando. Sintió un deseo irrefrenable de cuidar de la señora Martin, de traerle ceniceros, de comprobar a cada hora si el sofá ardía o no. Se quedó mirando el pecho pecoso de la señora Martin.

—Mamá, tápate —dijo Madeline con voz cansada—. Kevin, deja de mirarle los pechos.

Madeline ajustó la parte delantera de la bata de su madre y se la ciñó con firmeza sobre el estómago, con lo que la señora Martin perdió por un momento el equilibrio. Kevin sintió una tremenda lástima por la mujer; tiene que ser difícil, pensó, tener una hija tan formidable como Madeline.

En mayo, Kevin y Madeline se graduaron juntos, pero la bella Madeline fue acompañada por un jugador de fútbol americano, mientras que Kevin fue con su prima Crystal, que estuvo durante toda la ceremonia sorbiéndose la nariz por la alergia. Después de aquel día, al menos una tarde a la semana, Kevin llevaba el cortacésped de su padre por el arcén hasta la casa de las Martin. Abonó el césped, se pasó horas rastrillando y sembrando y luego lo cortó en líneas rectas. El hecho de tener el río allí mismo y los grandes árboles al lado mantenía la hierba exuberante sin necesidad de regarla. La señora Martin intentó pagarle, pero él solo aceptó la cena y una cerveza. A Kevin no le gustaba la cerveza, pero pensó que se acostumbraría al sabor.

—Hola, rarito —dijo Madeline, sin ni siquiera mirarlo, y luego se echó el pelo hacia atrás—. Hoy no tengo ganas de cenar, mamá.

La señora Martin siempre le preguntaba a Kevin qué quería para cenar, y él respondía: «Ah…, lo que sea». Entonces preparaba, también para ella, sándwiches de queso a la plancha, hamburguesas o macarrones con queso precocinados. Se sentaba frente a él, como si fuera su madre. A él le hubiera gustado que le ofreciera leche, pero nunca lo hacía. Ella leía libros incluso mientras comía, Kevin no conocía a nadie que leyera tanto. Su padre solo leía los periódicos y el reverso de los envases de los fertilizantes para saber cuánta agua había que añadir.

—Debería conocer a mi padre —dijo un día Kevin, tras dar el último bocado a un sándwich de queso.

—¿Es buena persona como tú?

—Sí, sí, es muy buena persona. Tiene su propio negocio y no está casado.

La señora Martin levantó la vista del libro y siguió mirando a Kevin mientras sacaba un cigarrillo de la cajetilla y lo encendía. El interior de su boca parecía oscuro en comparación con el cigarrillo y los dientes. Su piel también parecía pálida a la luz de la cocina. Kevin se sonrojó, aunque no sabía por qué. Intentó entablar conversación.

—¿Le gusta trabajar en esa fábrica de plásticos?

—Es como morir y bajar al infierno cinco días a la semana —dijo ella, mientras le salía humo por los orificios nasales.

A Kevin se le subió la cerveza a la nariz y tosió hasta aclararse la garganta. La señora Martin retomó la lectura y Kevin miró por la ventana de la cocina para ver a Madeline, que estaba terminando una bolsa de patatas fritas y tomaba el sol junto al camino de entrada. Llevaba unas gafas reflectantes y un bikini tan pequeño y subido sobre las caderas que si pasaba alguien en coche podría ver casi todos los detalles de las partes íntimas de su cuerpo. Kevin se excusó y salió al patio delantero.

—¿Por qué no te tumbas en el patio trasero, junto al río? —preguntó.

—El río apesta. Nunca me pongo allí.

Tenía razón: el río apestaba, aunque te acababas acostumbrando.

—Mi padre y yo solíamos pescar en el río. —Kevin se metió las manos en los bolsillos—. Antes de que abriera su propio negocio de jardinería.

—Mi padre es arquitecto en una empresa —dijo Madeline. Kevin no podía verle los ojos detrás de las gafas—. Ahora mismo está diseñando un centro comercial en Grand Rapids. —Por la forma en que lo dijo, Grand Rapids sonaba como un paraíso—. Vive en las afueras de Detroit con su mujer.

—¿Te gusta cómo ha quedado el césped? —preguntó Kevin.

—Me voy a ir, así que me da igual. Voy a dejar este infierno para ir a la universidad de Ann Arbor. Mi padre va a pagar lo que falte aparte de la beca.

Aquella revelación fulminó a Kevin como un mamporro en la cabeza con un despertador. ¿Cómo no había caído en ello? Era obvio que Madeline iba a ir a la universidad y que tenía demasiado talento como para desperdiciarlo con los demás en el centro de estudios superiores del condado.

—Allí no conocerás a nadie —dijo Kevin.

—Exactamente. Y nadie sabrá que vengo de un sitio así.

La señora Martin invitó a Kevin a la pequeña fiesta de despedida de Madeline en la tercera semana de agosto. Madeline era un espectáculo de hermosura con su minifalda a cuadros rojos y blancos y una camiseta de tirantes a juego. A Kevin no se le había ocurrido que un arquitecto pudiera tener un aspecto tan diferente al de un paisajista, pero el señor Martin resultó ser un hombre alto, de pelo negro, bien afeitado y con la línea del cabello claramente delimitada: parecía de una especie totalmente distinta a su padre, Kevin no podía entender que el señor Martin hubiera estado casado con la señora Martin. De hecho, el señor Martin no paraba de alisar la servilleta y de mirar a la señora Martin como si la mujer fuera una excrecencia que alguien tuviera que recoger y arrojar a un montón de estiércol. La señora Martin había empezado sobria, pero, al llegar el señor Martin, se dirigió a la cocina y se sirvió un vaso alto con la mitad de vodka y el resto de zumo de naranja. A partir de ese momento, comenzó a tener problemas de equilibrio y se le congeló la boca en una sonrisa grotesca, como si los labios estuvieran hechos de plastilina y se los hubieran pegado en la cara. Madeline no trató a su madre con su habitual impaciencia; ese día la ignoró por completo y permaneció todo el tiempo al lado de su padre.

La señora Martin iba a estar tan sola sin Madeline que a Kevin le dieron ganas de llorar por ella. Tenía que organizar pronto una reunión entre la señora Martin y su padre. Tal vez podrían acelerar el trámite del noviazgo y casarse de inmediato. Posiblemente Madeline tardaría años en aceptar a Kevin, pero la señora Martin parecía mucho más receptiva.

Después de que todos se despidieran de Madeline y del señor Martin, que la iba a llevar a Ann Arbor, Kevin corrió a casa para ver a su padre. Cruzó el bosque y tres patios traseros, por delante de un pastor alemán que lo persiguió, ladrando, desde el otro lado de una valla de seis metros de largo. Cuando llegó a casa, la camioneta no

estaba, así que Kevin corrió los ochocientos metros que lo separaban del bar, donde encontró a su padre en una mesa con el agente Harding y un tipo con uniforme de correos.

—Hola, hijo —dijo su padre.

Kevin estaba demasiado fatigado para hablar de inmediato.

—¿Así que este es tu hijo, Sam? —preguntó el cartero.

—Sí, se llama Kevin. Va a trabajar conmigo a tiempo completo este verano.

El padre de Kevin le dio una palmada en la espalda. Después de haber estado al aire libre, bajo el sol, Kevin estaba cegado en aquel bar oscuro y tuvo que tantear con el cuerpo para sentarse en una silla. Los tres hombres bebían cerveza de barril y expulsaban chorros de humo, dejando caer la ceniza de los cigarrillos en un cenicero de cristal en el medio.

—Shirl, ponle a mi chico una Coca-Cola.

—¿Light o normal? —gritó ella, desde el otro lado de la sala.

—Joder, Shirl, ¿crees que está a dieta?

—La última vez que vino, pidió light.

Los hombres sentados a la mesa miraron a Kevin, algo alarmados.

Kevin por fin había recuperado el aliento.

—Normal, por favor. —La última vez había pedido light porque era lo que bebía Madeline—. Papá, he venido porque quiero que conozcas a esa señora de la que te hablé.

—El chaval quiere liarme —explicó su padre, depositando de nuevo la ceniza del cigarrillo— con una tal señora Martin, la madre de su novia.

—Mi hija estaba de animadora con una chica que se apellida Martin —dijo el agente Harding—. ¿Es la misma?

—Sí, señor —dijo Kevin—. Va a ir a la Universidad de Michigan.

—Una chica lista —dijo el agente Harding—. Aunque la madre está un poco pasada de rosca.

—No, señor —dijo Kevin.

—Una vez la recogí junto a la biblioteca —dijo Harding—. Iba en

bata por la calle, borracha. Llevaba la bata abierta. Así que la llevé a casa. —Se echó hacia atrás y enarcó las cejas—. Una cosa sí os puedo decir: la tía es pelirroja natural.

Los tres hombres se rieron y Kevin tardó un instante en entenderlo. Su padre aplastó el cigarrillo, triturando y extinguiendo la ceniza ardiente. ¿Cómo podía un agente de la ley hablar así de las partes íntimas de la señora Martin? ¿No veían que era una madre en apuros? Kevin sintió una necesidad urgente de comprobar cómo se encontraba la señora Martin, de ver si estaba bien, de asegurarse de que no se quemaba nada. Se acabó la Coca-Cola y se excusó. Hizo la mitad del camino andando y luego empezó a trotar. Al sentir un calambre, volvió a caminar.

Entró por la puerta trasera y, como tenía por costumbre, olfateó por si había humo. Recogió unos vasos de papel sucios de la mesa de pícnic y los tiró en la cocina. Había una botella de vodka medio vacía sobre la cómoda. Puso el tapón en la botella y subió las escaleras hasta el dormitorio de Madeline. La cama estaba cubierta por cojines de encaje y una colcha con volantes. Del espejo colgaba una bufanda, de la que por lo visto Madeline podría prescindir en la universidad. El tocador estaba cuidadosamente ordenado, con un joyero y una foto de la chica vestida de animadora. Persistía la fragancia limpia de su perfume, pero ahora la habitación no era más que un altar. Kevin era plenamente consciente de que Madeline no iba a volver para vivir entre esas paredes agrietadas ni tampoco para verlo a él. Se sentó en la cama y se tapó los ojos con las manos porque no pudo evitarlo: había empezado a llorar.

Alguien le pasó un brazo por la espalda. Era la señora Martin, sentada a su lado en la cama. Tenía los ojos enrojecidos y llorosos; el pelo lacio le caía alrededor de la cara. Ella era la única capaz de entenderlo, la única que quería a Madeline tanto como él. Lo rodeó con el otro brazo y lo atrajo hacia su cuerpo, como si ella fuera un regazo amplio sobre el que Kevin podía descansar. Para evitar el

chorro de humo del tabaco, Kevin dejó caer la cara sobre el cuello de la mujer. Ella soltó el cigarrillo, aún encendido, sobre la mesita de noche de Madeline, tras lo cual el pitillo fue rodando hasta chocar con una foto de Madeline y su padre en un marco de plástico. A continuación, los largos dedos de la señora Martin empezaron a serpentear por el cuerpo de Kevin; se introdujeron en el interior de su camisa, lo desnudaron, lo despojaron. El deseo por la señora Martin lo sacudió de manera inesperada, como una descarga eléctrica. La mujer le bajó la cremallera de los vaqueros y él se los quitó de una patada.

La suavidad de los pechos y la piel de la señora Martin le hizo querer jurarle lealtad, decir que la protegería del fuego y de las malas hierbas y de lo que fuera, pero se sintió incapaz de pronunciar palabras o incluso de mirar esos ojos, que no eran verdes como los de Madeline, sino anaranjados. Mientras la señora Martin se abría la bata y colocaba su peso desnudo encima de él, Kevin se esforzó una vez más por oler el perfume de Madeline en medio del humo del cigarrillo y el plástico chamuscado del marco de la foto. Sintió que el pelo largo de la mujer le caía por la cara y se le metía en la boca. Las piernas de la señora Martin lo envolvieron, con un cuerpo que amenazaba con devorar no solo su miembro, sino todo su ser. Llamas invisibles se enroscaron a su alrededor como una calima de finales del verano que marchitara las flores, achicharrara la hierba y agrietara la tierra desnuda. Mientras el cuerpo de Kevin entraba en combustión, observó el patio trasero, a través del cristal de la ventana, y posó la mirada en la fresca superficie esmeralda de aquel césped perfecto.



El súbito desarrollo físico de Debra Dupuis

Después de su primera clase de gimnasia, mientras las otras chicas de séptimo enjabonaban y enjuagaban sus precarias curvas y protuberancias, Debra inclinó la cabeza hacia atrás y dejó que la ducha salpicara su plenitud femenina como una cascada purificadora entre volcanes serenos y torneados. Dejó caer la toalla delante de la taquilla y se giró de lado hacia el espejo. Una chica con sujetador de copa A que se estaba aplicando rímel hizo una mueca de desaprobación, pero a Debra no le importó. Ajenos a la gravedad, los pechos de Debra se alzaban y flotaban por encima de la caja torácica, cual dirigibles de carne cargados de helio, flotantes y dichosos como melones maduros. Debra había sufrido un gran disgusto ese verano cuando Nicole, la que hasta entonces era su mejor amiga, había invitado a otra chica a ir con ella a Disney World, pero parecía que Dios se había apiadado de Debra y, como consuelo, le había enviado esos globos sagrados, esos orbes celestiales, esos soles gemelos en torno a los cuales giraba ahora el resto de su cuerpo.

—¡Debra! —llamó la señorita Spartan cuando Debra salía de los vestuarios—. Dile a tu madre que te compre un sujetador deportivo. Si no, te vas a hacer daño.

La señorita Spartan era alta y delgada y, según notó Debra por primera vez, estaba dotada de unos pechos como melocotones espachurrados.

Aquella tarde, el señor Chiccoine, profesor de ciencias, podía haber elegido a cualquiera, incluida su ex mejor amiga Nicole, pero fue a Debra a quien le pidió que entregara un sobre cerrado en el despacho de administración. Debra descendió por la escalera con la misma elegancia que la modelo de la portada del último número de la revista Woman! de su madre, que incluía el artículo «¿Interesada en el Wonderbra?», en el que mujeres de pecho plano entonaban sus penas y depositaban toda su esperanza en un pedazo de relleno de fibra. Con el sobre en una mano y la autorización —plastificada, de color verde

oscuro— en la otra, llevaba la cabeza erguida y el pecho hacia delante, en una postura propia de una chica con semejante bendición. Al llegar abajo, abrió una puerta que daba a un pasillo vacío.

En el despacho de administración del instituto, Debra entregó el sobre a la señora Kraft, la secretaria, que caía bien a todo el mundo. La señora Kraft llevaba el pelo recogido en una impecable trenza de raíz y sus labios estaban perfectamente perfilados y pintados de rosa oscuro. Estaba casada con el señor Kraft, el profesor de matemáticas, y hablaba con voz queda, por lo que todo el mundo conversaba en un tono sosegado a su alrededor. Un año antes, la señora Kraft había dicho a algunas chicas que subir las escaleras ayudaba a aliviar los dolores menstruales. Durante un mes, las escaleras se llenaron de chicas que subían y bajaban; los profesores llegaron a dar permisos de pasillo a las chicas, lo que puso de relieve la enorme influencia de la señora Kraft. Hasta el día en que Tamara Jenkins se cayó de bruces — o fue empujada, según a quién se le preguntara—, se rompió la nariz y se le aflojaron dos dientes delanteros.

Había otro alumno en el despacho, Southwell Banks, compañero de clase de Debra, un chico grueso con el que nadie hablaba porque se le descamaba la piel. Debra y Nicole solían especular sobre la naturaleza de la enfermedad de Southwell. Sabían que se bañaba en aceite, ¿o se lo había inventado alguien? Sabían que sus padres tenían un aspecto gris y apergaminado, tan viejos como para ser sus bisabuelos. Concentrados en el vacío, los ojos reptilianos de Southwell abrían la puerta a un húmedo núcleo interior, cobijados por cejas negras y párpados irritados.

—Debra —dijo la señora Kraft, y le tocó el botón de nácar de la camisa de crepé rosa, en un punto intermedio por encima de sus generosos promontorios.

Debra se miró el pecho y vio que el botón señalado de su camisa

floreada estaba abierto. Su madre la había inspeccionado esa mañana, pero, nada más llegar al instituto, Debra había desabrochado el segundo botón. Debra se lo volvió a abrochar y se vio de reojo en el reflejo del ventanal que separaba el despacho del pasillo.

Josh Hines había salido antes de tiempo para ir al dentista y, en el camino de vuelta a clase, Debra lo vio abriendo una puerta que daba a la escalera.

—¡Eh, Josh!

Josh se volvió y su mirada se adhirió al pecho de ella como las moscas al celofán.

—Hola —chilló él, como un insecto atrapado.

Habría crecido unos quince centímetros durante el verano y le sacaba una cabeza a Debra, pero parecía menos voluminoso que antes. Se aclaró la garganta y repitió «Hola» con una voz más grave. El año pasado, Debra y él habían trabajado juntos en un proyecto de ciencias, recogiendo hongos en las inmediaciones del instituto. En la clase de gimnasia, Debra había escuchado que los padres de Josh se estaban divorciando y que su hermano mayor acababa de entrar en la cárcel. Debra se imaginó al pobre Josh en una celda con una litera y un diminuto lavabo de metal. Con toda probabilidad, en la pared habría un póster con una foto de ella, Debra Dupuis. En la imagen, Debra iría vestida de seda roja transparente, como la modelo de la portada de julio de Woman!, y los pezones se marcarían en la tela translúcida como rubíes pulidos. Los otros reclusos codiciarían el póster, como es lógico, pero Josh se negaría a venderlo, independientemente de la cantidad de dinero o cigarrillos que le ofrecieran.

Quizá Debra podía dejar que la prenda de seda le resbalara por los brazos para el póster. En un gesto desinteresado, exhibiría su inmaculada figura para un tipo con suerte como Josh. Pasaron al hueco de la escalera, pero Debra dijo: «No te muevas», antes de que Josh empezara a subir.

—¿Eh?

Debra se colocó varios escalones por encima de él. Sin perder de vista la parte superior de la escalera, que daba a la segunda planta, desabrochó el botón del escote y luego los otros cuatro. Josh movió la boca, pero no habló. Ella echó hacia atrás los laterales de la blusa y desenvolvió su delantera como si fuera un festín para un estómago hambriento, un regalo de Navidad para un huérfano o un medicamento para un herido. Desabrochó, uno tras otro, los tres broches del sujetador, de cierre frontal, y, como si trajera una tarta sorpresa de cumpleaños iluminada con velas a una habitación oscura, presentó a Josh sus maravillosos atributos divinos.

Josh cayó hacia un lado, contra la pared. Alargó una mano hacia Debra, pero al momento la dejó caer. Debra se inclinó hacia delante, para colocarse el sujetador, y abrochó los cierres y los botones de la camisa, pero la boca de Josh aún se movía como si estuviera haciendo pompas.

—Vamos, Josh, incorpórate. —Debra le sacudió el brazo—. Venga, Josh.

Él la siguió, como un zombi, escaleras arriba, hasta la clase del señor Chiccoine, con su justificante de retraso apretado entre los

dedos.

Esa noche, en su habitación, Debra se tumbó en la cama junto a la lámpara de lectura y miró a través de las rejas antirrobo. No podía escabullirse por el lateral de la casa y pasearse por el oscuro vecindario: su padre la había pillado la única vez que lo había hecho ese verano y había instalado unas rejas el fin de semana siguiente. Desde entonces, su padre se había mostrado irritado con ella. De igual modo que el sujetador se había transformado en una jaula, aquellas rejas la aprisionaban. Los tigres de peluche que había sobre el tocador fruncieron el ceño en señal de solidaridad: hacía tiempo que habían perdido la cola a manos del idiota de su hermano. Debra se ajustó la bata de terciopelo arrugado para que quedara abierta por delante y adoptó la misma pose que la modelo de la portada del número de Navidad de Woman! del año pasado. Si pasaba un hombre por la calle y miraba hacia arriba desde un ángulo determinado, vería sus pechos apretados como si fueran unas manos en posición de rezo.

A Debra le había sorprendido que la señora Kraft quisiera que se tapara. Entendía lo de su madre, con pechos pequeños y flácidos, pero la señora Kraft era una mujer joven dotada de atributos generosos. Haberle mostrado los pechos a Josh hizo que Debra quisiera enseñárselos a todo el mundo, del mismo modo que Nicole había exhibido el anillo de diamantes de medio quilate de su difunta abuela el año pasado, extendiendo la mano para que la inspeccionaran y admiraran. Debra no comprendía por qué tenía que andar escondiéndose en la escalera; lo suyo sería posar delante de un coro formado por el resto de las compañeras de clase, en un escenario, vestida con una blusa suelta de gasa a través de la cual se viera su contorno femenino. Una vez que el expectante público hubiera llenado la sala, Debra se desabrocharía muy despacio para dejar al descubierto los senos, como si fueran dos cubos llenos de doblones de oro procedentes de un tesoro. Todo el mundo se quedaría atónito ante semejante opulencia. Debra se colocaría de lado y levantaría los brazos para que la gente pudiera admirar mejor la forma de sus pulidas lámparas doradas con sus pitones mágicos. El hechizo solo se rompería al cerrarse la blusa, y entonces el público comenzaría a

aplaudir y ovacionar en señal de admiración.

Las otras chicas superarían los celos y celebrarían su figura, de la misma manera que las finalistas del concurso de Miss América abrazaban a la ganadora. Hasta la señora Kraft la felicitaría por su valentía y le daría todo su apoyo. La madre de Debra se daría cuenta de lo equivocada que había estado al exigir a Debra que se tapara bien, que ocultara sus bendiciones con un sujetador y que se abrochara los botones de la blusa hasta la clavícula. Su padre la llamaría «princesa», le prometería quitar las rejas de la ventana y diría que ahora confiaba en ella. Nicole se disculparía por no haberla invitado a Disney World y querría ser su mejor amiga otra vez. Y, al fondo de la cafetería, Southwell Banks, que nunca reía, sonreiría ligeramente y experimentaría, tal vez, una milagrosa curación de la piel.

Vestida con una camiseta morada de terciopelo elástico, Debra se inclinó sobre el escritorio del señor Chiccoine. Se suponía que tenía que señalar las partes de una célula, pero solo había identificado la mitocondria, el motor de la estructura celular. Terry Orphid se escurrió detrás del señor Chiccoine e imitó los movimientos de la parte superior del cuerpo del profesor.

—Me duele la cabeza —dijo Debra, mientras se inclinaba más cerca y apretaba los brazos para marcar más el escote.

El señor Chiccoine llevaba las mangas remangadas hasta justo por debajo de los codos, dejando al descubierto unos antebrazos bronceados y musculosos con abundante vello oscuro.

—Eres demasiado joven para que te duela la cabeza —dijo él, mirándola por encima de los pechos.

—Creo que es por la regla —dijo Debra—. Me duele la cabeza cuando tengo la regla. Necesito un poco de Tylenol. El orientador tiene un permiso de mi madre.

El señor Chiccoine apretó el bolígrafo y dio unos golpecitos en la almohadilla del escritorio. Debra admiró una vena azul que se extendía por la cara interior del brazo del hombre.

—Muy bien —dijo, mientras sacaba la autorización del cajón izquierdo del escritorio—. Vuelve en seis minutos o te pongo una falta.

Debra estaba en la escalera, a mitad de camino, cuando sintió unos dedos que se le hundían en los costados y le hacían cosquillas. Se retorció y al volverse vio la cara de Terry Orphid.

—¡Eh, para! —susurró ella—. Te has saltado la clase.

—Necesitaba descansar, es que tengo la reeeeegla —dijo él con voz burlona.

—Cállate, Terry.

Aunque era un pesado, Debra tenía que admitir que era el más gracioso de la clase. Con algunas de sus ocurrencias te partías de risa. Sin embargo, varios días antes la señora Schultz lo mandó al despacho sin reírse, tras preguntar en clase si en el instituto había algún

problema de drogas, a lo que Terry respondió: «Sí, no hay manera de conseguirlas». Terry volvió a agarrar a Debra por los costados y ella le bajó las manos.

—Tienes unas glándulas mamarias estupendas —dijo él.

Debra digirió las palabras «glándulas mamarias». Glándulas, como las de los mamíferos, o de las ballenas, o de las vacas con bolsas peludas y colgantes de leche. No pudo reprimir una reacción de repulsa contra la idea de unas ubres babosas y unos pezones en forma de guantes de goma. Terry no tenía ni idea de la redondez de sus pechos ni de la gravedad que desafiaban. No alcanzaba a comprender que sus areolas eran como el núcleo de color salmón de los sistemas solares.

—¿Quieres verlas?

—Claro.

El corto flequillo de Terry sobresalía en una frente maltratada por el acné desde hacía poco tiempo.

—Ponte ahí.

Señaló cinco escalones más abajo. Debra se quedó por encima de él, en el rellano, para vigilar si venía alguien. Se subió la tela aterciopelada por encima de los pechos, imaginándose a sí misma vestida con una prenda holgada en el escenario de la cafetería, mientras el público contenía la respiración a la espera de que ella

revelara su santo grial de secundaria. Se sujetó la camisa bajo la barbilla, mientras desabrochaba los ganchos del sujetador. Los dos lados se separaron, pero, en lugar de quedar aturdido en un gesto de devoción, Terry se abalanzó sobre ella y le tomó un pecho con cada mano. Comenzó a apretar, como si las tetas no estuvieran hechas de carne humana, sino de un núcleo de caucho duro forrado de cuero, como si fueran enormes pelotas de béisbol diseñadas para lanzarlas, atraparlas y golpearlas con bates.

Al tratar de apartarse de él, Debra fue a dar contra la pared de ladrillos. Siguió retrocediendo hacia el rincón, enganchándose la camisa en la superficie rugosa, y le dio una bofetada a Terry, mientras gritaba:

—¡Para! ¡Para!

Cuando estuvo en el rincón, miró la mueca de Terry. No se reía, ni sonreía, ni tenía cara de estar divirtiéndose: parecía estar decidido a arrancarle sus tesoros pectorales. Debra sintió que le subía una oleada de adrenalina.

—¡Son mías, maldita sea! —gritó, al tiempo que lanzaba una patada a la entrepierna de Terry—. ¡Suéltame!

Logró soltarse de uno de los brazos de Terry y él retrocedió ante los puntapiés de ella, pero seguía sujetándola con la otra mano, pegado a ella como una lapa. Debra miró más allá de Terry y vio que sus compañeros de clase estaban asomados a la escalera, veinte caras que miraban como palomas en la baranda de un puente.

—¡Terry! —dijo con voz atronadora el señor Chiccoine.

Las manos de Terry se apartaron de forma automática. Los alumnos se quedaron boquiabiertos ante el pecho con marcas rojas de Debra, pero la sorpresa y el silencio se tornaron rápidamente en risas. Debra se giró hacia el rincón de ladrillos mientras se esforzaba por abrocharse rápidamente el sujetador, cuya correa estaba retorcida bajo las axilas. Aunque el enfado empezó siendo grande, fue diluyéndose bajo las luces fluorescentes y le bajaron lágrimas por la cara. Le subió el vómito hasta la garganta, donde se instaló mientras forcejeaba con los broches. Los pechos se habían estirado y transformado en apéndices pulposos, llenos de venas, descolgados como hongos que sobresalieran de un árbol. Mientras los cubría y se colocaba la blusa, el señor Chiccoine la agarró con un brazo peludo por el cuello y con el otro atrapó a Terry.

En el despacho, Debra no fue capaz de mirar a la señora Kraft a la cara. El subdirector colocó a Debra y a Terry en lados opuestos de la sala mientras llamaba a la madre de Debra y al padre de Terry; Debra no podía ver a Terry, que estaba al otro lado del archivador, pero veía su reflejo en la ventana. Estaba recostado en la silla, con un pie cruzado sobre la otra rodilla, haciendo rebotar la pierna repetidamente. Cuando aparecieron los padres, la historia cambió, como si Debra hubiera causado el problema. Ella se defendió:

—Oye, me ofrecí a enseñártelos, no a que me los arrancaras.

Durante toda la reunión, la madre de Debra puso cara de pastel de pollo congelado. El subdirector mandó a Debra y a Terry a casa.

La siguiente vez que vio a Terry, el lunes en clase, él se mostró orgulloso, arropado por un grupo de chicos con gesto burlón. Después

le rozó el hombro a Debra de camino al sacapuntas y le dijo:

—Las vacas lecheras de mi tío tienen mejores tetas.

Becky, la nueva mejor amiga de Nicole, esbozó una sonrisa falsa y Debra se preguntó cuántos secretos le había contado Nicole; probablemente todo el mundo en el instituto sabía que Debra había empezado a tener la regla en Tilt-A-Whirl y que no se había dado cuenta hasta que una trabajadora de la feria se lo señaló. Nicole y Becky llevaban camisetas de Minnie Mouse a juego y lápiz de labios rosa claro. El color atenuaba los labios morenos de Becky. A Debra le picaba la garganta. Llorar por una amiga sería una estupidez. Las chicas de la revista Woman! no lloraban por otras chicas; lloraban porque les goteaban los implantes mamarios de silicona y porque cumplían cuarenta años. El contorno del sujetador infantil de Nicole se veía a través de la camiseta, pero por lo demás tenía el pecho tan plano como un lienzo recién estrenado. Becky tenía los pechos como hormigueros levantados en las grietas de las aceras, del tipo que Debra pisaría sin dudar.

A lo largo del día, se encontró con grupos de chicos que irradiaban calor hacia ella, en la zona de las taquillas y a la hora del almuerzo en la cafetería, con los ojos clavados en ella, como si la estuvieran manoseando. Las chicas la miraban como si tuviera la piel escamada. Una chica que fumaba en el baño y que tenía una cicatriz en la barbilla —como un desconchado en una taza de cerámica—, le dijo con toda claridad «Zorra» a la hora del almuerzo, pese al riesgo de que la señorita Spartan la escuchara. Después, cuando Debra estiró un brazo para alcanzar la parte superior de la taquilla, un chico bajito la agarró por detrás, pero no alcanzó a tocarle el pecho y en su lugar le apretó los músculos del brazo. Cuando Debra miró hacia atrás, solo vio las figuras borrosas de cuatro chicos con botas deportivas que huían. Más tarde, alguien le lanzó unos clips: uno se le metió en la parte delantera de la camisa, pero ella decidió dejarlo allí, sin más. Salió del instituto con la cabeza alta y caminó a un lado del sendero

de hormigón, pero varios grupos de alumnos la rozaron a propósito o susurraron al pasar. En otra acera, en otra dirección, Southwell Banks se alejaba de la escuela arrastrando los pies, con el cuello de la camisa abotonado hasta arriba.

Aquella noche, durante la cena con su madre, su padre y el idiota de su hermano, que estaba en cuarto, Debra se comió las patatas fritas horneadas y dio unos mordiscos al muslo de pollo en el plato. La madre evitó mirarla y el padre sacudió la cabeza cada dos minutos sin motivo aparente.

—¿Por qué me odiáis? —preguntó Debra.

—No te odiamos —dijo su madre.

—Odiáis mis pechos.

—¿Cómo íbamos a odiar tus pechos? —preguntó su madre—. Son solo pechos, por el amor de Dios. ¿Por qué les das tanta importancia? Hazme caso, Debra, a las mujeres les han salido pechos durante millones de años.

Su padre volvió a mover la cabeza con un gesto irritado.

El idiota de su hermano le preguntó:

—¿Eres una puta?

Debra le dio una patada por debajo de la mesa y le dijo:

—No, pero tú eres un idiota.

Cuando Debra se desabrochó el sujetador en el cuarto de baño del piso de arriba, el clip que le habían tirado cayó y repiqueteó en la baldosa de cerámica: le había dejado una marca en la piel. Se duchó por décima vez en cuatro días y se retiró a su habitación. Ni siquiera le importaba estar castigada. Menos mal que sus padres tenían rejas en la ventana, porque de lo contrario tendría la opción de saltar y poner punto y final a todo en aquel patio de cemento. Intentó imaginar su cuerpo tirado en el patio, perfecto, con el pelo extendido alrededor de la cabeza, resplandeciente como el satén a la luz del garaje. Pero Debra sabía que no caería con gracia. Chocaría con los muebles del patio y su cuerpo quedaría esparcido como un repugnante amasijo de extremidades y tetas colgantes. Nicole y Becky estarían allí vestidas a juego. «Qué asco», diría Nicole. Terry Orphid diría: «¡Vomitivo, tío!», y, si la señora Kraft no aparecía para detenerlo, Terry le tocaría el pecho. Sin embargo, vendría la señora Kraft, pediría con su voz tranquila que se fueran todos y recolocaría la bata para cubrir a Debra.

Debra abrió la bata y se miró en el espejo, algo que no había hecho desde el viernes. Por mucho que hubiera imaginado que sus pechos estarían caídos y desinflados, no era así. A pesar de todo lo que había ocurrido, sus estupendas pirámides se alzaban firmes, como templos aún dignos de adoración. Se giró de lado y admiró los picos con sus flores de cerezo, ligeramente inclinados hacia arriba, tan venerables como unos labios en oración. A la luz de la habitación, su piel refulgía hasta el cuello y la cara, donde tenía unos cuantos granos sin mayor trascendencia. El cabello, al secarse, empezó a brillar con un halo semejante a la base de una corona. Su madre se equivocaba al decir que sus pechos eran como los de otros tantos millones de mujeres. Debra había visto los tomatitos ordinarios, mínimos, de otras mujeres:

pequeños, lisos, aplanados. Jesucristo no podía tener pechos, pero, si los tuviera, serían como los de ella. Y de igual modo que Jesucristo demostró a todos los seres humanos su santidad mediante el ejemplo, el don divino de Debra encumbraba todos aquellos pechos menos perfectos que la rodeaban. Sostenidos en alto por la gracia de Dios, los santuarios esféricos de Debra ofrecían la salvación a toda la humanidad, aunque la humanidad que la rodeaba no fuera digna de ellos. Terry Orphid dijo que había visto mejores tetas en vacas lecheras. Pues bien, podía largarse con viento fresco a la granja de su tío porque era un zoquete pagano que no merecía el fulgor magnífico de sus pechos. Debra corrió las cortinas, de modo que la luz dorada de la lámpara incandescente rebotó en ellas y volvió hacia ella. Se acurrucó en la cama, arrebujada en la bata de terciopelo arrugado, y se abrazó a sí misma.

La enfermedad del sueño

Un cocodrilo. Así es como me sentía. Caliente, lenta y mala. Pero los cocodrilos viven en Egipto, medio sumergidos en ríos frescos, y yo me estaba friendo como un huevo en las afueras de Alexander, en el estado de Michigan, cerca de la frontera con Indiana. La humedad del aire me oprimía por todas partes, así que procuraba no moverme, espantando a las moscas solo cuando me zumbaban en los oídos o me rozaban la cara. No me molestaba en apartar los insectos de las hortalizas que tenía delante; ya las lavaría la gente al llegar a casa. De desayuno, había tomado los últimos trozos de la tarta de mi duodécimo cumpleaños, que había cocinado y comido casi por completo yo misma, y ahora el pegajoso plato amarillo estaba cubierto de hormigas. Al colocarlo sobre la hierba, Ripley —mi atigrado gato naranja— bajó de la mesa para limpiarlo a lametazos. Avisté unos cuervos que picoteaban una zarigüeya atropellada y pensé que, en un día como aquel, una podía olvidarse de respirar y a continuación desmayarse y morir.

Mi mesa de hortalizas estaba situada en la cima del cerro, a medio camino entre la casa y la carretera, bajo dos nogales americanos, y, desde que terminaron las clases la semana anterior, me ocupaba del puesto a tiempo completo. Estaba sentada detrás de mis pepinos, pimientos y tarros con la etiqueta «leche para gatos» —todo alineado en riguroso orden—, cuando apareció John Blain. Pasó por delante en una ranchera y levantó una polvareda que se esparció y fue a depositarse sobre mí. Dio la vuelta y volvió a pasar despacio, luego se metió por nuestro camino de tierra y aparcó delante de mi cartel: «Pepinos, Tomates, Pimientos: 6 a 1 $». Ripley huyó corriendo hacia el granero. John Blain salió del asiento del conductor y dejó la portezuela abierta, suspendida en las bisagras. Era un hombre blanco de unos cuarenta años, con una gorra de Caterpillar. Parecía desprender un vapor sucio.

—¿Qué quiere? —pregunté.

El huerto estaba detrás de mí, a mi derecha, subiendo por el camino de entrada, pasado el granero. La casa estaba a la izquierda, rodeada por unos arbustos indómitos que mamá llamaba guirnaldas nupciales, con unas ramas de flores blancas que se extendían como brazos de pulpo. El hombre se quitó la gorra, se enjugó la frente con ella, se pasó una mano por las greñas —rubias y tiesas como espigas de maíz— y volvió a ponerse la gorra. Llevaba un paquete de tabaco en el bolsillo de la camiseta.

—No parece que tengas mucho negocio, chiquilla.

Cogió un pimiento, lo lanzó al aire y lo atrapó, pero estaba mirando por detrás de mí, hacia el porche, donde mamá acababa de salir.

—¿Es tu madre?

—Quizá. ¿A usted qué le importa? Ella no tiene dinero, así que no se moleste en intentar venderle nada.

Era la verdad. De hecho, mamá necesitaba todo el dinero de mis hortalizas para pagar la factura de la luz.

—Igual quiero comprarle algo yo a ella.

—No tiene nada que venderle.

Había conocido a suficientes hombres para saber que no se ganaba nada siendo amable con tipos como él. Yo me moría de ganas de que me corriera un poco de brisa por las mangas de la camisa. Para mi cumpleaños, mamá me había regalado un sujetador, pero solo servía para absorber sudor, así que tenía que recolocarlo todo el rato.

—Me está tapando el cartel —le dije, pero el hombre no me escuchaba, así que rodeé el puesto y moví el trozo de madera contrachapada hasta un punto en el que se pudiera ver desde la carretera.

No pasaban muchos coches, pero me propuse no dejar que aquel tipo perturbara mi existencia. Mamá subía por el camino hacia nosotros, con un vestido floreado. Aunque eran cerca de las doce y media y yo llevaba seis horas y media levantada, ella acababa de salir de la cama. Reorganicé los pepinos por tamaños, del más grande al más pequeño.

—¿Qué tal, mi amor?

Mamá hablaba de forma cariñosa siempre que había hombres presentes. Le goteaba sudor de las sienes y tenía los ojos entrecerrados por el sol. Me lo dijo a mí, pero miraba al hombre, entre sonrisas y parpadeos, con el pelo largo y reluciente cayéndole por los hombros. Tenía la piel pálida, a excepción de algunas pecas, porque apenas salía.

—Este hombre me está tapando el puesto. —Me dejé caer en la silla.

—No seas maleducada, Reg. —Mamá le dedicó al hombre una sonrisa de disculpa.

—Merle, de la gasolinera de Alexander, me ha dicho que tiene una ranchera Plymouth del mismo año que la mía —dijo el hombre.

—Era de mi padre —dijo mamá—. El motor no sirve. Lleva más de un año aparcada detrás de la casa.

—Si la carrocería está bien, podría interesarme —dijo—. ¿Y cómo se llama, señora?

—Margie. —Mamá se pasó el pelo por encima de la oreja en un gesto tímido.

—Me llamo John Blain. Encantado de conocerla. —Le tendió la mano y ella se secó la suya en el vestido antes de estrechársela—. Está pegando de lo lindo —dijo, ajustando la posición de la gorra—. Estaríamos mucho mejor en la península superior, que es de donde vengo. Allí se está fresquito.

—Nunca he estado en la península superior —dijo mamá, como si fuera un lugar de ensueño al que deseara ir.

En un abrir y cerrar de ojos, había invitado a John Blain a comer con nosotros, y él dijo que sí, que le encantaría tomar una taza de café. Los dejé hablando y me fui al corral para tener un poco de intimidad mientras me ajustaba el sujetador. Arranqué unos hierbajos a lo largo de la valla del huerto y los tiré en el gallinero; cayeron

como confeti alrededor de nuestras cuatro gallinas, que se apresuraron a picotearlos. Me refresqué los brazos, las piernas y la cara con la manguera que había al lado de la casa, pero en cuanto entré, volví a tener calor.

—Esto no es un restaurante —dije en voz baja para que mamá no me oyera.

John Blain me miró a los ojos y gruñó. Me preparé un sándwich y me serví un vaso de leche de la noche anterior de Jessie, nuestra vaca marrón y blanca, mientras me preguntaba qué clase de hombre gruñía a una persona. De lo que no cabía duda es de que mamá y él desvariaban. Aunque hacía suficiente calor como para que la sangre te hirviera en las venas, estaban bebiendo café y John Blain daba largas caladas a un cigarrillo. Mamá se reía como una tonta de todo lo que él decía.

Después de comer, llevé hielo picado a mis hortalizas para reanimarlas y conservar fría la «leche para gatos». Até a Jessie a un bloque de cemento cercano para que pastara. Tenía que estar lejos de su cría durante unas horas para producir algo de leche por la tarde. No había ninguna razón por la que no se pudiera beber su leche —nosotros la bebíamos, sin ir más lejos—, pero, según el señor VanderVeen, que nos vendía la paja y el heno baratos cuando se le mojaban con la lluvia, era ilegal venderla para consumo humano. Jessie arrastró el bloque tras de sí, trazando una raya en la hierba, y espantó a las moscas con el rabo sin demasiado entusiasmo. Volví a hojear el periódico, aunque ya lo había leído de punta a cabo. Luego lo usé para abanicarme.

Me costaba concentrarme con aquella ola de calor veraniego, me costaba recordar cosas, me costaba hacer planes. Me acerqué a inspeccionar el coche de John Blain, que era de un color verde oliva herrumbroso y desvaído. La parte trasera estaba abatida y había un

colchón, pero no quedaba espacio para que nadie durmiera con semejante cantidad de trastos: cables y herramientas oxidadas y desarmadas, una sierra eléctrica e incluso una bicicleta sin ruedas. La parte delantera estaba llena de envoltorios de comida y vasos desechables, y en el asiento del pasajero había un saco de dormir verde del Ejército. En una bolsa isotérmica se veía un cepillo de dientes, dentífrico y una maquinilla de afeitar de plástico. Lo menos que podía hacer John Blain, pensé, era alejar aquel armatoste oxidado de mi puesto para que yo pudiera ganarme la vida.

Estaba ahuecando las manos contra la ventanilla del lado del pasajero para tener una vista mejor, cuando, al dar un paso atrás, vi la figura de un hombre grande detrás de mí en el reflejo. Grité.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó John Blain.

—Es usted un guarro.

—Y tú una fisgona.

John Blain se dirigió al lado del conductor y se lavó los dientes con un poco de agua de una botella, escupiendo espuma en el camino.

Luego sonrió en el espejo retrovisor y mostró todos los dientes.

—Si cuidas de los dientes, niña, ellos te cuidarán a ti.

Le puse cara de fastidio. Sacó una caja de herramientas de la parte trasera del coche y la llevó hacia la casa.

—¡El coche cuesta 250 dólares! —le grité.

Desde que mi padre nos había dejado, había pasado por nuestras vidas todo un río de hombres indeseables. Siempre me alegraba cuando no duraban mucho, que era lo habitual. Sabía que mamá no era feliz sin un hombre, pero no me parecía lógico que cayera rendida ante cualquier tipo que se presentara. Eso es lo que le dije esa noche en la cena.

—¿Por qué pierdes el culo por cada tío que viene?

—No he perdido el culo por él. Parecía buen hombre, ¿no? De pequeño estuvo viviendo con su tía en Alexander. Por eso ha venido. Pero su tía ha muerto.

—Pues yo lo odio.

—¿Por qué no quieres que sea feliz? —Hizo la pregunta al tiempo que hinchaba el pecho, como si se sintiera agotada y atormentada tras una larga historia de maltrato por mi parte.

—¿Por qué no puedes ser feliz sin un imbécil?

—Reg, eres muy joven. No sabes lo terrible que es estar sola.

—Estoy sola todo el tiempo. Me gusta estar sola.

—Ya verás cuando crezcas. Además, John Blain no es como los demás hombres de por aquí. Se nota.

Mamá se tumbó en el sofá, acomodándose en la marca que había dejado en los cojines a lo largo de los años. Lo habíamos traído con nosotras de la caravana.

—Pues yo espero que no vuelva.

—Qué mala eres. —Sonaba cansada y triste—. Eres igual de mala que tu padre.

—A lo mejor papá tenía razones para ser malo. Algún día voy a buscarlo y a preguntarle todas estas cosas.

Mamá me dio la espalda y se quedó dormida.

Cuando John Blain se presentó la noche siguiente con una pizza, mamá le dijo que podía pasar la noche, pero no acabó durmiendo en el sofá como había sugerido ella delante de mí. A la mañana siguiente, John Blain se levantó temprano, fue a la tienda de la autopista a por una caja de dónuts y volvió justo mientras yo terminaba las tareas de la granja. Me senté en la cocina y me comí un dónut de chocolate y un buñuelo sin pronunciar palabra, a pesar de que John Blain no paraba de subir y bajar, andando de un lado para otro. Finalmente, lo oí en la

habitación de mamá llamándola en voz cada vez más alta. Subí con un bollo de crema en la mano y observé desde el pasillo cómo la zarandeaba. John Blain se volvió, presa del pánico, con la frente crispada.

—¡Ay, Dios! ¿Qué le pasa? ¿Por qué no se despierta?

—Tiene la enfermedad del sueño —dije.

—¿Enfermedad del sueño? ¿Encefalitis? Anoche no estaba enferma.

—Duerme mucho —dije—. Doce horas por noche. No hay manera de despertarla antes de las once y a veces le dan las doce. Y luego se echa una siesta por la tarde.

John Blain se desplomó en la silla que había junto a la cama. Reparé en las canas entreveradas en el pelo rubio.

Solo llevábamos dos años en la granja desde que mi abuelo J. T. había muerto. Mamá se había quedado embarazada a los dieciséis años y J. T. le había dicho que, si se escapaba con mi padre, no volvería a hablar con ella; como era un hombre de palabra, nunca lo conocí. Tal vez la única razón por la que le dejó la granja fue porque sabía que ella odiaba aquella vida. Si hubiera sido por ella, se habría deshecho de Jessie y de las gallinas, pero yo no paré de dar guerra hasta que me dejó quedarme con ellas siempre que me encargara de cuidarlas. Durante semanas, la señora VanderVeen, de la granja de al lado, tuvo que venir a ayudarme a ordeñar la vaca hasta que pudiera hacerlo yo misma. Cuando mamá estaba borracha, decía que la casa

era «una puta cárcel». Cuando algo dejaba de funcionar, si por ejemplo había que arreglar el tejado, le daba por decir que tenía que vender la casa. Unos días antes de que llegara John Blain, le dije que iba a arreglar el tejado del porche y ella me respondió con tono acusador:

—Harías cualquier cosa para retenerme aquí, ¿verdad?

Esa noche soñé que aún vivíamos en la caravana y que todos los exnovios de mamá estaban con nosotros, bebiendo cerveza en lata y acaparando todo el oxígeno del aire. Me desperté enroscada entre las sábanas, envuelta en sudor.

A mitad de la temporada de tomates, John Blain ya estaba plenamente instalado. Consiguió un trabajo por las tardes, así que no coincidíamos demasiado, salvo los fines de semana, cuando yo le hacía luz de gas. Sin embargo, un sábado por la tarde terminé de ordeñar la vaca y llevé el cubo hasta el porche, donde John Blain estaba en cuclillas siempre, los codos sobre las rodillas, tan quieto como una planta que echara raíces. Se levantó cuando me vio llegar y se dispuso a abrirme la puerta.

—Puedo abrir la puerta yo solita —le dije.

Soltó la puerta, rodeó con una mano mis delgados bíceps y apretó con fuerza.

—¿Por qué eres tan borde, Regina? —me preguntó.

Olí el aliento a whisky; le había visto esconder una botella en el hueco del manzano, junto al granero.

—Tu madre es muy maja y tú eres una antipática.

Empezaba a dolerme el brazo, pero cuando me revolví para liberarme apretó más. Entonces le di diez patadas con fuerza suficiente para hacerle moratones en las espinillas, por lo que me apretó aún más. Reparé en la sal blanca y reseca en los bordes de las marcas de sudor del cuello y las axilas de la camiseta.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Un poco de respeto. Quizá una palabra amable. Hazlo por tu madre.

—Tengo que colar la leche. Suéltame.

—Que espere la leche. La vida es demasiado corta para ser tan antipática, Reg.

Su apretón casi me dejó exhausta. Solo era quince centímetros más alto, pero yo no tenía su fuerza ni de lejos, y, cuando las lágrimas amenazaron con asomar por las orillas de mis ojos, me aparté y miré hacia poniente, por encima del huerto, hacia el sol sucio y abrasador. Dejé escapar un suspiro de abatimiento. Entonces John Blain se inclinó y me besó en la boca. Apenas me rozó los labios y se apartó con una expresión de sorpresa en el rostro. Derramé leche en el porche y en mis zapatillas, y él me siguió hasta la cocina.

—Lo siento, Reg. No sé qué ha pasado.

—¡Vete a la mierda! —grité.

Torció el gesto y volvió a salir al porche, aguantando la puerta para que no se cerrara de golpe. Preparé el embudo y el filtro de la leche, pero tenía la vista nublada. Se me vertía el recipiente de dos litros de leche todo el rato y al final lo dejé en la mesa. Ripley saltó y empezó a beber directamente del cubo.

Después de ese incidente, John Blain se mantuvo alejado, como si hubiéramos llegado a un acuerdo tácito. Al día siguiente, me compró el periódico dominical de Detroit y siguió trayéndolo todas las semanas, para que yo pudiera pasar las tardes de los domingos leyendo y plegando cada sección. Él solo quería el crucigrama. Un domingo, yo leía en la mesa de la cocina, mientras mamá y John Blain estaban sentados en el salón, donde yo podía oírlos.

—Es una chica preciosa, ¿sabes? —dijo él, en un susurro.

—Tiene doce años —dijo mamá.

—Pero es que ha sido de un día para otro —dijo él, y chasqueó los dedos—. De repente, se ha puesto guapísima.

—Yo también era guapa, ¿y de qué me sirvió?

—¿Cómo que «eras»? Cualquier hombre vendería su alma para poder contemplar este rostro pecoso. Moriré feliz, mujer, mientras muera con tu pelo enredado en mi pecho.

Mamá se rio de placer. Cuando me atreví a mirarlos desde la cocina, John Blain había vuelto a su crucigrama y mamá se había quedado dormida en el sofá.

Después de la cena, solía irme a trabajar al huerto, a arrancar malas hierbas y a recolectar hortalizas para venderlas al día siguiente. Mamá lavaba los platos de la cena. John Blain, cuando no trabajaba, salía al porche, se ponía en cuclillas y fumaba cigarrillos como un vaquero en un campamento o un soldado agachado para evitar el fuego enemigo. Tanto él como mamá miraban hacia poniente: la cara de ella se veía borrosa a través de la mosquitera de la ventana, sobre el fregadero; la de John Blain, a cielo abierto, bien definida. Para cuando yo terminaba en el huerto, mamá y John Blain ya estaban bebiendo vino de mesa, sentados en la mesa de pícnic del porche o en la cocina cuando los mosquitos incordiaban. Leían o jugaban a las cartas, o John Blain hacía el crucigrama, y al cabo de un rato, sin motivo aparente, empezaban a acusarse mutuamente y a discutir. A veces mamá le decía que se largara, pero John Blain sabía tan bien como yo que esa era su manera de comprobar si se iba a quedar o no. Me acostumbré a irme a la cama aún más temprano para no tener que oírlos. Si llevaban la discusión al dormitorio, al lado de mi cuarto, yo me iba al granero a dormir con Jessie. Al día siguiente siempre parecían haber olvidado el motivo de la discusión.

Yo no necesitaba despertador para levantarme por la mañana, entre las cinco y media y las seis, y hacía las tareas de la granja a primera hora. A menudo me encontraba con John Blain tirado en algún lugar. Una vez lo encontré frente a mi cuarto y en varias ocasiones estaba en el suelo de la cocina, pero lo más frecuente era verlo fuera, como si se dispusiera a abandonarnos pero se hubiera

desmayado del esfuerzo. La mayoría de las veces estaba al norte de la casa, en la cuesta. Lo más lejos que llegó fue al pastizal y a la hilera de pinos blancos que delimitaban la finca. Yo le decía: «¡Tú, levanta!», y, si no lo hacía, lo empujaba con el pie y me quedaba cerca hasta que se ponía en marcha con gran dificultad.

El día que llegó a los pinos, no lo encontré hasta pasado el mediodía. Cuando llegué del puesto de hortalizas para comer, mamá estaba inquieta, sin beber el café que se había servido. Así que busqué por los alrededores y lo encontré despierto, tendido sobre el musgo, con las manos entrelazadas encima del vientre.

—Sabía que me encontrarías si esperaba —dijo—. Me alegro de que ya no me odies.

Nos miramos, John Blain con una sonrisa, yo decidida a no sonreír.

—Mamá está preocupada. Cree que te has ido.

—Puede ver que mi coche sigue aquí —dijo—. No voy a dejarla, Reg, así que será mejor que te acostumbres a mí.

Se apoyó en un codo mientras encendía un cigarrillo. Seguramente puse cara de escepticismo, tal vez de desdén.

—Te juro, Reg, que no voy a dejar a tu madre —dijo, mirándome a los ojos.

Volvimos a la casa, guardando la distancia. Es muy probable que mi padre también prometiera quedarse.

John Blain arregló la valla del pastizal durante la última semana de agosto. La valla se había derrumbado en dos lugares: en un punto había caído un árbol encima y en otro se había podrido uno de los postes. Yo había probado a apuntalarla con cuerdas y tablones, pero no se sostenía. Los VanderVeen estaban enfadados porque Jessie y el ternero habían entrado en su huerto dos veces. John Blain encontró herramientas en el granero y volvió a atar todo, cambió algunas partes, reforzó y tensó la valla, y quedó incluso mejor que las de los VanderVeen. Al ver que me sorprendía por que supiera poner vallas, me dijo:

—Puedo hacerlo casi todo, pequeña. Y te lo voy a enseñar a ti.

El último poste de la valla que restauramos estaba en la esquina más alejada del pastizal, por lo que no se veía desde la casa. Lo más probable es que mamá estuviera durmiendo en el sofá. John Blain estaba tumbado en el suelo, con un pequeño tronco bajo la cabeza. Ya habíamos colocado el poste en el agujero y yo estaba apisonando la tierra con el mango de un hacha.

—Eres muy trabajadora, Reg. Y eres fuerte para tu edad.

Me encogí de hombros y no lo miré.

—Eres mucho más dura que tu madre y que yo, y mucho más lista. No vas a terminar como nosotros, que somos unos borrachos.

—No sois unos borrachos —le dije. Terminé de apisonar la tierra, me tumbé junto a él en el suelo y levanté la cabeza—. Tú no eres un borracho.

Estaba tan cerca que noté su aliento a tabaco y el olor a sudor. Nunca me había fijado en que tenía un tatuaje en el antebrazo, un águila diminuta con las alas plegadas, del tamaño de la huella de un pulgar. Aunque nunca lo había tocado a propósito, presioné el tatuaje entre los vellos de su brazo. Cuando John Blain tensara esa última zona, el pastizal estaría perfecto. Al abrir los ojos, me estaba mirando a la cara y, por algún motivo que no alcancé a descifrar, me entraron ganas de que me rodeara con aquellos brazos que tensaban vallas, que me atrajera hacia su pecho y me abrazara, para estar cerca de su corazón. El pecho se le dilataba y desinflaba al respirar, y mi propia respiración me pareció ruidosa. ¿Cómo podría vivir, me pregunté, si él no me rodeaba con sus brazos? Me acerqué un poco y él apagó el cigarrillo en el suelo. Me pasó un brazo alrededor de la espalda, me agarró el tirante del sujetador a través de la camiseta, tiró de él y lo soltó de golpe.

—¡Serás capullo! —grité.

Él se rio, tosió y sacó otro cigarrillo. Me puse de pie y me limpié.

—¿Por qué no arreglas tu coche de mierda y te largas a la península superior?

Cogí el azadón y lo llevé arrastrando cuesta abajo, levantándolo y balanceándolo cada vez que había plantas de bardana.

Esa noche, pasé por la puerta de la habitación de mamá y la vi sentada en el borde de la cama. Miraba hacia el baño contiguo, mientras escuchaba a John Blain. A él le brillaba el pelo como un centavo nuevo a la luz del sol poniente, y ella llevaba una combinación de nailon que utilizaba a modo de camisón. Mamá apoyó los pies descalzos en el marco de la cama de madera y se rodeó las rodillas con los brazos. John Blain se estaba afeitando sin camisa, hablándole de un ruso que conocía en Copper Harbor. La humedad parecía haber suavizado las aristas y los ángulos de todos los objetos de aquel cuarto: los cuadros en sus marcos, los muebles, el espejo humedecido del baño… Todo parecía mullido. En cuanto posé la mirada en John Blain, ya no pude apartar la vista. Sus pezones eran como los de una chica, como los míos; tenía los brazos bronceados por debajo de la marca de las mangas, pero tan pálidos como los de mamá por encima; y el tatuaje parecía un moratón. Lo observé con aprensión por si se cortaba con la navaja de afeitar, hasta que me sorprendió en el espejo. Sonrió y me dedicó un guiño.

—Imbécil —me dije a mí misma, y volví a mi habitación, pero no fui capaz de poner orden en mi cabeza.

Ya no quería que John Blain me abrazara, pero, de alguna manera, había experimentado la desesperanza de mamá y ya no podía regresar a un estado de ignorancia al respecto. Como no podía conciliar el sueño, saqué el álbum de fotos. En la primera página había una foto de mi padre. Era un rostro que no podía recordar sin referencias: el pelo, tan oscuro y rizado como el mío, y los ojos, tan inyectados en sangre que parecían encolerizados. Era un rostro apuesto, peculiar, pero no se me quedaba grabado. Mamá dijo una vez que era medio indio, pero en otra ocasión aseguró que era una de las mentiras de mi padre. Papá siempre desbordaba una energía frenética cuando vivíamos en la caravana y mi único recuerdo de él era desear que se estuviera quieto para poder sentarme a su lado. Ahora la imagen que tenía de él en mi cabeza era igual de frenética, pues no paraba de entrar y salir de mi memoria incluso cuando miraba su foto.

Pasé las páginas hasta llegar a las fotos de nuestra granja: el establo de color óxido, las gallinas, los arbustos de guirnaldas nupciales, Jessie y el ternero marrón y blanco recién nacido. Mamá me había sacado una foto en medio del barro mullido del establo de las vacas, con botas de goma, sosteniendo el cubo de leche de acero inoxidable. Froté una mejilla contra el plástico que cubría la foto de nuestro conejo Snoopy. Saqué aquella foto justo antes de que se escapara de la jaula y Ripley lo matara.

Con la almohada y la manta bajo el brazo, me escabullí por delante de la habitación de mamá y salí. El corral estaba tranquilo a esa hora de la noche: las gallinas dormían en sus perchas, las vacas descansaban, rumiando. A medida que mis ojos se fueron adaptando a la oscuridad, la tierra azul se tiñó de marrón y el extraño paisaje se volvió familiar. En los arbustos y alrededor del manzano, en el exterior del granero, centelleaban las luciérnagas. Removí un poco de paja fresca en el establo y me tumbé, con la cabeza sobre Jessie y los pies sobre el ternero. Ripley se estiró y bostezó sobre un fardo de heno cercano. Los grillos cantaban a intervalos. El gigantesco vientre de Jessie se inflaba rítmicamente y me quedé dormida con el olor dulce de la alfalfa y el estiércol. Pero enseguida me sobresaltó cierta sensación de tristeza en aquel entorno. Dentro de unos meses venderíamos al ternero y Jessie se quedaría sola hasta que tuviera otra cría. Mamá decía que no tenía ni idea de dónde estaba mi padre; podía estar perdido y solo, quizá sin un techo. Y ahora que John Blain se iba a quedar, mi padre no podría volver con nosotras aunque quisiera. Por primera vez, se me ocurrió que quizá mi padre estuviera triste cuando pensara en mí.

En septiembre, mi puesto de hortalizas estaba repleto de tomates, calabazas y melones. Desde que John Blain había empezado a pagar las facturas, yo atesoraba las ganancias del huerto en latas de café que guardaba en mi armario; ya tenía unos 550 dólares. Iba al colegio hasta las tres, así que dejaba una caja metálica vacía en el puesto y, que yo supiera, la mayoría de la gente era honrada y ponía dinero cuando se llevaba algo.

En octubre, le salvé la vida a John Blain. O eso me dijo. Por fin había sacado el motor de su coche y lo había puesto en nuestra ranchera. En el proceso, se cortó el extremo del pulgar con el depósito de aceite y tuvo que explicarme cómo hacer un vendaje compresivo, con gasas y cinta adhesiva, mientras manchaba de sangre el suelo frente al granero. Se negó a ir al médico y, después del accidente, no podía hacer gran cosa con aquel pulgar.

En noviembre, vendimos el ternero al señor VanderVeen, lo que significaba que yo tenía que ordeñar dos veces al día, y Jessie daba más leche de la que podíamos beber, pese a que convencí a John Blain para que se tomara el café en una taza llena de leche caliente hasta la mitad.

Dos noches antes de Nochebuena, me desperté al oír gritos en la habitación de al lado. Una botella de vino se estampó contra el suelo sin romperse.

—¿Qué pasa contigo? —gritó mamá.

Me levanté de la cama, me puse un abrigo encima del pijama, las botas de nieve, el gorro y los guantes, y salí. El huerto estaba sin vida por la escarcha y mi puesto, cerrado, salvo por las botellas de «leche para gatos», que se congelaban al cabo de unas horas. El aire era frío y una multitud de estrellas nítidas poblaba el cielo. Ahora Jessie estaba sola, cada árbol parecía solitario sin sus hojas y cualquier criatura que desafiara aquella noche invernal tenía que hacerlo en soledad. En esa época del año, no había colonias de grillos ni luciérnagas. Metí la mano en la horcadura podrida del árbol donde John Blain guardaba el alcohol maloliente —whisky o brandy de jengibre, por lo general— y encontré una botella de aguardiente de menta medio llena. A cada sorbo, me recorría las piernas un escalofrío cálido. Me apoyé en el

árbol y miré hacia la casa. La luz de su dormitorio estaba iluminada, con un pequeño resplandor junto a la cama, como si fuera un reflejo de los destellos del cielo. Mi ventana estaba a oscuras, como la había dejado. Poco a poco, el aguardiente de menta suavizó mi percepción. Aunque el tejado estaba combado y la pintura se había descascarillado por completo, la casa me pareció preciosa, rodeada por las ramas sin hojas de las guirnaldas nupciales. Como no podía oírlos, imaginé que mamá y John Blain habían dejado de discutir de una vez por todas, que habían solucionado sus desavenencias y que vivirían felices para siempre. Las estrellas pasaron de ser destellos a pequeños manchones. Coloqué la botella vacía en la horcadura del árbol y regresé dando tumbos a la casa, en busca de calor.

A la mañana siguiente, me desperté con un cielo tan brillante que me quemaba los ojos y los mugidos desaforados de Jessie. El reloj marcaba las nueve menos cuarto. No había dormido hasta tan tarde en todo el tiempo que llevábamos en la granja. Tenía la boca reseca y me dolía la cabeza, pero me abrigué, cogí el cubo y salí corriendo hacia el granero. Por el camino vi a John Blain, encogido, dormido en el suelo cerca del manzano.

—¡Tú, despierta! —le grité, y me sorprendió la forma en que mi propia voz me lastimaba la cabeza.

Tal vez John Blain había necesitado el aguardiente por la noche y se había enfadado porque me lo había bebido yo.

Las ubres de Jessie estaban hinchadas, como si fueran a reventar, y media hora más tarde, cuando terminé de ordeñar, John Blain seguía tumbado con las piernas encogidas contra el pecho y las manos entre las rodillas. Llevaba una camisa de franela, calcetines de lana y vaqueros, pero ni botas ni chaqueta.

—Vamos, levántate —grité.

Al moverle el cuerpo con el pie, la cabeza cayó hacia atrás y le vi la cara. Tenía los labios blancos como la cera y, entre los párpados, sin pestañeo alguno, se veían unas canicas opacas y escarchadas. Grité y se me cayó el cubo de la leche, por lo que vino Ripley brincando por el suelo helado para lamer el líquido derramado.

Me apoyé en la valla de madera, incapaz de pensar con claridad. Un cuervo salió volando del huerto congelado con un sobrecogedor «¡Graa! ¡Graa! ¡Graa!». Ripley, una vez saciado, se acercó y frotó el cuerpo, de la nariz a la cola, contra mi pierna. Pasaron coches por la carretera, en algún lugar lejano sonó el silbido de un tren y el sol se elevó algo más en el cielo. Las manos de John Blain permanecían atrapadas entre las rodillas. Me acuclillé a su lado y le palpé el cuello en busca de pulso, pero sentí la piel fría y silenciosa. Le subí la manga y toqué la pequeña águila del brazo. Le aparté el pelo de la frente. Tenía hinchada la piel alrededor de los ojos, como si se hubiera dormido llorando. Le dije:

—Lo siento, John Blain.

Durante un largo rato estuve de pie junto a la cama de mamá. Tenía la piel de la cara tersa. Apestaba a vino, pero la respiración era profunda y regular, y parecía estar a gusto, cobijada bajo las mantas. La llamé una y otra vez, alzando la voz hasta gritar. La zarandeé con brusquedad.

—¡John Blain está muerto! —grité—. ¡Muerto! ¡Muerto!

Abrió los ojos con un gesto atolondrado y luego los volvió a cerrar. Nunca en mi vida había parecido tan cansada. Abrí la ventana junto a la cama, la sujeté contra la lámpara y dejé que entrara aire helado en la habitación. Luego aparté las mantas y las tiré al suelo. Mamá se estremeció y se acurrucó, cada vez más pequeña, en la misma posición que John Blain. La arrastré hasta un lado de la cama, la obligué a sentarse y le giré la cara hacia la ventana abierta.

—¡John Blain está muerto, mamá! ¡Mira!

Finalmente, gimió al darse cuenta y se asomó a la ventana en dirección a la figura en la nieve, derribando la lámpara, que quedó colgando del cable junto a la pared de la casa, aún encendida, dos metros por debajo de la ventana. Obligué a mamá a meterse, recogí la lámpara y cerré la ventana. Salió disparada y al momento la vi en el exterior, inclinada sobre el cuerpo de John Blain. Le tocó la cara y luego apoyó la cabeza en el pecho del hombre, para que sus cabellos lo acariciaran. Recordé que John Blain había dicho que así era como quería morir, pero mamá había llegado un poco tarde. Bajé las escaleras y me reuní con ella mientras entraba precipitadamente en la casa. Se puso el abrigo de invierno y las botas sin quitarse la combinación, agarró una pala del lavadero y pasó a toda velocidad por delante del cuerpo, hacia el pastizal, cuesta arriba. Yo me iba abrochando el chaquetón de trabajo mientras la perseguía. Se acercó al lugar donde yo había encontrado a John Blain tumbado la vez que dijo que no nos dejaría.

—¡Hijo de puta! —chilló.

Intentó cavar, pero el frío había endurecido el suelo.

—Mamá, creo que será mejor que avisemos a la policía.

—A la policía le importa un bledo lo que le haya pasado.

—No puedes enterrar a alguien sin más. ¿Y si la policía piensa que lo hemos matado?

—¿Acaso lo he matado yo, Reg? ¿He matado yo al muy hijo de puta?

—¡Mamá, que no se murió a posta! —grité.

Golpeó con furia, pero la pala solo hacía pequeñas hendiduras en el suelo helado y el pelo le ondeaba alrededor de la cabeza como una llama.

—Necesito el azadón, Reg. Ve a buscarlo. —Al ver que yo dudaba, gritó—: ¡Ve a buscarlo!

En contra de mi parecer, bajé el cerro corriendo, hasta el granero, y regresé arrastrando el azadón. Para entonces, mamá estaba de rodillas. Golpeaba la tierra con los puños, insultaba a John Blain y le reclamaba:

—¿Cómo has podido?

Agarró el azadón y arremetió contra el suelo, con los nudillos

blancos como si se hubieran fundido con el mango. Con cada golpe que daba, me angustiaba la posibilidad de que se cortara el pie, pero solo siguió así durante cosa de un minuto, antes de volver a caer de rodillas y hundir la cara entre las manos.

—Reg, no sirve de nada amar a una persona —dijo.

Ojalá no me hubiera bebido su licor, pues entonces me habría despertado a mi hora habitual para ordeñar a Jessie y John Blain estaría vivo. Él dependía de que yo lo despertara. Él pensaba que teníamos un pacto. Tal vez había salido a buscar una botella que no estuviera vacía. Me lo podía imaginar sentado allí mismo, en el musgo, mientras encendía un cigarrillo, para preguntarme después por qué me había bebido su licor. Miré al cielo en busca de una señal, pero ni siquiera había una nube. Naturalmente, John Blain sabía muchas cosas, así que es muy posible que fuera consciente de que vivimos en un mundo en el que lo único que hace falta para matar a una persona es que se te peguen las sábanas.

—Mamá, vamos a bajar a casa ya.

Le agarré la mano fría y se la sostuve, aunque ella la dejó blanda. Estaba tan debilitada que yo podía dominarla. Dejé las herramientas donde estaban, la conduje por el pastizal congelado y cerré la cancela para que Jessie no se escapara. La llevé a la cocina y preparé café antes de llamar a la policía de Alexander. Cuando llegaron, mamá estaba sentada, tan rígida como un poste de la valla, con una taza de café enfriándose delante de ella, con las botas de nieve y la parka todavía puestas. Mientras esperábamos al médico forense, les dije a los dos hombres que mamá quería enterrar a John Blain en el cerro y se miraron como si estuviéramos locas. Después, mamá accedió a que llevaran el cuerpo a la funeraria Peas Brothers.

En febrero, como la funeraria no había tenido noticias de ningún familiar de John Blain, le entregaron a mamá las cenizas en una cajita de metal. Esa noche intentó conducir el coche de John Blain borracha, pero lo estrelló contra un árbol antes de salir del camino de casa. No se hizo daño, si bien el coche dejó de funcionar. Un sábado, después de una semana de deshielo, mamá se pasó todo el día cavando cerca de los pinos. Se convirtió en una diminuta silueta de mujer, muy lejana. Yo no me atrevía a quitarle los ojos de encima, por miedo a que se hiciera aún más pequeña y desapareciera. Llevó la caja de cenizas hasta el lugar donde había estado cavando, las arrojó en el hoyo y las cubrió con tierra, como si esperara que John Blain volviera a crecer el próximo año.

Aquella noche mamá no paró de llorar en la habitación contigua a la mía y, como yo no podía hacer nada por ella, me vestí con ropa de abrigo y arrastré el edredón hasta el granero. La luna permanecía silenciosa y medio llena bajo el manto del cielo. Me acurruqué junto a Jessie y nos cubrí a las dos con el edredón. Deseé que mamá estuviera equivocada en cuanto a lo de amar a la gente, aunque de todos modos yo nunca había pensado en John Blain en términos de amor. Solo sabía con certeza que no tenía intención de dejarnos; se había quedado tanto tiempo como cualquiera de mis plantas de tomates o de calabazas, y en cierto modo seguía allí, si es que las cenizas contaban. Agradecí que el coche estuviera estropeado para que a mamá no se le ocurriera irse a la península superior o al Alexander Bar & Grill. Los olores a heno y a estiércol se mezclaban. Rodeé a Jessie por el cuello, con ambos brazos, e inhalé el calor de su cuerpo. Al mirar por la ventana del granero, me pareció ver la punta roja y ardiente de uno de los cigarrillos de John Blain, un pequeño resplandor reconfortante, pero no era más que una estrella, o tal vez Marte. Mientras Jessie masticaba a mi lado, de manera acompasada, apacible, pensé en las hortalizas que plantaría en mayo. En mi cabeza vi exuberantes hileras curvadas de judías y tomates que recorrían el corral y la cuesta, y sentí en los músculos el tirón de las plantas jóvenes y vigorosas hacia el sol.

Campos de apio

La llamada de la policía llegó mientras Georgina se embutía la última cucharada de cereales Cheerios con leche desnatada.

—Señora, ¿tiene usted una camioneta Ford blanca?

Georgina no se veía a sí misma como una señora.

—Es de mi marido —dijo.

Es la camioneta que costó la mitad de esta casa, pensó, la camioneta que él había comprado sin consultarla. Georgina se quedó mirando el cuenco vacío y repiqueteó, con las uñas pintadas de esmalte transparente de su mano libre, sobre la superficie de poliuretano de la mesa. De niña, había comido en una mesa de pino barnizada que se ablandaba cuando se derramaba algo húmedo encima.

—No está en casa —añadió.

Andy estaba con su hermano, cortando leña para su padre. Los sábados, si no estaba echando cemento, solía hacer algo con su hermano. A finales de noviembre, se colocaban en el abrigo las licencias y salían a cazar ciervos, lo que en la práctica significaba acurrucarse en un campo oscuro hasta que salía el sol, con otros cien hombres vestidos con prendas naranjas, y luego ir a un restaurante de cadena cerca del coto de caza para comer montañas de carne frita. Otras veces iban a pescar, a espectáculos al aire libre o a exhibiciones de armas en el estadio Wings. Georgina extendió los dedos sobre la mesa; por un instante se sorprendió de que las uñas estuvieran

limpias.

—La camioneta está atascada en una propiedad privada —dijo el policía— y ha llamado el dueño para quejarse. Quizá su marido quiera remolcarlo por su cuenta y así nos ahorra la molestia a los demás.

Andy había dejado sobre la mesa una especie de pastel de hojaldre con caramelo. Georgina acercó la caja para mirar a través de la ventanita de plástico. No le importaba lo que Andy comiera durante el día. Que se atiborrara de dónuts fritos y anacardos de la máquina expendedora. Que en el desayuno se echara sirope de maíz con sabor a arce en las putas salchichas griegas del restaurante. Pero que no dejara esa mierda a la vista para tentarla.

—Gracias, muy amable —dijo ella.

Según las indicaciones del policía, la camioneta de Andy probablemente no estaba a más de un kilómetro de la casa donde Georgina había vivido hasta los quince años. Aquel vecindario se había deteriorado y la carretera que bordeaba el río siempre había estado llena de desperdicios a pesar de los carteles de «Prohibido tirar basura». Los niños de la zona, entre ellos Georgina, se ganaban unos centavos sacando lombrices del lodo para venderlas en la tienda de cebos.

Georgina colgó el teléfono y resistió el impulso de sacar la lima y seguir limpiándose y arreglándose las uñas. En un principio, su plan para aquel día era cortarse el pelo, comprarse una americana roja y visitar a su cuñada, que quería que organizara una fiesta para vender velas, lencería o la idiotez que fuera. Contempló la posibilidad de fingir que nunca había recibido la llamada sobre la camioneta, pero le había entrado la curiosidad por el viejo barrio y, además, le apetecía

comprobar hasta qué punto se había atascado Andy. Miró el pastel. Su marido se había comido una esquina, un rectángulo no más grande que un cheque doblado. ¿Para qué compraba una caja entera una persona que después solo se comía eso?

Georgina no había comido pastel de hojaldre en años. La dieta había convertido su cuerpo en una máquina eficiente que necesitaba un número sorprendentemente bajo de calorías para subsistir. Cuando comenzó a reducir las raciones, su estómago transmitió a su cerebro primitivo —la parte más antigua y gris, en la base del cráneo— el mensaje de que era una mujer aislada de su tribu, desterrada de su tierra natal, que vivía de rebuscar alimento en las laderas de los montes durante los años de sequía, en busca de semillas de flores silvestres, bayas y raíces de hierbajos.

Empuñó el mango de la cuchara de cereales y cortó un trozo de pastel del mismo tamaño que el que faltaba. Lo sostuvo entre dos dedos, se lo acercó a la boca y estuvo a punto de morderlo, pero finalmente lo devolvió a la caja y se limpió las manos en los vaqueros. Quieta, se dijo a sí misma. Pero se preguntó si morder aquella golosina le abriría un universo alternativo, uno que había olvidado por completo. Tal vez sería un universo de rendición. Las verduras y los pasteles de arroz nunca se rendían. Los cereales Cheerios siempre le plantaban cara en el cuenco de porcelana blanca, que ahora estaba ante ella con un aspecto de vacío total, como si nunca hubiera contenido cereales ni nada. Enjuagó el cuenco y la cuchara y puso ambos en el escurridor. Cómeme, gritó el pastel de hojaldre desde la mesa, muérdeme, como solían decir los chicos de su barrio.

Seguramente podría comer más si hiciera ejercicio, pero no se imaginaba a sí misma pegando botes sin parar como hacían otras mujeres. Artes marciales, si acaso. La jardinería hubiera sido una opción, pero Andy no quería que removiera ninguna parte del césped. Decía que interferiría con el sistema de riego subterráneo. Entró en el garaje adosado y arrancó su Volkswagen Golf. En opinión de

Georgina, era ella, y no Andy, la que debía haber tenido prioridad a la hora de comprar un vehículo nuevo, pues el suyo tenía ya diez años y algo de óxido en los paneles traseros de la carrocería; sin embargo, había algo que le impedía renunciar a un coche que aún funcionaba bien. Dentro de uno o dos años, aquel vehículo estaría en su salsa en su antiguo vecindario, aparcado en un camino de tierra, junto a un porche delantero hundido en el que un hombre sin afeitar, en mangas de camisa, estaría descansando en un sofá destartalado y rajado por todas partes.

A medida que avanzaba hacia la calle y se alejaba de la casa —una estructura blanca con molduras de vinilo—, se extendió frente a ella la negrura perfecta del camino de entrada, asfaltado y flanqueado por bordillos. En la superficie de terreno junto al camino estaba el sacrosanto césped de Andy, sin ninguna interrupción de arbustos, flores o malas hierbas. La puerta del garaje bajó hacia el suelo. Desde algún lugar fuera de su campo de visión, le llegó el zumbido de motosierras y maquinaria a diésel; olió el aceite quemado de motores de dos tiempos, de hombres que despejaban el camino para levantar otra casa como la suya, de excavadoras que trasladaban árboles talados a la parte trasera de solares de treinta metros de largo por sesenta de ancho. Había una auténtica fiebre constructora en la zona; todo el mundo quería vivir en aquellas hileras de gráciles curvas con casas prefabricadas impolutas y respetables.

En un campo cercano al río, unos mexicanos con machetes caminaban hacia el norte por unas hileras de cultivos, y a cada paso el lodo les cubría los pies, con lo que las botas de goma se volvían pesadas como grilletes. Los hombres llevaban cuchillos largos, tanto como sus antebrazos, y con ellos cortaban las enormes cabezas de apio —de un grosor equivalente a la mitad de su longitud— y las arrojaban a una ranchera que avanzaba junto a ellos. La dulce y picante fragancia de las hojas y semillas de apio se coló en el coche de Georgina a través de las ventanas abiertas, tan intensa que tuvo que parar y aparcar. Su abuela solía cultivar una parcela de apio detrás del granero y le había hablado a Georgina de los viejos tiempos, cuando los granjeros cultivaban hectáreas y más hectáreas del mejor apio del

mundo allí mismo. A Georgina le habría gustado que la abuela hubiera visto esto. Al igual que sus vecinas, la abuela había trabajado la mayor parte de las primaveras plantando semillas, y en el verano colocaba tablas blancas junto a cada planta para protegerlas del sol y que el apio creciera pálido y anémico, como le gustaba a la gente de Nueva York y Chicago. Aquellos hombres morenos, vestidos con botas, vaqueros y sombreros de paja, se fueron alejando de forma gradual, acompasados, mientras gritaban en español, cortando y arrojando los trozos de apio, sincronizados en una coreografía agrícola.

Cuando Georgina ya no pudo oír las voces de los hombres ni distinguir sus manos y cuellos, metió primera. A lo largo de medio kilómetro, crecían cabezas de apio a ambos lados de la carretera, columnas verdes que, después de todos esos años, habían emergido desde las raíces con fuerza suficiente para abrirse paso a través de la pesada tierra. Tras la muerte de su abuela, Georgina, que entonces tenía diez años, había preguntado a su madre por qué ya no se cultivaba apio. La madre de Georgina le dijo que la tierra se había agotado, para siempre, y que por eso los campos estaban llenos de maleza y sin cultivar, incluido el pequeño huerto que tenían detrás del granero.

Las casas que había al otro lado de los campos eran exactamente como Georgina recordaba: sencillas, pequeñas, con desconchones; construidas sobre bloques de hormigón o losas de cimentación colocadas sobre montículos de vertederos, con patios tan bajos que se inundaban después de una lluvia abundante. Georgina aminoró la marcha al pasar junto a un camino en el que cuatro niños con las piernas embadurnadas de barro jugaban a correr y darse palmadas en las manos. Incluso con el sistema de riego y el fertilizante de Andy, su nuevo césped del lado de poniente no lucía tan exuberante como estos jardines, alimentados por una capa freática a menos de treinta centímetros bajo la superficie. Esa capa lo explicaba todo sobre este lugar: por qué crecía el apio, por qué la tierra solía levantarse detrás de su antigua casa, donde un mes podía haber un valle de treinta centímetros de profundidad y al mes siguiente una pequeña loma, y por qué la camioneta de Andy, cuando Georgina llegó a donde se

encontraba, estaba empantanada casi hasta los ejes. Si no podía vivir sin la nueva camioneta, como tanto insistía, ¿por qué la había puesto en peligro al venir al río a buscar leña, de entre todos los lugares posibles? La camioneta de Andy era tan blanca como una tarta de bodas, un color puro que se antojaba fuera de lugar en ese barrio. Lo suyo sería, pensó Georgina, un blanco verdoso como el del apio que su abuela protegía del sol, o un blanco rojizo como el de los ojos enloquecidos de aquel poni que había quedado atrapado en el barro hacía una década.

Dios, hacía años que no pensaba en aquel poni. De niña, Georgina había visto coches atascados cuando chicos mayores que no conocían la zona aparcaban allí para darse el lote y luego tenían que llamar a sus padres o a una grúa para que los remolcara. Aquella niña que vivía en el cerro tenía que haberse dado cuenta de que adentrarse con el poni en esa parte del bosque después de las lluvias de primavera era tentar a la suerte. Cuando Georgina y otros muchachos de la calle oyeron el alboroto, salieron a toda prisa de sus patios traseros poblados de malas hierbas. El sudoroso poni, de un marrón violáceo, se había hundido hasta por encima de las rodillas. Chillaba y retorcía el cuello como si tratara de desprenderse la cabeza. Los ojos le giraban en las órbitas, y una espuma verdosa le salía de la boca y empapaba el cuero de la brida y las riendas, que se agitaban como serpientes de pantano.

Aunque la imagen del poni solía quitarle el sueño por las noches, había conseguido no pensar en el animal desde que se había mudado con su madre a otro barrio. Si le hubieran dado una oportunidad a Georgina, podría haber liberado al poni, pero lo único que hizo fue ver cómo se retorcía y escuchar sus chillidos, mitad animal, mitad máquina. La niña corrió hacia el cerro, con sus botas de vaquero y sus flecos de cuero, y regresó con su padre, que portaba una escopeta. Apartó a la niña antes de llevarse el arma al hombro.

—¡No, papá, no! —gritó la niña.

Georgina abrió los ojos a aquella realidad de pesadilla: el hombre ni siquiera intentó salvar a la criatura, la gente del cerro era cruel y estúpida. La niña con flequillo se tapó los ojos y Georgina vio cómo el granjero, con rostro ceniciento, reculó ante la fuerza del disparo. Más tarde, el padre y otros hombres cubrieron al poni con un montículo de tierra. Un año más tarde, el suelo volvió a estar nivelado.

Era evidente que el animal había enloquecido un poco, pero ¿acaso no era mucho mayor la locura que llevó a ese hombre a bajar del cerro con una escopeta? ¿Era aquel el mismo impulso que movió a Andy a meter su camioneta de treinta y cinco mil dólares en el fango? Noches después de que el granjero del cerro disparara al poni, Georgina seguía ideando planes para sacarlo con vida, mediante cuerdas, cabrestantes y poleas, mecanismos capaces de elevar al poni en el aire, tal vez en una hamaca hecha con sábanas. De haberlo intentado, el lodo habría soltado al poni. ¿Por qué el hombre tenía tanta prisa por sacrificar al animal sin ni siquiera pedir ayuda a la gente del río?

Georgina aparcó junto a un canal de desagüe y el coche quedó inclinado hacia un lado. Tendría que haber traído el pastel de Andy, pensó, para dárselo a los niños sucios del barrio; si eran como ella, lo partirían con las manos y lo masticarían con la boca abierta mientras se gritaban unos a otros. Al salir del coche, vio que por pocos centímetros no lo había metido en el canal de desagüe. Cruzó la carretera en dirección al bosque y a la camioneta. Si fuera marzo, en lugar de finales de agosto, las flores de la col de los pantanos asomarían por el barro como cunas de puntas rígidas y puntiagudas. Y si fuera mayo, las hojas de esas mismas coles se habrían desplegado y tendrían la misma frescura y verdor que el apio. Georgina solía agacharse y oler la col de los pantanos en primavera, y ahora lo recordaba como el olor de su propio sudor antes de usar desodorante. En verano, solía pasear por los bosques frescos y roía cebollas silvestres y raíces de jengibre del campo. Las dobles ruedas traseras de Andy habían aplastado un racimo de balsamina naranja que florecía

en el borde de la carretera. Si fuera finales de septiembre en lugar de finales de agosto, Georgina tocaría las vainas anaranjadas de la balsamina y estas explotarían contra sus dedos. Además del apio, la abuela de Georgina solía cultivar tomates, pepinos y melones en la tierra negra que había detrás de su antigua casa.

Al parecer, con las cuatro ruedas enterradas, la tracción integral no le había servido de nada a Andy. Tal vez por eso los policías llamaron por teléfono: si la camioneta hubiera sido fácil de remolcar, alguien la habría sacado ya. Andy se merecía quedarse encallado si había ido allí con la idea de robar en la tierra de otra persona; se lo merecía por pensar que esa gente no iba a impedirle que se llevara su madera. Y, sin embargo, Georgina no pudo dejar de pensar que al menos iba a intentar liberar la camioneta, como compensación por no haber rescatado al poni.

Al otro lado de la camioneta, había tres hombres en el camino de entrada de una casa con tejado de amianto, pintado del mismo color que un sorbete de lima. Uno de ellos era viejo, calvo y con la cabeza pequeña, y dos tenían más o menos la edad de Georgina y llevaban gorras de béisbol. La vivienda estaba construida de manera desigual sobre los cimientos de hormigón, era más alta por un lado. En el ventanal delantero había una grieta cubierta con cinta adhesiva que recorría todo el cristal. Junto al camino se veía un remolque hecho con la parte trasera de una camioneta de caja abierta, oxidado y lleno de madera cortada, con uno de los neumáticos desinflados. En comparación, la camioneta de Andy, con su carrocería blanca y sus ruedas negras, parecía una nave espacial. Se había hundido tanto que Georgina apenas tuvo que levantar el pie para entrar.

Todas las personas que Georgina recordaba de ese vecindario eran mutantes de algún tipo, malformados o marcados, como si la naturaleza amara tanto a cada individuo que no podía dejar que se pareciera a nadie más. Como ese anciano que estaba de pie en la entrada de su casa, con una cabeza minúscula en la que apenas cabía

un cerebro normal. La madre de Georgina, un mamut de pelo blanquecino, tenía un lunar en un lado del cuello, una gran protuberancia que parecía dispuesta a convertirse en un segundo hijo ilegítimo, una hermana para Georgina. Cuando se mudaron, lo primero que hizo la madre de Georgina fue quitarse el lunar. Delbert, un niño con el que Georgina esperaba el autobús escolar, tenía una marca de nacimiento de color frambuesa que le cubría la mitad de la cara. Una vecina estaba postrada en una silla de ruedas; una rampa larga y sin pintar, con las tablas medio sueltas, conducía a la puerta principal, y a veces la mujer se quedaba atascada a medio camino, por lo que tenía que pedir ayuda a sus seis hijos. Tras la muerte de su abuela, todo el cuerpo de Georgina se había convertido en una mutación, redondo y blando como un tumor, debido a la ingesta de todo alimento que se le pusiera a tiro. Al no tener los dulces amarillos ni los pasteles de dátiles con café de la abuela, Georgina se gastaba todo el dinero de las lombrices en galletas rellenas de nata y bollos de miel, que se comía a la salida de la tienda, junto a los contadores eléctricos. Por las mañanas, llenaba el cuenco de cereales una y otra vez: cereales azucarados, leche y después más cereales.

Por costumbre, Georgina se abrochó el cinturón de seguridad. La camioneta de Andy, que costaba más que las casas de ese barrio, arrancó sin problemas con un giro de llave; al principio lanzó un rugido, tras lo cual se ralentizó y se transformó en un gruñido bajo. Tal vez Georgina podía dirigirse hasta su antigua casa, abriendo un nuevo camino a través del bosque, sorteando los árboles a lo largo del río y regresando después en dirección sur. Sintió que algo la impulsaba hacia su antigua casa, una atracción que rozaba la nostalgia, un deseo de sentir la solidez de aquellos suelos de hormigón enmoquetados, aquel paisaje desigual y cambiante del patio trasero, el huerto de la abuela, empapado y lleno de maleza después de una noche de lluvia —la abuela, con los codos pringados de barro, se quejaba de que en aquel suelo algunas malas hierbas crecían treinta centímetros al día—. Algún propietario anterior había recortado una puerta curva entre la cocina y el salón, pero nunca la había enrasado ni había revocado los bordes. Las arañas habían construido telarañas en los huecos de las placas de pladur. La abuela decía que las arañas ayudaban a controlar las moscas, pero, en cuanto estuvo demasiado enferma para discutir, la madre de Georgina comenzó a rociar las

grietas con insecticida.

Sin embargo, ahora que el apio volvía a crecer allí, la gente no tenía que abandonar el barrio como su madre y ella. Podían cultivar huertos enormes que se regarían solos desde abajo, y las verduras les darían de comer la mitad del invierno si se envasaban y congelaban. Se podían limpiar y pintar las casas y abrir las ventanas para que entrara aquel olor agridulce a pimienta. El yeso y las placas de pladur podían rellenarse para que las arañas quedaran relegadas a los desvanes, y la vida de la gente volvería a ser tan exuberante como antes, tan fértil como cuando su abuela cultivaba apio.

Georgina ajustó el retrovisor y en él vio a Andy caminando hacia ella desde la carretera. Andy se había criado lejos del río, en el barrio al que Georgina y su madre se habían mudado cuando Georgina tenía quince años, un vecindario parecido al de su vivienda actual, donde las casas de rancho tenían contraventanas ornamentales, revestimiento de aluminio o vinilo y garajes adosados. Georgina se había besado por primera vez con él en el coche del padre de Andy, y luego habían hecho el amor con frenesí, a cada oportunidad que se presentaba, en el sótano revestido de madera de la familia de Andy. Una vez él le había roto la camisa en su afán por desnudarla. Se había dicho a sí misma que era un hombre muy pasional, pero ahora sabía que Andy la devoraba de igual manera que ella solía comerse los bollos baratos que compraba con el dinero de las lombrices: sin ni siquiera saborearlos.

Se giró para ver a Andy, que avanzaba con pasos lentos hacia ella, hundiendo las botas a cada paso. Las zapatillas de Georgina seguían limpias sobre los pedales. Ella no se había embarrado, en parte porque era más ligera que Andy, pero también porque sabía cómo colocar los pies en ese tipo de barro. Lo único que Andy veía en esa zona era madera para robar y, en noviembre, ciervos a los que disparar. Los ciervos solían pasar frente a la ventana de la habitación de Georgina, cruzando la niebla matinal como fantasmas de ponis hambrientos,

solos o en familia, de camino a beber al río. Los ciervos eran el alimento de último recurso. En temporada o fuera de ella, solo mataban uno si necesitaban la carne y después lo preparaban en la mesa de la cocina. El barro se tragaría a Andy por su ignorante egoísmo.

Las ventanillas de la camioneta estaban subidas, y Georgina cerró las puertas con el botón automático cuando Andy llegó hasta ella. Él tiró de la manilla exterior, pero Georgina apartó la mirada y toqueteó los botones de la radio, cambiando de emisora hasta que encontró una voz femenina con voz quejumbrosa en una emisora de country. Subió el volumen tan alto que no oía a Andy y apretó el botón del cierre de la puerta con un dedo cada vez que él introducía la llave e intentaba girarla. Georgina observó esa boca que no había podido dejar de besar en aquel sótano y en la cama de un hotel de México durante la luna de miel. La boca gritaba, apenas audible por la radio:

—Déjame entrar, joder. La vas a atascar más.

En el banquete de la boda, Andy y ella se habían dado mutuamente bocados de una tarta de tres pisos que Georgina había elegido entre un centenar de diseños casi idénticos. Luego habían vuelto a su mesa, cada uno con una torre de tarta blanca y pura. Georgina se comió su trozo, rebañó el plato y lamió el tenedor, mientras que Andy tomó la mitad del suyo e ignoró el resto. Más tarde, Andy golpeó el plato sin querer con un vaso de cerveza y la tarta que quedaba se desmoronó.

Georgina miró al frente, hacia el río, mientras metía primera, lo que Andy denominaba «paso de tortuga» y los hombres de ese barrio llamaban «marcha de pantano». Las ruedas comenzaron a girar por debajo de ella.

La cara de Andy estaba cada vez más roja. Georgina metió segunda. Las ruedas giraron más rápido y Georgina sintió que la camioneta se hundía. Mientras metía tercera, Andy empezó a golpear el cristal con ambos puños. En su desesperación de niño llorón parecía un hombre aún más grande de lo que era. Hacía poco más de un año, había levantado a Georgina —él con un esmoquin alquilado, ella con un vestido de encaje— y, vitoreado por su hermano y sus amigos, la había llevado hasta el aparcamiento mientras ella chillaba, cargada al hombro como si fuera una presa que él hubiera cazado en el norte. Ahora, el barro de los neumáticos delanteros le salpicaba por todas partes, en su enorme brazo izquierdo, en la mejilla, como si le lloviera tarta, una esponjosa tarta de chocolate lanzada a puñados por una novia sucia y macarra.

Georgina echó la vista atrás y vio a un policía al borde de la carretera, delgado y con los brazos cruzados sobre el pecho, seguramente el tipo que la había llamado «señora». Al lado del policía apareció el hermano pequeño de Andy, con la boca abierta como siempre, con sus brazos de mono colgando a los lados. Al parecer, el hermano de Andy venía dispuesto a sacar la camioneta atándola a la suya. Lo tenían todo pensado, salvo que no habían contado con la aparición de Georgina. Metió cuarta, a cuatro mil revoluciones por minuto. Georgina pensó en la tarta de manzana que hacía su abuela cada otoño —solía llamarla «tarta de manzana normal»— y las glándulas salivales le inundaron la boca.

Andy se apartó del lateral de la camioneta y se apoyó en un árbol, un inmenso roble de pantano que se alzaba como si fuera el tallo de apio más grande del mundo; un árbol que, de alguna manera, había derrotado a las motosierras de un millar de hombres como Andy, hombres que no sabían cultivar nada más que césped. Al otro lado de la camioneta, el hombre de cabeza pequeña observaba con paciencia, sin expresión alguna, como si viera esas situaciones todo el tiempo, como si ayer mismo hubiera visto al granjero bajar del cerro y disparar al poni de la niña, como si Georgina, el policía, Andy y su hermano fueran solo otra pandilla de memos. Georgina cerró los ojos y pisó a fondo el acelerador. A medida que las ruedas del coche

desgarraban el suelo, sintió que estaba liberando al poni. Se vio a sí misma destrozando una capa tras otra del pastel de bodas con ambos puños. Imaginó que con las grandes ruedas de la camioneta estaba cultivando, por fin, la espesa tierra negra del río que toda una generación había descuidado.

Corriendo

El sendero detrás de mi casa desemboca en un camino de tierra que lleva al lago Turtle, y en ese camino hay aparcado un Camaro, en cuyo interior se encuentra un joven con Amber, la hija de quince años de mi vecina. Estas trescientas sesenta y cuatro hectáreas, incluido el lago, fueron donadas a la sociedad de conservación de la naturaleza Audubon por un magnate de los detergentes que no tenía descendencia, por lo que ahora están protegidas como santuario de aves y humedales. La mayoría de las tardes corro por el sendero que rodea el lago, unos cinco kilómetros. Durante el día, trabajo como bióloga en la empresa fundada por el magnate de los detergentes, que ahora se dedica a la investigación de productos farmacéuticos, y vivo en una casa que la compañía nos ha ofrecido a mi marido y a mí para atraernos a Michigan. Mi marido es químico y mi investigación actual se centra en la fase de ensayos con animales de un medicamento prometedor para prevenir el cáncer de mama.

Cuando cruzo el camino de tierra, paso a menos de tres metros del Camaro, pero ni Amber ni el chico se fijan en mí. Los adolescentes ignoran a las mujeres casadas de más de treinta años siempre que no sean sus profesoras, sus madres o las madres de sus amigos. Aquí los adolescentes no hacen otra cosa que enrollarse en los coches —a veces incluso se atreven a bañarse en el fango—, pero a mí me interesan mucho más los pájaros, salvo en el caso de Amber. Tiene el pelo largo, liso y de color limón, un tinte chillón que se ha puesto hace poco, quizá para incomodar a su madre. En este momento, tiene la nuca pegada contra la ventanilla del lado del pasajero, y la cara y los dedos ocultos por el joven al que agarra por la espalda y el pelo. Anoche me fijé en esas uñas maltratadas, de esmalte oscuro y agrietado; alguna vez he oído a su madre, Jackie, que le insiste en que no se muerda las uñas. La madre le ha ofrecido treinta dólares si deja de mordérselas durante un mes.

Durante las últimas semanas, machos de mirlo de alas rojas han estado marcando el territorio, y es lo que están haciendo ahora mismo; se posan en los zumaques y en las espadañas del año pasado,

se comunican con chillidos a través de la marisma, exhiben sus charreteras rojas y ondulan los hombros para que su colorido dibujo palpite. Las hembras, de tonalidades marrones, picotean las semillas cercanas. Parecen desinteresadas, pero pronto se animan y eligen pareja. Las hembras construyen los nidos cerca del suelo.

Mi marido y yo no deseamos tener hijos, aunque últimamente no me he sentido del todo convencida de esta decisión. Cuando mi marido adopta una postura, tiende a defenderla a capa y espada. («¡Piensa en todo lo que nos vamos a ahorrar en la matrícula de la universidad!», le dijo a su hermana por teléfono hace poco, a modo de respuesta jovial a una de las críticas de mi cuñada. «Alégrate. Así podremos dejar nuestra fortuna a tus hijos.») Pero me preocupa que, si expreso dudas, él cambie de opinión de repente y su deseo de tener hijos sea tan grande como el de no tenerlos ahora.

Jackie, la madre de Amber, tiene una hija pero no marido. Si conozco a Jackie es porque siempre se muere de ganas de hablar de Amber en el momento en que la chica se va al instituto, y yo siempre estoy sentada fuera —salvo cuando hace un tiempo de perros— tomando café y observando los comederos de pájaros desde el banco que fabricó mi marido para mí. Esta mañana, desde lados opuestos del cercado, Jackie y yo observamos a Amber subir al autobús.

—Quedan dos semanas para que acaben las clases —dijo Jackie—. Una falta más y suspende el semestre.

Jackie vestía su bata de rizo y me fijé en el rectángulo del bolsillo, donde llevaba una cajetilla dura de tabaco. Después de que Amber se fuera al instituto, Jackie solía volver a la cama.

—Son muy estrictos en ese instituto —dijo Jackie—. Diez faltas y

te suspenden.

—Sí que lo son —dije. A mí me gustan las normas estrictas.

—Anoche le encontré cigarrillos en la mochila.

Podría haberle dicho a Jackie que los hijos de padres fumadores suelen fumar. Podría haberle dicho que rebuscar entre las pertenencias de su hija destrozará la confianza que tienen entre ellas. Sin embargo, como no soy madre, asentí con la cabeza y tomé un sorbo de café.

—Me dijo que eran de una amiga. Que se los llevaba a una amiga.

Antes de dejar de fumar, el mejor cigarrillo del día era siempre el primero, el que me tomaba a esa hora con el café, después de que mis pulmones se hubieran limpiado durante el sueño.

—Piensa que me lo voy a creer —dijo Jackie—. ¿Se cree que soy tonta?

Meneé la cabeza en señal de complicidad. La crianza y la educación de los hijos parecen tareas abrumadoras, mucho más difíciles que dejar de fumar y seguir un programa de ejercicios.

Al cruzar al arroyo que alimenta el lago Turtle, se oye el tableteo del puente de madera y metal. Antes de llegar a la desembocadura, el arroyo serpentea a través de una marisma, donde a veces veo garzas

cenizas y, en un buen día, especies menos comunes como garcitas verdes y colimbos. Durante el recuento de aves de la migración de primavera, mi marido y yo avistamos un pato joyuyo posado en una rama muerta sobre el agua. Su dibujo arlequinado —verde, azul, bermellón y blanco— parecía un mapa del mundo. ¿Y por qué no iba a estar el mundo dibujado en un pato? ¿Y por qué no en un pato que fue cazado casi hasta la extinción a principios de siglo, probablemente por las mismas personas que más lo admiraban, las personas que deberían haber cuidado de su supervivencia? Si una hembra de esta especie construye un nido con aspecto seguro, a tres metros del suelo y en un buen árbol, otras hembras se acercan y ponen los huevos en él, razón por la que a veces se ve a una hembra al frente de hasta cuarenta patitos de plumaje suave en dirección al agua. Sin embargo, con tantos depredadores, muchos no sobreviven al viaje.

Cuando estoy a la misma distancia de mi casa que del coche del novio de Amber, me encuentro con un macho y una hembra de ánade real en la hierba. La hembra agita las plumas de la cola. El macho se aproxima a ella, sin llegar a tocarla. Cuando paso, los patos se mueven nerviosos y hacen una pausa en su ritual. Hace unos días, en este mismo lugar, dos machos de ánade real estaban saltando sobre una hembra, casi aplastándola. La hembra se escabullía por debajo y avanzaba, pero, antes de que pudiera tomar impulso para emprender el vuelo, uno de los machos volvía a saltar sobre ella.

La cara de mi vecina Jackie siempre parece cansada, pero tiene unos bonitos ojos oscuros y unos dientes rectos, muy blancos en contraste con su piel bronceada. Quizá no sepa que la luz artificial de los centros de rayos uva puede hacer casi tanto daño como la del sol. Tiene una figura esbelta, como la que yo pensé que conseguiría haciendo ejercicio. A principios de esta semana le pregunté:

—¿Cómo haces para estar tan en forma?

Tiene las uñas largas, pintadas de rojo siempre; las mías están cortas y sin arreglar.

—Recuerda que trabajo de camarera. Me parto el lomo en turnos de ocho horas. —Apagó un cigarrillo en la parte superior del cercado y aplastó la colilla en la hierba—. Qué bonitos, esos pájaros amarillos.

Señaló hacia las aves con una inclinación de la cabeza. He leído que cuando les cuesta encontrar comida, algunos progenitores estresados alimentan a las chillonas crías con trozos de plástico y colillas.

Esta semana han aparecido media docena de jilgueros macho en el comedero de tubo y alrededor de él, y su color grisáceo invernal se ha transformado en amarillo radiante. Los jilgueros se reproducen tarde en la temporada y optan por varias nidadas al año o por esperar hasta agosto, o incluso septiembre, para hacer el nido. El año pasado tuvimos una tormenta de hielo temprana en octubre que mató a un grupo de crías de jilguero especialmente tardías en nuestro patio lateral. Como las hojas aún no se habían caído, el peso del hielo dobló árboles y arbustos hacia el suelo, y una noche oímos los estallidos de las ramas que se rompían en el bosque de detrás de nuestra casa. A la mañana siguiente, mi marido y yo apartamos la aguanieve con una pala y enterramos a los polluelos, con nido y todo. Durante una semana, no caminé en el bosque por miedo a encontrar más pájaros —u otros animales— muertos.

Jackie le ha impuesto a Amber un toque de queda en las noches entre semana, a las nueve, pero como trabaja en turnos de tarde, a menudo no está en casa para asegurarse de que lo cumple. Cuando conocí a Jackie, pensé que era mayor que yo, pero solo tiene treinta y dos años, lo que significa que tuvo a Amber a los diecisiete. Las arrugas prematuras son otra buena razón para no fumar.

Correr, como fumar, es algo que he dejado y retomado decenas de veces, pero no he fumado desde que nos mudamos a esta casa y además he corrido con más regularidad. En el instituto, me apunté a la extraescolar de debate y a la de ciencias, pero debería haberme metido en el equipo de campo a través, porque tardé una década en aprender lo que el entrenador y el profesor de gimnasia me habrían enseñado en una temporada, sobre cómo correr y sobre mi cuerpo. Cuando tenía la edad de Amber, no era guapa, y mi verdadera preocupación era conseguir una beca en una buena universidad, así que quizá no fuera de extrañar que no tuviera novios.

Salvo por los castigos ocasionales, es evidente que Amber no participa en ninguna actividad extraescolar.

—¿Amber no está apuntada a ninguna extraescolar? —pregunté, sorprendida.

Su madre me miró desconcertada y exhaló humo.

—¿Y a qué tendría que apuntarse?

Me encogí de hombros y observé cómo el cigarrillo volaba hasta la cerca. Fumar había sido mi único vicio, así que me costaba no echarlo de menos.

—¿A algún deporte? —sugerí—. ¿Debate? ¿Teatro?

Fui consciente de lo estúpido que le sonaba esto a Jackie antes incluso de acabar la frase. Es obvio que, aunque tenía inteligencia de sobra para aspirar a todo en los estudios, Jackie se había aburrido en el instituto y no veía ninguna razón para fingir lo contrario. Seguramente tuvo novios mayores, se acostó con ellos y fumó marihuana. Si la hubiera conocido entonces, habría sentido hacia ella una mezcla de superioridad y envidia, que es más o menos lo que siento ahora.

En el punto en que el sendero se vuelve a acercar al agua, veo otra pareja de ánades reales flotando. Es asombrosa la diferencia entre los dos sexos en algunas aves. En el caso del ánade real, el macho presenta un color verde iridiscente en la cabeza y la hembra es de un marrón uniforme. El macho necesita esa coloración para que las hembras se fijen en él y la hembra se vale de su camuflaje: se arranca las plumas para forrar el nido, ya que después no podrá protegerlo de mapaches, cuervos y serpientes. En lo alto, hacia el este, un zopilote cabecirrojo planea en círculos; el número de buitres está aumentando en Michigan, en parte porque comen animales atropellados, que en esta época del año digieren parcialmente y vomitan para dárselos a sus crías. Los dos sexos se parecen. Los ornitólogos dicen que los nidos de los buitres son calurosos y huelen mal.

En la orilla del lago hay una bolsa blanca de supermercado medio sumergida que probablemente ha traído el viento. En esa zona, cerca del puente de madera y metal, vi un plástico rígido de un pack de almuerzo con queso y galletas, de esos que no tienen los nutrientes que necesita un niño en la comida, según dijeron asociaciones de consumidores hace poco. Cuando tengo tiempo los fines de semana, vengo a este lugar a recoger envoltorios de comida rápida, vasos y, de vez en cuando, preservativos usados. Basta un pequeño esfuerzo mío para que el sitio se mantenga relativamente limpio, lo que además quizá contribuya a evitar que más gente arroje basura. Al llegar al tramo final, veo a Amber salir del coche y subir corriendo el camino que lleva a nuestras casas. El sol se está poniendo, así que deben de ser casi las nueve. Jackie estará en casa o llamará a casa desde el bar para ver cómo está Amber. Anoche llamó a mi casa.

—Perdona que te moleste —dijo. Además de su voz, que sonaba con una claridad sorprendente, se oían de fondo música, gritos, tintineo de vasos y el choque de bolas de billar.

—No me molestas. ¿Necesitas algo? —Mi marido se había quedado dormido en el sofá con el nuevo número de Science sobre la cara.

—Sé que es tarde, pero ¿podrías ir a mi casa a ver qué tal está Amber? —Hizo una pausa para dar una calada al cigarrillo y casi pude saborear el humo—. El teléfono lleva cuarenta minutos comunicando, igual lo ha descolgado.

—Voy a ver. Llámame en diez minutos.

El salón de su casa estaba poco iluminado y las cortinas estaban echadas. Cuando llamé a la puerta principal, casi podría jurar que oí cómo se abría y se cerraba la puerta trasera, y que alguien salía corriendo por detrás de la casa, hacia el sendero de tierra.

—Mi madre está en el trabajo —dijo Amber. Había tardado más de un minuto en abrir la puerta.

—Lo sé. Me ha llamado para que venga a ver cómo estás. Tenías el teléfono comunicando.

—Mi madre no se fía de mí.

Lo dijo con total naturalidad. El esmalte negro se le había desprendido casi por completo de las uñas cortas y rajadas. Tenía las cutículas agrietadas y, en algunos dedos, la piel de las cutículas estaba roja y ligeramente hinchada, como por una infección. ¿No había pomadas con olor a cáscara de pomelo? ¿No había un psicólogo de la escuela al que pudiera acudir? ¿Cuánto dinero hacía falta para que dejara de maltratarse a sí misma? Alguien tenía que hacer algo. Me dieron ganas de zarandearla por los hombros y gritarle a la cara: «¡Para ya, idiota, o vas a acabar embarazada!».

Sin embargo, solo dije:

—Tu madre estaba preocupada.

Amber se encogió de hombros y empezó a mordisquear un padrastro del dedo corazón, pero enseguida se detuvo. Bajó la mano, apretada en un puño, y se quedó rígida, esperando a que me fuera. Era tan alta como yo, pero parecía musculosa, fértil y, a pesar de los dedos mutilados, segura de sí misma. Me recordaba a las chicas de los equipos del instituto, esas jóvenes de pasos elásticos que caminaban por el centro de los pasillos, chicas que, incluso con quince y dieciséis años, pensaban que tenían un dominio absoluto de sus cuerpos.

—Se me habrá descolgado sin querer el teléfono —dijo.

—Me ha dicho tu madre que tienes problemas con las matemáticas —le dije. Me latía el corazón como si estuviera presentando unos hallazgos científicos a mis superiores y estos pusieran en tela de juicio mis propias investigaciones anteriores—. Puedo ayudarte con las matemáticas. O con otras asignaturas. Me encantaría ayudarte. En

serio, Amber.

—Gracias. Si eso, ya te avisaré.

Sonó condescendiente y al mismo tiempo desconfiada, y, de camino a casa, me dije que me alegraba de que no aceptara la ayuda, porque las clases particulares me quitarían el poco tiempo que tengo con mi marido por las tardes. No salimos al cine ni al teatro tan a menudo como nos gustaría. Amber no se da cuenta de que voy detrás de ella ahora mientras corre.

El joven del Camaro sale del lugar en el que estaba aparcado; demasiado rápido, en mi opinión. Si de verdad quisiera a Amber, esperaría un minuto hasta ver cómo desaparece su figura por el sendero del bosque. Sin embargo, hace chirriar las ruedas del coche en dirección al asfalto, escupiendo grava, sin mirar atrás para vernos a mí o a Amber, que aletea con los brazos al correr de manera descontrolada mientras su pelo reluciente sube y baja. Calza unas sandalias de cuero pesadas y sueltas; en su día llevé unas sandalias parecidas, hechas con bandas de rodadura de neumáticos. Hoy llevo las mejores zapatillas técnicas de correr que he tenido nunca, diseñadas para el exceso de pronación.

Amber viste unos pantalones de campana que se le suben mientras corre, lo que, junto con las aparatosas sandalias, la ralentiza. Me choca la torpeza de la juventud, porque ciertamente Amber es más fuerte que yo. Aunque mueve el cuerpo con soltura, sin apenas esfuerzo, no tiene ni la más remota idea de lo que es correr.

Podría enseñarla a respirar y a dar las zancadas, a contener los brazos para no malgastar energía, a llevar prendas cómodas. Si quisiera apuntarse a la extraescolar de debate, la ayudaría a elaborar

argumentos consistentes y a realizar las investigaciones necesarias. En este momento, quiero compartir con esa chica todo lo que he aprendido —sobre los hombres, sobre el álgebra, sobre el cáncer de mama—, pero a ella no le interesa, y, en cualquier caso, me rompería el alma con ese pelo chillón y esas uñas mordidas, y con su afición por salir con chicos que no la aprecian. Acelero un poco para reducir la distancia que nos separa, aunque no lo suficiente como para alcanzarla. No advierte que voy detrás de ella y recorremos juntas el camino que nos lleva a nuestras respectivas casas.

Cuidar de los O'Leary

El monstruoso edificio de dos plantas se alzaba ante ellos, en la distancia, con un tejado de un humillante azul chillón: Barb había tenido que coser cuatro lonas de vinilo superpuestas para evitar que las inclemencias del tiempo penetraran en las habitaciones, al menos hasta que Martin y ella pudieran comprar los materiales necesarios y terminar de poner las tejas. La casa fue desapareciendo detrás de los árboles a medida que se acercaban al camino de entrada. ¿Y si seguían por la carretera, se preguntó Barb, en vez de dirigirse hacia aquella ruina dejada de la mano de Dios? ¿Y si, en lugar de ir a la casa, conducían hasta un descampado? Al caer la noche, ella se desnudaría, se tumbaría en la fría plataforma metálica de la camioneta y atraería a Martin para que se subiera sobre ella. ¿Y si se abalanzaba contra Martin en ese preciso instante y lo empujaba contra la puerta del conductor? De esta forma, el volante giraría para desviar la camioneta hacia los árboles o para estrellarla contra la sala de estar de otra casa.

Lamentablemente, la ruina dejada de la mano de Dios a la que regresaban era su hogar y les estaba esperando Rebecca, de trece años. Se levantó grava al girar hacia el camino de tierra, que tenía unos cuatrocientos metros de largo. Barb pensó en las pobres criaturas —zarigüeyas, ardillas, gatos y perros— que podían morir atropelladas bajo sus ruedas. Mientras maniobraba entre los baches, Martin posó una mano en una pierna de Barb y apretó. Aunque hacía un momento Barb había sentido ganas de apretujarse contra él, ahora se puso rígida al sentir el contacto de aquella mano.

—¿Qué pasa, Barbie?

—¿No vas un poco rápido?

—¿Quieres conducir tú? —preguntó él, retirando las manos del volante.

—Ten cuidado. —Era consciente de lo mal que sonaba, pero quería que él aminorara la velocidad y prestara atención al camino.

—Te preocupas demasiado —dijo Martin, frenando un poco—. Oye, no has visto murciélagos por aquí, ¿no?

Barb no había visto ninguno. El coche avanzó dando leves botes sobre la grava hacia la vivienda, que había pertenecido a los padres de Martin y, previamente, a sus abuelos. Antes vivían en una casa en la que el perro no salía de un patio trasero vallado. A Barb le gustaba aquella casita de ladrillo, ubicada junto a la oficina de correos, a poca distancia de la consulta del dentista, donde trabajaba de nueve a tres. Rebecca tenía media docena de amigos en las calles cercanas y Martin iba andando a la biblioteca después de cenar casi todas las tardes. Al principio, Barb se había inquietado por vivir enfrente de la funeraria, pero los Hermanos Peas resultaron ser unos vecinos agradables y tranquilos. Entonces murió la pobre madre loca de Martin y el padre les ofreció la gran casa familiar, junto con su ridícula deuda con el fisco; ridícula porque el señor O'Leary podría haber pagado los impuestos de los últimos cuatro años, pero no se había dignado a hacerlo. Martin no quería perder aquella casa ruinosa, así que no quedó otra opción que abandonar la vivienda de la ciudad, con sus jardineras y su moqueta. Ahora, Barb se preguntaba cada día si no había cedido con demasiada facilidad.

Los faros iluminaron un par de ojos metálicos de color rojo junto al camino. Demasiado cerca del suelo, no podía ser Muffin, así que con toda probabilidad se trataba de un conejo, tan propensos a precipitarse delante del coche como a no hacerlo. Cuando tuvieran algo de dinero y tiempo libre, Barb pensaría en cómo colocar algún tipo de barrera, una alambrada tal vez, a lo largo del camino de entrada..., aunque, claro, antes tenían que terminar de revestir el tejado y otros diez proyectos más. Martin examinó los árboles mientras recorría el camino, en busca de murciélagos. Había

comentado que quería poner unas cajas para murciélagos. El centro de naturaleza le iba a dar un folleto con instrucciones para construirlas.

Había un coche aparcado en el sitio de Martin y, aunque Barb dijo: «Hay alguien aquí», Martin esperó hasta el último segundo para desviar la atención de los árboles y dar un volantazo para no chocar. Era un Toyota viejo con matrícula de California y el parachoques trasero abollado.

—¿Quién será? —Martin detuvo el coche con un chirrido.

Barb se bajó e hizo rotar los hombros.

—Quizá sea un amigo de Becky —dijo, aunque no le hacía gracia la idea de que Rebecca tuviera amigos con coches registrados a tres mil kilómetros de distancia.

Caminaron por el sendero de piedra que llevaba a la casa. Martin apenas había cambiado desde que se besaron en la parte trasera de su primera camioneta. Trabajaba en el mismo taller de venta y reparación de motores pequeños, a medio camino entre la casa y la ciudad, aunque ahora era el encargado.

—Cajas de murciélagos —volvió a decir Martin, cogiendo la mano de Barb y balanceándola.

A Barb no dejaba de sorprenderle lo competente que era Martin en cada tarea que emprendían en la casa, aunque otra cosa era lograr que terminara un trabajo antes de empezar otro.

Entraron en la cocina y vieron a dos chicas con sendas sillas arrimadas a la encimera. Cuando las muchachas volvieron de forma simultánea sus caras redondas hacia ella, a Barb le pareció que se abría un agujero en el suelo. Dos narices bonitas, dos cabezas rubias con el corte de pelo recto a la altura de los lóbulos de las orejas. ¿Dos Rebeccas? Martin se adelantó a Barb y abrió los brazos.

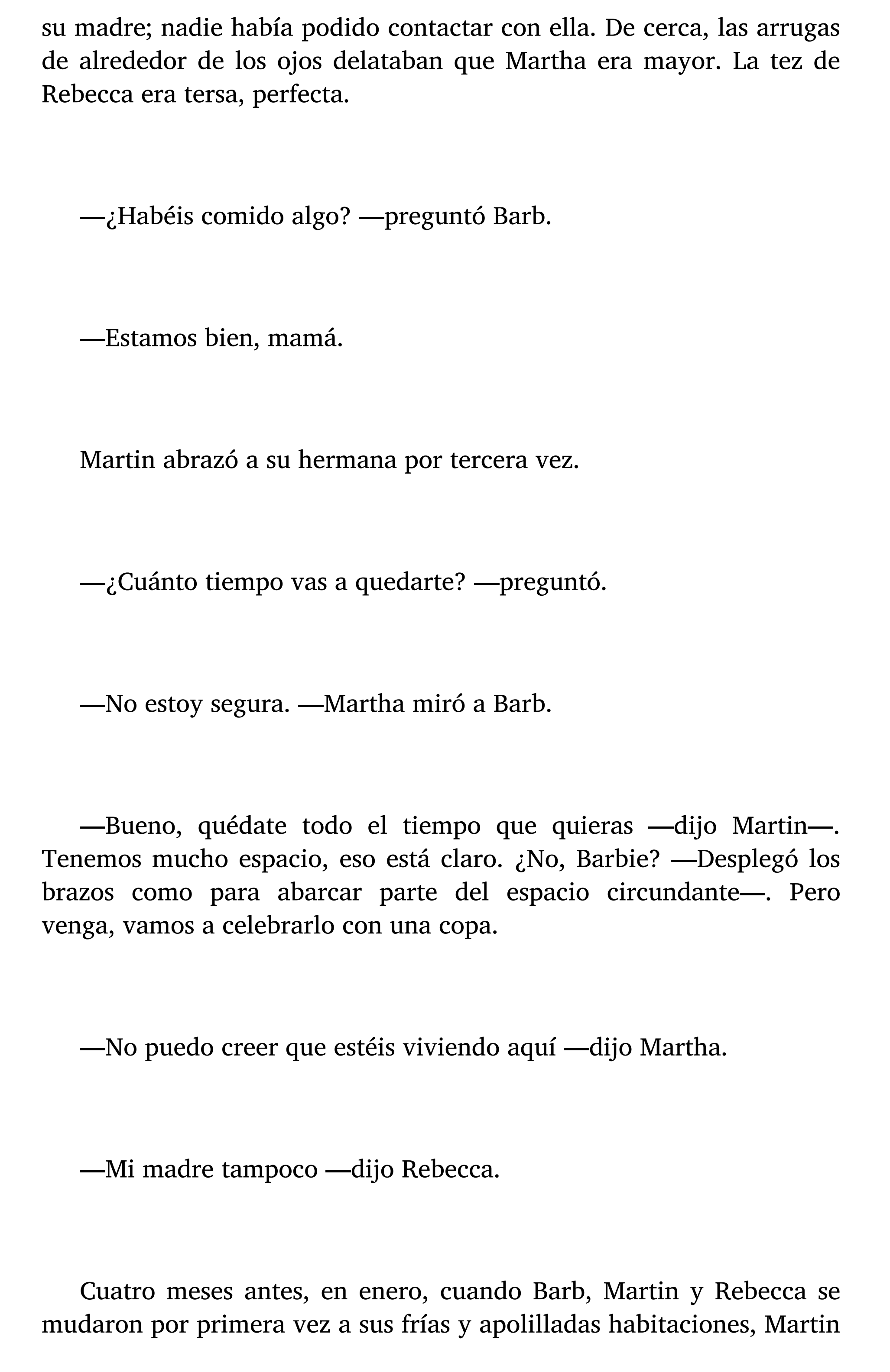
—¡Martha Maremoto! ¿De dónde sales?

—De Los Ángeles —dijo Martha con voz aguda mientras Martin le cortaba el aliento con el abrazo.

—¿Por qué no has llamado? —Martin la soltó, pero al momento volvió a estrujar a su hermana pequeña.

Martha sonrió a Barb por encima del hombro de Martin y la saludó con la mano. La sorpresa de Barb se convirtió en vergüenza por tener una invitada en la cocina, por más que se tratara de su cuñada. No había sido Barb, precisamente, quien había dejado manchas en las baldosas del suelo o descuidado la pintura de los marcos de las ventanas durante cincuenta años, ni tampoco quien había desgastado la porcelana del fregadero hasta dejar al descubierto el hierro fundido. Y Barb nunca habría permitido que los fuegos de la cocina estuvieran encendidos tanto tiempo como para grabar marcas en el techo.

Por un momento, Barb pensó que su hija sostenía un cigarrillo entre dos dedos con uñas de esmalte rojo y descascarillado, pero enseguida reparó en que el brazo pertenecía a Martha. El humo ascendía hacia el techo de tres metros, donde quedaba suspendido como una telaraña. Martha ni siquiera había vuelto para el funeral de


su madre; nadie había podido contactar con ella. De cerca, las arrugas de alrededor de los ojos delataban que Martha era mayor. La tez de Rebecca era tersa, perfecta.

—¿Habéis comido algo? —preguntó Barb.

—Estamos bien, mamá.

Martin abrazó a su hermana por tercera vez.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —preguntó.

—No estoy segura. —Martha miró a Barb.

—Bueno, quédate todo el tiempo que quieras —dijo Martin—. Tenemos mucho espacio, eso está claro. ¿No, Barbie? —Desplegó los brazos como para abarcar parte del espacio circundante—. Pero venga, vamos a celebrarlo con una copa.

—No puedo creer que estéis viviendo aquí —dijo Martha.

—Mi madre tampoco —dijo Rebecca.

Cuatro meses antes, en enero, cuando Barb, Martin y Rebecca se mudaron por primera vez a sus frías y apolilladas habitaciones, Martin

no paraba de recorrer el pasillo gritando: «¡Fijaos cuánto espacio!», y abría los brazos de par en par. Rebecca iba detrás, cantando: «¡Dadme espacio!»; luego se habían puesto a bailar y ondear los brazos a modo de celebración de la decadencia que los rodeaba, como si fueran miembros de una tribu de trastornados. A Barb le gustaba el tamaño de su anterior casa; allí sabía en todo momento qué habitaciones ocupaban su hija y su marido. Siempre que habían visitado a los padres de Martin, en esta misma casa, se había sentido incómoda en esos cuartos enormes y llenos de telarañas, con las paredes sucias, por no hablar del modo en que el señor O'Leary coqueteaba con ella, como si no fuera su nuera, sino una camarera. Después de enterrar a su mujer, el señor O'Leary metió en cajas lo que quiso, dejó todo lo demás y se mudó a Florida, donde, según dijo, se iba a dedicar a conquistar viudas ricas.

Una vez que acomodaron a Martha en la más limpia de las habitaciones vacías, Barb se tumbó en la cama y se quedó mirando un listón iluminado por la luna que asomaba en la pared. Si lo empujaba con la mano, el yeso se desmoronaría y se vería hasta el baño. En el lado contrario del cuarto, había agujeros que daban a la escalera. Olía a moho; mañana volvería a rociar con desinfectante. Martin se giró mientras dormía, se acurrucó contra ella y la rodeó con un brazo. Ella se acomodó para estar más cerca de él y luego permaneció quieta, despierta, mientras sentía que el cuerpo de Martin la envolvía como una pequeña y cálida morada.

La siguiente vez que se despertó, Martin se había dado la vuelta, ocupaba dos tercios de la cama y roncaba en un estado de dicha particular. Barb oyó crujidos por toda la casa. Nada más mudarse, descubrieron familias de ardillas rojas en el ático, pero Barb pensó, medio dormida, que los ruidos que escuchaba ahora seguramente eran los fantasmas de los antepasados O'Leary, tan ruidosos que el otro mundo no era capaz de contenerlos: fantasmas ebrios, que se daban palmadas en la espalda y se emocionaban de forma desmesurada, que aullaban con sus propios chistes —como el padre de Martin—, mientras los brazos de sus esqueletos chasqueaban al darse codazos de complicidad.

La madre de Martin, la pobre señora O'Leary, había estado anestesiada por los fármacos desde que Barb la conocía, y vagaba por la casa arrastrando sus gruesas extremidades, como una esposa sumisa a la que le faltara un tornillo. En una ocasión, Barb había visto a la señora O'Leary llevar un cenicero a la cocina y verterlo en la olla del guiso de carne en lugar de en el cubo de la basura que había junto a los fogones. Barb extrajo las colillas de la olla y no dijo ni una palabra. Durante años, la señora O'Leary había guardado el agua de las patatas, primero en tarros, y luego en cubos de veinte litros. Estaba llena de vitaminas, le explicó a Barb con unos labios pintarrajeados de un tono anaranjado que no favorecía nada a su tez.

—¿Por qué no los tira? —le preguntó Barb a su suegro, antes de que la señora O'Leary muriera. Es posible que casarse con un miembro de esta familia fuera la causa de la perdición de la señora O'Leary.

Barb había visto fotos de su suegra de joven, con un aspecto tan normal como el de la propia Barb.

—Eso es cosa suya —había dicho el padre de Martin—. Que haga lo que quiera. —Cuando Barb se dio la vuelta, el hombre alargó la mano y le pellizcó el trasero—. Jiji —dijo, como un demonio retrasado.

Cuando la señora O'Leary murió, había veintidós cubos de agua de patata con moho en la enorme cocina. Barb había pasado la fregona todos los días desde que se mudaron, tratando de eliminar las marcas circulares que habían dejado los cubos en aquel suelo de linóleo blanco que imitaba el ladrillo. Sustituir las baldosas de ese suelo tan grande era una obra que aún no podían permitirse, pues tenían por delante otras prioridades más urgentes, como la colocación de las tejas. Ahora Barb tenía que asegurarse de que Martin no se distrajera

con la fabricación de cajas para murciélagos. Cerró los ojos y escuchó la respiración suave y relajada de Martin.

Barb estaba levantada a las seis y media y tenía preparadas las tostadas francesas para cuando llegó a la mesa Rebecca, con su piel tersa, sus labios casi rojos y su nariz fina y elegante. ¿Cómo había surgido de ella una criatura tan exquisita? Rebecca era más alta que ella y ya había alcanzado a Martha, lo que hizo que Barb se sintiera en cierto modo culpable, como si hubiera permitido que la niña creciera demasiado rápido.

—Mamá, deja de mirarme. No puedo comer así.

A Barb le pareció que aún podía ver el humo de Martha en el aire desde la noche anterior. Se quedó mirando el techo, con miedo a que se cayeran los desconchones de pintura, que seguramente contenía plomo.

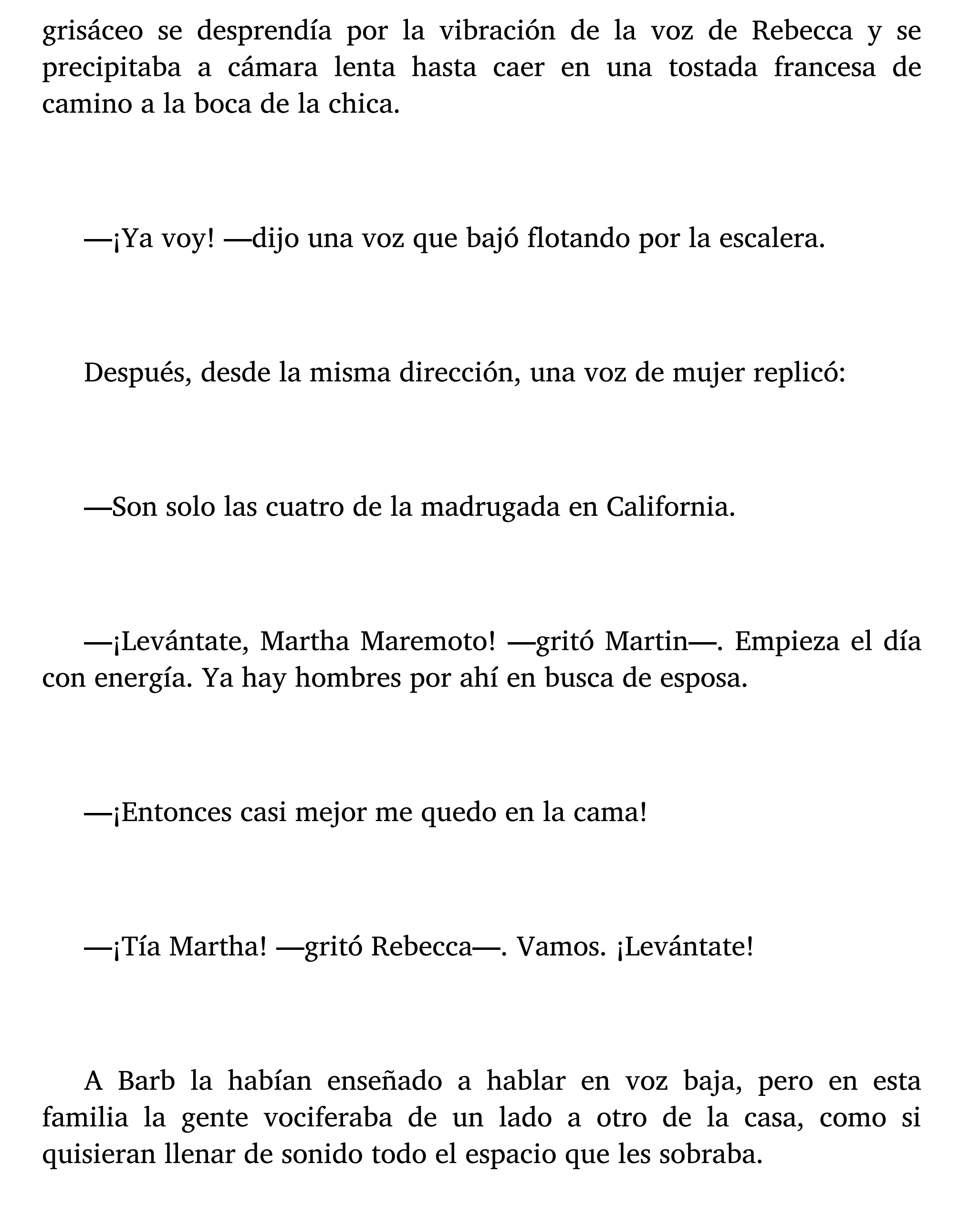
—¿Y papá? —preguntó Rebecca.

—Se está levantando.

Rebecca se giró y gritó:

—¡Papá, date prisa!

—No grites —dijo Barb. Imaginó que un trozo de pintura azul



grisáceo se desprendía por la vibración de la voz de Rebecca y se precipitaba a cámara lenta hasta caer en una tostada francesa de camino a la boca de la chica.

—¡Ya voy! —dijo una voz que bajó flotando por la escalera.

Después, desde la misma dirección, una voz de mujer replicó:

—Son solo las cuatro de la madrugada en California.

—¡Levántate, Martha Maremoto! —gritó Martin—. Empieza el día con energía. Ya hay hombres por ahí en busca de esposa.

—¡Entonces casi mejor me quedo en la cama!

—¡Tía Martha! —gritó Rebecca—. Vamos. ¡Levántate!

A Barb la habían enseñado a hablar en voz baja, pero en esta familia la gente vociferaba de un lado a otro de la casa, como si quisieran llenar de sonido todo el espacio que les sobraba.

Martin apareció en la mesa diez minutos más tarde, con un uniforme hospitalario de color verde. Martha apareció poco después, envuelta en un albornoz raído de franela.

—Martha, ¿quieres una tostada francesa? —preguntó Barb.

—Oh, no, solo café. Ya me lo pongo yo. —Bajo esa luz, Barb reparó en los semicírculos oscuros que tenía Martha bajo los ojos azules, como moretones antiguos.

Cuando Rebecca terminó de comer, se colocó en el regazo de su padre, de lado, para hablar con Martha. Martin se llevaba a la boca las tostadas francesas por detrás de Rebecca, sujetándole el pelo para que no le cayera el sirope. Martha parpadeaba a cada momento para no quedarse dormida. Como al albornoz le faltaba el cinturón, juntaba repetidamente los laterales para tapar el escote. Habría sido injusto por parte de Barb desear que su hija no hubiera heredado esos huesos de formas estilizadas, casi demasiado femeninas para Martin, pero espectaculares en el caso de su hermana. Martha se había casado con un pendenciero adicto a las drogas del que ya se había divorciado, y ahora, con treinta y tres años, ni siquiera tenía una dirección postal. La hermana mayor, Suzanne, se había suicidado hacía cinco años. ¿Estaban escritos sus destinos en el tuétano de aquellos gráciles huesos?

Después del trabajo y antes de la cena, Barb fregó el suelo de la cocina y, al levantar la vista, observó que el reloj marcaba las 17:02. Buscó a Rebecca frente a la puerta trasera y en el comedor. Inspiró como si fuera a gritar, pero en última instancia dejó a un lado la fregona y subió las escaleras. La puerta de la habitación de Rebecca estaba abierta, pero ella no estaba allí. Barb llamó a la habitación que ocupaba Martha.

—Entra —gritó Martha—. No hace falta que llames a la puerta.

Martha estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, junto a

Rebecca, que manejaba un taco de sobres.

—Mira, mamá, cartas de amor de novios de la abuela. Las encontramos en la pared.

—¿Del abuelo? —preguntó Barb.

—No. De otros hombres —dijo Rebecca—. Uno era soldado.

Martha puso cara de aprobación, como si las cartas de otros amantes confirmaran, o tal vez aumentaran, el valor de su pedigrí compartido.

—Rebecca —dijo Barb—. Muffin lleva dos horas fuera y tu padre va a llegar a casa en unos minutos.

—Papá no va a atropellarlo.

—Rebecca, ya lo hemos hablado antes. Si le pasara algo a Muffin, te sentirías fatal.

Barb volvió a la cocina y dio unas últimas pasadas al suelo. Había logrado maravillas al principio, pero, por mucho que trabajara ahora, la mejora era siempre minúscula. Lo mismo ocurría con los suelos de madera del resto de la casa. Los había fregado y abrillantado, pero había que lijarlos y darles un nuevo acabado. También tenían que raspar las paredes y los techos de la planta baja y enlucirlos. Había

que tirar las paredes de la mayoría de las habitaciones del piso de arriba y reconstruirlas con pladur. Y todo ello tenía que salir de sus salarios. Barb se quedó paralizada, con la fregona en la mano. Si caía una lluvia intensa, el agua se colaría bajo las lonas azules del tejado e inundaría las habitaciones.

Cuando levantó la vista, Rebecca estaba de pie en la puerta de la cocina y llevaba a Muffin con una correa.

—¿Mamá? —preguntó—. Tienes cartas de amor, ¿no?

—Tenéis mucha suerte —dijo Martha durante la cena. Barb había insistido en que cenaran en el comedor en vez de en la cocina. Martin había traído una botella de vino.

—¿Por tener la casa, quieres decir? —preguntó Martin.

—Y por tener una hija como Becky. Ojalá pudiera tener una hija así sin tener que encargarme de un bebé. Ojalá pudiera dar a luz y después, ¡bum!, que ya tuviera esta edad. Nada de llantos ni de dar el pecho, aunque tal vez la parte de dar el pecho estaría bien. —Martha le guiñó un ojo a Barb—. Esta es la hija que quiero. Inteligente. Que sepa cuidar de sí misma. Mira esa cara. Se parece a ti, Barb.

¿Lo decía en broma?, pensó Barb.

—No es habitual tener los ojos castaños con el pelo rubio. Yo antes tenía el pelo rubio, pero ahora me salen estas raíces oscuras. —Martha colocó las manos a ambos lados de la raya del pelo e inclinó la cabeza

para demostrarlo. Luego pasó el brazo por el cuello de Becky y la estrujó—. No te avergüences de ser guapa, sobrina.

—Es un bellezón, ¿a que sí? —dijo Martin—. Igual que su madre. —Martin le dedicó un guiño a Barb.

Barb le devolvió una sonrisa. Como siempre, agradecía los cumplidos de Martin, pero no podía evitar pensar que le salían con demasiada facilidad.

—Basta ya —dijo Rebecca, sonrojada.

—Sois una familia de verdad —dijo Martha—. Ahora sois como papá y mamá. —Dio un trago a la copa de vino—. Solo que vosotros estáis muy cuerdos.

—Eso es que no has visto a mi madre fregando el suelo de la cocina —dijo Rebecca.

Barb miró a Rebecca, pero la chica no le devolvió la mirada.

—Es como si estuviera poseída. —Rebecca dejó el tenedor y movió las manos imitando el movimiento de fregar—. Friega que te friega.

—Una auténtica Lady Macbeth, ¿verdad, Barb? —añadió Martin, sonriendo.

Barb sintió la puñalada traicionera por partida doble.

—Necesitamos baldosas nuevas —dijo a modo de disculpa—. Este suelo está fatal.

—¿Mamá dejó todos aquellos cubos? —preguntó Martha—. Ya sabes, por esa vez que leyó lo sano que era el agua de hervir patatas y ya no volvió a tirarla.

Martin se sumó a las risas. ¿Cómo podían reírse de eso? ¿Por qué Martha no había tirado los cubos? A Barb le entraron ganas de gritar. ¿Por qué todo el mundo había dejado que la pobre mujer acumulase todos aquellos cubos apestosos y llenos de moho? ¿Es que aquella mujer no tenía quien cuidara de ella?

—Es triste, ¿verdad, Martin? —dijo Martha—. Éramos cuatro hijos y en la siguiente generación solo queda una, la pequeña Becky. —Martha alcanzó la botella de vino y volvió a llenarse el vaso hasta la mitad—. Todo depende de ti, Becky, tú serás la responsable del legado O'Leary.

—¿No vas a tener hijos, Martha? —preguntó Rebecca

—No creo.

—¿No estabas casada?

—Sí, pero las mujeres O'Leary no son muy buenas eligiendo maridos.

—Yo igual no me caso nunca.

—Buena chica.

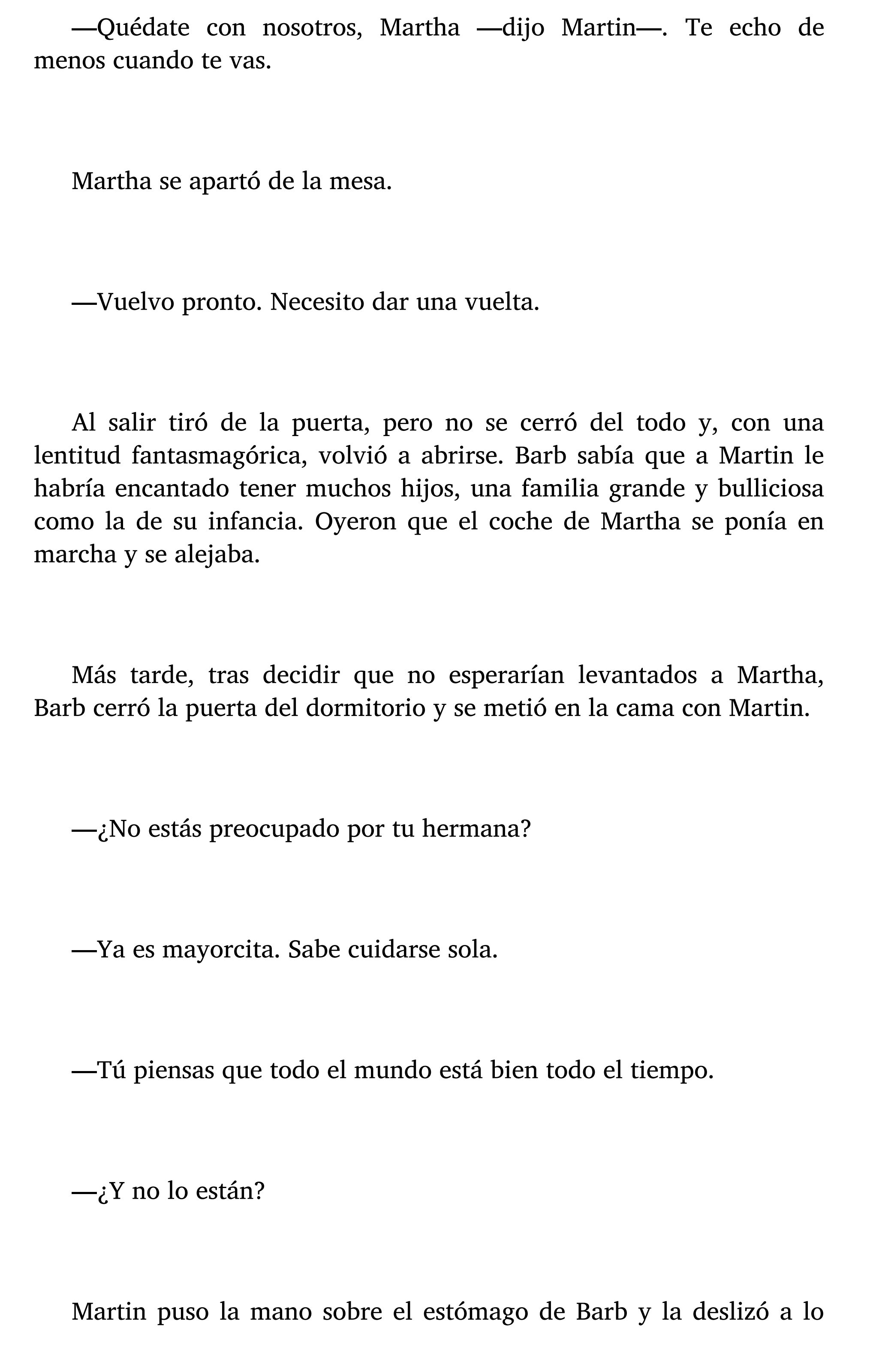
Martha vació la copa de vino y luego se concentró en comer la chuleta de cerdo en silencio.

—¿Qué pasa, Martha? —preguntó Martin.

—Es que me pongo sensible al estar aquí. Los echo mucho de menos. —De pronto, Martha estaba enjugando lágrimas—. Echo de menos a mamá, a Jack y a Suzanne. —Barb no había conocido a Jack, el mayor, que había muerto a los diecisiete años en un accidente de coche.

—Yo también, hermanita —dijo Martin. Se trataba de una pena de la que Barb no participaba plenamente.

Rebecca observó a su tía con admiración, como si reír un minuto y llorar al siguiente, con un súbito cambio de emociones sin previo aviso, fuera una hazaña maravillosa.



—Quédate con nosotros, Martha —dijo Martin—. Te echo de menos cuando te vas.

Martha se apartó de la mesa.

—Vuelvo pronto. Necesito dar una vuelta.

Al salir tiró de la puerta, pero no se cerró del todo y, con una lentitud fantasmagórica, volvió a abrirse. Barb sabía que a Martin le habría encantado tener muchos hijos, una familia grande y bulliciosa como la de su infancia. Oyeron que el coche de Martha se ponía en marcha y se alejaba.

Más tarde, tras decidir que no esperarían levantados a Martha, Barb cerró la puerta del dormitorio y se metió en la cama con Martin.

—¿No estás preocupado por tu hermana?

—Ya es mayorcita. Sabe cuidarse sola.

—Tú piensas que todo el mundo está bien todo el tiempo.

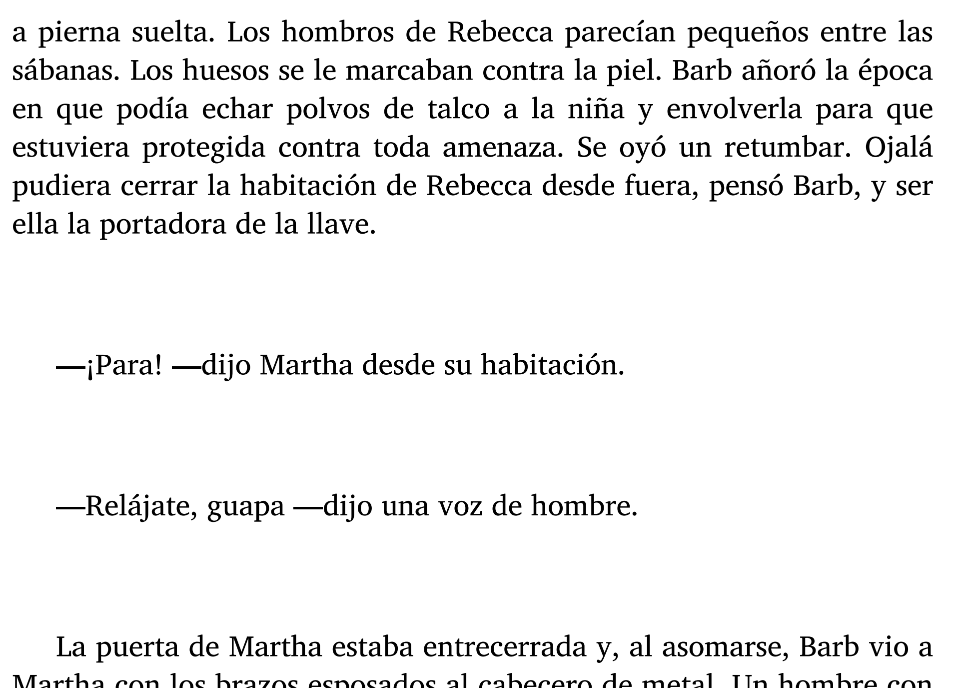
—¿Y no lo están?

Martin puso la mano sobre el estómago de Barb y la deslizó a lo

largo de la caja torácica. Ella colocó una mano encima de la de Martin para presionar con más fuerza contra sus pequeños pechos. A Barb no le importaba que estuviera un poco borracho. Martin maniobró para meter la mano por debajo del camisón y, de repente, ella sintió un deseo por él que la golpeó como un fogonazo de calor, sin control ni restricciones. Apretó la mano de Martin entre sus piernas y exprimió su electricidad. Cuando él deslizó un dedo en el interior de Barb, ella le agarró la muñeca y trató de succionarle toda la mano. Se retorció alrededor de Martin, hasta que su cara quedó frente a la entrepierna de él, y lo recibió con tal profundidad en su garganta que tuvo que reprimir una arcada. Toda la casa giraba en torno a ellos: las lonas de vinilo azul ondeaban como faldas agitadas por el viento nocturno, las puertas se abrían con un rechinar de bisagras y el yeso se desmoronaba en las paredes.

Barb llevaba varias horas durmiendo cuando se despertó al oír carcajadas y pasos. Reconoció la risa de Martha y una voz más grave, de hombre. Oyó que entraban en la habitación de Martha y el sonido de calzado desgastado que raspaba el suelo de pino sin desbastar, que nadie se había molestado en acabar nunca. En la casa anterior nunca había entrado un desconocido. El reloj que tenía a su lado de la cama emitía un tictac incesante.

Barb sacó el camisón de la maraña de sábanas y se lo puso. El suelo gimió a cada paso. Por la noche, ese largo pasillo le parecía un lugar público, como el corredor de una pensión. Se dirigió de puntillas a la habitación de su hija y empujó la puerta despacio. Por la ventana de casi dos metros, se veía una luna en cuarto menguante. La piel de su hija resplandecía pálida y radiante a la vez, salvo en los puntos en los que las ramas del exterior proyectaban sobre ella sombras de luz de luna, formas de pájaros selváticos que batían las alas. Rebecca había cubierto parte de los desconchones de la pared con un póster de un guitarrista de pelo revuelto. A través de unos agujeros en la pared se podía ver el dormitorio vacío de al lado y la chica había coloreado el contorno de esas imperfecciones con rojo y dorado. Barb recogió dos camisas, un par de vaqueros y unas bragas que había junto a la cama y los dejó caer en el cesto. Al igual que Martin, Rebecca dormía



a pierna suelta. Los hombros de Rebecca parecían pequeños entre las sábanas. Los huesos se le marcaban contra la piel. Barb añoró la época en que podía echar polvos de talco a la niña y envolverla para que estuviera protegida contra toda amenaza. Se oyó un retumbar. Ojalá pudiera cerrar la habitación de Rebecca desde fuera, pensó Barb, y ser ella la portadora de la llave.

—¡Para! —dijo Martha desde su habitación.

—Relájate, guapa —dijo una voz de hombre.

La puerta de Martha estaba entrecerrada y, al asomarse, Barb vio a Martha con los brazos esposados al cabecero de metal. Un hombre con una coleta oscura estaba sentado al lado, rechazando unas patadas desganadas de Martha. Barb sintió que le subía el vómito a la garganta. No quería ver gente así ni en pintura.

—Me aprietan demasiado —se quejó Martha.

—Entonces, deja de tirar de ellas —dijo el hombre, con voz pastosa.

—Quítamelas y te esposo yo a ti.

El hombre agarró las dos piernas desnudas de Martha y las sujetó con un gesto amoroso.

—¿Estás segura, guapa?

Martha echó las piernas hacia atrás y luego, reuniendo una fuerza descomunal, le arreó una patada que lo sacó de la cama. La cabeza chocó con la pesada tapa de cristal de la cómoda y el hombre cayó hasta quedar tendido de espaldas.

—Martha, ¿estás bien? —susurró Barb a través de la puerta.

—Barb, ¿eres tú? —Martha echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Barb entró vacilante y el suelo crujió por debajo. Olió el moho de las paredes manchadas y amarillentas. Martha tenía un rasguño en la frente, con una costra de sangre en un lado.

—Martha, por favor, no despiertes a Rebecca.

—Barb, necesito que me ayudes. —Martha arrastraba las palabras tanto como el hombre—. Estoy esposada a esta cama de mierda.

—Espera que avise a Martin —dijo Barb.

—Mejor vamos a dejarlo entre mujeres —dijo Martha—. Cógele la llave. La tiene en el bolsillo delantero. Rápido, antes de que se despierte.

—Pero… —dijo Barb, sin saber cómo terminar la frase. ¿Pero no soy miembro de tu familia? ¿Pero no puedo ayudar a chaladas? ¿Pero no quiero estar aquí bajo ningún concepto? Quiero estar en mi casita de antes, hecha de ladrillo y con el patio trasero vallado.

—Por favor, Barb —rio Martha—, o me va a entrar el pánico y me pongo a gritar.

Maldita Martha. Por mucho que le costase, Barb iba a conseguir la llave para que ese hombre se marchara y, en algún momento, Martha también se iría, y así nadie despertaría a Rebecca. Barb se arrodilló junto al hombre, que yacía de espaldas en la oscuridad, con la cabeza acurrucada contra la cómoda. Tenía un aliento a madera, a bourbon, y su cuerpo desprendía un leve olor a mofeta. La camiseta de Harley Davidson se ceñía sobre los músculos de los brazos y el pecho, y le brillaban los vaqueros por manchas de aceite de moto. En la parte delantera de la cadera derecha se veía un bulto de llaves. Barb miró a Martha antes de meter la mano en el bolsillo. La piel del hombre emanaba calor a través del fino algodón. Cuando el hombre gimió y se removió, un escalofrío recorrió la espalda de Barb. Agarró las llaves, pero dudó antes de sacar la mano. Los ojos del hombre parpadearon una vez y Barb cerró los suyos. Hacía quince años que no tocaba a otro hombre de una forma tan íntima. Al abrir los ojos, Martha la miraba desde la cama, con media sonrisa y un ojo entrecerrado. Barb sacó las llaves del bolsillo del hombre, conteniendo la respiración.

—Es una llave pequeña —dijo Martha—. Me la enseñó antes.

Barb revisó las llaves, con las manos temblorosas. Sujetó las muñecas de Martha, calientes en contraste con el metal frío de las esposas. La piel de las muñecas de Martha parecía de una finura y delicadeza imposibles. La hermana mayor, Suzanne, se hacía cortes de casi ocho centímetros de longitud en muñecas como esas. La llave hizo clic y Barb soltó el brazo de mala gana. Las venas de las muñecas de

Barb estaban ocultas bajo una capa de grasa y músculo de las labores domésticas. Martha se frotó las muñecas en la zona en la que las esposas habían estampado unos anillos rojos.

Martha sacó la llave de las esposas del llavero antes de arrojar el resto en dirección al cuerpo inerte del hombre. Como este no se movió, le tiró un taburete, una de cuyas patas le golpeó en la entrepierna. Barb se estremeció. El hombre gimió y se incorporó.

—¿Qué pasa contigo, gilipollas? —dijo Martha.

—¿Qué cojones…? —gruñó él—. Puta loca.

—Es hora de irse —dijo Barb.

—Pues sí —dijo él—. Sacadme de aquí.

—Te acompaño a la puerta —dijo Martha, recogiendo las llaves del suelo y poniéndoselas en la mano.

Martha se abotonó la camisa, se ajustó los pantalones cortos y se colocó el pelo detrás de las orejas; a pesar de su estado de embriaguez, tenía la misma elegancia que una locutora de televisión. Barb se fijó en que del respaldo de una silla de la habitación de Martha colgaba una chaqueta de cuero, y las esposas y la llavecita reposaban en la mesita de noche.

El hombre se apoyó en Martha mientras salían al pasillo y bajaban las escaleras. Barb los siguió, por miedo a que apareciera Rebecca y preguntara qué estaba pasando. Barb no pudo evitar fijarse en lo bonitas que eran las piernas de Martha, tan largas y bronceadas como las de una adolescente. Ni rastro de celulitis o varices. Martha soltó al hombre, que se internó en la noche a trompicones.

—¿Tengo la cara bien? —preguntó Martha.

Barb sintió un pánico que la dejó sin aliento. Pero se trataba de Martha, no de Rebecca. Y apestaba a cerveza.

—Te ha hecho una herida. Estás sangrando un poco.

—Me caí de su moto. ¿Tiene mala pinta? —Levantó la mano como si fuera a tocar la herida, pero falló y se metió el dedo en el ojo.

—No está muy mal. Vamos a la cocina y te limpio.

Martha se sentó a la mesa mientras Barb hervía agua, preparaba manzanilla, reunía los materiales de primeros auxilios y colocaba dos tazas entre ellas. El vapor de las tazas y el humo del cigarrillo de Martha se mezclaron rumbo al techo.

—¿De dónde sale ese hombre? —preguntó Barb.

—De la Eastside Tavern.

—¿Conoces a un tío por ahí y te lo traes aquí?

—Creo que lo conocía de algo. —Arrugó la frente como si estuviera reflexionando al respecto.

—¿Y te lo traes aquí de buenas a primeras? —preguntó Barb—. ¿A esta casa?

—Oye, no me vengas con mierdas de esas —dijo ella—. Esta es mi casa también.

Barb sintió una ira creciente que se propagaba, como un gas de cloro verdoso, desde debajo de los armarios y las puertas de la cocina. ¿Había pagado Martha algún impuesto por la casa? ¿Había sellado alguna vez una ventana? ¿Había puesto clavos para el revestimiento? Pero optó por decir:

—No tienes una hija de la que preocuparte.

—Tienes razón, Barb. Lo siento. Pero no deberías proteger tanto a Becky. Si no, un día, ¡chas!, se dará cuenta de todo y… —Martha se interrumpió, como si hubiera olvidado lo que iba a decir.

Barb limpió con una esponja la sangre de la sien de Martha. La piel por encima de la ceja estaba dañada; había un corte que, pensó Barb, quizá le dejaría una pequeña cicatriz.

—¿Sabes que eres lo mejor que le ha pasado a esta familia? —dijo Martha, chocando su taza de infusión con la de Barb—. Todos los demás estamos locos. Tú eres un muermo de cordura…, o sea, un modelo de cordura. —Barb esperó para escuchar más, pero Martha cambió de tema con la misma rapidez con la que había empezado el anterior—. Tendrías que haber conocido a mi marido. Menudo inútil hijo de puta.

Al cabo de un rato, cuando los párpados de Martha comenzaron a descender, se despidió y se dirigió al cuarto para sumergirse en ese sueño imperturbable de los O'Leary. Barb no siguió su ejemplo, sino que permaneció sentada e inmóvil durante más de una hora, hasta que se formaron unas franjas largas de luz dorada sobre las encimeras. A medida que el sol ganaba en luminosidad, las fibras de la casa empezaron a crujir y chisporrotear como si se desperezaran, y el propio cuerpo de Barb cobró vida al mismo tiempo, primero la piel, luego los músculos y los huesos de los brazos. Llenó un cubo de agua y se arrodilló en el suelo, en una zona amplia bañada por la luz. Pretendía frotar con el cepillo de cerdas duras, pero finalmente se quedó sentada para sentir el calor del sol. La semana pasada, cuando lavó las ventanas, las maldijo por ser demasiado grandes, por estar tan expuestas a los elementos. Miró hacia el comedor, en cuyo suelo de madera resplandecían tres rectángulos luminosos. Cerró los ojos y orientó el rostro hacia el sol.

Un poco después de las seis, preparó el café y, a las siete, la escandalosa irrupción de Rebecca en la cocina la sobresaltó. La chica se dejó caer en una silla.

—Hola, mamá. Ha entrado alguien en mi habitación.

—¿Cómo? —El corazón de Barb comenzó a latir desacompasado.

—Alguien ha puesto la ropa sucia en el cesto. Supuse que eras tú.

¿Y si el invitado de Martha hubiera entrado accidentalmente en la habitación de Rebecca? ¿Se habría dado cuenta el hombre de que esa niña no era Martha sino solo una niña?

Apareció Martin, que se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa de la cocina. Barb no podía quitarse de la cabeza la imagen de Rebecca esposada al cabecero de la cama y, aunque había abierto el grifo solo para enjuagar la taza, dejó que el agua le corriera por las manos. Cuando las apartó del chorro, estaban heladas.

Rebecca terminó los cereales y se subió al regazo de su padre. Martin la rodeó con ambos brazos. De repente, la forma en que Martin tocaba a Rebecca incomodó a Barb. ¿No era así como Martin la había agarrado a ella anoche, cuando Barb se colocó encima de él en la cama? Con esas mismas manos, con esos mismos dedos que habían estado dentro de ella. Rebecca soltó un chillido cuando Martin empezó a hacerle cosquillas. Dios mío, ¿se habría lavado las manos? Barb se quedó mirando el peor de los círculos grises que habían dejado los cubos en el suelo de la cocina. ¿Es que no iban a desaparecer nunca?

Apuró a Rebecca para que se fuera al colegio y puso a Martin en camino al trabajo con un beso, pero ella misma salió con retraso a la oficina, y a mitad de camino vio un animal muerto. Barb apoyó la frente en el volante antes de bajarse a mirar y, cuando por fin se acercó, tres conejitos salieron corriendo. No fueron muy lejos. Se detuvieron en el trozo de maleza más cercano, con sus diminutos corazones acelerados, los ojos brillantes y húmedos, y unos cuerpos tan pequeños que podían caberle doblados en la mano. Cogió a la coneja madre por una pata y la arrojó al bosque. No tenía tiempo de enterrarla. Las tres crías se quedaron inmóviles. Barb percibió los

desplazamientos de los conejitos por la maleza, en pequeñas ondas de terror y confusión.

A las 17:12 de esa tarde, según el reloj de la cocina, Barb dejó caer el pelador en el fregadero. El perro. ¿Dónde estaba el perro?

Llamó a Rebecca a gritos, pero no hubo respuesta. Martin llegaría a casa en cualquier momento. Barb corrió por el sendero de losas hasta el centro del camino de entrada. Se aproximó a ella la camioneta de Martin, que avanzaba a una velocidad excesiva. Barb se llevó la mano a la boca, pero el resto de los músculos se le congelaron. Martin detuvo el vehículo con un chirrido y saltó de la camioneta.

—¿Qué pasa, Barb?

—¿Dónde está Muffin? —preguntó ella, asustada.

—No sé —dijo él.

—No lo habrás atropellado, ¿no?

—¿Por qué iba a matar a nuestro perro? —preguntó Martin—. Dime, ¿crees que soy una especie de monstruo?

—¡Es que vas sin ningún cuidado, joder! —dijo Barb. No quería discutir, pero necesitaba que la escucharan—. ¡Tú y toda tu familia! ¡No veis lo que pasa a vuestro alrededor! Vivís como una tropa de

soldados borrachos.

—¿Quieres que viva como tú, Barb? ¿Que me asuste de todo? —Le subió color a las mejillas.

—¡Los cubos, Martin! ¡Los cubos! —Las manos de Barb formaron puños, como si estuviera agarrando el asa de los cubos—. ¡Dejasteis que tu pobre madre guardara todos esos cubos de agua! ¡Esos cubos de agua podrida, maloliente y mohosa!

Martin se quedó mirándola, con el ceño fruncido. Le había desaparecido el rubor.

Entonces, por la curva del camino, desde un sendero entre los árboles, apareció Rebecca, tan radiante como un duendecillo del bosque, con Muffin atado a una correa.

—¿Qué pasa? —preguntó Rebecca.

—¿Ves, Barb? Muffin está bien. Todo está bien —dijo Martin. Su expresión delataba inquietud.

A Barb se le pasó por la cabeza que quizá Martin pensaba que se estaba volviendo loca. Un O'Leary preocupado por si ella estaba loca. Barb miró la grava del camino y puso cara de incredulidad, con la sensación de que se estaba abriendo un abismo entre ella, por un lado, y su marido y su hija por el otro.

Martin caminó con Rebecca por el sendero de piedra hacia la casa, con un brazo sobre el hombro de la niña. Barb los siguió.

—Vamos a hacer una hoguera esta noche —dijo Martin—. Tenemos que quemar esa madera podrida que tu madre y yo quitamos del tejado.

—Genial, papá.

—¿Y tu tía?

—En su habitación —dijo Rebecca—. No quiere salir.

—Ah, ahora la saco —dijo Martin—. Con resaca todavía, ¿no?

—No la molestes, por favor —dijo Barb—. Ha tenido una noche movida.

—Vaya si la voy a molestar. —Martin soltó a Rebecca y se frotó las manos—. Martha es una chica a la que hay que molestar.

Martin ya había superado su enfado, lo había soltado como un saco de arena, pero Barb tenía el suyo atorado en el esófago y los bronquios. Ya no quería gritar. Quería ordenar sus pensamientos, formularlos de manera inteligente, tan sensata que Martin tuviera que darle la razón.

—¿Qué preparo para la hoguera, papá? —preguntó Rebecca.

—Recoge todos los palos que encuentres, y troncos, sillas de cocina, lo que sea. Trae ramas del bosque. Voy a echar queroseno por encima, cenamos mientras se empapa y luego lo encendemos. ¡Pum!

—¡Pum! —repitió Rebecca, y alzó los brazos como en una explosión, tirando sin querer del perro, que soltó un gemido.

Después de la cena, Barb dijo que tenía que ir a la tienda, pero lo que hizo fue conducir hasta la ciudad y aparcar junto al tanatorio, enfrente de su antigua casa. Era una vivienda familiar, con habitaciones bien definidas, una para comer, otra para cocinar y dos para dormir. Nada de habitaciones absurdas y ruinosas donde aparecían cartas de amor que apestaban a infidelidad y se caía el yeso y la pintura de las paredes; donde la lluvia te caía encima mientras dormías; donde desconocidos sucios y musculosos entraban sin previo aviso.

Un coche se acercó a la casa de ladrillo y de él salió un hombre alto con camisa blanca y pantalones grises, con una chaqueta sobre el brazo. Barb lo había conocido cuando firmaron la venta de la casa, pero no sintió ninguna afinidad con él. Miró en dirección a Barb mientras subía los escalones de la entrada, sacó la llave y abrió la puerta. Antes de entrar, se giró y miró de nuevo a través de unas gafas de montura metálica. Tenía la mandíbula oscurecida por una barba de un día. Dormía en la habitación donde ella solía dormir. El hombre colgó los pantalones sobre el respaldo de una silla junto a la cama. Barb recordó la sensación de los pies desnudos sobre la moqueta acolchada del dormitorio.

Barb se recostó en el reposacabezas. Pensó en una tarde, hacía dos semanas, en la que Martin y ella habían estado trabajando en el tejado, poniendo clavos en lados opuestos de un tablero de contrachapado. Barb se había detenido a observarlo mientras él daba golpes. Le entró miedo a que fallara y se machacara el pulgar. Pero más que nada, le entró miedo a no ser capaz de evitar abalanzarse y subirse encima de él, en aquel tejado inclinado. Rebecca estaba a casi ocho metros por debajo de ellos, con los perros, los conejos y las zarigüeyas. Barb imaginó que Martin y ella rodaban, que se deslizaban hacia el borde del tejado y se les clavaban astillas de contrachapado en la piel. Solo despertó de ese pensamiento cuando se dio cuenta de que Martin había dejado de clavar y la contemplaba.

—Pareces preocupada —había dicho él—. ¿Pasa algo?

—Nada —había respondido Barb.

Barb soltó el volante y, al volver a mirar la casa, la vio de otra manera. Recordó que la cocina casi no tenía encimera y que las ventanas no dejaban pasar mucha luz, sobre todo porque la casa de al lado tapaba la cara sur. El techo quedaba muy cerca del suelo. El dormitorio de Rebecca era diminuto, perfecto para ella cuando era un bebé, pero quizá habría dejado de crecer si se hubieran quedado allí. Barb tenía la extraña sensación de que incluso su propio cuerpo había crecido desde que se habían mudado, de que en la casa anterior ya no cabía, de que tendría que agacharse al pasar por las puertas. Pero si no se encontraba a gusto en la inmensa casa de los O'Leary y tampoco podía volver a esta, entonces estaba en tierra de nadie. Puso el coche en marcha, enfiló hacia la carretera secundaria y subió lentamente por el camino de tierra, atenta a las criaturas inocentes. No podía cambiar a los O'Leary, pero mañana, cuando hubiera luz, encontraría y enterraría a la pobre mamá conejo. Y cuando recibiera la paga este viernes, no la gastaría en adquirir tejas como tenía previsto. Compraría una alambrada, la clavaría a los árboles y la desplegaría ella misma a lo largo del camino de entrada, aunque le llevara toda la

noche. Al acercarse a la casa, vio una gran llamarada.

Salió del coche y caminó en la oscuridad por el sendero, hacia la hoguera, donde los tres O'Leary se movían formando un extraño relieve contra las llamas. Martha cogía una mano de Rebecca y la niña agarraba a su padre con la otra mientras rodeaban la hoguera en fila. Rebecca titubeó una vez y tropezó, y Barb no pudo evitar pensar que iba a caerse en el fuego. Barb imaginó que no solo los veía a los tres, sino también al resto de la familia, moviéndose entre las llamas: a la madre de Martin, aletargada y gruesa, dopada con torazina; a Suzanne, la hermana de Martin, agitando unas extremidades largas y delgadas, con las muñecas transparentes y cubiertas de cicatrices; al hermano perdido, de diecisiete años, con bonitos ojos grises y rizos alborotados como los de una mujer. El resto de la familia se mecía y alargaba las manos, ancestros de rostros redondos, narices pequeñas y ojos separados. Imaginó los alaridos de los hombres O'Leary atados a potros de tortura medieval o encadenados a las paredes de mazmorras, con los brazos y las piernas estirados en una postura obscena. Mujeres con cintura de avispa y maquillaje corrido, labios desdibujados que se fundían con narices y mentones. Las llamas eran un manto caliente bajo el cual las figuras se apretujaban y retorcían. Los chisporroteos, los chasquidos y el olor a creosota eran mensajes de una generación a la siguiente.

Martin, Rebecca y Martha desaparecieron por el otro lado de la hoguera y luego volvieron a aparecer. Martha vestía la chaqueta de cuero que el hombre había dejado en su habitación. Le quedaba demasiado grande y la cremallera centelleaba, con unos dientes anchos que sonreían en dirección al fuego. Cuando Barb entró en la zona iluminada, Rebecca y Martin se giraron y cayeron al suelo, juntos, riéndose, mientras Muffin los lamía. Tenían los rostros orientados hacia el cielo, abiertos a cualquier iluminación que pudiera caerles desde el firmamento o brotar del fuego. Tenían las muñecas unidas por una cadena de acero brillante.

—Martin —dijo Barb.

Quería avisar a Martin del peligro de las esposas. Y quizá podía aprovechar para explicarle lo del agua de las patatas y decirle que había pensado comprar una alambrada. Sin embargo, la frente de Martin relucía a la luz del fuego y Barb comprendió que nunca podría explicárselo. Martin se inclinó para besarla y Barb notó el calor procedente de su camisa. Uno de los botones de plástico le provocó ardor en el cuello, pero, en lugar de apartarse, se apretó más fuerte contra él. Martha agarró la mano de Martin y él intentó arrastrar también a Barb, pero ella se resistió y dio un paso atrás. Entonces, Rebecca empezó a aullar como una loba, y Martin y Martha se unieron a ella, profiriendo un «auauauauauau» a la luna.

Barb se sorprendió de lo frío que se volvía el aire si se alejaba unos metros del fuego. Había luces en la casa, en la cocina y en el dormitorio de Martha, pero por lo demás todo estaba a oscuras. Barb se abrazó a sí misma y luego sintió el calor de otros brazos. Los tres O'Leary de carne y hueso se apiñaron en torno a ella, como si sus extremidades y su aliento fueran los de un centenar de personas.

—Al corro de la patata… —cantaron.

Desprendían un olor almizclado a sudor. Al principio, Barb se mantuvo rígida contra sus cuerpos, pero, cuando miró aquellos rostros, todos como el de su hija, sintió una oleada de amor demasiado grande para contenerla en su pecho.

—Achupé, achupé —dijeron los tres al unísono, y Barb se preparó para caer con ellos en la hierba fresca.

Cambio de marcha

El sol proyectaba un resplandor rojo en el acabado brillante de la camioneta de Tommy, una F-250 de tres cuartos de tonelada con tracción a las cuatro ruedas y caja abierta. La pintura brillaba como sangre fresca, tan limpia y pulida como un ser recién nacido, como un animal cuyas capas exteriores se hubieran desprendido. La belleza de la camioneta seguía abrumando a Tommy, a pesar de que llevaba un par de semanas conduciéndola, desde finales de septiembre. Se había deshecho de la vieja tartana azul, que ahora estaba en la sección de gangas del concesionario Ford. Ese invierno, Tommy ya no tendría que tumbarse en el suelo para arreglar ese pedazo de chatarra. Estaba en el camino de entrada, con una mano en el capó, empapándose del calor del motor. Aunque había llegado a casa, no tenía prisa por entrar.

Desde que su mujer lo había dejado, la casa parecía reptiliana, tan sin vida como la jaula de una serpiente en el zoo. Estos días hacía todas las horas extra posibles y llevaba la camioneta a todos los sitios que se le ocurrían, pero al final tenía que volver a casa cada noche. Cuando los vecinos —Bob y Sharon— salieron a su jardín, bajo los últimos rayos del sol, Tommy saludó con la mano. Abrió la puerta principal de su casa, solo para que saliera el perro, y se dirigió a la de Bob. ¿Qué diablos estaba haciendo Sharon, embarazada de nueve meses, de su primer hijo además? Había cogido un rastrillo y lo estaba pasando por todo el césped. Parecía enfadada e impaciente, como de costumbre.

—¿No le viene mal trabajar tanto? —le preguntó a Bob.

—Su hermana le ha dicho que así provocará el parto.

Aunque estaba engordando, Bob tenía ese aspecto rubio y atlético que parecía gustar a las mujeres. No tenía problemas a la hora de

hablar con ellas. Tommy era más delgado, unos treinta y cinco kilos menos, con un fino bigote que se atusaba con el pulgar y el índice. Bob trabajaba en una planta de transformación de papel, en el turno de mañana; Sharon trabajaba en la tienda de alimentación Harding's, y Tommy en la empresa de materiales de fontanería Taggert, atendiendo pedidos y haciendo entregas.

Bob entró en la casa y sacó dos cervezas. Caminaba sobre los metatarsos, un hábito de sus días de jugador de fútbol americano en el instituto. Bob podía sorprenderte con sus habilidades, como el fin de semana del Día del Trabajo, cuando instaló un revestimiento de vinilo en su casa. Lo empezó el viernes por la noche y lo terminó el lunes, con las molduras de las ventanas y todo. Un perímetro de desconchones de pintura rodeaba la casa de Tommy: se apreciaban zonas azules y verdes bajo la última capa de pintura blanca. Los dos hombres se sentaron en la mesa de pícnic, lo que les permitía ver la camioneta de Tommy y a Sharon con el rastrillo.

—Tendrías que comprarte una camioneta nueva, Bob —dijo Tommy—. Esa '83 está para el arrastre.

—Es una '84.

—Necesita un tubo de escape nuevo. Esta mañana te oí durante todo el trayecto hasta la M-98.

La perra de Bob, una beagle que le había vendido un tipo porque el animal no quería cazar, atravesó el patio de Bob y se tumbó sobre el montón de hojas de Sharon.

—¡Perra idiota! —gritó Sharon, y golpeó a la perra con el rastrillo.

La Perra —así es como la llamaba Bob— se levantó, siguió un trayecto zigzagueante de olores y finalmente se tumbó bajo la mesa de pícnic.

Moe, el perro de Tommy, se revolcó sobre el lomo e hizo crujir unas hojas. Era un labrador negro que hasta hacía seis meses pasaba buena parte de su tiempo persiguiendo a hembras en celo. Hasta que la mujer de Tommy lo castró. Tommy tenía que reconocer que, ahora que su mujer no estaba, era un consuelo tener al perro cerca. Y sacarlo de la perrera cada vez que se metía en líos salía caro.

Tommy sacó un segundo par de cervezas de su casa y le dio una a Bob. Mientras las abrían, Sharon se giró y lanzó el rastrillo hacia la mesa de pícnic. Cayó muy cerca de ellos.

—¿Qué pasa, mi amor? —gritó Bob.

—¿Por qué no os pasáis ahí toda la noche bebiendo cervezas? Estoy harta de veros las caras. Me entran ganas de gritar. —Entró y dio un portazo.

—Me pregunto si va a hacer la cena —dijo Bob.

Las hojas amarillas del arce del jardín delantero de Tommy titilaban como chorros de gas. Tommy imaginó a Sharon en la cocina, sacando los ojos de las patatas con el extremo del pelador. Tommy y Bob se quedaron fuera hasta después de la puesta de sol, apurando las

cervezas, hasta que Sharon apareció descalza en la puerta, vestida solo con una bata fina. La luz del interior de la casa atravesaba la tela, perfilando su figura hinchada. Tommy la observó sin volver la cara hacia ella. Sabía que a Sharon nunca le había caído muy bien y, como era muy amiga de su mujer, le caía aún peor desde el divorcio. Sharon no hablaba nunca con Tommy, sino que se dirigía al aire que lo rodeaba o a cualquier otra persona que se encontrara en las inmediaciones. Últimamente, se diría que a Sharon tampoco le caía muy bien Bob. Aun así, a Tommy lo reconfortaba ver a Sharon todos los días, en su casa o en la cola de la caja de Harding's. Ahora, de pie en la puerta, con el pelo caído sobre la cara, tenía un aspecto frágil, diferente al habitual. A Tommy le recordó una tormenta que viajara hacia el este por el cielo. Sintió ganas de acercarse a Sharon, de arrodillarse y rodearle las piernas y los pies con los brazos, de confesarle que haría cualquier cosa por ella. Apartó esos pensamientos de la cabeza, ante la remota posibilidad de que Bob pudiera leerle la mente.

—Bob, creo que Sharon quiere que vayas —dijo.

Bob vació la cerveza y aplastó la lata en la mano. Se levantó y llamó a la perra. Como el animal no se movió, la sacó de debajo de la mesa de pícnic por las patas delanteras y la llevó a casa en sus voluminosos brazos. La perra le dejó un reguero de babas brillantes en la manga de la camisa de franela.

Tommy arrastró a Moe al interior por el cuello y le echó unas bolas de pienso en el cuenco. Las cenas siempre resultaban desagradables para Tommy. El desayuno consistía en un café y un dónut en el trabajo. Para el almuerzo tenía la opción de comer en el Greek's con otros trabajadores. Pero la cena nunca tenía mucho sentido ahora que estaba solo. Imaginó que, en la casa de al lado, Bob estaría sentado a la mesa con Sharon, comiendo calabaza fresca y untando mantequilla en una patata como acompañamiento a un solomillo o un buen chuletón. Quizá Tommy podría comprar un trozo de carne de camino

a casa mañana. Visualizó su camioneta en el aparcamiento de Harding's, tan bonita como una postal, junto a todos esos vehículos destartalados como el de Bob. Se pondría en la cola de la caja de Sharon si ella estaba trabajando. Entretanto, se decantó por cenar una bandeja de filetes rusos precocinados que calentó en el microondas y comió frente al televisor.

Al oír ruidos en la casa de los vecinos, Tommy pulsó el botón de silencio de su mando a distancia, se puso la cazadora y salió al suelo cubierto de hojas. La cortante frialdad del aire le hizo pensar de nuevo en su mujer. Le había gustado estar casado, la redondez de su mujer y el olor a champú de su pelo. En aquella época tenía tantas ganas de volver a casa después del trabajo que había rechazado hacer horas extras. Pero después de un año, su mujer siempre estaba enfadada con él. Decía que Tommy no era capaz de cuidar de nadie, ni siquiera de sí mismo. El arce del jardín de Tommy se balanceó por encima y derramó unas hojas sobre él. Mientras se quitaba una del pelo, empezaron a desvanecerse los dolorosos pensamientos sobre su mujer, para ser sustituidos por desconcertantes visiones de Sharon: caminaba embarazada hacia el buzón o escudriñaba los artículos que Tommy había comprado en la tienda de alimentación, uno por uno, sin levantar la vista para mirarlo a la cara.

El cielo estaba oscuro y metálico, perforado por una luna creciente y varias estrellas nítidas. Era el tiempo perfecto para una helada intensa, la primera de la estación, el tipo de tiempo que hacía pensar en calabazas talladas con caras de demonios. A la luz de la luna, la camioneta de Tommy parecía casi negra, del mismo negro lacado que el tocador con espejo de su mujer, del que no quedaban más que las marcas en la moqueta. Su mujer colocaba encima cientos de pendientes en filas ordenadas, unos fulares y un joyero de madera con incrustaciones y un interior forrado de terciopelo. La cómoda de Tommy, tanto entonces como ahora, tenía un montón de ropa encima. Su mujer le rogaba que ordenara la ropa. Tommy la había organizado unas cuantas veces: puso los calcetines y la ropa interior en el cajón superior, las camisas en el segundo, los pantalones en el tercero. Pero entonces la superficie de la cómoda parecía totalmente vacía. A él le

gustaba tener la ropa limpia a la vista, le gustaba cómo salía de la secadora, enredada en una bola de la que podía ir extrayendo prendas según las necesitara.

Siguió el rastro del ruido de los vecinos y encontró a Bob en la camioneta, tratando de arrancarla.

—Parece que la has ahogado, Bob —dijo.

—Joder, claro que la he ahogado. ¿Crees que no lo sé?

—Espera unos quince minutos a que se enfríe.

—Sharon está de parto —dijo Bob—. No tengo quince minutos.

—¿Y dónde está el coche de Sharon?

—Se lo prestó a su maldita hermana.

—Llama a su hermana, que lleve a Sharon al hospital.

—La voy a llevar yo —dijo Bob—. Déjame tu camioneta.

—Joder, Bob, no se la he dejado a nadie.

—Pues entonces llévanos tú al hospital.

Sharon apareció por la puerta trasera con el flequillo sobre los ojos. Parecía desesperada, con el aspecto desvalido de una persona que, por lo general, nunca se siente desvalida. Tommy volvió a sentir esa punzada, ese impío deseo de arrojarse a sus pies, y, aunque se propuso hablar, se quedó con la boca abierta. Se atusó el bigote con el pulgar y el índice.

—¿Vas tú a por la camioneta o voy yo? —Allí parado, Bob parecía tan grande como Thor.

Tommy llevaba las llaves en el bolsillo, de modo que, sin molestarse en entrar a apagar el televisor, cruzó el césped hasta llegar a la camioneta. Tocó el portón trasero al pasar y dejó que los dedos recorrieran el panel izquierdo de la carrocería. A Tommy empezó a gustarle la idea de llevar a Sharon al hospital: Bob no podía llevarla, pero Tommy sí, y de qué manera, con rapidez y seguridad, cómodamente sentada en la nueva tapicería, que imitaba la gamuza. Dio marcha atrás, con el brazo sobre el respaldo del asiento, y se detuvo frente a Sharon, que esperaba como un nubarrón extraviado. Tommy se inclinó y abrió la puerta, pero Sharon se quedó parada hasta que apareció Bob con una bolsa de deporte. La camioneta se elevaba bastante del suelo y además Sharon, que de por sí era bajita, no estaba precisamente en condiciones de saltar. Bob probó primero empujándola para que se colocara en el asiento del copiloto, pero ella no daba con la postura por la palanca de cambios, así que salió e insistió en que Bob entrara en primer lugar. A continuación, Bob tiró con fuerza del brazo de Sharon para que subiera tras él.

—Maldita camioneta de mierda —espetó ella, una vez que estuvo dentro. Jadeaba con fuerza y se frotaba el hombro—. Nunca vuelvas a

pedirme que entre aquí.

Bob pasó el brazo por encima del vientre de Sharon para cerrar la puerta.

Era la primera vez que Tommy tenía a otras dos personas en el asiento delantero y, con el tamaño de Bob, el espacio disponible era muy reducido. Menos mal que estaba oscuro y así nadie los vería, a Bob y a él, tan apretados.

—Preferiría haberme sentado junto a Sharon —murmuró Tommy.

—Pero es que ella no quiere sentarse a tu lado —dijo Bob.

Sharon se sujetó la tripa y cerró los ojos con fuerza.

—Cállate y conduce —le dijo Sharon al aire que circulaba por la cabina de la camioneta.

El Hospital Metodista Bronson estaba en la ciudad, a dieciséis kilómetros. Cuando giraron hacia la M-98, Bob dijo:

—Písale, Tommy.

—En el concesionario me dijeron que no fuera a más de noventa

durante los primeros cinco mil kilómetros.

—Mira, Tommy, ahora lo único que importa es que nos lleves al hospital.

Tommy llevó el velocímetro hasta noventa y seis por hora, y luego hasta ciento cinco, pero no más. Bob tenía el pie derecho presionado contra el suelo, como si estuviera accionando su propio pedal de aceleración. La carretera se abría ante ellos, oscura y vacía, y a un lado discurrían, a gran velocidad, las vías del tren. Tommy tenía que reconocer que le gustaba la sensación de conducir rápido en aquel asfalto negro y liso.

Al pasar por el concesionario Ford, Tommy buscó con la mirada la vieja tartana azul, pero el espacio donde había estado por la mañana estaba vacío. Alguien se estaría rompiendo los nudillos con aquella carraca. Alguien estaría conduciendo con la mano apoyada en aquella gigantesca palanca de cambios que había recuperado de una Ford ‘56 en un desguace. Alguien estaría manipulándola con esfuerzo para meter marcha atrás.

—¿Por qué vas más despacio? —preguntó Bob.

—Bob, deberías comprarte una camioneta nueva —dijo Tommy. Como Bob no respondió, prosiguió—. Yo con la mía siempre tengo la certeza de que va a arrancar cada vez que giro la llave. Además, el concesionario Ford te ofrece una buena financiación.

—Yo compraría una Dodge —dijo Bob.

—Comprar una Dodge sería de necios.

—Siempre compro Chrysler.

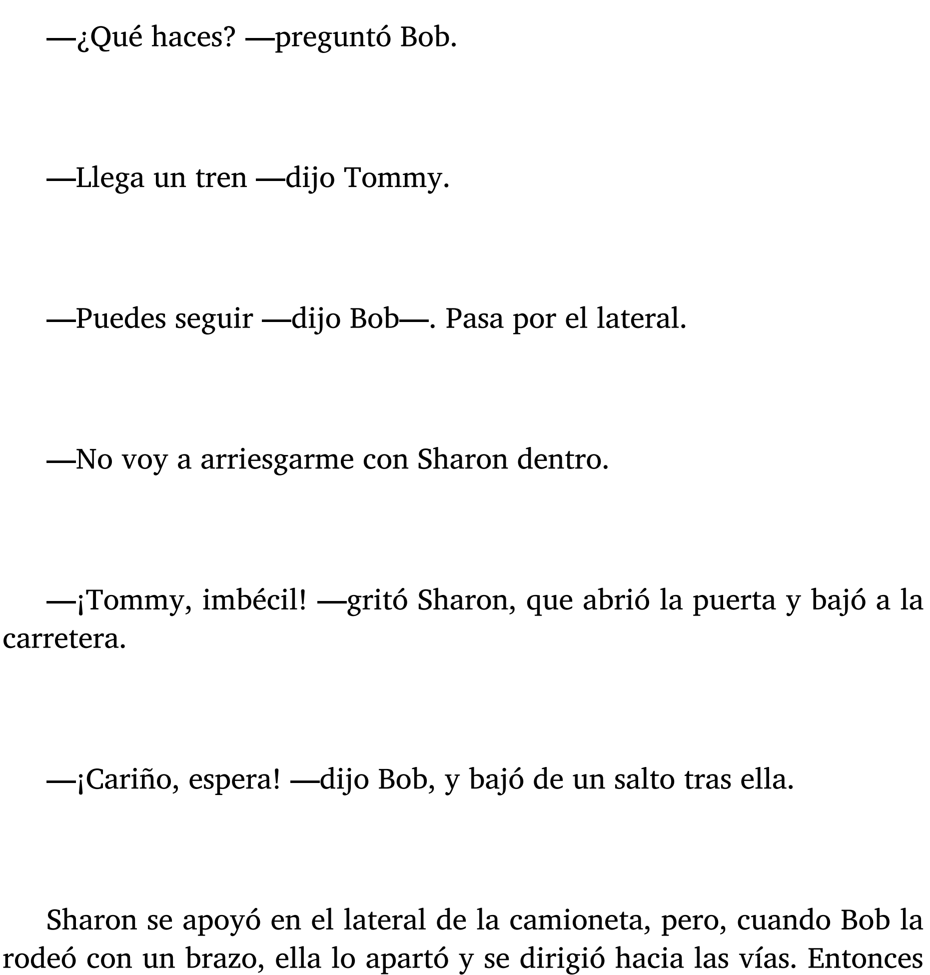
—Conozco a un tipo que compró una Dodge Ram nueva —dijo Tommy—. Se le acabó la garantía a los quince mil kilómetros y ahora tiene el cacharro en el taller todas las semanas. Primero fue el sistema de dirección, luego el eje de transmisión. El servicio de piezas de repuesto es una pesadilla. Como esa camioneta tuya, que se ahoga, que petardea. Así son tus Chrysler.

—Esa camioneta tiene más de doce años. Y necesita un nuevo tubo de escape. En diez años tu Ford estará para el arrastre. Averías un día sí y otro también. Así son tus Ford.

—¡Os queréis callar ya! —gritó Sharon—. ¡Cállate y conduce!

—Cariño, ¿no tendrías que estar respirando profundamente o lo que sea?

A medida que entraban en la ciudad por la M-98, las luces impactaban en la camioneta desde todas las direcciones: las farolas, las luces del autoservicio Hot ‘n’ Now y las de la gasolinera Total. Tommy hacía muchas entregas en el centro, por lo que conocía esa carretera y sabía que debía reducir la velocidad al pasar por el primer tramo de vías férreas para no causar molestias a Sharon. El hospital estaba casi a la vista. Y con la misma naturalidad con la que la noche sigue al día, cuando las luces empezaron a parpadear en rojo y las barreras bajaron, Tommy se detuvo y puso el vehículo en punto muerto.



—¿Qué haces? —preguntó Bob.

—Llega un tren —dijo Tommy.

—Puedes seguir —dijo Bob—. Pasa por el lateral.

—No voy a arriesgarme con Sharon dentro.

—¡Tommy, imbécil! —gritó Sharon, que abrió la puerta y bajó a la carretera.

—¡Cariño, espera! —dijo Bob, y bajó de un salto tras ella.

Sharon se apoyó en el lateral de la camioneta, pero, cuando Bob la rodeó con un brazo, ella lo apartó y se dirigió hacia las vías. Entonces apareció ante ellos una locomotora, implacable, tan grande como una pantalla de cine y de un negro aceitoso. Los clavó a todos en el sitio, pasando —o eso les pareció— a cámara lenta. Toneladas y toneladas de acero capaz de triturar carne y pulverizar huesos, capaz de aplastar la camioneta y envolver a Tommy con ella. Le siguió una segunda locomotora, luego un vagón de la empresa Chessie en el que había una pintada que decía «Red + Julie». Después, un centenar de vagones.

Tommy apretó el botón para bajar la ventanilla del lado del pasajero y les gritó:

—Volved a entrar. Ya casi hemos llegado.

Pero Bob y Sharon estaban discutiendo.

Por suerte, el tren siguió avanzando y no se detuvo ni retrocedió, como ocurría a veces. Cuando Tommy vio pasar el último vagón, miró hacia atrás y calculó unos treinta y cinco coches repartidos por cuatro carriles. Cuando las barreras subieron, los otros vehículos empezaron a pitar, pero él no podía avanzar porque Sharon y Bob seguían en la carretera. Tommy puso las luces de emergencia, angustiado por la posibilidad de que alguien atropellara a Sharon o se estrellara contra la parte trasera de la camioneta. Pasaban coches esquivándolos. Esta no era la idea, pensó Tommy. Él quería ayudar a Sharon, quería hacer lo correcto por ella.

—Dile que entre, Bob.

—Sí, estamos en ello —dijo Bob—. Cariño, no puedes ir andando al hospital.

La primera vez que Bob intentó ayudar a Sharon a subir a la cabina, ella volvió a resbalar hacia atrás.

—¡Odio esta puta camioneta! —gritó ella, propinando un puñetazo a un lado del asiento.

Dio una patada al faldón lateral y luego retrocedió y le propinó otra a uno de los neumáticos traseros. Se apoyó en el guardabarros de atrás como una adolescente con una borrachera de campeonato y soltó

varios gemidos mientras se apoderaba de ella una especie de espasmo.

—Dios, solo quiero que nazca este bebé, nada más.

—Sharon, cariño, ya casi hemos llegado —dijo Bob—, te prometo que todo saldrá bien.

Tommy deseó poder decir algo para consolar a Sharon, pero cuanto más intentaba pensar en algo, más en blanco se quedaba su mente. Por fin, Bob consiguió que Sharon entrara en la cabina, colocada de lado en el asiento, de modo que su espalda quedó pegada al hombro de Tommy. Bob subió, pero no pudo cerrar la puerta, así que condujeron el resto del trayecto con la luz del techo encendida y el sensor de la puerta pitando. Cuando Sharon se volvió hacia delante, Tommy vio que lloraba a lágrima viva. Cambió con cuidado de postura para no mover el hombro que sostenía a Sharon. Tommy se preguntó si iba a tener que dormir solo el resto de su vida.

—Pita —dijo Bob cuando llegaron a la entrada de urgencias.

Cuando Bob sacó a Sharon, aparecieron un enfermero y un celador con una silla de ruedas. Al parecer, Bob había llamado antes para avisar. Tommy trató de ayudar, pero no lo necesitaron, y, cuando Sharon se adentró en el hospital, Tommy sintió que la estela de la mujer tiraba de él como si de una cuerda se tratara. Los gemidos de Sharon quedaron suspendidos en el aire, detrás de la silla de ruedas, hasta que las puertas de cristal se cerraron y desaparecieron de inmediato al doblar una esquina. En el interior de la camioneta, lo único que quedaba de Sharon eran sus zapatillas de felpa, una en el asiento y la otra sobre la alfombrilla. Al igual que su esposa, Sharon había rechazado todo lo que Tommy le ofrecía; incluso odiaba su camioneta. Tommy pensó en todas las cosas que su mujer se había

llevado cuando se mudó: montones de vaqueros doblados con esmero, el sofá, un cesto de plástico con maquillaje que guardaba en el baño, una lámpara de latón. Era difícil acostumbrarse a los lugares vacíos donde habían estado esos objetos. El capó de la camioneta despedía un brillo púrpura bajo las luces de sodio del aparcamiento del hospital.

Le encantaba el revestimiento limpio de la caja, el ensanchamiento de los nichos de las ruedas, la longitud del compartimento de herramientas, el ángulo de las ventanillas, la sensación de suavidad al abrir y cerrar el portón trasero. No había podido hablar con nadie sobre la separación de su mujer, pero la compra de esta camioneta le había hecho sentir mejor. No le había importado el gasto; las cuotas del crédito y el seguro se llevaban ahora la mayor parte de su sueldo. Y, con todo, desde que pasó junto al aparcamiento del concesionario Ford, no podía dejar de pensar también en su vieja camioneta. Después de todas las horas que había pasado tumbado bajo ella, cambiando el motor de arranque, el embrague y el cardán de transmisión, debería haberse alegrado de deshacerse de ese cacharro.

Ahora solo tenía que arrancar la camioneta nueva en punto muerto, saltarse la primera marcha, pasar de segunda a tercera y luego a cuarta, avanzar por alguna oscura carretera rural, pasar por delante de casas poco iluminadas, graneros silenciosos y grandes extensiones de enredaderas de calabaza. Pero ¿y la pobre Sharon allí arriba, con la cara llena de lágrimas, con un bebé que estaba a punto de desprenderse de ella como una piel vieja?

Tommy se reclinó en el asiento y soltó una exhalación que seguramente había estado reteniendo durante mucho tiempo. Se sintió en carne viva, como si todas las capas exteriores se hubieran caído. Eligió una ventana cuadrada del tercer piso e imaginó que esa era la habitación de Sharon. Pasó el dorso de la mano por la tapicería y pensó en la piel perfecta del nuevo bebé, tan suave como el forro de terciopelo del joyero de su mujer. Era probable que Sharon estuviera

insultando a Bob y al médico mientras obraba el milagro, mientras expulsaba una criatura del color de una calabaza, una nueva vida que llenaría un pequeño espacio en el mundo, un espacio en el que antes no había nada.

El hombre más pequeño del mundo

La belleza no es una virtud. Y no depende de los ojos del espectador. La belleza es un hecho. Como la altura, la simetría o el color del pelo. Lo digo para que nadie piense que estoy alardeando cuando digo que soy la mujer más guapa de este bar.

Por lo general, puedo hacer esta afirmación sin vacilar porque se trata del bar que más frecuento. Pero esta noche el circo está en la ciudad y hay desconocidos, incluidas cuatro coristas en una mesa entre donde yo estoy y la máquina de discos, que están bebiendo un líquido que parece vodka con tónica, en copas altas y transparentes con cerezas al marrasquino.

Siempre que el circo viene al Palace, voy a verlo, como ha sido el caso esta noche. He ido con mi hermana, quien ahora tamborilea con los dedos en la barra, a mi lado.

—¿Qué es lo que más te ha gustado? —pregunta.

Me encojo de hombros. Mi hermana se molesta cuando me niego a hablar, pero no me gusta responder a preguntas en las que no he pensado.

—¿Qué te pareció el rinoceronte? —dice—. Estaba sudando a mares. Me sorprende que esa mujer no se haya resbalado.

—Sí.

—¿Para qué vienes a este sitio? —pregunta mi hermana, mientras se gira en el taburete—. No hay nada que hacer. —Vuelve a girar—. Deberías decirles que pongan dardos magnéticos o algo así.

Mi hermana siempre conversa de esa forma. Es cariñosa, generosa y comunicativa, y yo no; cualquiera de mis tres exmaridos puede dar fe. Si quieren saber las otras pegas de estar cerca de mí, tendrán que preguntarles a ellos, o a ella, porque no pienso enumerar mis defectos. Mi hermana y yo tenemos en común los ojos verdes, los pómulos altos y el pelo frondoso y oscuro, y es un enigma por qué soy más guapa que ella. Tal vez sea porque ella ha desarrollado una gran variedad de intereses. Es trabajadora social en un hospital, ayuda a cincuenta familias al día de diversas maneras, pertenece a una liga de sóftbol y tiene un marido que está loco por ella. Es muy probable que dentro de un año tenga su primer hijo. Yo trabajo en un hotel, donde parte de mi trabajo es ser guapa.

—Si no vas a hablar conmigo, me voy —dice mi hermana—. Tengo cosas que hacer en casa. —Se acaba el zumo de arándanos y enfila hacia la puerta.

Es un final típico de las noches que pasamos juntas. No puedo explicarle que, aunque me encanta su compañía, no tengo ganas de hablar. Cuando sale, entran dos hombres grandes vestidos con monos de circo, acompañados por el Hombre Más Pequeño del Mundo. Los hombretones son de idéntica complexión, pero uno es blanco, con el pelo rubio y una leve bizquera, y el otro es negro con el cabello revuelto. Ambos dan la impresión de que el mono de trabajo es la única ropa que poseen. Cuando llegan a la barra, los dos se agachan a la vez y el hombre pequeño pone los brazos rectos y se deja subir a un taburete, donde se queda mirando al camarero. En favor de Martin —el camarero—, hay que decir que no le pide documentación alguna para comprobar si es mayor de edad, sino que le trae el whisky y el refresco con una profesionalidad que no revela sorpresa por el hecho de que un hombre tan pequeño quiera una bebida alcohólica; ni

siquiera por el hecho de que una persona pueda ser tan pequeña.

Como de costumbre, me siento en el extremo de la barra, en el taburete de latón y cuero más cercano a la pared, para poder ver a todos los presentes. La barra de madera se curva desde mi posición y se prolonga nueve metros; ocupa la mitad de la pared y está teñida de un color rojizo bajo capas de poliuretano. La pared opuesta a la barra es de ladrillo visto y está revestida de lámparas de bajo voltaje diseñadas para que parezcan faroles de gas. Después de trabajar todo el día con luz intensa, la penumbra me resulta reconfortante.

El Hombre Más Pequeño del Mundo mira a los clientes uno por uno, luego se fija en mí y asiente. Tiene entradas en el pelo. Por mi parte, sonrío con la boca cerrada. Él levanta la copa en dirección a mí, en reconocimiento de mi belleza, y yo levanto la mía en reconocimiento de su pequeñez.

Antes he comparado la belleza con la altura, pero hay más cosas en común entre la belleza y la pequeñez: la concisión, la correcta disposición de las piezas en un espacio limitado. El Hombre Más Pequeño del Mundo no desperdicia ningún espacio. Está perfectamente formado, con los miembros, el tronco y las orejas en proporción. Solo una mirada superficial lo identificaría como un niño, ya que tiene una frente amplia y una mandíbula cuadrada. La cara está ligeramente hinchada, muy probablemente a causa del alcohol, pero su tamaño eclipsa esta circunstancia. Un profesor de arte me enseñó una vez el truco de hacer un dibujo en tinta negra y luego reducirlo en la fotocopiadora: los defectos son menos perceptibles.

Como parece ser el caso del Hombre Más Pequeño del Mundo, a veces bebo demasiado. Cuando adopto esa apariencia hinchada, la disimulo soltándome el pelo. La bebida es, claro está, una adicción ordinaria; no es exclusiva de las personas que poseen cualidades extremas. Mucha gente de estatura normal y cara del montón bebe

demasiado. Por ejemplo, ese hombre sudoroso que ha venido durante los últimos meses con la camisa cada vez más tensa en torno a los botones; tiene todo el aspecto de una persona enzarzada en un divorcio desagradable. La mujer del otro lado de la barra, maquillada con base y colorete, debe de rondar los setenta —tal vez tiene nietos —, y bebe en exceso todas las noches. El borde de su vaso está manchado con pintalabios.

Mi hermana aparece en la puerta, detrás de la anciana maquillada, y se abre paso junto a la barra en dirección a mí, mientras hace sonar su llavero.

—Me había olvidado de que te traje yo. ¿Cómo vas a volver a casa?

—Puedo ir en taxi. No te preocupes por mí, hermanita.

—Bueno, pero ten cuidado, ¿vale? Hasta pronto.

Me toca el hombro para transmitir su preocupación. Mi hermana es una persona cariñosa, sin duda, pero me da la sensación de que no se preocupa tanto por mí como por la gente que me rodea. «Allí donde fui llevé la calamidad», dice Helena de Troya en el poema de Tennyson. Mi hermana sabe que cuando me emborracho soy muy simpática y que los hombres que entran en el bar con mujeres de aspecto nada despreciable, o que han dejado en casa a mujeres tan bonitas y cariñosas como mi hermana, arriesgarán su futura felicidad para pasar la noche conmigo. Quizá consideréis censurable mi disposición a acostarme con semejantes hombres; y, por la misma regla, también podéis culpar de la guerra de Troya a la mala conducta de Helena. Sin embargo, es importante recordar que Helena no botó un solo barco de guerra ni quemó una sola torre. Y al final pagó un

elevado coste por su aventura con Paris: mientras que nosotras podemos anular nuestro estado civil y deshacernos de nuestro apellido de casadas por cincuenta dólares y algo de papeleo, ella sigue siendo Helena de Troya para toda la eternidad. Lo mismo da que se reconciliara y viviera pacíficamente con Menelao en Grecia y tuviera un hijo.

Mi hermana casi roza a los hombres del circo al salir y el blanco se gira para observarla. Ella, con un andar cordial y saltarín, no mira hacia atrás.

Una pareja de piel muy blanca entra y se sienta en unos taburetes a mitad de la barra. Tal vez hayan asistido a una obra de teatro. Se mueven al unísono, sus cuerpos —antes independientes— funcionan como partes complementarias de un todo. Él la ayuda a quitarse el abrigo y ella le da algo de su bolso. El Hombre Más Pequeño del Mundo se baja de un salto y cruza la sala hasta la máquina de discos, a la que lo sube uno de sus amigos. Al interrumpirse la canción que sonaba, Martin, el camarero, mira con gesto frío y no le grita, lo que dice mucho en su favor.

—Bájese de la máquina.

Aunque nunca se me había ocurrido, considero a este camarero un buen amigo.

Hace veinte años, cuando estaba en el instituto, mi madre y mi hermana me animaron a presentarme a mi primer y único concurso de belleza, con la esperanza de que pudiera hacer amigas. Pero ya entonces me pareció que la mayoría de esas chicas eran superficiales y descerebradas, inconscientes de que nos estábamos exhibiendo como engendros de feria. Y luego, por supuesto, me odiaron por haber

ganado. No debería sorprender a nadie que el propio P. T. Barnum, el fundador del circo Barnum & Bailey, fuera el pionero de los concursos de belleza modernos, al reconocer que la belleza llamativa no era, en lo esencial, diferente de otras aberraciones. Una combinación absurdamente perfecta de los huesos, la carne y los rasgos de una mujer no era distinta de un tercer brazo que saliera del centro de la espalda de otra mujer. Barnum fue el primero en darse cuenta de que la gente pagaría por ver desfiles de esa clase de rareza femenina.

El hombre sudoroso, el de los ojales de la camisa tensos, pasa de camino al baño. Se despista mirándome y tropieza con un desnivel en la moqueta; se frena y recobra el equilibrio con torpeza, como si su propio cuerpo se hubiera convertido recientemente en un desconocido. Cuido mi propio cuerpo con tanto esmero que no puedo imaginarme perder la conexión con él; es mucho más probable que pierda la cabeza, algo que nadie nota a simple vista. El hombre mira hacia otro lado mientras se endereza y unos minutos después vuelve a su asiento dando un complicado rodeo.

Con un acento muy marcado, el Hombre Más Pequeño del Mundo grita algo a la mesa de las coristas, que al principio lo ignoran.

—Brandy —grita entonces, varias veces, y primero pienso que está pidiendo una bebida—. Estás muy guapa esta noche.

Tiene una voz nasal y aguda, tristemente cómica. La pelirroja se gira y grita.

—¿Por qué nos has seguido hasta aquí? Búscate otro bar, Shrimp.

—Eres mi amor, Miss Brandy.

Llego a la conclusión de que su voz, con ese extraño acento, es mucho más triste que cómica. La corista menea la cabeza en un gesto de rechazo, se vuelve para mirar a sus amigas, que se ríen, y enciende un cigarrillo.

En la máquina de discos, los dos individuos que acompañan al Hombre Más Pequeño del Mundo se colocan cerca de él para formar un triángulo equilátero, como si así pudieran protegerlo. Están desconsolados por lo que ocurre entre su pequeño hombre y las coristas. Al fin y al cabo, tienen que quererlo; se han encariñado de su pequeñez de la misma manera que los hombres se encariñan de mi belleza. Cuando un hombre está conmigo, no puede olvidar mi belleza de la forma que olvida todo lo demás. Las conversaciones íntimas y las promesas son olvidables, al igual que las comidas elaboradas con atención a cada detalle de sabor y presentación. Incluso la magnificencia de unos pechos desnudos puede volverse irrelevante cuando la piel permanece cubierta durante demasiado tiempo. Pero el tamaño de este hombre es un recordatorio constante, al igual que mi cara.

No me gusta ver mi propia cara, porque, a pesar del maquillaje, parezco triste, a veces tan triste como esa anciana hipermaquillada que está encorvada en la barra, enfrente de mí. Cuando me arreglo la cara por la mañana, a veces se me ocurre maquillarme como un payaso, pintando una enorme sonrisa que se prolongue hasta las mejillas. O exagerar la tristeza pintando un ceño fruncido y unas cuantas lágrimas relucientes. He oído que cada payaso de circo debe registrar una cara en la organización nacional de payasos, que no pueden copiar las de otros. Tal vez las mujeres deberíamos hacer eso, pues es conocida nuestra tendencia a reproducir los labios carnosos y las largas cejas curvadas de las modelos adolescentes que se ven en las pasarelas; tal vez se podría obligar a las mujeres a ser ellas mismas, como lo es mi hermana. Este impulso mío de pintarme como un

payaso llega a ser tan abrumador algunos días que incluso fantaseo con trabajar de payasa, aunque todo el mundo, incluidos mi hermana y mis exmaridos, os dirá que no soy graciosa.

El Hombre Más Pequeño deja de mirar a las coristas y posa los ojos en mí. Se balancea levemente, ebrio, al son de la música. Le susurra algo al negro, que se acerca a la barra. El Hombre Más Pequeño se baja de un salto, se acerca a las coristas y desaparece.

Martin me trae otra copa antes de que haya terminado la que tengo delante. Hace un gesto con la cabeza, hacia la máquina de discos, y dice:

—El tipo bajito te manda esto, dice que es para «la mujer más guapa». —Viniendo de él, es un piropo importante, y para mí también es importante que sea Martin quien ha transmitido el mensaje—. ¿Has estado en el circo?

—Sí, con mi hermana. Era la que estaba aquí conmigo.

Mis brazos se extienden resplandecientes sobre la barra; con este bronceado en la piel no se sabe con exactitud cuál es mi raza. Algunos dan por hecho que vengo de una isla donde todas las mujeres son hermosas.

—Se parece a ti —dice Martin.

Llevo el pelo retirado de la cara, enroscado delicadamente en la nuca, de modo que tengo el cuello desnudo. Martin me recorre con la

mirada; en ningún momento deja que sus ojos se detengan, quizá por respeto o tal vez porque no se fía de mí, después de haberme visto salir del bar con decenas de hombres. Martin está a punto de levantar el pie y colocarlo en un estante bajo la barra con el fin de inclinarse hacia mí y decirme algo en voz baja. Pero la pareja con aspecto idéntico interrumpe nuestro momento haciéndole un gesto. Quieren una bolsa de frutos secos.

Llegan gritos de la mesa de las coristas y no hay rastro del Hombre Más Pequeño, pero al instante la pelirroja grita:

—¡Enano pervertido!

El Hombre Más Pequeño sale de debajo de la mesa a cuatro patas, se sacude el polvo y vuelve a la máquina de discos. Sostiene un zapato negro de plataforma y lo olfatea, hasta que la pelirroja se acerca con los pies descalzos y se lo arrebata. Lleva una falda corta y vaporosa. El Hombre Más Pequeño sonríe, pero los dos grandullones parecen preocupados.

Aunque no hay servicio de mesa por las noches entre semana, Martin da la vuelta a la barra y se acerca a las coristas para servirles otra ronda. Es probable que estas mujeres usaran pelucas durante el espectáculo porque todas llevan el pelo muy corto. Tienen los ojos muy maquillados. La pelirroja tiene unas piernas largas y musculosas, de atleta, de una fuerza y suavidad capaces de alejar a un camarero de su puesto. Martin deja que su mirada se pasee por esas piernas, incluso después de volver a la barra. Quizá sean el tipo de mujeres que le gustan: enérgicas, acrobáticas, inteligentes.

Una de las coristas hace un gesto separando levemente dos dedos en dirección a la máquina de discos, y, cuando el Hombre Más

Pequeño las mira, todas las mujeres estallan en carcajadas. Es posible que la cabeza del hombre quepa en sus bocas. Cuando la corista pelirroja se da cuenta de que la estoy mirando fijamente, achica los ojos. Me giro hacia la barra. Estoy acostumbrada al tipo de miradas que me dedican ahora las coristas. Creen que he hecho trampas para tener esta apariencia. «¿Se habrá operado?», se preguntan. Suponen que, de algún modo, he vendido mi alma al diablo.

Y yo entiendo por qué el Hombre Más Pequeño del Mundo no puede dejarlas en paz. Por la misma razón por la que no puedo resistirme a los nuevos hombres guapos que entran en este bar: porque desearlos está exento de complicaciones. No es culpa de las coristas que el Hombre Más Pequeño se humille a sí mismo; la crueldad que muestran es algo corriente y además no tienen ni idea de lo que significa ser diminuto.

Las coristas estuvieron muy bien en el intermedio, cuando todos los animales y artistas salieron con disfraces del salvaje Oeste; las coristas llevaban minifaldas de cuero falso con pistolas exageradamente grandes en las caderas. Debería haberle dicho a mi hermana lo mucho que me gustó el número del intermedio. Mi hermana tenía razón: la chica que iba subida al rinoceronte sudoroso prácticamente tuvo que hacer un espagat mientras rebotaba en la espalda ancha y resbaladiza del animal. Durante ese desfile, el Hombre Más Pequeño del Mundo apareció subido a un elegante carro tirado por caballos y saludó. También salió en la despedida final, de pie y saludando a lomos de un elefante.

Ya no hay una barraca separada con atracciones grotescas en el circo. Hay que ir a las ferias del condado para ver ese tipo de espectáculos, o bien ver la televisión. En julio, viajé treinta millas y pagué dos dólares por ver el caballo más pequeño del mundo, el cerdo más gordo, el caimán más largo. Hay que dar por sentado que de verdad son los más largos, los más pequeños y los más gordos. ¿Quién puede decir que el peso, la altura o la longitud anunciados son

auténticos? ¿Quién está a cargo de los pesos y medidas de los espectáculos de fenómenos de circo?

No me cabe duda de que el hombre que me acaba de invitar es el auténtico Hombre Más Pequeño del Mundo; el Mayor Espectáculo de la Tierra no mentiría con tanto descaro. Antes de que termine mi segunda copa, el Hombre Más Pequeño se ha pedido la tercera. Parece estar ya borracho, como lo estaría un hombre de tamaño normal si se hubiera tomado siete u ocho.

De camino al baño, miro al frente, para evitar los ojos de la corista pelirroja, pero, a la vuelta, camino a paso lento para estudiar sus cabezas y hombros y para oler su perfume floral, aplicado en exceso, quizá para disimular el sudor. Aunque representan a mujeres hermosas, no son especialmente bellas. La belleza auténtica resultaría demasiado discreta en la pista del circo y no podría competir con el plantel de elefantes y jinetes a caballo. La belleza no puede transmitirse en distancias largas, no podría llegar a las gradas superiores de un estadio; los disfraces hacen un trabajo mejor que la realidad. La belleza de Helena se transmitió de oídas: ¿cuántos de los hombres que murieron en Troya la vieron alguna vez? Estas coristas no son tan jóvenes y bobas como aparentan cuando están disfrazadas. Son como actores y magos, hábiles con trucos de manos, con trucos de caras.

Hasta el Hombre Más Pequeño del Mundo utilizó trucos. Cuando apareció en la pista central en el descanso —sentado primero y después de pie, sobre el asiento de una diligencia pintada con colores de circo—, llevaba una chaqueta de traje que le quedaba muy larga, de manera que sus piernas, que en realidad están en perfecta proporción con su cuerpo, parecían cortas. Y los caballos que tiraban del carro eran de tiro, unas bestias que empequeñecen a cualquier humano.

Un crujido parecido a un trueno atraviesa el bar, pero las coristas no levantan la vista. Están acostumbradas a las estampidas de los elefantes, a los vendedores que vociferan, a los cañones que hacen volar a saltimbanquis bajo una carpa.

—Que se baje de la máquina de discos —dice el camarero.

Lo dice rápido, de forma directa, sin brusquedad, y se da la vuelta enseguida para evitar un enfrentamiento. Martin es un genio. El Hombre Más Pequeño del Mundo no se ha ofendido. Estira los brazos, indicando a sus amigos que quiere que lo transporten.

Un hombre de traje oscuro se acerca a este extremo de la barra y llama mi atención. No ha estado aquí antes. Tendrá unos veinticinco años y tiene una expresión de ligero asombro. Si no estuviera atenta a otro asunto, lo saludaría con la cabeza y lo invitaría a sentarse a mi lado. En cualquier caso, el tipo deja un taburete vacío entre él y yo y llama al camarero. Su chaqueta cubre unos hombros anchos y rectos. Tal vez lo vea mañana en la recepción del hotel, o más tarde esta noche, en una cama de hotel.

En el hotel, la mayor parte del tiempo trabajo detrás de una pared de cristal, rellenando formularios, organizando los horarios del personal y haciendo llamadas telefónicas, a menos que haya un problema. En ese caso, salgo de detrás del cristal, con mis tacones de siete centímetros y medio, y digo con la voz más elegante que se pueda imaginar:

—¿Hay algún problema?

Mi boca está oscurecida a la perfección con pintalabios y no vuelvo a abrirla hasta que el cliente y el recepcionista hayan dicho todo lo que tengan que decir, tras lo cual todavía aguardo un poco más en silencio. Solo de vez en cuando tengo que devolver dinero.

Antes de que surja la oportunidad de hablar con el tipo del traje oscuro, los dos hombres con mono de trabajo llevan al Hombre Más Pequeño del Mundo a la barra. Desde aquí no puedo saber si el cristal de la máquina de discos está roto. Hank Williams sigue cantando una vieja canción de desamor. La gente del circo lleva toda la noche poniendo country & western.

Me pregunto si el Hombre Más Pequeño del Mundo piensa en crecer, de la misma manera en que yo pienso en volverme menos guapa. Quizá él y yo podríamos vivir juntos, beber menos, tener invitados a cenar. Soy consciente de lo difícil que sería conocer de verdad al Hombre Más Pequeño del Mundo, ver más allá de su estatura, por lo que yo me esforzaría para que no nos comportáramos como desconocidos. A lo largo de la escalera que llevara a nuestro dormitorio, junto a unos retratos de estudio de nuestros hijos, colgarían fotos de nuestros antiguos cuerpos deformes. Treinta y cinco años no es demasiado tarde para formar una familia. Mi segundo marido, que ya tenía dos hijas, decía que yo era demasiado egoísta para ser madre, pero puedo cambiar. Quizá mis tardías hijas lo tendrían más fácil que las de mi exmarido. Cuando mis hijas miraran fotos mías, dirían: «Qué guapa eras, mamá», y ese tiempo pasado les resultaría mucho más fácil a los trece años que tener que decir: «Qué guapa eres». Mi marido diría: «Yo era el Hombre Más Pequeño del Mundo hasta que conocí a vuestra madre».

Quizá penséis que, si de verdad tengo tantas ganas de no ser guapa, debería prescindir de los tratamientos faciales, de las manicuras semanales y los constantes retoques de mis mechas castañas; debería dejarme el pelo suelto con un peinado sencillo, como el de mi hermana, o llevarlo corto y cómodo, como las coristas. Sí,

claro, sería como sugerirle a un hombre alto que encorve la espalda. Descuidar mi belleza ahora sería una negación de la realidad.

Aunque intento no prestar atención al desconocido que está a mi lado, mi cuerpo gravita hacia el suyo como una flor se inclina hacia el sol. Cierro los ojos en un intento de resistirme, pero, cuando los abro, me está mirando a la cara. Desprende un olor a almizcle y ligeramente a humo, y sus ojos son cócteles con pequeñas aceitunas negras. Seguiría acercándome, si no fuera porque el Hombre Más Pequeño del Mundo está armando un escándalo. Ha saltado a la barra y está de pie, con los brazos en jarra, como el niño más descarado y arrogante del mundo. Tal vez Martin le haya negado una cuarta copa.

—Va a ser mejor que se baje —dice Martin.

El Hombre Más Pequeño grita en un idioma que nunca he oído en el hotel, quizá húngaro. Está enfadado, dolido, pero sus dos amigos grandullones siguen ocupando la segunda y tercera esquinas de su triángulo. Le quieren demasiado como para instarle a que se baje de la barra. Al fin y al cabo, no es un niño. Lleva una especie de zapatillas deportivas infantiles, pero los pantalones están hechos a medida y la chaqueta de estilo safari está adaptada a su tamaño. Se mantiene erguido sobre la barra, absorto en su hostilidad hacia el camarero. Espero no tener que elegir bando. Las chicas del circo se han dado cuenta finalmente y también están mirando: a todo el mundo le gusta un buen espectáculo.

El Hombre Más Pequeño del Mundo se gira y mira al otro lado de la sala, no a ellas sino a mí.

—¡Mujer bella! —grita—. ¡Ayúdeme!

Le da su bebida a su acompañante blanco y avanza por la barra hacia mí. La anciana con colorete se aferra a su bebida en el otro extremo. El Hombre Más Pequeño salta por encima de la mayoría de los vasos que lo separan de mí, pero tira las bebidas de la pareja pálida. Los dos se apartan de la barra, como si fueran siameses, con las mandíbulas desencajadas en una expresión compartida de confusión. El hombre que está a mi lado se levanta de un salto y se echa hacia atrás. El Hombre Más Pequeño del Mundo estira las manos hacia mí y, sin dudarlo, dejo mi bebida y abro los brazos. Con mis hermosos pero tristes ojos le prometo que, si llega hasta mí, lo protegeré. Lo acunaré y cobijaré como si fuera mi primer hijo, lo abrazaré como si fuera mi hermano de sangre, lo honraré como si fuera mi marido de verdad. En el camino, aplasta una bolsa de patatas fritas, y unos cacahuetes salen disparados. Me pongo de pie y me retiro un poco de la barra. Si tiene el valor de saltar, lo atraparé.

Los huesos vuelven a casa

Tal y como había hecho cientos de veces en el pasado, Charlotte había levantado la olla de ocho litros del fogón, pero esta vez se le había escapado una de las asas. Gran parte del agua, que casi estaba hirviendo, le cayó por la parte inferior de una pierna. Durante un momento de estupor, Charlotte se quedó rígida, a la escucha, como si esperara que alguien la llamara por su nombre, y entonces el dolor empezó a bullirle en la piel. Sin sucumbir al pánico, había envuelto el tejido ampollado y correoso en vendas hechas con una sábana rota y untadas de bálsamo. Diez días y diez palpitantes noches después, abrió el vendaje y descubrió que la carne se había vuelto gris. Aun así, todavía no se había decidido a llamar a su hija Andrea. Ni siquiera recordaba haber llegado al hospital, pero ahora, al mirar hacia abajo, lo vio todo muy claro. Su pierna izquierda terminaba de golpe justo por debajo de la rodilla, en un muñón envuelto en vendas de color beis, resultado de los experimentos con cuerpos humanos que perpetraban esos carniceros. Apartó la mano delgada y suave que sujetaba una de las suyas y echó a un lado la sábana, que tenía el color de la leche desnatada. Cada intento de concentrarse en la extremidad era como caer por un acantilado, como verse arrastrada hacia una cascada en una corriente de pigmentos diluidos. Volvió a reposar la cabeza sobre la almohada de espuma y fijó la mirada en las placas del techo.

—Señora DeBoer. —Apareció una enfermera a su lado.

—¿Qué coño le han hecho a mi pierna? —preguntó Charlotte, con una voz débil que no reconoció como propia.

Las sondas quirúrgicas le habían destrozado la garganta. Un gotero con antibiótico invadía su organismo a través de una aguja clavada justo por encima de la muñeca. Charlotte resistió el impulso de dar un tirón y desengancharse. Andrea estiró la sábana sobre la rodilla de Charlotte con unos dedos largos y tersos, con las uñas pintadas de un rosa pastel translúcido. Charlotte volvió a retirar la sábana para dejar

al descubierto aquel acto de barbarie.

—Tenía gangrena, señora DeBoer. Los médicos tuvieron que amputar. —La enfermera no la miraba a ella, sino a Andrea.

—¿No lo recuerdas, mamá?

—Recuerdo que vine aquí con dos piernas. Si hubiera pensado que me enviarían a casa con una, no habría venido.

Todo el cuerpo de Charlotte parecía anegado, pero ella se resistía a dejarse hundir.

—Mira —le dijo a Andrea—. Mira lo que han hecho.

—Esto es para el dolor —dijo la enfermera, ofreciéndole un vasito de plástico.

—No necesito sus pastillas de mierda. —Se le humedecieron los ojos por el esfuerzo de hablar.

—Las órdenes del médico son que se tome esto. No querrá montar un escándalo, ¿verdad? —La enfermera tenía los pómulos anchos, las cejas depiladas y pintadas.

—Muy bien, deme las pastillas y déjeme en paz. —Cuando la enfermera se fue, Charlotte se volvió hacia Andrea—. Supongo que tu hermana sabe que estoy aquí.

—Liz vino mientras estabas en el quirófano.

—¿Estuvo aquí?

—Estuvo aquí treinta y seis horas. La viste en la sala de reanimación. Le dijiste que le habías puesto el nombre de tu madre.

—¿Va a volver?

—Esta mañana está en el juzgado. Es su segundo caso y no puede faltar. Volverá de Chicago en cuanto pueda.

Andrea salió tras decir que iba a por un café. Charlotte no pareció darle importancia, pero la echó de menos en cuanto se fue. Quería preguntar si habían ordeñado a Lily y si habían dado de comer a las gallinas. Si nadie les daba de comer, destrozarían sus propios huevos a picotazos. Las ambrosías, la bardana y el ombú taparían las tomateras en una semana. En estos sitios te mantenían prisionero sin importar las tareas pendientes en casa. Tampoco le gustaba la forma en que los colores de los objetos se confundían entre sí en el hospital. A ella le gustaban los colores intensos, diferenciados: los verdes del ballico y la alfalfa, el azul del cielo, los tonos oscuros de la tierra del jardín y los colores de las vacas. Las Hereford de color ladrillo y blanco. El negro puro de una Black Angus. El beis de sus vacas Jersey en contraste con la hierba del campo, o contra un horizonte despejado.

La leche de las vacas Jersey es la que tiene más contenido en grasa, por lo que sabe mejor y hace buena mantequilla. Charlotte solía preparar helados para sus hijas, pero, cuando estas llegaron a la adolescencia, dejaron de comer mantequilla y helado; incluso le quitaban la nata a la leche de los cereales del desayuno. Dos décadas después, seguían tan delgadas como de niñas, como judías famélicas. De sus delgados brazos colgaban unos músculos esmirriados.

—Tendría que haber tenido hijos —murmuró.

—¿Qué has dicho, mamá?

Andrea había vuelto y estaba sentada junto a la cama. Charlotte hubiera querido decir algo menos ofensivo, pero no se le ocurrió nada. Algunas mechas plumosas del cabello de la chica se alargaban hacia los hombros escuálidos. De pequeña, Andrea solía llevar el pelo largo recogido en una trenza como la que todavía llevaba Charlotte.

—¿Quién está ordeñando a Lily? —preguntó Charlotte.

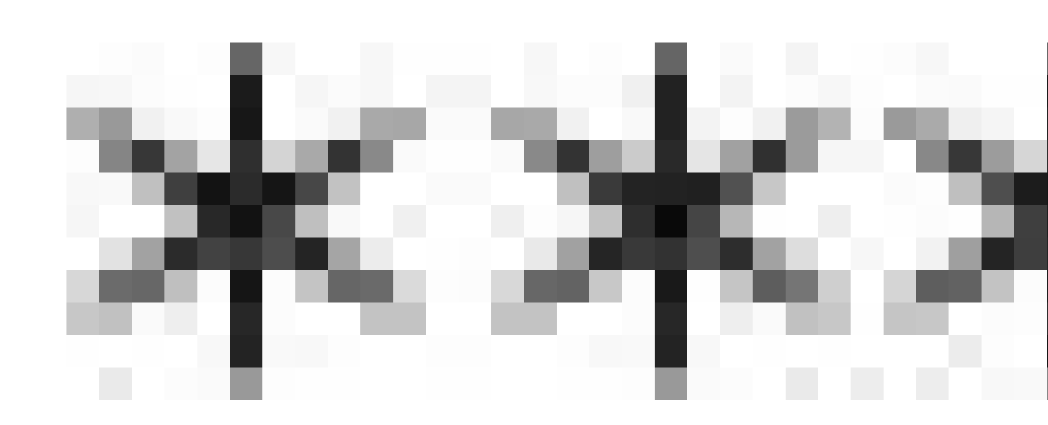
—Me dijiste que dejara al ternero que volviera con ella. ¿Te acuerdas? Es un ternerito precioso. ¿Cómo se llama?

—Carne. Iba a matar a ese ternero para hacer filetes esta semana. —Charlotte se giró para ver la reacción de Andrea, que puso cara de fastidio.

—Mamá, ¿de verdad tienes que decir esas cosas?

La imagen de la chica se alejó, difuminada. De su cabeza emergió una diadema de color púrpura sangre, que luego se sumergió entre los cabellos. A Charlotte le costaba mantenerse consciente.

—¿Eh? —dijo—. ¿Es que eres vegetariana ahora?



Unas serpientes gruesas de hiedra venenosa se enroscaban en torno al roble más grande del bosque de Charlotte, junto a la carretera. Las enredaderas se deslizaban por las ramas y en cada franja de sol extendían sus hojas verdes de tres lóbulos, chupándole la vida al árbol. Nubes de ceniza y rabia oprimían a Charlotte desde todos los ángulos, grises y asfixiantes. Levantó el hacha para cortar las enredaderas, pero estaba roma y rebotó. Volvió a arremeter con el hacha, que de nuevo salió despedida. Al mirar hacia abajo, descubrió que se había cortado la pierna por debajo de la rodilla. Dejó caer el hacha y se sentó en la cama, con los ojos abiertos de par en par.

Estaba sola, gracias a Dios, aunque no creía en ningún dios. Se aferró a los bordes de la cama del hospital y esperó a que el corazón dejara de latirle con fuerza. Durante más de cincuenta años, los sueños le habían causado este efecto. Hacía más de cincuenta años que había abandonado los Países Bajos para establecerse en Michigan, pero cada

mañana tenía que hacer el esfuerzo de adaptarse a una sociedad que todavía le parecía nueva y extraña. En casa, se levantaba pronto y preparaba café y huevos. Estar tirada sin hacer nada en el hospital era peor que aguantar la quemadura a solas. Entonces había sufrido una auténtica agonía, pero estaba en casa y se había propuesto no sentir lástima de sí misma. Al fin y al cabo, ella no tuvo que pasar por el terrible dolor que seguramente sufrieron sus padres a manos de los alemanes que los detuvieron en las oficinas del periódico en Ámsterdam. Antes de que los apresaran, la habían enviado con el hermano del padre a Estados Unidos. La madre había dicho que Charlotte podría volver a casa cuando terminara la ocupación, pero para entonces no quedaba ningún pariente con quien volver. Desde los ocho años, cada miércoles por la noche y dos veces cada domingo, Charlotte tenía que arreglarse para asistir con sus primos a las misas de la Iglesia Reformada Neerlandesa, donde atendían de manera rutinaria las necesidades de su alma. Sin embargo, los padres de Charlotte eran comunistas y ateos, por lo que Charlotte los honró al no ceder nunca a las tentaciones del pastor, quien instaba a perdonar y rescatar a los enemigos del fuego del infierno.

Peter, el tío de Charlotte —Andrea y Elizabeth lo llamaban «abuelo Peter»—, le dijo cuando era pequeña que nadie sabía lo que les había sucedido a sus padres, pero Charlotte había leído las cartas que recibió Peter justo después de la guerra. Una noche, alguien había visto a unos soldados que subieron a sus padres a un tren repleto, en dirección este. A partir de entonces, Charlotte vio a sus padres en cada una de esas fotos de los campos de concentración, una madre borrosa con los pechos encogidos, un padre con agujeros oscuros en lugar de ojos.

—¿Dónde está mi pierna? —preguntó Charlotte cuando entró la enfermera de día, con otro vaso de plástico con pastillas.

—Recuerde, señora DeBoer. Se la han amputado.

—He preguntado dónde está mi pierna. Ya me he dado cuenta de que me la han cortado.

—Seguramente está en el laboratorio.

—¿Qué van a hacer con ella? —Su voz se había recuperado y volvía a ser la suya.

—Tendrá que preguntarle al médico, pero normalmente incineran el tejido necrótico después de una biopsia. —Las cejas subían y bajaban como pequeños látigos.

—Ah, muy bien, enfermera. ¿Es que también tienen crematorio aquí?

—Señora, solo le pido que se tome la medicación para el dolor. —La dejó en la mesita de noche.

—¡Pues no pienso dejar que me quemen la pierna, maldita sea! —gritó Charlotte mientras la enfermera salía—. ¡Dígale al médico que no me va a quemar la pierna!

Cuando Andrea llegó aquella tarde, con el pelo recogido en una coleta pequeña y lustrosa, Charlotte estaba muerta de ganas de comunicarse. Inclinó la cabeza fuera de la cama, hacia la chica, y se le calentó la cara cuando empezó a hablar.

—Andrea, estos médicos nazis quieren quemarme la pierna y tirarla al horno, como si fuera un trozo de basura.

—Bueno —dijo Andrea—, supongo que es por razones sanitarias.

—Tengo derecho a esa pierna. ¡Llama a tu hermana abogada! Pregúntale qué opciones hay.

—Mamá, se llama Elizabeth. Podías llamarla por su nombre.

—A lo mejor la llamaría por su nombre si me hubiera visitado alguna vez en los últimos tres años.

—Ha estado aquí. Y estuvo en casa del abuelo Peter en Navidad.

—No ha venido a mi casa desde hace tres años.

—¿La has invitado?

Charlotte se recostó en las almohadas.

—¿Acaso trataron de salvarme la pierna esos cabrones?

—Claro que lo intentaron, mamá. Estaba muy infectada. ¿Por qué

no fuiste al médico cuando te quemaste?

—Son una panda de Mengeles. Mira lo que me han hecho. —Charlotte se señaló la pierna con la cabeza, pero no quiso mirar y mantuvo la barbilla alzada en un gesto estoico.

En su última mañana en el hospital, Charlotte salió del baño con muletas y encontró a Andrea sentada junto a la cama. El sol había salido mientras Charlotte estaba en el baño.

—Bueno, ¿cómo estamos hoy? —preguntó Andrea con voz jovial. A veces la chica se dirigía a Charlotte como si fuera una desconocida, como si su madre fuera un caso de beneficencia. En cualquier caso, Charlotte se sentía extraordinariamente sentimental esa mañana.

—Andrea, antes me acordé de que solías pedirme que te echara un chorro de leche en la boca directamente de la vaca.

En su cabeza, Charlotte tenía una imagen nítida de Andrea vestida con un mono de nieve rojo y sentada sobre la paja limpia del establo. De los cubos de leche caliente salían nubes de vapor.

Andrea la miró con interés.

—La verdad es que no me acuerdo de eso.

—Tenías tres años. Me viste echar un chorro de leche en la boca

del gato y luego te apunté con la tetina. Te encantaba la leche de las vacas Jersey.

—No quiero hablar de eso, mamá. —Andrea se reacomodó en la silla.

Se quedaron un momento en silencio. Finalmente, Charlotte se sentó en el borde de la cama.

—No pueden quemarme la pierna, Andrea. ¿Has llamado a tu hermana?

—Pues pensé que Elizabeth diría que estás loca y se olvidaría del tema, pero de hecho está trabajando en ello.

—Bien.

—Dice que vamos a alegar objeciones religiosas. Si se sigue la ley judía de manera estricta, tienen que enterrar a la gente con todos sus miembros. Se compra una parcela para la pierna en el cementerio y cuando llega el momento se une el resto del cuerpo.

—No soy judía —dijo Charlotte.

—Pero Elizabeth pensó que estarías dispuesta a decir que lo eres.

—Bien.

Charlotte pensó en decirle a la chica que estaba agradecida. A veces le hubiera gustado explicarle todo a Andrea, hablarle de sus sueños aterradores y contarle la historia de sus padres, que eran nobles y altruistas y que habían sido asesinados por los nazis.

—Pero hay otro problema, mamá. Acabo de hablar con la trabajadora social. No tienes seguro, y, cuando te pongan la prótesis, la factura del hospital va a ser de más de veinte mil dólares. No puedes acceder a Medicare, porque papá y tú erais autónomos y no cotizabais, y no te pueden dar ninguna ayuda pública mientras seas dueña de la tierra y el ganado.

A Charlotte se le heló la sangre en las venas.

—No pueden quitarme la finca.

—Mamá, alguien tiene que pagar por el hospital. Liz y yo no andamos sobradas de dinero ahora mismo, pero la trabajadora social dijo que podemos hacer un plan de pago a plazos.

—No quiero vuestro dinero. —Las pérdidas habituales de la granja habían consumido el dinero que tenía en el banco—. ¿Tu hermana sabe esto?

—Todavía no.

—No se lo digas.

—¿Por qué?

—Júrame que no se lo vas a decir.

—Bueno, no se lo diré.

Charlotte hizo una pausa.

—¿Me han cortado la pierna solo para poder robarme la finca?

—No te pongas melodramática, mamá. No quieren robarte la finca. Probablemente podrías venderla por doscientos mil, tal vez más. Entonces podrías comprarte un sitio más pequeño, más cerca de la ciudad, más cerca de mí. El mantenimiento de la granja supone mucho trabajo.

—¿Crees que eso es lo que me preocupa, no poder encargarme del «mantenimiento»?

—Puedes vender solo una parte, entonces.

—¿Qué voy a vender, el pastizal? ¿La casa? ¿El campo de heno? La próxima vez mejor me muero y así tu hermana y tú podréis vender y

olvidaros de historias.

Sintió que se le humedecían los ojos, pero sabía que no iba a llorar. No había llorado desde que tenía once años y el tío Peter le dijo que nunca volvería a casa.

—Quizá el bosque —sugirió Andrea—. De hecho, hoy he hablado con un agente inmobiliario. Podrías vender el bosque que está junto a la carretera.

Aquella noche, en casa, Charlotte soñó que se incendiaba el bosque que tenía junto a la carretera. El humo serpenteaba por las ramas, espeso y letal. Los árboles se habían quemado, de modo que al tocarlos se convertían en cenizas y caían al suelo con un temblor. Las frambuesas, las colmenillas, las plantas de diente de perro, todo se había convertido en polvo. Solo quedaba la hiedra venenosa, inmune al calor, que se desprendía en bobinas mudas de los árboles en descomposición y se arrastraba por el suelo del bosque. Sus padres estaban de pie, perfectamente inmóviles, mirándola, como sacados de una fotografía en blanco y negro. Un viento los convirtió en polvo y se esfumaron. Su pierna estaba en su sitio, hasta que también se redujo a polvo para reunirse con el suelo del bosque.

El sábado siguiente al Día de Acción de Gracias, un mes después de haber recibido la nueva pierna, sus dos hijas fueron a cenar. En las últimas semanas, había soñado en repetidas ocasiones que las chicas eran bebés otra vez y llevaban vestidos de lana blanca; se escapaban de los brazos de su madre y avanzaban como gusanos hacia puertas abiertas, tubos de calefacción y conductos de lavandería. Al principio se limitaba a observar cómo se alejaban, pero luego trataba de juntarlas a toda prisa, como si fueran extremidades que tuviera que ensamblar en un solo cuerpo. El sábado por la noche, Elizabeth fue la primera en llegar a la cena, pero se quedó a esperar a Andrea en el camino de entrada, sentada en un reluciente coche de chasis bajo, de

un color parecido a una yema de huevo rota.

Andrea dio un breve abrazo a Charlotte, colgó el abrigo en una percha y se dirigió a la cocina. Elizabeth murmuró un saludo y luego cruzó los brazos sobre su torso delgado mientras recorría el salón; estiró la mano para tocar los lomos de algunos libros, los brazos de las sillas, las repisas polvorientas de las ventanas. Llevaba el pelo recogido con un pasador dorado. La chica levantaba la cabeza de manera orgullosa, como si se elevara todo el rato por encima de algo.

—Tienes el pelo más oscuro —dijo Charlotte—. Antes era rubio.

—Era de este color cuando me viste la Navidad pasada en casa del abuelo Peter. Y el año anterior.

—Tenéis que veros más de una vez al año —dijo Andrea desde la cocina.

Vació el contenido de las cacerolas en unos platos desportillados de cerámica azul Blue Willow y los llevó a la mesa. Elizabeth descorrió las cortinas y se asomó a cada una de las ventanas. Ahora Charlotte mantenía echadas las cortinas que daban a poniente para no ver el cartel que anunciaba la urbanización Wooded Glenn Estates, que estaban construyendo en la parcela vendida para pagar la condenada factura del hospital.

—Te estás arreglando muy bien con esa prótesis, mamá —dijo Andrea, cuando estuvieron sentadas—. Sabíamos que iba a ser así, ¿verdad, Liz?

—Y una mierda lo sabíais. —Charlotte se sirvió una generosa porción de relleno. Presidía la mesa desde un extremo, con una hija a cada lado—. Tú dijiste que no iba a ser capaz de encargarme del mantenimiento.

—Nos preocupamos por ti —dijo Andrea—. Es normal que las hijas se preocupen por sus madres.

—Si os preocuparais por mí, me habríais ayudado a apilar las cuatrocientas balas del segundo corte. La mitad está tirada en el suelo del granero, y en el remolque esperan otras ciento veinte.

—A lo mejor puedo ayudar cuando venga el próximo domingo —dijo Andrea.

—No, da igual. Se te romperían las uñas rosas. Además, no tienes fuerza. No entiendo cómo habéis acabado siendo tan flojas. —Empujó el tazón del relleno hacia las chicas. Su padre, el señor DeBoer, con todos sus defectos, no había sido un tirillas.

—¿Podemos prescindir de las críticas? —preguntó Elizabeth—. ¿Podemos comer sin más y acabar con esta farsa?

Elizabeth había sido la favorita del señor DeBoer, siempre más guapa que Andrea y, si bien más joven, más inteligente y testaruda. A los trece años, Elizabeth había insistido en que el padre tenía razón, que debían vender la granja. A Charlotte le había enfurecido el descaro de la muchacha y le había propinado un buen bofetón. Habían pasado veintiún años, pero Charlotte sabía que Elizabeth no la había perdonado. Charlotte aún podía sentir el escalofrío de aquella cara de

catorce años que le clavaba la mirada durante el funeral del señor DeBoer, como si Charlotte hubiera provocado el infarto que envió el tractor del señor DeBoer contra un árbol.

—Venga, Liz. Dijiste que harías un esfuerzo —suplicó Andrea.

—¿Y qué te parece el nuevo coche que conduce tu hermana? —dijo Charlotte, que miró a Andrea, pero señaló a Elizabeth con el tenedor—. ¿Cuánto crees que le costó?

—Igual debería ir en tractor al juzgado del condado de Cook —dijo Elizabeth—. Esta mujer es una campesina sin remedio. Lo raro es que tenga agua corriente. Yo no podría volver a vivir así.

—No hay nada malo en mi forma de vivir —dijo Charlotte.

Andrea intervino.

—Estas verduras son del huerto de mamá, Liz. Son orgánicas.

—Eso solo significa que las cultivó con mierda de vaca. Y me apuesto el salario de una semana a que ella misma le arrancó la cabeza a este pollo.

—Es que no se la arrancan ellos solos. Al menos yo sé de dónde viene mi comida. Toda la comida que compras viene empaquetada en plástico, no sabes nada de lo que comes.

—Como compro la comida en el supermercado, se piensa que no tengo alma. Pues lo cierto es que voy a ayudar a gente en mi vida —le dijo Elizabeth a Andrea—. Parte de mi trabajo será sin cobrar.

—Es verdad, mamá —dijo Andrea—. Siempre nos has hecho sentir mal porque no nos interesa la agricultura.

—Haced lo que os dé la gana —dijo Charlotte—. Por mí como si queréis trabajar de médicas nazis y cortarle las piernas a la gente.

—Por favor, vale ya. —Elizabeth se cruzó de brazos.

—Andrea, ¿no quieres más pollo? —preguntó Charlotte—. Y no te estás comiendo las patatas. Son del huerto.

—Estas patatas tienen arena —dijo Andrea—. ¿Las has lavado?

—A mí me parece que están bien —dijo Charlotte, pero, cuando dio otro mordisco, sintió un rechinar entre los dientes—. No muerdas fuerte y ya está. Come judías verdes. Son las de mata baja que planté este año. Quedan muy bien en conserva.

—Están buenas, mamá —dijo Andrea—. ¿No crees, Liz?

Elizabeth recogió una de mala gana con la punta del tenedor y se

la comió.

—Más vale que estén buenas —dijo Charlotte—. Así es como me quemé, ya sabéis, haciendo tarros de conservas. Me costaron la pierna, estas judías.

Las chicas se miraron por encima de la mesa. Charlotte no recordaba una ocasión en que estuvieran sentadas las tres juntas. Estaba disfrutando la tensión, las reacciones irritadas, el silencio cargado.

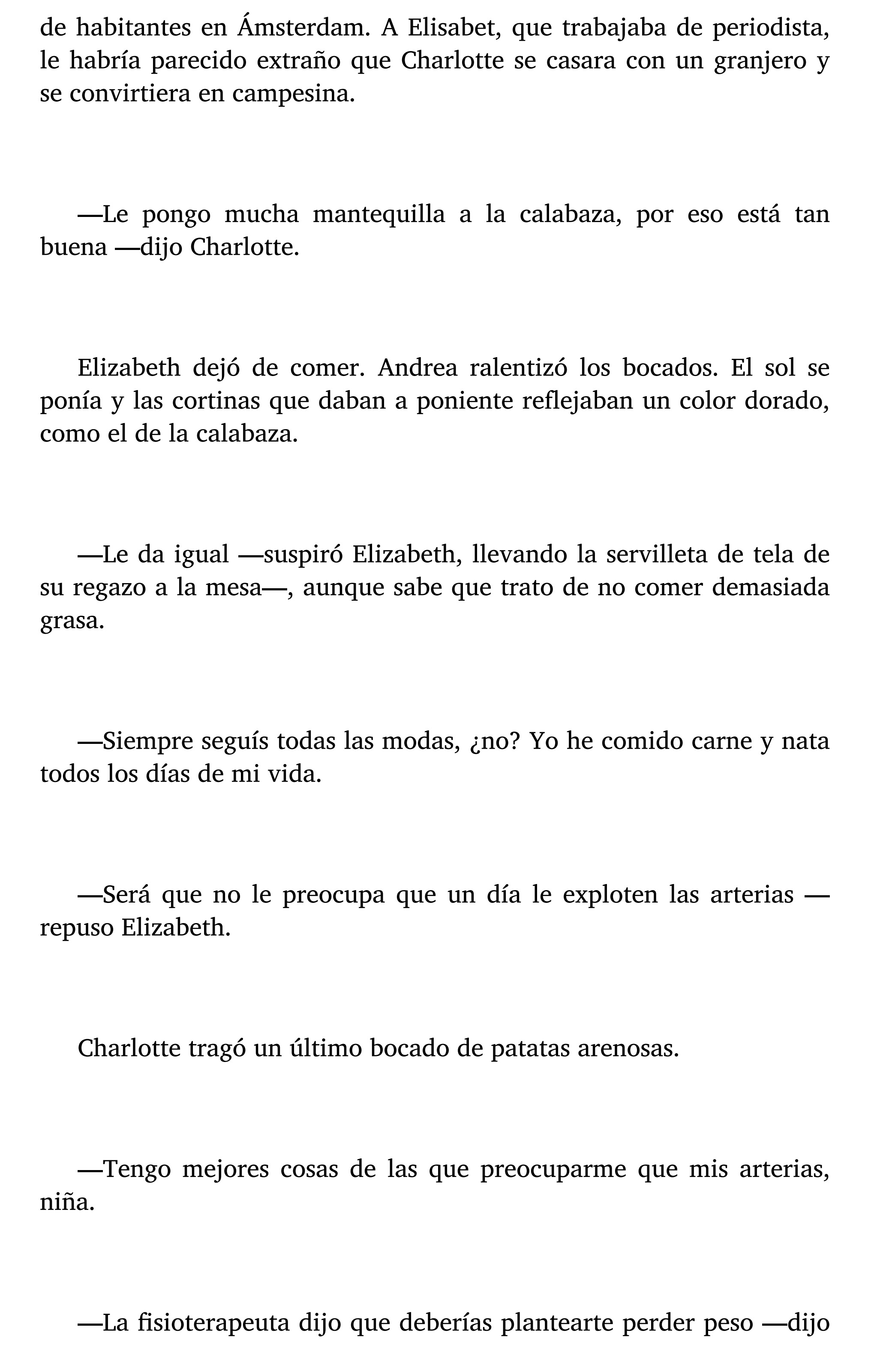
Elizabeth meneó la cabeza de un lado a otro lentamente.

—La calabaza de bellota también está buena, mamá —dijo Andrea.

—Elizabeth —dijo Charlotte—, prueba un poco de calabaza.

Ya está. Al fin había dicho el nombre. Elizabeth. Por primera vez esa noche, Charlotte miró a la cara a Elizabeth. La chica se parecía a la familia del señor DeBoer: frente alta, nariz larga y fina. Durante las semanas siguientes a la muerte del señor DeBoer, la chica había estado sentada en el borde de la cama de su madre, en el primer piso, mirando la carretera por la ventana, con el pelo largo y rubio cayéndole por la espalda.

Elizabeth se sirvió un poco de calabaza. Charlotte la observó, buscando un parecido con la otra Elizabeth: Elisabet, su madre. Elisabet, la madre de Charlotte, era morena y de pelo oscuro, de una raza mestiza imposible de rastrear, fruto de la mezcla de generaciones



de habitantes en Ámsterdam. A Elisabet, que trabajaba de periodista, le habría parecido extraño que Charlotte se casara con un granjero y se convirtiera en campesina.

—Le pongo mucha mantequilla a la calabaza, por eso está tan buena —dijo Charlotte.

Elizabeth dejó de comer. Andrea ralentizó los bocados. El sol se ponía y las cortinas que daban a poniente reflejaban un color dorado, como el de la calabaza.

—Le da igual —suspiró Elizabeth, llevando la servilleta de tela de su regazo a la mesa—, aunque sabe que trato de no comer demasiada grasa.

—Siempre seguís todas las modas, ¿no? Yo he comido carne y nata todos los días de mi vida.

—Será que no le preocupa que un día le exploten las arterias —repuso Elizabeth.

Charlotte tragó un último bocado de patatas arenosas.

—Tengo mejores cosas de las que preocuparme que mis arterias, niña.

—La fisioterapeuta dijo que deberías plantearte perder peso —dijo

Andrea.

—Ahora todo el mundo quiere parecer un judío muerto de hambre. El otro día descuarticé al ternero. Sesenta y un kilos. Me dieron dos dólares con ochenta y cinco por cada kilo. Ninguna de las dos pesáis tanto, ¿verdad?

Andrea tomó la palabra.

—Hace diecisiete años que no comíamos aquí el Día de Acción de Gracias. Acabo de contarlos.

—No es hoy —dijo Elizabeth—. El Día de Acción de Gracias lo pasé con Nathan, sus padres y su hermana. Una familia normal.

—Pero es como una cena de Acción de Gracias —dijo Andrea.

—Es como una pesadilla —dijo Elizabeth.

—Es como una visita de las víctimas del Holocausto —dijo Charlotte—. A lo mejor tenéis el estómago tan encogido que no podríais comer, ni aunque quisierais. Después de liberar a la gente de los campos, muchos no podían comer, así que se morían de hambre de todos modos.

—Qué conversación tan alegre para la cena —dijo Elizabeth—. Venga, vamos a hablar de los campos de concentración.

Charlotte rebañó el plato con el lateral del tenedor y lo apartó. Incluso sin la pierna, tenía más carne que las dos chicas juntas.

—Es parte de nuestra historia, el Holocausto. No tiene sentido fingir que no ocurrió.

—Deberíamos hacer esto todos los años —dijo Andrea, forzando una sonrisa—. Las tres. Quedar el sábado después de Acción de Gracias. Y trataremos de enseñarte a cocinar con menos grasa.

De la misma manera que se había comido todo lo que había en el plato, Charlotte tenía ganas de decir todo lo que se le ocurría. Y estaba en su derecho. Esas chicas habían berreado en la cuna y ella las había cogido y amamantado con su leche materna.

—Preocuparse por la grasa es de gente de ciudad —dijo Charlotte —. En el campo podemos comer lo que nos dé la gana porque trabajamos mucho.

—Ya mató a papá con esta comida.

—Dios, Liz, no digas eso —dijo Andrea—. Mamá, gracias por cocinar para nosotras. Todo está delicioso, sobre todo el relleno.

—Eso es porque lleva mucha salchicha de cerdo —dijo Charlotte.

Elizabeth golpeó el plato con el tenedor y se puso de pie.

—Esto es ridículo.

Se acercó a la ventana y abrió las cortinas. Es muy probable que la chica ni siquiera recordara que en aquella propiedad había robles con troncos de dos metros de grosor, algunos de ellos de veintiún metros de altura, con más de cien años de antigüedad. La inmobiliaria los había cortado casi todos. Charlotte no había podido escapar del ruido de las motosierras en ningún lugar de la finca.

—Es como si esta mujer intentara envenenarnos —dijo Elizabeth.

—No intenta envenenarnos, Liz. Es su forma de comer.

—Ojalá hubiera vuelto ya a Chicago. Allí todo tiene sentido. La gente de allí me respeta de verdad.

Las facciones de Elizabeth parecían de repente frágiles.

—Liz, nosotras te respetamos —dijo Andrea.

—Puede que tú sí, pero ella no.

—Claro que sí —dijo Andrea.

Liz volvió a la mesa y se sentó con determinación.

—No te imaginas cómo es la facultad de Derecho. Deberías estar muy orgullosa de mí por haber sacado la mejor nota de la clase. Pero no sabes nada de la facultad de Derecho. No tienes ni idea de nada que no sean los precios de la ternera, la alfalfa y la grasa.

Charlotte había tenido la intención de decirle a la chica, de alguna manera, que estaba orgullosa de ella, pero ahora ya no podía.

—Una cosa sí sé, y es que nunca venías a casa, ni siquiera en verano. Nunca me ayudaste a envasar tomates o a guardar el heno.

—Tenía que trabajar en verano para pagarme la universidad. Papá me habría ayudado.

—¡Querías vender mi casa!

—¡Parad ya, las dos! —gritó Andrea—. No lo aguanto más.

Alzó las manos, como para taparse los ojos o los oídos, pero las detuvo en el aire, rígidas.

—Voy a por el postre —dijo Charlotte.

Caminó despacio, con los platos en las manos, para demostrar que se las arreglaba bien con la pierna artificial. En realidad, le dolía a cada paso y había otro dolor, que aumentaba y disminuía, vinculado a una pierna que estaba a dos kilómetros y medio de distancia, en un cementerio no confesional del municipio de River Oaks.

Elizabeth estaba hablando en voz baja con Andrea, pero Charlotte la oyó.

—Vamos a mezclar nata entera con azúcar y mantequilla, y a comerla a cucharadas hasta convertirnos en unos monstruos obesos. O mejor nos la untamos por todo el cuerpo.

Charlotte apiló los platos en la encimera de la forma más silenciosa posible para poder escucharlas. Estas hijas eran carne de su carne, de la misma manera que aquella pierna había sido su carne, de la misma manera que aquella tierra de la urbanización había sido su tierra.

—¿Sabes si tiene café? —le preguntó Elizabeth a Andrea.

—Seguro. Se toma una cafetera entera cada mañana.

Se unieron a Charlotte en la cocina mientras la madre cortaba una tarta en seis trozos.

—¡Has hecho tarta de manzana! —dijo Andrea, que en muchos aspectos había sido una niña complaciente.

—¿La masa lleva manteca? —preguntó Elizabeth—. ¿O sebo?

—No se puede hacer la masa de una tarta sin grasa.

—¿Te acuerdas de cuando hacías helados? —preguntó Andrea.

—Mira en el congelador.

Algo se había apoderado de Charlotte cuando estuvo en el centro del municipio el día anterior y había decidido hacer helado. De hecho, compró una bolsa de nueve kilos de hielo en la tienda de alimentación Harding's; pagar por agua congelada era el colmo, definitivamente. La noche anterior había estado dando vueltas a la manilla de la heladera durante horas.

Andrea llevó la lata plateada del lavadero a la cocina.

—Liz, ¿te puedes creer que ha hecho helado? Helado de vaca Jersey.

—Dios, hace años que no pienso en el helado de mamá —dijo Elizabeth—. Pero para mí no, por favor.

Estaba intentando encajar las piezas de la cafetera que había encontrado en el escurridor de platos.

—Déjame hacerlo.

Charlotte cogió las piezas de las manos de Elizabeth, que no eran bonitas como las de Andrea, sino que tenían la forma de las suyas, grandes y con los dedos torcidos.

—Mira, Liz —dijo Andrea—. Solo te pongo un poquitín en el plato.

El helado se derritió sobre los trozos de tarta y, cuando el café estuvo listo, Andrea lo sacó en tazas con platillos. Charlotte vertió una capa de dos centímetros de nata de color marfil en su taza; Andrea echó unas gotas en la suya.

—¿Desde cuándo echas nata? —preguntó Elizabeth.

—Lo estoy probando, a ver.

Elizabeth movió la cabeza en un gesto de contrariedad. Casi en silencio, se comió el helado y el relleno de la tarta, pero dejó en el plato la masa de la base y los bordes. Andrea se lo terminó todo, excepto un trozo del borde.

—Creo que debería empezar a lavar los platos —dijo Andrea.

—Ya lo haré yo después. —Charlotte miró entre las cortinas que

Elizabeth había descorrido y vio una luna delgada, como el recorte de una uña, el tipo de luna que no se elevaba demasiado—. Ahora quiero que me ayudéis con otra cosa. —Charlotte había estado esperando toda la noche para iniciar esta conversación—. Esta noche quiero que traigamos a casa mi pierna.

—¡Qué! —gritó Elizabeth—. Se acabó ya lo de la pierna, mamá. Caso cerrado. Ya fue bastante difícil ponerla donde está.

—Mamá, ¿hablas en serio? —dijo Andrea.

—Quiero mi pierna. Quiero enterrarla en la loma del pastizal.

—Es un disparate —dijo Andrea.

—Necesito un trago —dijo Elizabeth. Se le escapó un mechón de la pinza que sujetaba el resto del pelo por encima de la nuca.

—Ni locas vamos a ir a por la pierna, mamá —dijo Andrea—. De todos modos, en el fondo ya no es tu pierna. Solo es carne y hueso putrefactos.

—Andrea, ¿hay whisky aquí?

Los ojos de Elizabeth recorrieron las paredes de la estancia. La mirada orgullosa había desaparecido. Parecía la niña que había perdido a su padre.

Andrea se encogió de hombros.

—Joder, ¿crees que no tengo whisky, niña? —dijo Charlotte—. Claro que tengo whisky.

Echó la silla hacia atrás y se apresuró a la cocina, sin molestarse en disimular la cojera, y volvió con una botella llena y un vaso que puso delante de Elizabeth. La etiqueta estaba tan desgastada que las palabras «Old Crow» apenas eran visibles. Había estado en la alacena desde que murió el señor DeBoer. Elizabeth se sirvió medio vaso y Charlotte y Andrea vieron cómo se tragaba la mayor parte sin respirar.

—Vaya, no sabía que bebías así —dijo Charlotte—. Así es como bebía el señor DeBoer. Dicen que un holandés no bebe, pero el señor DeBoer sí que bebía.

—No es de extrañar que bebiera si vivía contigo —dijo Elizabeth, echándose hacia atrás en la silla. Las palabras escocieron, pero Charlotte saboreó el ataque.

—Ya he cavado un agujero de metro y medio de profundidad —dijo Charlotte—. Quiero meter la pierna antes de que una de las vacas se caiga en el agujero.

Llevaba semanas cavando, dejando un lado del hoyo en pendiente para poder entrar y salir a cuatro patas.

—No estudié derecho para dedicarme a robar tumbas —dijo Elizabeth.

—La pierna está toda infectada —dijo Andrea.

—Está en una caja sellada. Sírvete otro, Elizabeth —dijo Charlotte. Por primera vez en su vida, Charlotte deseó ser bebedora—. ¿Te he dicho alguna vez que te puse el nombre de mi madre?

—Sí, pero empiezo a preguntarme si de verdad tuviste madre. —Elizabeth bebió el resto del vaso y lo dejó en la mesa con un golpe seco—. A lo mejor saliste de la tierra como un árbol, joder.

—Vamos a ir con ese coche amarillo a la tumba, niña.

La madre de Charlotte había sido igual de obstinada, igual de directa, pero ¿arriesgaría esta Elizabeth su vida para decir la verdad como lo había hecho su madre? ¿Y habría enviado esta Elizabeth a su única hija al otro lado del océano a vivir con desconocidos para salvarla?

Andrea parecía perdida, sus ojos se movían entre Charlotte y Elizabeth.

—¿Qué es lo que le pasó a tu madre, de todas maneras? —preguntó Elizabeth.

—Murió en la guerra, con mi padre.

—Eso ya lo sé, pero ¿cómo murió? —gritó Elizabeth—. ¡Dínoslo!

—¡Basta, Liz! —dijo Andrea.

—Igual que mucha gente. —Charlotte miró fijamente a Elizabeth —. De hambre.

Elizabeth le devolvió la mirada con la misma intensidad.

Hoy en día no era motivo de vergüenza reconocer que su madre era comunista. Ese no era el problema. Además, la chica tenía derecho a saber lo que le pasó a su abuela. Entonces, ¿por qué se le cerraba la garganta a Charlotte, si no quería otra cosa que decirles la verdad?

El cartel del cementerio decía: «No se admiten visitas después de las 21:00 horas». Elizabeth apagó los faros y condujo por el camino asfaltado en la oscuridad. Sacaron tres palas del maletero y buscaron entre las lápidas hasta encontrar la inscripción: «Charlotte Elizabeth DeBoer, 1932–». Al señor DeBoer lo habían enterrado cerca de su propia familia, en el cementerio de detrás de la iglesia. Había una capa de césped sobre la tierra, pero no había arraigado del todo, así que Charlotte no tuvo problema para apartarlo con la pala. Por debajo, la tierra estaba suelta y se movía con facilidad. Las dos chicas llevaban zapatillas blancas. El calzado de trabajo de Charlotte era de suela dura. Era una noche cálida para finales de noviembre —su aliento apenas era visible—, pero Charlotte se había puesto unos gruesos guantes de trabajo hechos de cuero.

Elizabeth llevaba la botella de whisky entre los dedos desnudos y torcidos.

—Algunas familias van al parque y hacen un pícnic bajo el sol —dijo—. Pero nosotras salimos por la noche a profanar tumbas.

—Deberían examinarme la cabeza por el simple hecho de venir aquí —dijo Andrea.

—Pero no vayas al médico de mamá —dijo Elizabeth, que ahora reía—. Te la cortará.

—Muy graciosa —dijo Andrea.

Charlotte pensó que era como si las chicas estuvieran cavando con cucharas, tan ínfima era la cantidad de tierra que sacaron al principio. La fuerza de Charlotte ya no era la de antes, pues tenía que mantener el equilibrio sobre la pierna postiza mientras hundía la pala en el suelo con ayuda de la buena. Andrea, con más rapidez que Elizabeth, pareció averiguar el ángulo en el que mejor podía introducir la pala en la tierra. Aunque sus hijas eran delgadas, medían ocho y diez centímetros más que ella, pese a que, en su época, no se consideraba que Charlotte fuera una mujer baja.

—¿Cómo has llegado a ser una persona tan dura, mamá? —preguntó Elizabeth.

—¡Liz! Déjala en paz —dijo Andrea.

—¿Que la deje en paz? ¿Nos tiene aquí abriendo una tumba y tengo que dejarla en paz?

Charlotte no respondía, pero absorbía sus voces. Le gustaba que Elizabeth estuviera borracha y lenguaraz. Charlotte confiaba en que, con sus estudios, las chicas lograran más que ella. Si se casaban, esperaba que lo hicieran con hombres que les gustaran y que mantuvieran sus cuerpos intactos, cada miembro, cada dedo. Ojalá ella pudiera convertir en palabras las nubes de ceniza envenenada que caían a su alrededor cada día, entonces entenderían por qué tenía que traer la pierna a casa. Y entonces hallaría la manera de contárselo todo, sobre sus padres, sobre el señor DeBoer, sobre sus terribles sueños. Se le humedecieron los ojos y redobló los esfuerzos, empujando la pala con más fuerza. A medida que crecía el montón de tierra junto a ellas, Charlotte sentía que contagiaba la fuerza a sus hijas; sentía que los pequeños músculos de las muchachas se tensaban. Y mientras cavaban, percibió un destello de la presencia de su propia madre.

—Mi madre murió en un campo de concentración —dijo Charlotte, clavando la pala en la tierra, pero sin dejar de cavar—. Con mi padre.

Las chicas trabajaron sin hablar durante un rato que se les antojó largo.

—Lo sabíamos, mamá —dijo en última instancia Elizabeth—. El abuelo Peter nos lo contó hace unos años. —Elizabeth miró a Andrea y luego volvió a mirar a Charlotte—. Antes solo quería que lo dijeras. No sé por qué.

Charlotte no levantó la cabeza y no preguntó por qué habían hablado con Peter en lugar de con ella. No les preguntó si sabían más que ella.

—¿Cómo era? —preguntó Elizabeth—. Tu madre. El abuelo Peter dijo que era comunista.

—Quizá no quiera hablar de ello —dijo Andrea.

—Era periodista.

La voz de Charlotte resonó con un volumen sobrenatural en el cementerio. Le pareció que este simple hecho era lo primero que les había contado a sus hijas en toda su vida. Tal vez este era el comienzo para contarles todo. Pero ahora tenían que seguir cavando. Esta era su oportunidad: si trabajaban lo suficiente, las tres desenterrarían no solo la pierna, sino también los huesos de la abuela de las chicas. A la luz de aquella delgada luna, los padres de Charlotte despertarían por fin de su sueño impío y macilento, y la perdonarían por haberlos abandonado y haber sobrevivido. Charlotte se apoyó en la pierna artificial y, con el pie de verdad, volvió a hundir la pala en la tierra. Imaginó que bajo ella crecía un sistema de raíces que atravesaba el terreno que pisaban, que envolvía los viejos huesos perdidos y llegaba hasta los pies de sus hijas.

Elizabeth se detuvo a descansar y se apoyó en la pala como una campesina, algo que nunca sería. Miró al cielo como si no hubiera visto las estrellas o la luna desde hacía tiempo. Después de dar un trago a la botella, se la pasó a Andrea, que bebió un sorbo con reticencia y luego, en lugar de devolvérsela a Liz, se la tendió a Charlotte. Las dos hijas observaron cómo la madre inclinaba la botella y dejaba que el whisky le quemara los labios.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis colegas escritoras Carla Vissers y Heidi Bell: brindo por vosotras con cada copa. Gracias a Jaimy Gordon por su sabiduría y su inquebrantable confianza. Gracias a Stuart Dybek por su visión práctica, que ha hecho de la escritura un arte menos —y a la vez más — misterioso. Cuando se acercaba la fecha de entrega, la ayuda de Lisa Lenzo fue una bendición. Susanna, implacable crítica y devota admiradora (además de ser mi madre), ha aportado mucha inspiración a estos relatos, y mi queridísimo Christopher se ha ocupado de que sea sincera.

Estos textos aparecieron por primera vez en versiones algo diferentes en las siguientes revistas:

Alaska Quarterly Review, primavera-verano de 1998: «Perros viejos».

Controlled Burn, 1999: «Cambio de marcha».

Kiosk 8, 1995: «La enfermedad del sueño».

Michigan Quarterly Review, invierno de 1999: «La dama de honor» (aquí publicado como «El beso de la escopeta»).

Moonlighting, 1998: «Juego de rimas».

New Delta Review 16, n.º 2 (primavera-verano de 1999): «El súbito desarrollo físico de Debra Dupuis».

North Dakota Quarterly 66, n.º 1 (invierno de 1999): «El perro pescador».

Oxford Magazine 13 (1999): «Cuidar de los O'Leary».

Passages North, verano de 1999: «Los huesos vuelven a casa».

So To Speak, primavera de 1999: «Campos de apio».

South Dakota Review, invierno de 1998: «Corriendo».

Southern Review, invierno de 1999: «El hombre más pequeño del mundo».

Story, verano de 1998: «Matiné de circo».

Third Coast, primavera de 1999: «Chica gorila».

Y tres hurras por la Asociación de Concesionarios de Automóviles de Detroit por hacer de «Cambio de marcha» el relato oficial del Salón del Automóvil de Detroit de 1999.

DIRTY WOR

— Est. 2014 —

dirtyworkseditorial.com